

INSTRUCCIONES

PARA

RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS





INSTRUCCIONES

PARA

RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS

POR

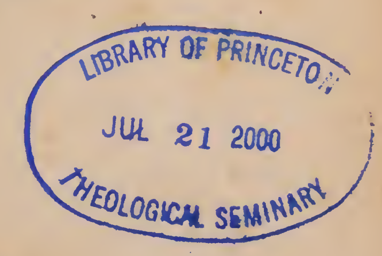
JOSE IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

OBRA APROBADA

POR

LA AUTORIDAD ECLESIASTICA DE ROMA





ROMA
IMPRENTA POLIGLOTA
DE PROPAGANDA FIDE
1875



A LA MEMORIA

DEL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR

DON JOSÉ ALEJO EYZAGUIRRE

PREDICADOR INFATIGABLE DE LAS VERDADES EVANGÉLICAS

Y MAESTRO EXPERIMENTADO

EN LA CIENCIA DE DIRIGIR A LAS PERSONAS

QUE PROFESARON VIDA RELIGIOSA

EN EL CAMINO DE LA PERFECCION

OFRECE Y CONSAGRA

COMO MUESTRA DEL RESPETO QUE PROFESA

A SU SABIDURÍA ADMIRABLE

A SU HUMILDAD PROFUNDA

A SU CARIDAD ARDIENTE

Y A TODAS SUS VIRTUDES VERDADERAMENTE APOSTÓLICAS

J. I. V. EYZAGUIRRE



INSTRUCCION PRIMERA.

SOBRE EL OBJETO QUE DEBEN PROPONERSE LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS AL HACER LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Renovamini, et induite novum hominem, qui secundum Deum creatus est, in iustitia et sanctitate veritatis.

Renovaos, y vestios del hombre nuevo, que fué criado segun Dios, en justicia y en santidad de verdad.

(Ad Ephes. Cap. 4.)

¿ Cuán grande confusion debe causar á los mundanos saber que la ciencia mas importante ni se estudia ni se puede aprender en los libros, que contienen el fruto de sus invenciones y descubrimientos ? ¿ Cuánta confusion, repito, conocer que es necesario buscarla fuera de los demas hombres, y trabajar hasta encontrarla dentro de nosotros mismos y en lo mas profundo de nuestra naturaleza? Esta ciencia es la de nuestro propio conocimiento, que en todas las acciones y atenciones de nuestra vida es la primera y principal que debe ocuparnos, porque solo ella hace al hombre subir hasta su orígen, y buscar en Dios el principio de donde viene. Esta es « la gran ciencia que rige nuestros afectos, santifica nuestras costumbres, corrige nuestros excesos, ordena nuestras acciones, y nos

transforma poco á poco en hombres nuevos semejantes á nuestro sagrado modelo Jesucristo (1). » Todas esas santas y provechosas resoluciones, de que á veces nos sentimos inspirados, proceden de esta ciencia celestial, y especialmente aquella, por la que movida alguna vez nuestra alma, corre á ofrecerse al Señor en holocausto, para sacrificar todo nuestro ser espiritual y corporal, cuanto somos, cuanto tenemos, cuanto poseemos, y hasta nuestra misma voluntad. Mas como nuestra naturaleza es variable, y ordinariamente nuestro fervor no dura, cuando no procuramos á tiempo sostenerlo con auxilios eficaces, que el Señor se digne concedernos; por eso necesitamos practicar lo que el apóstol San Pablo nos exhorta, cuando dice: « Renovaos, y vestios del hombre nuevo, que fué criado segun Dios, en justicia y en santidad de verdad. *Renovamini, et induite novum hominem, qui secundum Deum creatus est, in iustitia et sanctitate veritatis.*

Esto es precisamente lo que hacemos en los santos ejercicios, cuyas meditaciones por esta razon deben ser para nosotros, como queria San Bernardo, *deliciosae ad saporem, solidae ad nutrimentum, efficaces ad medicinam* (2). Son deliciosas, en efecto, para el gusto espiritual de aquellas almas unidas con Dios que se alimentan de las santas consideraciones, que robustecen y elevan sus afectos, y los hacen crecer mas y mas en piedad devota y sincéra: y á este género pertenecen las que hacemos en los ejercicios de San Ignacio, de las que decia el Papa Paulo IV, «estan llenas de esa piedad y santidad, que gustan las almas fervorosas con tal provecho, que las dejan mas íntimamente unidas con Dios. » *Deliciosae ad saporem.*

(1) S. Bernard. Lib. I. de Consider.
(2) Serm. 67. in Cant. Cantic.

Mas hay otras almas que pretenden adelantar en el camino del cielo, y necesitan para ello de aquella comida sustanciosa que las fortifique de tal modo, que puedan vencer los tropiezos de mil especies, que en él se encuentran. Porque enfermiza y débil como es nuestra propia condicion no podria, por cierto, sin ese alimento superarlos, y llegar á la patria adonde se dirige; desfalleceria en su camino, y no pudiendo levantarse de su postracion, desistiria de su empresa estimándola como muy superior á sus fuerzas. En las meditaciones que se proponen en estos dias de ejercicios, especialmente en las virtudes de nuestro Señor Jesucristo, se ofrece á esas almas aquel alimento celestial. Celestial digo, porque el método y la economía, con que se nos propone la doctrina de los santos ejercicios, fué inspirada por Dios al patriarca San Ignacio de Loyola; « y uno de los fines, á que se dirigen, es ayudar á las almas, que ya aman y conocen al Señor, á perfeccionarse en el ejercicio de las virtudes (1). » Para éstas son las meditaciones de los mismos ejercicios *solidae ad nutrimentum.* Auxiliadas por éstas marcharán como Israel robustecido por el maná, sin que los clamores de los idólatras, que son sus pasiones mal vencidas; ni las privaciones y fatigas de la travesía, que son las aficiones terrenas todavía no bien arrancadas del corazon, puedan detenerlas en su carrera.

En fin, son medicina eficaz para curar las enfermedades que sufrimos frecuentemente aun en esa vida de penitencia y mortificacion, que voluntariamente quisimos abrazar por amor á nuestro Señor Jesucristo; porque la meditacion de las verdades de nuestra fé reprime los excesos de las pasiones que las producen;

(1) V. P. Lancisius Opusc. VI. de recoll. octid.

nos inspira temor de Dios, espíritu de penitencia, vencimiento de nosotros mismos, y en fin, todo cuanto puede hacernos conocer y detestar las culpas, que son nuestras verdaderas enfermedades. Sucede á las almas tíbias, negligentes y perezosas, que hacen los santos ejercicios, lo que al Profeta, á quien Dios mandó metiese la mano en su pecho, y sacándola la encontró cubierta de lepra. Así éstas, reflexionando con cuidado, mediante el recogimiento de estos dias, llegan á conocer las culpas que las enferman y privan de la divina gracia, en que consiste la verdadera salud: conocen las causas que han dado ocasion á que las cometan; conocen tambien los remedios que les deben aplicar, y se resuelven á hacerlo con prontitud. En este sentido y para tales personas son eficaz medicina las meditaciones de los ejercicios. *Efficaces ad medicinam.*

Debo yo ahora prescindir de aquellas consideraciones generales, que podria dirigiros, acerca de la necesidad y utilidad de éstos; porque hablando á personas religiosas, y que tantas señales dan cada dia de buscar su aprovechamiento espiritual, debo tambien creerlas convencidas por la experiencia propia, que nada contribuye tanto para conseguir este fin, como el retiro, la oracion y la fervorosa mortificacion. Por consiguiente, me limitaré á indicaros en la presente instruccion que el fin que debeis proponeros al hacer los santos ejercicios, ha de ser conseguir vuestra renovacion espiritual. *Renovamini.* Os daré luego una idea de la naturaleza de esta renovacion. *Induite novum hominem.* Y finalmente os advertiré los motivos que teneis para proceder con fortaleza en esta misma renovacion, hasta conseguirla completa, perfecta y cual conviene al hombre que fué criado segun Dios. *Qui secundum Deum creatus est.*

¡ Oh Espíritu divino! ilustradme con vuestros

dones sacratísimos, para que mis palabras sean aquellas que convienen á las almas, que por su profesion estan llamadas á amaros con fervor. Nada podemos sin vos: venid, pues, á ayudarnos, de modo que con vuestro auxilio todos nos movamos eficazmente á procurar las virtudes, hasta llegar á conseguirlas, de manera que nos unan con vos mismo, y nos preparen para la felicidad eterna. Rogad por nosotros, ¡ oh Vírgen y Madre de Dios, misericordiosísima Maria ! para que logremos por medio de este santo retiro el perfecto amor de vuestro Hijo Jesus. Alcanzad uncion y eficacià para mis palabras, y para mis oyentes las disposiciones convenientes para escucharlas con fruto.

I.

En todas las cosas debe el hombre proponerse un fin; y cuantos peregrinamos en la vastísima soledad de la vida presente, necesitamos saber adónde nos dirigimos. *Peregrinantibus in hac praesentis vitae vastissima solitudine, oportet nos non ignorare quo tendimus*, decia San Lorenzo Justiniano (1). Por consiguiente, un fin determinado debemos perseguir al emprender los santos ejercicios. El que se ha de proponer todo cristiano en general al hacerlos, decia el patriarca San Ignacio, es preparar y disponer su alma para arrancar de ella todos los afectos desordenados, de modo que, quitados éstos, pueda conocer, buscar y encontrar la voluntad de Dios en órden á cuanto debemos practicar para conseguir la salvacion eterna (2). Pero el estado religioso exige algo mas en las perso-

(1) De humilit. C. 14.
(2) Addit. I.

nas que lo profesan; y por consiguiente, deben éstas proponerse un fin mas particular. ¿Cuál será éste? Ya nos lo declara un insigne maestro de espíritu, el Venerable Padre Lancisio de la Compañía de Jesus (1). « Este fin, dice, ha de ser la renovacion perfecta de su espíritu: *Plenam sui renovationem.* »

Llevamos todos en nuestro espíritu la imágen de Dios; y ésta puede encontrarse en cada cual ó borrada ó afeada, segun la situacion en que se encuentre el individuo que los practique. Por consiguiente, la primera diligencia de la persona religiosa, que se propone hacer los santos ejercicios, debe ser averiguar la verdadera situacion de su espíritu, para conocer si necesita restaurar, ó solamente hermosear la imágen de Dios en sí misma. Nuestra renovacion consistirá, pues, ó en recobrar, si hemos perdido, ó en hermosear, si es que conservamos, la imágen de Dios en nuestra alma, segun fuese á cada uno necesario. Dios grabó en nuestras potencias su imágen, y con tanta belleza y esplendor, que David la compara á la antorcha que nos va guiando hácia el cielo en busca de nuestro hermosísimo original. Esa imágen la borran completamente en nosotros los pecados mortales; porque, como la fé nos enseña, ni la divina gracia, ni su belleza, ni su hermosura pueden subsistir en aquella persona que, cometiendo pecado grave, se hace enemiga de Dios. Por esta razon decia muy bien San Pedro Crisólogo: *Conscientia pura imago Dei perfecti* (2); es decir, la conciencia límpia, ó el alma sin pecado es la imágen y semejanza de Dios perfecto. Mas puede encontrarse ésta no borrada enteramente, sinó tan solo manchada; porque,

(1) Opusc. VI. de recoll. octid.
(2) Homil. in *Beati mundo corde.*

como enseña el Angélico Doctor Santo Tomás, son manchas que afean en nosotros la imágen del Señor, las culpas veniales, las imperfecciones, y tambien las penas, que por nuestras culpas é imperfecciones merecemos nos imponga la justicia divina (1). El alma que sincéramente desea librarse de todas estas manchas, que le privan de la hermosura y perfeccion, con que Dios la honró y elevó, ha de procurar borrarlas tan cumplidamente, que la hermosura de la divina gracia, que se le concedió, aparezca de nuevo con todo el esplendor y la magnificencia que le corresponden. Recorre con cuidado sus potencias, mira las obras que son fruto de su voluntad; y todo cuanto encuentra en ellas manchado, trata de lavarlo, de modo que nada quede en sí que sea indigno del Señor.

Las manchas de los pecados se borran por la penitencia; y á este fin procura el ejercitante ofrecer desde luego á Dios no solo las mortificaciones espirituales y corporales, que hará inspirado por su gracia durante los ejercicios, sinó muy principalmente la santa confesion de esas mismas culpas, y con la que lavará su alma en las fuentes del Salvador. Medios son para conseguir ese espíritu de verdadera penitencia, que prepara el alma para una santa confesion, las meditaciones que aquí se nos ofrecen, y nos mueven á detestar los pecados. La imperfeccion de nuestra vida bien se conoce en tantas omisiones cometidas en el servicio de Dios, en la negligencia para las prácticas espirituales, en la falta de observancia de las reglas, en la tibieza con que frecuentamos los santos sacramentos, y en otras obras que no son conformes con aquellas propias de quien vive enteramente consagrado á Dios; mas to-

(1) 2.ª 2.ªe quaest. 79.

das estas imperfecciones, una vez conocidas, hemos de procurar borrarlas detestándolas ardiente y fervorosamente. Para aborrecerlas ayuda mucho la memoria de nuestro fin, el exámen prolijo de nuestras acciones, y la averiguacion del modo con que nos conducimos ordinariamente en los ejercicios espirituales. Las penas, en fin, de que nuestra conciencia nos acusa como reos delante de Dios por los pecados y las imperfecciones que hemos cometido, se satisfacen tambien por los actos interiores de dolor, que repetimos con frecuencia en lo profundo de nuestro corazon contrito y humillado. Todos estos actos se reunen maravillosamente en la santa confesion que, como poco ha indicamos, se practica en los santos ejercicios.

Lo que sucede con una imágen de gran precio por la mano del autor que la ejecutó, nos da idea del trabajo que necesitamos emprender para restaurar la de Dios que el Hacedor supremo se dignó grabar en nosotros. El trascurso del tiempo, la intemperie, el descuido de los que la conservaban, y otras mil causas han borrado los hermosos colores de aquella pintura: ya no se conocen ni las facciones, ni aun la figura de lo que representa, pues todo se encuentra borrado y arruinado por completo. ¿Qué hace entónces el que desea restaurar esa obra preciosa del valiente artista? Despues de observar con atencion el cuadro, va lavándolo cuidadosamente, hasta descubrir no solo los colores, sinó las formas del sujeto que representa. Cuando todo ésto ha hecho, aquel cuadro, que poco ántes no era mas que un borron sucio é informe, aparece con su hermosura primitiva, y tal como lo hizo su autor. Semejante á ésto es lo que nos sucede tratando de nuestra alma. Nos contraemos primero á lavar las manchas que borran los rasgos hermosísimos que imprimió en ella la

mano del Señor, y luego á quitar todo cuanto empaña y aja en la imágen de Dios toda esa hermosura y toda esa belleza, que se dignó concedernos en el santo bautismo.

Pero puede suceder que no necesitemos sinó hermosear esa imágen, que mediante los auxilios del Señor hemos podido conservar, á pesar de llevarla en el vaso quebradizo de nuestra gran miseria (1). Nuestras diligencias estan reducidas entónces á quitar del alma los defectos que contraemos tan fácilmente en las ocupaciones, así como en el trato cotidiano con los demas. La imágen de Dios se encuentra en este caso, decia San Gregorio Niceno, como si estuviese cubierta con ciertos velos, que ofuscan su hermosura, haciéndola aparecer flaca y aniquilada (2). Las personas que tienen estos defectos, necesitan purificarse del todo; y á éstas podemos decir va dirigida tambien aquella voz celestial que escuchó San Juan: *Qui iustus est, iustificetur adhuc* (3). Necesitan, repito, limpiar los defectos que las envilecen, para que sus almas aparezcan sin velo y sin mancha alguna, que les quite algo de la hermosura de la gracia que recibieron de la infinita bondad de Dios. Somos en este caso como aquella obra preciosa de metal, á quien la humedad y el polvo han hecho perder su brillo; y para que lo recupere, la toma el artífice, y la mete al fuego, que la purifica y le hace recuperar toda su hermosura y todo su esplendor antiguo.

Cuando nos hemos puesto ya en camino para restaurar ó para hermosear la imágen de Dios, necesitamos resolvernos á no cometer deliberadamente ningun pecado que pueda causarnos de nuevo el mal que he-

(1) Carta 2. á los Corínt. C. 4.
(2) Homil. in *Beati mundo corde.*
(3) Apocal. C. 22.

mos experimentado. Y este propósito no debemos contraerlo tan solo á los pecados mortales, que nos arrebatan la dignidad que nos concede la semejanza de nuestro Criador, sinó aun á los veniales, y á las imperfecciones mismas que rebajan y envilecen esa misma dignidad. Debe extenderse ademas á no quebrantar con advertencia ninguna de las reglas de nuestro instituto, y resolvernos al contrario á observar con la posible fidelidad los preceptos, que nos obligan como cristianos y como religiosos. Hemos de proponer tambien refrenar cuidadosamente aquella pasion que nos combate con mayor vigor: es ésta el Goliat que insulta al pueblo de Dios, que acaba de prometer no separarse ya jamas de la obediencia y del servicio de su soberano libertador; y á ese enemigo formidable debemos dar la muerte so pena que, de no hacerlo, volverá á combatirnos, y quizá tambien á vencernos. Ademas, si de veras queremos conservar en toda su hermosura la gracia que nos hace imágenes de Dios, hemos de arrojar de nosotros toda opinion contraria al espíritu de la regla, y que de algun modo pueda ser favorable para introducir la relajacion ó menor observancia de las leyes del instituto que profesamos. Y ésto es muy esencial, pues de ciertas opiniones erroneas, que abrigan algunos individuos, vienen ordinariamente los abusos que se introducen con perjuicio de la disciplina de toda la comunidad. El ejercitante que ésto advierte, propone no solamente contradecir de palabra, cuando llegase el caso, esas opiniones, sinó condenarlas prácticamente con sus ejemplos, mostrando así que, si en algun tiempo tuvo esa opinion, ahora la rechaza y la condena. Finalmente se ha de procurar formar en su propia conciencia un ardiente deseo de llegar á la perfeccion religiosa. Estas resoluciones nos llevan directa-

mente á conseguir nuestra renovacion espiritual, que es el fin principal que deben proponerse las personas religiosas al hacer ejercicios. Vamos ahora á indicar la naturaleza de esta renovacion.

II.

Debe ésta ser interior y exterior, y ambas consisten en arrojar de nosotros todo lo defectuoso, purificándonos de cuanto participe del espíritu de pecado, tanto en nuestra alma como en nuestro cuerpo. Si buscamos, mis carísim.^s herman.^s, defectos en nuestra alma, ¡ ah cuántos hallaremos ! El Espíritu Santo nos dice que « falta á la verdad quien asegura no tener pecados en su conciencia (1). » Cierto es que el amor propio nos oculta muchas de nuestras faltas, y no pocas veces se empeña por persuadirnos que éstas, léjos de ser defectos, son virtudes de que podemos gloriarnos. Mas sobrepongámonos á las insinuaciones de éste, y descendamos al fondo de nuestra conciencia guiados por el deseo sincéro de nuestra reforma espiritual, y allí encontraremos un número infinito de imperfecciones y defectos, que nos obligará á exclamar como el Profeta: *Delicta quis intelligit* (2) ? ¿ Quién puede contar mis pecados ? Nadie, nadie podrá contarlos; y por eso me arrojaré delante de Dios infinitamente misericordioso, preocuparé su rostro divino confesándolos, y le entonaré salmos cantando su eterna é incomprensible bondad, con que perdona á los arrepentidos. Igual cosa digo de nuestro exterior. ¿ Cuál de nuestros sentidos no se encuentra reo de mil faltas de mortifica-

(1) I. de S. Juan C. 1.
(2) Psalm. 18.

cion ? ¿Cuál no aparece cada dia sirviendo de puerta, por donde entran en el alma mil enemigos que la asaltan y atormentan? Es cierto que no queremos á veces reconocer como pecaminosas muchas de nuestras acciones, porque no las encontramos en contradiccion manifiesta con las reglas ó preceptos que éstas establecen, aun cuando veamos que abiertamente se oponen al espíritu de esas mismas reglas. Cierto modo afectado de hablar, por ejemplo, ciertas palabras estudiadas á fin de ingerirlas en la conversacion, el esmero en el vestido ó hábito que ordena la regla, no estarán en contradiccion, quizá, con algun capítulo determinado de ésta, pero sí lo estan con el espíritu de la misma regla, que inspira á todas las personas, que la profesan, sencillez no solo interior ó del corazon, sinó tambien en todas nuestras maneras y modo de ser exterior. Aquella persona, pues, que desea renovarse, llama á su consideracion tres maestros diferentes, que le dirigirán en esta grande obra que emprende en sí misma; y son su propia conciencia, los ejemplos de nuestro Señor Jesucristo, y las reglas del instituto ó religion que profesó.

En su propia conciencia tiene cada cual un maestro experimentado, dice San Juan Crisóstomo (1), y no debe privarse jamas de los auxilios que le ofrece. Le fué concedido desde el primer instante de su formacion para hacerle conocer lo que debe ejecutar, y aquello de que ha de abstenerse; debemos, pues, oir cuidadosamente las enseñanzas de este maestro, porque si las desatendemos, dejará de hablarnos, y su silencio nos será muy perjudicial. Deja de hablarnos nuestra conciencia, cuando nos acostumbramos á desobedecerla ;

(1) Homil. 54. in Genes.

porque, siendo inútil entónces su voz, deja de resonar en medio de nuestro interior en castigo de nuestra falta. Entónces es cuando, abandonados á nosotros mismos, y siguiendo la voz de nuestros caprichos, no hay defecto en que no podamos incurrir, ni falta que no nos expongamos á cometer. El fiel consejero, que ántes teníamos y marchaba constantemente con nosotros mismos, ha dejado de hablarnos, y nos vemos expuestos á incurrir en todas las miserias que son consiguientes de nuestra ignorancia y de nuestra flaqueza. Ojalá que meditasen con detencion esta verdad aquellas personas, que se acostumbran á faltar á sus reglas bajo pretexto que no lo hacen en materia grave, sinó tan solo en cosas pequeñas. Pero la conciencia recta nos repite sin cesar: *Qui timet Deum nihil negligit* (1); que el alma temerosa de Dios nada descuida de cuanto puede hacerla adelantar en los caminos del Señor, y « las que se conducen de otro modo son, segun San Francisco de Sales (2), las que deshonran las cosas de Dios, las que faltan á su profesion religiosa, las que introducen las perturbaciones en las comunidades, y las que disipan los frutos de buen ejemplo que cada uno debe dar. » Toda persona que desea sincéramente renovar su espíritu y santificar su conducta, necesita atender los estímulos de su conciencia, y someterse á sus enseñanzas.

Los ejemplos de nuestro Señor Jesucristo son otro maestro que eficazmente nos auxilia y estimula en el camino de la perfeccion. Por esta razon escribia San Pablo (3), que todos cuantos aman á Dios, deben asemejarse á Jesucristo su divino Hijo; de manera

(1) Eccl. C. 7.
(2) Entret.
(3) A los Romanos C. 8.

que así como el hombre mundano lleva en sus vicios la imágen del Adan terreno y pecador, así el hombre espiritual ha de llevar tambien la de Jesucristo. Porque cual fué el hombre terreno, tales son tambien los terrenos; y cual es el celestial, tales son tambien los celestiales (1). De manera que toda persona, que ha profesado el estado religioso, debe fijar en su mente á nuestro divino Redentor, Adan celestial, para que sus ejemplos grabados profundamente en su alma, aparezcan tambien en sus acciones, y la hagan retrato verdadero de Jesucristo. Este divino Salvador tomando nuestra carne se hizo nuestro modelo, y nos dió, dice San Lorenzo Justiniano (2), todas las lecciones de virtud y santidad perfecta, que necesitábamos á fin de recuperar todos los dones espirituales perdidos por el pecado, y encaminarnos de nuevo hácia nuestra verdadera patria, de donde aquel nos habia alejado infinitamente. Mas ¿cómo se atreverá ningun alma, por grandes que sean sus deseos de llegar á ser perfecta, á imitar las virtudes de Jesucristo? exclamaré con San Bernardo (3). Pero no nos atreveremos tan solo á desearlo, sinó á conseguirlo con seguridad, responderé con el mismo Santo Doctor, porque el mismo Dios nos ennobleció dándonos su semejanza; « cuidemos, sí, añadiré con San Buenaventura (4), cuidemos de copiar en nuestras costumbres con toda fidelidad las de aquel divino modelo; porque cuanto mas estudio cada uno ponga en la imitacion de sus obras, tanto mas se acercará á El. Graba en tu corazon cuidadosamente sus acciones y sus palabras; mira con cuánta humildad se condujo entre

(1) I. á los Corínt. C. 15.
(2) Serm. Exalt. S. Crucis.
(3) Serm. XXXIII. in Cant.
(4) De informat. Novit. P. I. C. 32.

todos los hombres, cuán benigno entre sus discípulos, cuán mortificado en el uso de los alimentos, cuán misericordioso con los pobres, con quienes se hizo igual en todas las cosas. Mira cómo á ninguno despreció, ni aun á los leprosos mas repugnantes; cómo jamas aduló ni á los ricos ni á los poderosos; qué libre se encontró siempre de todos los cuidados de la tierra; qué modesto en su exterior; qué sufrido en los desprecios, y qué manso en las ofensas. Jamas se le escuchó alguna palabra fuerte; y aun para reprender las faltas, usó de expresiones blandas y suaves. Con cuánto cuidado evitó las conversaciones familiares con mujeres, hasta el punto que cuando sus discípulos lo encontraron hablando con la Samaritana, se admiraban, porque era eso en Jesus un suceso que no acontecia casi nunca. Qué sufrido y paciente lo encontrarás en los trabajos y en la pobreza; qué tierno y compasivo de las aflicciones; y qué condescendiente en las imperfecciones de los enfermos. Encontrarás cómo jamas despreció á los pecadores; cómo recibió siempre con misericordia á los penitentes; cómo se ejercitaba fervorosamente en la oracion, velando en tan santo ejercicio noches enteras. El despreció toda especie de poder y de gloria mundana, y voluntariamente se sometió en todas las cosas á la humildad, obediencia, abatimiento y mortificacion, que en su santo Evangelio nos recomendó tambien á cada paso. Medita, alma, incesantemente todos estos santísimos ejemplos; y cuanto mas los pienses, mas amarás á Jesucristo, y mejor y mas fervorosa te encontrarás para imitarlo, y para renovarte por la imitacion de sus virtudes. Sea ésta tu sabiduría, tu estudio y todo tu pensamiento, acordarte de sus ejemplos, tratar de ellos, meditarlos y no olvidarlos jamas. De esta manera en-

mendarás tus costumbres, y tu vida vendrá á quedar semejante á la suya. » Hasta aquí, mis carísim.s herman.s, San Buenaventura, y su doctrina os está mostrando cómo debeis representaros las virtudes de nuestro Redentor Jesucristo dentro de vosotros mismos : ved ahí cómo habeis de grabar en vuestro entendimiento y en vuestra voluntad su mansedumbre, su paciencia, su humildad, su misericordia, su caridad, su inocencia, su recogimiento, y en fin, todas sus demas virtudes, de modo que imitándolas con fervor alcanzareis vuestra perfecta renovacion.

Las reglas, finalmente, del mismo santo instituto que profesais, son otro maestro que os dirigirá hasta alcanzar esa misma renovacion. Enferma nuestra naturaleza necesitó de medicina que la curase hasta sanarla ; y esa medicina son tambien las leyes que gobiernan y dirigen nuestras acciones, apartándonos de lo malo, y dirigiéndonos á practicar lo bueno (1). Las reglas y demas leyes que profesa cada instituto religioso, no son otra cosa que la voz misericordiosa del Señor, que instruye á los que lo abrazaron en la manera de observar los preceptos divinos y los consejos evangélicos de un modo mas exacto y puntual (2). Bastará, pues, á cada uno comparar sus obras con lo que ordenan sus reglas, para conocer cuán distante se halla de poseer la perfeccion que se propuso Jesucristo dar en su alma á su divina imágen al inspirarle que la profesase, y con cuánto fervor debe dedicarse á trabajar, á fin de recuperar toda la gracia perdida por su falta de virtud. Mas con la luz de esta reflexion no debe limitarse el alma á sentir los males que le han acaecido, sinó que debe formar resolucion de observar

(1) S. Thomas 2.a 2.ae quaest. 179.
(2) S. Greg. Magn. Dialog. Lib. IV.

todo aquello, que está prescrito por su regla, á fin de conseguir llegar á la perfeccion (1). Debe ademas proponer no faltar deliberadamente ni un ápice á sus votos, ni á la oracion mental, ni á las mortificaciones que manda la regla, ni á las misas y comuniones, y en fin, á guardar el silencio y todos los otros ejercicios que practica la comunidad á que pertenece. Así como Dios ofrecia á su pueblo de Israel de estar con él, asistirlo activamente y con todo su poder, y habitar en su seno siempre que observase con fidelidad la ley que de El mismo recibió en el Sinaí; de la misma manera á los fieles que se le consagraron por los votos religiosos, y entraron por ese motivo á formar la porcion escogida del pueblo cristiano, su verdadero pueblo, promete tambien asistir, acompañar y vivir en el alma de cada uno, hasta introducir á todos en la tierra de las promesas eternas, que es el reino de los cielos, si le fuesen fieles en observar su regla.

Hemos visto los oficios que desempeñan estos tres maestros en nosotros, á fin de renovar nuestra alma con las enseñanzas que nos proporcionan y debemos aprovechar con la gracia del Señor. Los estímulos de nuestra conciencia, que nos advierten las faltas que cometemos; los ejemplos de Jesucristo, que condenan nuestra pereza para obrar en todo aquello que puede acercarnos y unirnos con Dios; y la observancia puntual de nuestras reglas, que nos llena de fortaleza para abrirnos camino en medio de tantos trastornos y de tantas vicisitudes, con que tropezamos á cada instante sobre la tierra; abrámonos paso, procuremos perfeccionarnos en el servicio divino, y conservar en nuestra alma con el fervor correspondiente la imágen

(1) S. Thomas 2.ª 2.ae quaest. 106.

del Rey de la gloria y soberano Criador nuestro y de todas las almas. Aprovechemos, pues, estos maestros, porque, haciéndolo así, habremos asegurado el fin que nos propusimos al entrar en la religion; á saber, servir fielmente á Dios acá en la tierra mientras durase nuestra vida, y gozar de su eterna bienaventuranza en el reino de los cielos. Veamos ahora los motivos que tiene toda persona que profesó vida religiosa para proceder con fortaleza en esta renovacion, hasta conseguirla.

III.

El primer motivo es el vivo conocimiento, que se adquiere en los ejercicios, de la necesidad urgente que tenemos de renovar en nuestra alma el espíritu de Dios, que nos cambie en otro individuo enteramente diverso del que éramos ántes: *in virum perfectum*, como dijo Dios á Saul al renovarlo por medio de la gracia que le concedia, para que fuese jefe de su pueblo. Las luces del cielo, que se conceden en la oracion y en la meditacion, nos hacen conocer cuántos y cuán graves son los males que experimenta nuestra alma, y con cuánta urgencia debemos remediarlos. Conoceremos esos como el enfermo que sufre las dolencias que le postraron y le retienen sin poderse mover, y deseando sanar, pide y se procura, tanto como le es posible, las medicinas que le restituirán la salud perdida. Vivamente representó el Señor á Santa Gertrudis (1) la situacion de estas almas, cuando un dia se le apareció en el coro del monasterio de Rodardes, despues de haber recibido la sagrada comunion. Al ver la Santa al divino Jesus con los ojos de su entendimiento, corrió hácia El.

(1) Insinuac. de la divina piedad Lib. III.

Mas ¡ ah ! ¿ cuánta fué su pena , cuánto su dolor al encontrar al Salvador rodeado de una cerca de espinas agudas, fuertes y penetrantes, que le impedian llegar hasta Su Majestad, postrarse á sus piés, y abrazarlos y besarlos como lo deseaba entrañablemente ? Lloraba la Santa en medio de su vision, lloraba sin consuelo viéndose excluida de lo que mas deseaba y mas ardientemente amaba : extendia sus brazos pidiendo á Jesus que extendiese los suyos tambien para atraerla y hacerla llegar hasta su sagrada persona. Le diria como San Pedro sobre las olas del lago : « Señor, manda que pueda yo llegar á tí sobre las aguas (1). » Mas ¿ qué respondió Jesucristo á los deseos, á las lágrimas y á las súplicas de la Santa ? Oidlo : « No soy yo, Gertrudis, quien ha puesto todas estas zarzas y espinas que nos separan ; no soy yo : has sido tú misma, y tú eres, por consiguiente, tambien quien debe quitarlas. » Desapareció al instante la vision, y la Santa aprovechando este aviso del cielo, emprendió animosa arrancar esos tropiezos que estorbaban la union íntima de su alma con Cristo. ¿ Y cuáles eran éstos ? Las luces del cielo, de que el amoroso Salvador la dejó llena, se lo hicieron comprender con toda claridad : cierto género de satisfaccion mundana, que experimentaba en el estudio de libros, que correspondian mejor á personas seglares que á una religiosa; el deseo de tratar y conferenciar con ciertos individuos sobre estos mismos estudios ; y en fin, la vanidad que se habia apoderado de su espíritu, sin que llegase ella casi á comprenderlo. De aquí habian nacido distracciones en la oracion mental, tibieza en algunos ejercicios espirituales, y una aficion tan grande á la lectura, que no le per-

(1) S. Mat. Cap. 14.

mitian hacer con fervor algunas de sus prácticas piadosas. ¡ Ved ahí las espinas que le impedian acercarse á Jesucristo ! Gertrudis las arrancó quitando de su alma ese apego, dejando los libros y los estudios que enmalesaban su espíritu, dedicándose con fervor á la observancia perfecta de las virtudes religiosas, y logrando de esa manera ver de nuevo á Jesucristo, y unido á su alma con tal intimidad, que llegó á decir: « *In corde Gertrudis invenietis me* (1): En el corazon de Gertrudis me encontrareis. » Lo habia transformado en jardin de recreo con tantos dones, con tantas gracias y virtudes tan singulares, que allí moraba el divino Salvador mostrando el acendrado amor con que ama á las almas, que se dedican fervorosamente á procurar su perfecta y completa renovacion.

Pero es tambien muy poderoso motivo para emprender con ardor la completa renovacion de nuestro espíritu, la necesidad que conocemos y sentimos de alejar de nosotros cuanto pueda oponerse á la perfeccion del estado, que libre y espontáneamente quisimos abrazar. Cuando Dios reconvenia á Israel por sus pecados, negligencias y tibieza en la observancia de sus santas leyes, le recordaba que era pueblo suyo, y que lo habia llamado desde regiones lejanas, para engrandecerlo y elevarlo entre todos los demas de la tierra. Esta reconvencion amorosísima del Señor ¿ cuántas lágrimas no hizo derramar á ese Israel tan ingrato y tan desconocido para con Dios, como colmado de favores y beneficios por su mano todopoderosa ? La santa Escritura nos deja ver repetidas veces (2) á ese pueblo humillado protestando al Señor fidelidad y amor para lo sucesivo,

(1) Breviar. die XV. Novemb.
(2) Libros del Exod. y Numer.

y nos deja ver tambien á ese mismo Señor protegiéndolo misericordiosamente en señal que aceptaba su arrepentimiento y sus promesas. Las personas que prefirieron servir á Dios en la estrechez de la vida religiosa, renunciando generosamente las conveniencias del mundo, son esa porcion mas favorecida que llama Dios para formar la tribu predilecta de su pueblo cristiano. Esa tribu, digo, que se distinguirá entre las demas por la fidelidad con que le sirve, por el amor con que se le consagra, y por la confianza con que pone en El todas sus esperanzas. ¿Cuánto desagrado no deben, pues, causar al alma las infidelidades de que se encuentra rea? ¿Cuánto fervor habrá de inspirarle aquel conocimiento, para aplicarse á cultivar las virtudes religiosas en su conciencia?

Conoce el alma en los ejercicios la urgente necesidad que tiene de separarse del mal camino que llevaba hasta ahora. Conoce que, alucinada por ciertas reliquias de sus antiguas pasiones que aun conserva, ha marchado de manera, que no se dirigia á su verdadera patria; á esa patria, por la cual sacrificó sus afecciones mas tiernas, sus intereses mas valiosos, sus relaciones mas amables, todo, todo sacrificó sin exceptuar su misma libertad. ¡Oh con cuánta pena mira que sus mismos pasos le han ido separando de esa patria, alejándola de esa felicidad, y poniéndola en riesgo inminente de perderse! ¡Gran Dios! Es como el caminante, que ha marchado toda la noche con gran fatiga: al rayar los primeros albores del dia reconoce que ha errado su camino, y tomado otro enteramente opuesto. ¡Cuánta es entónces la pena de su corazon, y cuán intensa la molestia que lo aflige! Su fatiga, su insomnio, sus cuidados, todo lo ve perdido; y ve todavía, lo que es peor, que despues de su penosa travesía,

se encuentra metido en un laberinto de montañas cubiertas con selvas espesísimas, cortadas por profundos despeñaderos, y pobladas de bestias feroces. Cuanto mas aumenta la luz del dia, mejor reconoce las tristes consecuencias de su error, porque ve con mayor claridad todo lo difícil y horrible de su situacion. ¿Qué hará este hombre? ¿que hará, herman.[s] mi.[s]? Sacará vigor y fuerza de su misma situacion, y resolverá volver atras inmediatamente. Nada le detendrá, desde que se ve por todas partes rodeado de peligros: volverá atras con grande empeño huyendo de éstos ántes que le ofendan y consuman. Esto nos da idea de lo que pasa en el alma que, caminando al cielo por el camino de su profesion religiosa descuidada, negligente y omisa, sigue la senda que le señala su voluntad, tan llena de faltas que desdicen de su santa profesion. La mano de Dios con esa misma misericordia que la condujo al claustro, para que allí fuese perfecta, la trae ahora á los ejercicios, para que conozca sus imperfecciones. Le da luz, esa luz que despiden las meditaciones, en que Dios le habla en el silencio de su propio interior; esa luz que despiden las instrucciones, en que siente la palabra de Jesucristo en la de sus ministros; esa luz, en fin, de los conocimientos eficaces, que se dispiertan en su propia conciencia, y conociendo con el auxilio de todo ésto, que se ha apartado del camino de la vida eterna, vuelve atras detestando lo pasado y emprendiendo un camino nuevo y enteramente contrario. Porque no hay duda que nos apartaba del camino recto, que nos señala nuestra regla, la aficion á ciertas criaturas, que nos hacen quitar á Dios parte de los cuidados que debíamos consagrarle, para dedicarlos á criaturas miserables que, aun cuando tengan cualquier título que fuese para

nuestro reconocimiento, no dejan por eso de ser criaturas, y como tales pueden muy bien servirnos de tropiezo en nuestra marcha al cielo hasta hacernos decir: *Erravimus a via veritatis*. Nos separábamos del buen camino, conservando aficion á comodidades y regalos que de ningun modo se conforman con la pobreza de la vida religiosa, y nos hacen vivir como fluctuando en medio del mar de nuestros deseos, cada vez mas exigentes para pedir conveniencias que habíamos renunciado libremente. *Erravimus a via veritatis*. Y estas mismas consideraciones, grabándose mas y mas en el entendimiento y en la voluntad del ejercitante, le hacen tomar la resolucion de separarse del mal camino que llevaba.

Su conciencia le dice ademas, que esa vida poco fervorosa, y al contrario descuidada, no fué, como debia ser, motivo de edificacion y buen ejemplo para la comunidad á que pertenece. Y ved aquí otro motivo todavía para trabajar con empeño en adquirir virtudes, á fin de ser en lo sucesivo para todas las demas personas de su misma profesion un poderoso ejemplo que les estimule á la observancia fervorosa de sus leyes, así como ántes lo fué de falta de virtud y de poco celo. Recordad, mis amad.s herman.s, de cuánto estímulo era para San Pablo pensar de qué manera habia vivido en otro tiempo persiguiendo la Iglesia de Dios (1). Queria borrar completamente todos los males que sus ejemplos hubieran causado á los prójimos; queria que todo el mundo conociese que, cuando perseguia á Cristo en su santa fé y en los que la profesaban, iba ciego y errado completamente; y por eso oid á él mismo lo que hacia: « La gracia de Dios no ha sido vana en mí, ántes he trabajado con ella

(1) A los Galat. C. 1.

copiosamente, y mas que otros (1); de manera que decian las gentes: El que ántes nos perseguia, ahora predica aquella fé que en otro tiempo combatia; y glorificaban á Dios en mí (2).» Es cierto que ninguno de nosotros por la bondad infinita de Dios habrá perseguido ni á Cristo, ni á su Iglesia, ni á su fé como San Pablo, sediento por arruinar hasta borrar cuanto no estuviese conforme con sus tradiciones de judio; mas tambien es cierto que arruinan la observancia y las virtudes de la comunidad aquellas religiosas ó religiosos, que no procuran ajustar su conducta á las leyes de su instituto; y cierto tambien, por consiguiente, que todos cuantos profesaron la vida religiosa, y decayeron despues de su fervor, dando á sus hermanos ó hermanas de profesion ejemplos de tibieza, conociendo su falta, estan obligados á reparar con su fervor y dedicacion á la virtud todas esas tibiezas y pecados pasados. Ved ahí lo que vamos á principiar y á ordenar en estos santos ejercicios. Principiemos desde luego, postrándonos humildemente delante del Señor, pidiéndole los auxilios eficaces de su gracia, á fin que con ellos podamos resolvernos en este santo retiro á vivir con tal fervor, que conservemos desde hoy mismo viva y perfecta en nuestra alma su divina imágen. Resolvámonos á marchar por el sendero que nos ha trazado nuestro adorable Redentor; ese mismo que anduvieron los Santos, y en el que lograron santificarse. Adoptemos aquellos medios eficaces que nos dan la imitacion misma de las virtudes de nuestro amoroso Redentor y la observancia de las reglas del santo instituto de nuestra profesion; y en fin, procuremos vi-

(1) Ep. I. á los Corínt. C. 15.
(2) A los Galat. C. 1.

vir penetrados de la necesidad que tenemos de renovar y hermosear mas y mas en nuestra conciencia la imágen de Dios, que se nos concedió en el bautismo, de modo que al fin de nuestra vida podamos presentarnos confiadamente delante de nuestro supremo Juez, y recibir de El la corona que nos está prometida. ¡Oh divino Jesus! haced por vuestra misericordia infinita que sean estos santos ejercicios, que principiamos en vuestro santo nombre, el medio por donde consigamos tanto bien: dadnos vuestra mano para levantarnos de nuestras tibiezas y de nuestras imperfecciones, y dádnosla tambien, despues de levantarnos, para que vivamos todo el resto de nuestra vida fieles á Vos, hasta unirnos con Vos mismo en vuestro reino. Amen.

INSTRUCCION SEGUNDA.

FIN QUE DEBE PROPONERSE TODA PERSONA QUE ABRAZA EL ESTADO RELIGIOSO.

Elegit nos ut essemus sancti.

Nos eligió para que fuésemos santos.

(Ad Ephes. Cap. 8.)

Nada hay mas grande, nada mas santo, ni nada mas digno de Dios que el fin para que crió al hombre. Los cielos, la tierra, los elementos todos parecen pequeños en su comparacion, y Dios mismo no le excede, pues no es otro ese fin, que la posesion del mismo Dios. En medio de la vasta soledad de la vida presente marchamos abriéndonos paso por entre mil obstáculos que se levantan, procurando estorbar nuestro viaje. ¿Y adónde vamos? á Dios; prófugos y desterrados de nuestra patria caminamos como el patriarca Jacob atravesando regiones que nuestra fé y nuestra caridad deben mirar como desiertas; mas la voz del cielo que percibe á cada paso nuestra fé, nos dice en el fondo de nuestra conciencia: *Ego ero merces tua magna nimis.* Alma, yo, yo mismo seré en la eternidad tu premio sobremanera grande.

Si meditamos los medios que el mismo Dios nos concede para alcanzar ese fin, no podremos ménos que bendecir su infinita providencia, porque nos coloca en el seno de su Iglesia, donde la fé nos va guiando, la esperanza alimentando y sosteniendo, y la caridad llenándonos de fervor é inspirándonos resoluciones generosas á fin de asegurar la posesion de ese fin noble, dichoso y bienaventurado, que estamos lla-

mados á gozar eternamente. Pero en este mismo destierro hace sentir en el corazon de ciertas almas generosas aquella voz infinitamente dulce y misericordiosa con que les dice: « Oye, hija, mira é inclina tu corazon, olvida tu pueblo y la casa de tus padres; porque el Rey y Señor, Dios tuyo, ha codiciado tu belleza; ven para ofrecerle como don todo lo rico y noble que posees; tu alma, tu libertad y cuanto eres, suyo es: El aceptará tu sacrificio, hará de tu corazon un trono por los siglos de los siglos, te vestirá con las virtudes, y te llenará de gloria eternamente (1). » Esta es la vocacion que siente el alma llamada por Dios á profesar la vida religiosa. Vocacion divina, porque es solamente Dios quien puede inspirarla, siendo, como enseña el Angélico Doctor, superior á la naturaleza humana degradada y viciada por la caida de nuestros primeros padres (2). Vocacion divina, repito, porque del cielo solamente pueden venir las fuerzas para sostenernos en la resolucion de cumplir lo que ofrecemos al Señor en los votos religiosos; y tambien divina, porque une la suerte de los que profesan con la del Hijo de Dios Jesucristo nuestro divino Redentor. De El es aquella voz; es El mismo quien llama á sus claustros á las almas que favorece con amor especial; á esas, digo, que desea unir á sí mas íntimamente, y enriquecer con los dones mas preciosos de su infinita caridad.

¡Oh cuántas gracias deben tributar al Señor las personas llamadas para la vida religiosa por esta voz celestial! En el seno de la Iglesia donde nos reunió el divino Redentor con los merecimientos de su pre-

(1) Salmo 44.
(2) 2.ª 2.ae quaest. 108.

ciosa sangre; de en medio de las ovejas de su rebaño que son todos los fieles, las elige para una vida mas perfecta y de mayor intimidad con El, y las coloca en el santuario de sus claustros como en un lugar seguro donde queden libres de la borrasca, en que perecen cada dia tantos cristianos en el recinto mismo de la casa del Señor.

Mas dentro de esta herencia de Jesucristo, y adonde con soberana providencia conduce El las almas colocándolas en el camino por donde llegarán con seguridad á su último fin, tambien se encuentran enemigos que pretenden extraviarnos y perdernos. Son los religiosos y las religiosas como Israel que venció ya los primeros ataques de sus mortales enemigos; pero ve aun otros nuevos y muy numerosos que necesita superar para entrar en aquella ciudad inexpugnable donde gozará paz y perfecta felicidad, y pregunta: *Quis deducet me in civitatem munitam* (1)? Así aquellos experimentando en su vida religiosa dificultades y temores, levantando al cielo continuamente su corazon, deben del mismo que los llamó obtener los recursos indispensables para llegar á la posesion de Dios, en quien tendrán cuanto ha de saciar completamente sus esperanzas y sus deseos de felicidad eterna. El recuerdo del fin que se propusieron al abrazar la vocacion religiosa, la renovacion de los propósitos fervorosos que hicieron entónces al Señor, y los arbitrios espirituales que adoptaron para conservarse fieles, repetidos nuevamente, les harán guardar sin algun detrimento el espíritu de su vocacion. Este era el pensamiento saludable que el grande abad y padre de tantos santos religiosos San Bernardo recomendaba á sus monjes

(1) Psalm. 59.

traer á la memoria de continuo, y él mismo meditaba tambien cada dia con provecho de su alma: ¿A qué he venido á la religion? ¿Qué fin me propuse al hacer los votos que debo con fidelidad guardar toda mi vida? ¿Cuáles son los medios con que entónces creí que debia contar para permanecer fiel á mi vocacion? Ved ahí lo que deben pensar continuamente cuantos religiosos y religiosas quieran conservar intacto ese fervor que les condujo hasta el altar, para ofrecer en sus aras con los votos solemnes la víctima de su propio ser; víctima de amor y gratitud tanto mas valiosa, cuanto se ofrece sin otro estímulo y sin mas esperanza que agradecer á Dios sus beneficios, y unirse con El eternamente.

Permitidme pues, mis amad.s herman.s, que yo en dos consideraciones os recuerde cuál fué el fin que debísteis proponeros al profesar el estado religioso; y cuáles los motivos que os deben estimular eficazmente á trabajar cada dia hasta conseguir ese fin.

I.

Vocacion religiosa es la inspiracion de Dios que llama á sus criaturas á vivir vida perfecta en el estado religioso (1). Tres son ordinariamente las causas que mueven á las personas que reciben esta vocacion á abrazarla y seguirla fervorosamente; y las tres suponen en el alma ardiente deseo de vivir santamente en la presente vida, para unirse en la otra eternamente con Dios (2). La primera es satisfacer por los pecados cometidos. La criatura que peca especialmente

(1) S. Thomas Disput. 4.a art. 3.

(2) S. Thomas 2.a 2.ae quaest. ult. et Ven. P. Nicol. Lancis. Opusc. de vocat.

contra la pureza, mancha su alma y su cuerpo: su alma con la mancha espiritual que afea la belleza de que la vistió la divina gracia, y su cuerpo lo mancha tambien cuando se deja vencer y arrastrar por las pasiones torpes de su propia concupiscencia. La profesion religiosa le proporciona en ambos casos medios abundantes para satisfacer á Dios cumplidamente. En cuanto al alma, por el dolor de los pecados que inspiran las meditaciones cotidianas, por la frecuente confesion que manda la regla, y por el silencio que es tan peculiar de la vida religiosa. En órden al cuerpo, por el mismo hecho de sujetarse la persona á la aspereza, á los ayunos, á las vigilias y demas mortificaciones que prescribe la regla de cada instituto, ya ofrece al Señor su propia carne como víctima que El purificará y lavará con la sangre y con las lágrimas en medio de los rigores, á que voluntariamente se somete. ¡Oh cuánto consuelo debe recibir el pobre pecador al considerar que Dios por su infinita bondad le ofrece en la religion un estado en que pueda satisfacerle del modo debido de tantas faltas, que le agobian dolorosamente con el peso enorme de su gravedad! El Padre San Gregorio el Grande cree ver un ejemplo de la satisfaccion que damos á Dios por medio de la muerte de nosotros mismos en la vida religiosa, en aquella viña de Nabot quitada á su dueño por la injusticia de Jezabel, y purificada y restituida á sus legítimos señores por la muerte de aquella usurpadora y altiva mujer (1). Nuestra alma y nuestro cuerpo, dice (2), son la viña del Señor que debe darle frutos abundantes de buenas obras; mas sucede que, seduci-

(1) Lib. III. de los Reyes C. 21.
(2) Moral. Lib. II.

dos por nuestros malos deseos, arrebatamos al Señor su viña para cosechar en ella aquellas hortalizas que han de recrear á los convidados de la impía Jezabel; es decir, á los vicios, á los pecados y á los defectos que brotan de nuestra soberbia, impureza y demas pasiones, manchando horriblemente nuestra alma y nuestro cuerpo. Dios dispuso que Jezabel precipitada de la ventana por los soldados de Jehú (1) reparase la injusticia cometida en el campo de Nabot; y cada uno entregándose al espíritu de penitencia y á las mortificaciones que ordenan las reglas del instituto que profesó, repara la injusticia cometida cuando arrebató al Señor con sus pecados la posesion de su individuo.

A dos clases de personas suele llamar Dios al estado religioso, á saber, á justos y á pecadores: á los primeros para que la malicia no corrompa su corazon, ni las vanidades, ni el soplo de los mundanos trastornen su virtud (2). Con esta especie de vocacion llama el Señor á las personas que han conservado su inocencia, á pesar de los riesgos y peligros que presenta el mundo con todas sus engañosas ilusiones. El mundo, dice la santa Escritura, no es digno de tenerlos en su seno, y Dios los toma de éste, para hacerlos numerar entre sus ángeles. Así llamó á la religion á Santo Tomás de Aquino, cuya alma jamas se manchó con ninguna especie de pecado grave, y que supo con heróica constancia triunfar de los enemigos mas terribles y de las tentaciones mas violentas á que fué sometida la pureza de su alma angelical. Así llamó al estado religioso á San Luis Gonzaga, cuya pureza elogia la Iglesia, llamándolo ángel en carne ú hombre an-

(1) Lib. IV. de los Reyes C. 9.
(2) Sabiduría C. 3.

gélico, y así tambien llamó á otros muchos Santos y Santas, en quienes se agradó sobremanera y quiso conservarlos para sí y libertarlos del hombre enemigo que hubiera pretendido sembrar en sus almas la semilla de los vicios y la inmundicia de los pecados. Estos son verdaderamente aquellos justos que David contemplaba como floridas palmas, ó como los cedros en el Líbano, que se multiplican y la mano del Señor planta para hermosear su casa y los atrios de su casa (1). Entre tantas pruebas de amor y tierna solicitud que pueden las criaturas recibir de Dios, es ésta una de las primeras y mas esmeradas (2). Equivale á entrar por la puerta que conduce rectamente al reino de los cielos; aquella puerta que con tanto ardor pedia David le fuese abierta cuando decia: « Abridme las puertas de la justicia, y entrando por ellas alabaré al Señor. Esta es la puerta del Señor; los justos entran por ella (3). » Y con razon llamamos puerta de justicia el estado religioso, porque las personas que lo abrazan, deben hacerlo impulsadas por el celo ardiente de honrar al Señor en su alma y con sus obras, aprovechándose de los medios que para este fin le presta la religion. Hemos dicho que Dios llama tambien á los pecadores para que abracen el estado religioso; y en efecto, desde el tumulto de los vicios suele sacarlos con mano paternal, enviándoles algun llamamiento extraordinario que los resuelva á renunciar á sus pecados y vida licenciosa para seguir á nuestro Señor Jesucristo por la estrecha y rigorosa del claustro. Quiere el Señor salvar esas almas, y ostentando su infinita misericordia, les hace conocer tan vivamente todos los incon-

(1) Salmo 91.
(2) S. Thomas Opusc. de vit. relig.
(3) Salmo 117.

venientes y todas las miserias de la vida disipada de los mundanos, que ningun estorbo, por fuerte y poderoso que parezca, será bastante para impedirles que la abandonen. Comprenden la suma miseria de su vida, la enormidad de sus culpas, la necesidad urgente de lavarse y purificarse de éstas, de prevenirse contra las recaidas, de fortificarse en las virtudes, de satisfacer por los pecados cometidos; y encontrando todo ésto dispuesto admirablemente en la vida religiosa, conciben deseo de abrazarla, y conociendo en las pruebas á que se someten, ser ésta misma la voluntad de Dios, la profesan con grande alegría é indescriptible fervor de su alma. De este modo fué llamado San Juan de Dios logrando vivir en su instituto de caridad con tanto rigor en la observancia de su regla, que Dios, en correspondencia del amor fervorosísimo que le profesaba su siervo, derramó sobre su alma un torrente de caridad tan ardiente y generoso, que la Iglesia nos dice haber sido mas activas las llamas de la caridad que ardia en su pecho, que las otras que consumieron su gran hospital de Granada (1). Con esta clase de vocacion llamó tambien á San Roberto, que abrazando la vida religiosa se transformó de malo y vicioso, en perfecto y santo.

De lo dicho nace, herman.s mi.s, que sean justos ó pecadores aquellos que llama el Señor para la vida religiosa, estan obligados á oir la voz divina y á aprovecharse de ella, pues de otro modo caerán en la terrible sentencia de Dios: « Te llamé y no quisiste oir mi voz; extendí mi mano, haciéndote señal para que vinieses: no miraste y despreciaste mi consejo, y descuidaste mis advertencias; yo me reiré y me burlaré de tí en tu muerte (2). » Sentencia formidable, repito, que

(1) Brev. Rom. in die VIII. Mart.
(2) Proverb. Cap. 1.

vemos de continuo cumplirse al pié de la letra en tantas almas desgraciadas, que resistieron la vocacion divina al estado religioso. Entre mil ejemplos que podria yo aducir de esta verdad bástene haceros notar la suerte tan diferente que ha cabido á los apóstoles que oyeron y corrieron presuroros tras el Maestro divino que decia á cada uno de ellos: « *Tu veni et sequere me;* tú ven y sígueme (1); » y al otro que oyendo la voz de Cristo que le ordenaba le siguiese, se entristeció (2), porque sentia dejar sus riquezas, sus posesiones, sus comodidades, y en fin, su presente felicidad. Aquellos gozan y gozarán la bienaventuranza eterna que aseguraron, siguiendo la vocacion divina: la Iglesia los venera, los encomia y propone á sus fieles los ejemplos de virtud que nos dejaron; mientras que del otro no se vuelve á hablar en el santo Evangelio, y probablemente pereció cautivo de sus mismas riquezas.

La esperanza de conseguir la felicidad eterna es otra de las causas que estimulan á los cristianos á abrazar la vida religiosa; porque, en efecto, lo prometió nuestro Señor Jesucristo cuando, diciéndole el apóstol San Pedro: « Señor, nosotros hemos dejado todas las cosas por seguirte: ¿qué premio pues nos darás? *Reliquimus omnia et secuti sumus te. Quid ergo erit nobis?* » El divino Salvador sin trepidar un instante, « Vosotros, les dijo, que habeis dejado por seguirme todas las cosas, recibireis ciento por uno, y poseereis la vida eterna (3). » Es Dios quien promete, y sus palabras no pueden faltar jamas, porque El mismo dijo que los cielos y la tierra pasarian, mas sus

(1) S. Lúcas C. 18.
(2) S. Mateo C. 19.
(3) Ibidem.

palabras habrian de cumplirse eternamente (1). Alentada el alma por la seguridad de esta promesa, desea la religion, porque en ella divisa reunida la generacion de los que buscan á Dios y á quienes fué hecha. Si un ángel, dice San Juan Crisóstomo, descendiendo del cielo hablase á los hombres, y les prometiese ciertas ventajas cuando hubiesen practicado tales ó cuales diligencias, ¿cómo no se moverian éstos con presteza á practicar lo que se les indicaba, á fin de obtener aquellos bienes, por mas que fuesen terrenos, y por consiguiente, efímeros y transitorios? Seguros de la verdad de la promesa, ni aun se les ocurriria que ésta pudiera faltar. Luego mucho ménos podremos nosotros abrigar alguna duda, cuando no son los ángeles quienes nos prometen el cielo, si voluntariamente renunciamos la tierra, y nos renunciamos tambien á nosotros mismos; sinó que es el Hijo de Dios quien, bajando del cielo y vistiendo nuestra naturaleza humana, nos promete que nos llevará á poseerlo, si dejamos todas las cosas y le seguimos en la senda que á El nos conduce (2). San Lorenzo Justiniano (3) compara el estado religioso con la escala que vió Jacob marchando por el desierto, y mediante la cual los ángeles subian y bajaban del cielo á la tierra sin encontrar en su camino ningun género de impedimento. Así sucede á los que profesan fervorosamente la vida religiosa: las ocupaciones que les señala su instituto son como gradas por las cuales suben hasta Dios, reciben sus luces y conocimientos; y vuelven á bajar por el propio conocimiento que les da su humildad, entablando de esa manera

(1) S. Mateo C. 24.
(2) Homil. in Evang.
(3) De contempt. mund.

una estrecha relacion entre el cielo y la tierra, Dios y sus criaturas, los ángeles y los hombres. Fué ésto mismo lo que declaró el Señor á su sierva Santa Catalina de Sena, haciéndole ver la vida religiosa como una nave que va dirigida hácia el cielo por el Espíritu Santo que la gobierna como piloto, asegurando á los que caminan dentro de ella que no perecerán en las tempestades y borrascas que acometen á los miserables hijos de Adan con tanta frecuencia en este valle de lágrimas (1). A pesar que todos los cristianos estamos llamados á trabajar por la posesion de ese reino de eterna bienaventuranza, no es raro, mis amad.[s] herman.[s], que lo olvidemos y que, cautivos de los encantos materiales que encuentran nuestros sentidos, no pensemos mas que en la tierra, ni nos ocupemos sinó de cuanto pertenezca á ésta. Este es uno de los arbitrios que nuestros enemigos espirituales ponen en movimiento para separarnos de nuestros verdaderos y mas importantes intereses; y este mismo es el que rompe y desbarata el cristiano fervoroso con su resolucion de seguir á Jesucristo en la vida religiosa. Ha visto la tierra cubierta de escollos, contradicciones (2) y lazos tendidos por todas partes para enredarle y hacer caer su virtud, y esa alma se ha dicho á sí misma como el profeta: « ¿ Quién me diera alas como de paloma para volar y descansar ? » Dios, oyendo sus deseos, le ha inspirado su santa vocacion á la vida religiosa, y ella correspondiendo con su obra, *Ecce elongavi fugiens,* ha dicho, *et mansi in solitudine* (3). En la soledad del claustro encuentra la luz del Espíritu Santo

(1) De div. Provid. C. 14.
(2) Salmo 54.
(3) Ibid.

que la guia á la patria de las promesas eternas; encuentra cerrada la puerta á los deseos de riquezas, de placeres y grandezas mundanas con los fuertes cerrojos de los votos de pobreza, castidad y obediencia; y encuentra en lugar dė las conversaciones que corrompen el corazon, las alabanzas del Señor que ocupan toda su atencion, pues todo cuanto habla y obra en cumplimiento de la ley santa que ha profesado, todo se dirige á engrandecer á Dios (1). Allí fervorosa alaba al Señor, dice San Agustin, cuando desempeña su oficio, le alaba cuando come y bebe, le alaba cuando descansa, y le alaba cuando duerme; como si dijese: allí se alaba al Señor en todos los ministerios que encomienda la obediencia, pues todos se ejecutan por amor á Dios y en nombre de Dios. ¡ Oh qué situacion tan feliz ! Esta era la que divisaba David en medio de los transportes de alegría que le inundaban el corazon, y sin poder contenerlos exclamaba: « Bienaventurado el pueblo que tiene estas cosas; bienaventurado el pueblo que posee al Señor su Dios: referirán la magnificencia de su santa gloria, contarán sus maravillas, rebozarán la abundancia de su suavidad, y saltarán de contento por las obras de su justicia (2). »

Mas no es raro, herman.[s] mi.[s], que sientan algunas personas ciertos movimientos pasajeros que pueden equivocarse con la vocacion, y que dejándose conducir por ellos pretendan entrar en religion cuando realmente no estan llamadas por Dios. Pueden venir estos movimientos de nuestro amor propio, de nuestra falta de reflexion ó demasiada ligereza, ó tambien á veces de nuestro apego mismo á la tierra y á sus con-

(1) S. Ligor. Verdad. Esposa Tom. I. C. 11.
(2) Salmos 143. y 144.

veniencias. Veamos cómo sucede ésto. Nuestro amor propio se resiente cuando en ciertas circunstancias de la vida experimentamos alguna repulsa dolorosa que nos humilla y abate sobremanera; principia entónces la persona humillada á mirar el mundo con disgusto y desden, le fastidia cuanto á éste pertenece, y quisiera á todo costo poder huir de su seno y no ver objeto alguno que se lo recordase. Mas habeis oido que el principio de esta repentina mutacion fué una repulsa sufrida, es decir, un enlace que se pretendia y que no se consiguió, un empleo que se solicitaba y no se obtuvo, ó una pasion que no pudo satisfacerse; y viéndose el individuo lastimado profundamente por ocurrencia semejante, vuelve sus espaldas al mundo que le despreció, y resuelve no servirle ya jamas. Dios es dueño de llamar á sus criaturas como le agrade, y si es cierto que alguna vez observamos que les hace oir su voz por caminos verdaderamente incomprensibles; no lo es ménos que en este género de movimientos que experimenta el corazon humano, ordinariamente no debemos ver sinó un sentimiento mas ó ménos durable que nace del amor propio herido profundamente. Es cierto que el principio de la conversion de San Cipriano Mártir fué no poder obtener los favores de Justina, cuya modestia y castidad le hicieron conocer la virtud del cristianismo; verdad es tambien que las risas y burlas excitadas en la muchedumbre por la caida del caballo sobre el lodo, hicieron concebir á San Telmo el designio de despreciar al mundo que lo burlaba y de buscar á Dios en la vida religiosa (1); y verdad es, en fin, que el amor propio humillado profundamente hizo resolverse á Maria Egipcíaca, así como á otras muchas personas mun-

(1) Butler, Vida de los Padres, Martires, etc. XIV. de Abril.

danas, á buscar á Dios en la soledad y en el claustro; mas éstos son llamamientos extraordinarios y acompañados tambien con gracias extraordinarias y eficaces que no dejaban duda alguna de la voluntad divina; y esos hechos no pueden servir de regla para otros movimientos análogos que pueda sentir un individuo herido y humillado en su amor propio. Cuando en estos casos, pues, se sienta deseo de entrar en el claustro, y de profesar vida religiosa, es necesario proceder con mucha madurez y circunspeccion. Es necesario abrir el corazon á un confesor sábio, prudente y experimentado; pero abrírselo de modo, que pueda registrar todo cuanto pasa en el interior, y darnos su opinion en la presencia de Dios, es decir, con toda rectitud. El despecho que causa el amor propio herido, los desaires que de otra manera han podido recibirse, las pasiones que no pudieron ser satisfechas, no son ordinariamente sinó golpes pasajeros que humillan y entristecen tambien como de paso, causando gran tumulto en la conciencia; ó como el huracan que arranca y despedaza los árboles débiles en la montaña. Mas la vocacion de Dios no es así: es el viento suave que fortalece, consuela y refrezca el espíritu que la recibe: fortalece, porque sin trastornar las almas, les comunica vigor para llevar adelante aquello que realmente les ha inspirado el Señor; consuela, porque llena de santa alegría el alma que conoce y cumple lo que Dios desea en ella; y refrezca, porque mitiga hasta apagar los arrebatos de las malas pasiones enemigos de la voluntad divina. La experiencia enseña, mis carísim.s herman.s, que las personas que sin tener vocacion entran en la Iglesia ó en el claustro, le son mas tarde ordinariamente perjudiciales; mas enseña todavía que en sus costumbres y en sus

maneras dejan notar esas mismas personas mucho que hace percibir lo defectuoso de su vocacion.

Otras veces, dije, suelen venir esos movimientos de verdadera ligereza ó falta de reflexion; y ésto sucede con aquellos, que sin conocer á fondo la vida religiosa, y juzgando tan solo por las apariencias, se mueven á pedir ser admitidos en el claustro. Yo bien sé que los superiores y confesores tienen obligacion de examinar con cuidado la vocacion de las personas que pretenden entrar en religion; pero éstas tienen todavía obligacion mas estrecha de no dejarse arrastrar de los arrebatos de la voluntad, y de meditar séria y detenidamente lo que pretenden practicar, de modo que no venga despues á servir de estorbo para salvarse, aquello mismo que creen eficaz á fin de asegurar su salvacion eterna. Nunca podré yo persuadirme que tiene vocacion para profesar vida religiosa aquel individuo que no es capaz de soportar las mortificaciones corporales ni otros cargos que supone el instituto que quiere profesar. Al contrario creeré con el Angélico Doctor Santo Tomás y con otros teólogos y regularistas, que el carecer una persona de los dotes que se necesitan para ciertos oficios, estados y ministerios en la casa del Señor, es señal de no estar llamado ese individuo, que no los tiene, para ejercerlos. Por consiguiente, la persona que no puede ayunar por la delicadeza y debilidad de su complexion; aquella que no puede resolverse á dejar á sus padres, hermanos ó parientes, y quiere estar con ellos á cada paso; y aquellas, en fin, que no se sienten con fuerza para someterse á lo que prescriben las reglas que dicen quieren abrazar; de todas éstas digo que no tienen vocacion de Dios para la vida religiosa. Las promesas que suelen hacerles de dispensa de los ayunos ó de las abstinen-

cias que mandan esas reglas; de que se les permitirá ver á menudo á los parientes; que se les concederán tales ó cuales comodidades que repugnan á los mandatos de la misma regla; todo eso, permitidme, herman.s mi.s amadísim.s, que os hable con toda la franqueza y libertad de mi santo ministerio, y os diga que, todo eso, no es mas que un lazo que les tienden la caridad mal entendida de unos, los errores que abrigan otros, y la ignorancia, en fin, de no pocos. Porque, entendedlo bien, ninguno puede con buena conciencia hacer un voto que está convencido de no poder cumplir: pretenderia néciamente engañar á la Majestad divina quien ésto hiciese, y no lograria sinó engañarse á sí mismo cometiendo un gravísimo pecado (1). Debemos rechazar en esta materia todas cuantas opiniones condena la sana teología, y concluir que esas personas no estan llamadas por Dios para el estado religioso.

Pero indiqué, finalmente, que algunas ocasiones pueden venir los deseos que nos impulsan hácia el claustro, del mismo apego que tenemos á las conveniencias de la tierra, y así pasa cada vez que se busca en la vida religiosa nada mas que un asilo contra los rigores de la pobreza á que condenan la falta de fortuna y el deseo de no trabajar en oficios pesados y molestos; por consiguiente, quien ésto hiciese, pecará gravemente. Yo no cesaré de repetir que la falta de observancia que se nota en algunas comunidades, viene de las personas que entraron en ellas sin vocacion de Dios; entraron, por consiguiente, sin espíritu de fervor, ni de sacrificio, ni de abnegacion, ni de recogimiento, y los frutos que no tardaron en dar, fueron bien amargos

(1) S. R. E. Card. Toled. S. I. in Summ. S. Thom. de Voto.

para la misma religion. Pero no disimularé, al contrario levantaré mi voz hasta donde mis fuerzas alcancen, para decir que en gran manera son responsables de este mal, delante de Dios y delante de su comunidad, aquellos prelados o preladas condescendientes que ven introducirse los desórdenes sin evitarlos y aun sin combatirlos, reprimiéndolos con los arbitrios que les señalan las mismas leyes de su instituto. Estas personas son las que á veces suelen ser calificadas de prudentes; pero su prudencia es la de este mundo que, léjos de ser virtud, es enemiga de Dios y verdadera muerte, como la llama San Pablo (1).

De todo lo dicho se deduce, herman.s mi.s, que el fin con que el cristiano abraza la vida religiosa, es únicamente buscar á Dios y asegurar su salvacion eterna. Ahora recorramos ciertos motivos que deben obrar en el alma de la persona que abrazó la vida religiosa para conservar en el claustro el fervor de su vocacion.

II.

El Padre San Bernardo hace un resúmen de esos motivos en muy pocas palabras tomadas de la santa Escritura. *In religione homo cadit rarius, surgit velocius, vivit purius, et purgatur citius* (2). La persona religiosa cae en faltas rara vez, porque es el claustro escuela de perfeccion, donde debe vivir de asiento la caridad de Jesucristo, y cada uno de los reunidos en ella han de obrar movidos por la obediencia y el amor. La vida de Jesucristo y sus conversaciones familiares todos sabemos que eran la escuela, donde

(1) A los Romanos C. 8.
(2) De bono religionis.

los apóstoles y demas discípulos de nuestro divino Salvador aprendian las virtudes cristianas desconocidas hasta entónces sobre la tierra, y la doctrina con que les explicaba la manera de practicarlas con perfeccion. Todos ellos se mostraban atentos á los ejemplos y á las palabras del divino Maestro, porque estaban penetrados, segun nos dice el Evangelio, que tenia la doctrina que conduce á los hombres á la vida eterna (1). Esto mismo podemos decir nosotros de los claustros religiosos, donde las almas que aspiran de corazon á practicar la doctrina de Jesucristo, que conduce con seguridad al reino de los cielos, se han reunido á contemplar la vida del dulce Redentor y Maestro del linaje humano, para alimentarse con sus clarísimos ejemplos de virtudes celestiales, y para ayudarse mútuamente en la árdua empresa de imitarle. Por eso es escuela de perfeccion, y en ella la primera enseñanza que reciben, es la que daba aquel mismo á sus apóstoles y á todas las gentes que acudian á escuchar sus enseñanzas. « *Discite a me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris* (2). Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y encontrareis descanso para vuestras almas. » Allí las almas robustecen su virtud alimentándose con esta santa doctrina, y fundan su edificio espiritual en la práctica de esas dos virtudes que les recomienda Jesus ántes que todas las demas, porque sirven realmente de fundamento á las otras que han de practicarse en la vida religiosa. Practican la mansedumbre llenas de amor á Dios, y se humillan obedeciendo siempre por Dios; de este modo las caidas vienen á ser raras, porque

(1) S. Juan C. 6.
(2) S. Mateo C. 11.

las almas se hacen robustas y capaces de resistir á las tentaciones del enemigo comun.

Tambien cae rara vez, porque en la imitacion de Jesucristo recibe un modelo perfecto, al que ajusta todas las acciones de su vida religiosa. Sucede en el claustro lo que pasaba con Elías, Eliseo y los otros profetas célebres del antiguo Testamento, á quienes acudian muchas personas para estudiar en sus acciones aquellas grandes virtudes que deseaban conseguir. Así es que aquellos santos varones tenian cerca de su persona á muchos jóvenes que no los perdian de vista, porque estudiaban en ellos la inteligencia de la ley divina y su observancia perfecta, el celo por la salvacion de las almas y por los intereses de Dios; se retiraban con sus maestros á los desiertos, y oraban y meditaban del mismo modo que ellos lo hacian. Las personas religiosas hacen en sus claustros lo que practicaban aquellos en el Carmelo con Elías y en Gericó con Eliseo: rodean en todas partes con el espíritu, el deseo y la voluntad á Jesucristo, lo meditan atentamente, se lo proponen como modelo, y no osan separar de El su memoria ni por un momento. ¡Feliz el alma que se acerca y medita de esta manera á Jesucristo, y graba en sí misma las santas lecciones que recibe en su escuela! Y estas lecciones no pueden ser otras que aquellas que compendiaba el Salvador cuando predicó diciendo: «Estrecho y espinoso es el camino que conduce al cielo, y los que se hacen violencia para seguirlo hasta el fin, son los que conseguirán arrebatarlo (1).» De modo que al entrar en la religion ninguna persona ha de imaginarse que en ella no tendrá combates que sostener, ni tentacio-

(1) S. Mateo CC. 7. y 11.

nes que vencer, ni peligros que correr, porque todo ésto y mucho mas ha de experimentar á ejemplo de su Maestro Jesucristo, que toleró y venció los combates y las tentaciones á que voluntariamente quiso sujetarse, y ejercitó las virtudes en las pruebas dolorosas de su pasion y muerte, queriendo enseñarnos prácticamente á ganar el cielo con las tribulaciones de la vida presente. En esta escuela, donde de esa manera se aprenden y ejercitan las virtudes, fácilmente se comprende que las caidas de los que en ella viven, serán muy raras y sin comparacion menores que las de aquellos que viven en el siglo, siempre que en los llamados á oir las enseñanzas haya deseo eficaz de aprovecharlas.

Pero, suponiendo que llegase á caer alguna persona, esa misma encontraria á la mano allí mismo medios abundantes para levantarse pronto; porque es la religion verdadera casa de refugio, donde se alcanza la perseverancia en el bien, recibiendo para ésto auxilios abundantes y eficaces: *Surgit velocius.* Se reciben en los continuos ejercicios espirituales que cumpliendo con su regla deben hacer; y éste es el riego saludable que veia el Profeta (1) hacia descender el Señor sobre su viña, y con cuyo auxilio se cubria de retoños de frondosidad admirable, y producia copiosos frutos para su dueño. Nuestras virtudes necesitan ese riego continuo: los movimientos naturales que sentimos, los propósitos que hacemos, las resoluciones que ponemos en ejecucion queriendo robustecernos en la gracia y en el ejercicio de las buenas obras, no podrán moralmente subsistir sin ese riego celestial de la oracion, de la lectura de libros pia-

(1) Jerem. Cap. 31.

dosos, de la frecuencia de la confesion y comunion, y en fin, de todo aquello que sea eficaz para fortalecernos en el amor de Dios y en la práctica de sus virtudes. En la vida religiosa se encuentra este bien, y dispuesto de tal modo para socorrer á las personas que la profesaron, que la obediencia las toma como de la mano, y las conduce en esos santos ejercicios con la frecuencia y disposiciones con que deben practicarlos. De esta manera fortalecidas sus almas llegan á transformarse en torre inexpugnable que el enemigo de todo bien no podrá nunca vencer. Así las considera el Esposo celestial, cuando ve a eas almas, á quienes desposó en la profesion religiosa, llenas de tantos auxilios que les dispensa su religion no solo para resistir y vencer las tentaciones, sinó para crecer y robustecerse en las virtudes. Como la torre de David fabricada con baluartes, así eres, dice á cada una de estas esposas suyas; ó como ejército ordenado en batalla para combatir á tus enemigos por la vigilancia suma en que vives, temiendo á cada paso sus provocaciones. Por aquí comprendereis, mis carísim.[s] herman.[s], cuán distantes estan de aprovechar la multitud de bienes espirituales que concede la religion á cada uno de los que la profesan, aquellas personas distraidas y que de todo se ocupan con preferencia á los intereses de su alma. A éstas digo con San Alfonso Maria de Ligorio (1), que esa misma distraccion bien lamentable, esas mismas faltas que cotidianamente cometen, son la causa porque en la religion no gozan ni la paz que debian esperar en su estado, ni los preciosos consuelos con que Dios tiene prometido regalar allí abundantemente. Es indispensable que nos

(1) Verdad. Esposa Tom. I. C. 5.

contraigamos á vivir con el recogimiento y fervor que pide el claustro, para que logremos los bienes que á los religiosos Dios tiene prometidos, con el fin de conservarse fieles en su servicio, hasta lograr la corona de la eterna recompensa.

Se vive tambien en la vida religiosa con mayor pureza que en cualquier otro estado. Pues Dios que eligió las almas de sus religiosos y religiosas para que estando reunidos se edifiquen mútuamente, quiere tambien que el fervor de uno se comunique y se propague por el buen ejemplo en todos los demas, de manera que las virtudes de unos estimulen á los otros. En este sentido decia San Bernardo: *In religione homo vivit purius*, que se vivia en el claustro con mayor pureza. Ademas son las casas religiosas lugar de recreacion para el Señor, como lo declaraba la Esposa de los Cantares, «símbolo bellísimo de las almas que buscan al Criador con fervorosa solicitud especialmente en la soledad de los claustros» (1). ¿Qué decia aquella Esposa en medio de su amorosa soledad? ¿Qué decia, mis amad.s herman.s? Oigámosla. «Venga mi amado á su huerto, y coma el fruto de sus manzanos: mi amado descendió á su jardin á la era de los aromas y á recoger los lirios. Asiré del amado de mi corazon, le llevaré á la casa de mi madre, y allí me enseñará. Ponme como sello sobre tu corazon, y como sello sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como la muerte, y duro como el infierno el celo (2).» De suerte que, como oís, pedia llena de confianza que bajase el amado de su alma á su huerto, porque lo tenia bien preparado para recibirlo, y estaban sus ár-

(1) A Lapid. in Cant. Cantic.
(2) Cant. Cantic. CC. 5. 6. y 8.

boles cargados de frutos en sazon con que regalarle. Así el alma que se consagra á Dios por la profesion religiosa, no teniendo objeto alguno que la distraiga de ese único que ama y á quien ha consagrado todo su ser, desea que Este habite siempre en su corazon, y para conseguirlo lo prepara cuidadosamente con nuevas virtudes cada dia. De modo que pueda decir como la otra: *Veniat dilectus meus in hortum suum.* Su huerto, dice, porque el corazon que se consagra á Dios, no puede ya tener otro dueño; su huerto, dice, porque el Señor mismo lo santificó para sí, y lo profana todo aquel que pretende arrebatárselo (1): y le ofrece frutos sazonados, abundantes y sabrosos, que son producidos por los árboles que allí cultiva y cuidadosamente conserva para recrear con ellos el gusto de su Esposo. Ved ahí, mis amad.[s] herman.[s], lo que hace esta Esposa, símbolo ó figura de vuestra alma, cuya posesion consagrásteis al Señor con vuestros votos: allí debereis cultivar los árboles de las virtudes que produzcan frutos sazonados de buenas obras; debeis limpiarlo escrupulosamente de toda maleza de afectos mundanos, porque un terreno estéril no puede producir árboles robustos y capaces de dar frutos dulces y sazonados. La voluntad pronta y eficaz de santificaros es la que os ha de esforzar á fin de emprender esta purificacion del corazon, donde ha de residir el Dueño y Señor de nuestra alma; y cuando hayais logrado conseguirlo, bien podreis llamarlo para que venga, porque El mismo os auxiliará en el trabajo de cortar y arrojar cuanto se oponga á las virtudes que debeis presentarle cuales árboles frondosos que dan frutos de vida eterna. Mas vimos la conducta

(1) S. Bernard. in Cant. Cantic.

de la Esposa figura de nuestra alma: veamos ahora la del Esposo que es Dios nuestro Señor, Esposo verdadero de las almas religiosas. Mi amado descendió á su jardin, es decir, descendió al corazon de la religiosa que trató de purificarlo arrancando de sí todas las imperfecciones y faltas que voluntariamente cometia; y fué precisamente atraido por la fragancia de las virtudes propias del estado religioso, que son los aromas que exhalan la fragancia del nardo en el retrete del Rey celestial. Entró en la era de los aromas para gozarse en la devocion recogida y fervorosa, que se deja sentir particularmente en el coro, en la oracion mental y en la santa Misa; para gozarse en la fragancia aromática que exhalan la vida pura é inocente, las castas conversaciones y el recogimiento así del alma como de los sentidos corporales; y para gozarse tambien en la mortificacion que sirve á la religiosa de verdadera guarda contra los asaltos de los que pretenden distraerla y perturbarla en el cumplimiento de sus obligaciones. Ved ahí los aromas que regocijan á este amador verdadero de los corazones, que se le consagran abnegadamente y sin reserva alguna por los votos de la profesion religiosa. Mas no paran aquí las manifestaciones de infinita caridad que dedica á éstas; se les une íntimamente por los afectos y resoluciones que les inspira, y ellas cumplirán para perfeccionarse mejor en las virtudes, por las gracias eficaces de que las llena, y por torrentes de luz celestial que les comunica y con los cuales les muestra mas claramente la intensidad del amor con que las ama, y la felicidad inefable que reportarán de corresponderle. Estas son las enseñanzas que les dará en la cámara de la caridad madre fecunda de todas las virtudes cristianas, donde las introdujo El

y nosotros entramos tambien con El y atraidos por su infinita bondad. Allí le ponemos como señal sobre nuestro corazon porque su memoria reinará en nuestra alma, y sobre nuestro brazo porque nuestras obras irán todas, aun las mas pequeñas é indiferentes, consagradas á El (1). Así es cómo Jesucristo reina en el alma que cumple con las obligaciones de la vida religiosa, preparando su corazon para que sirva de recreo al Esposo celestial que ha de visitarlo. Comprendereis hasta dónde ha de llegar por esta causa la pureza religiosa, y con cuánta razon decia aquel santo Doctor, que el alma se consagraba á Dios para vivir con mayor pureza.

Mas tambien se limpia presto: *purgatur citius*, y Dios tiene en el claustro, para las almas que profesan la vida religiosa, un fuego mas activo que aquel con que en el crisol son purificados los metales preciosos. Ese fuego son la paciencia y el silencio. La paciencia que tolera llena de resignacion todo género de males, así las enfermedades y los dolores del cuerpo, así las contradicciones y los sufrimientos morales, como las penas y aflicciones espirituales. En la escuela de Jesucristo ha aprendido esa alma que es necesario sufrir y padecer para alcanzar el reino de los cielos, y padece con alegría todos aquellos males. En silencio se los ofrece al Señor con tanto amor, que llega á desear aquellos que parecen mas duros, amargos y molestos. ¡Oh cuántos merecimientos alcanza el alma con una conducta semejante! ¡Cómo pierde los últimos residuos de su propia voluntad para dejar triunfante solo la de Dios! ¡Cómo desaparece todo cuanto quedaba aun de terreno, para que su alma viva solo para lo

(1) B. Henric. a Sus. Cam. Charit.

eterno y celestial! ¡Cuán poderosos son todos esos motivos para que á costo de cualquier sacrificio procuremos conservar todo el fervor de la profesion religiosa! Dios infinitamente bueno y misericordioso se dignó llamarnos; oísteis su voz, aceptásteis su llamamiento: necesario es conservar sin menoscabo el fervor que os acompañó al profesar la vida para la que El se dignó llamaros.

Hemos recorrido las gracias que en el estado religioso se nos dispensan; procuremos aprovecharlas con nuestra diligencia; marchemos confiados en la proteccion de Dios y en los merecimientos de su divino Hijo, y en el cumplimiento de esas mismas obligaciones encontraremos consuelos celestiales y muy abundantes contra la tristeza, fortaleza contra la debilidad, y fervor contra el cansancio que alguna vez pretendan acobardarnos en la prosecucion de nuestro camino, de manera que con seguridad llegaremos al reino de los cielos, fin verdadero y último de nuestra vocacion, y el que os deseo.

INSTRUCCION TERCERA.

SOBRE LA PERFECCION QUE EXIGE LA PROFESION RELIGIOSA.

Neminem viderunt, nisi solum Iesum.

A nadie vieron, sinó solo á Jesus.

(S. Matth. Cap. 17.)

Meditando la doctrina que contienen estas palabras del santo Evangelio, nuestra alma se encuentra como fuera de la tierra, y contemplando de cerca la gloria inefable y la grandeza infinita del Señor. Se abre delante de nuestro entendimiento la puerta de la bienaventuranza y se nos invita para que, contemplándola con fé viva, nos movamos eficazmente á trabajar hasta merecerla. Nuestra alma percibe la voz inefable de su Criador, los resplandores de su belleza, y aquella felicidad eterna de que colma á sus escogidos en premio del amor y de la fidelidad con que lo sirvieron; de modo que, como los apóstoles, se siente inclinada á desear el goce permanente de tan dichosa morada. Mas ¡ay almas! fijaos que Jesucristo ha subido solo con tres fervorosos apóstoles al monte, donde dispensa aquellos favores: ha subido solo, repito, con aquellos que se proponia favorecer, porque toda otra compañía impediria disfrutar aquel sumo bien: solo, porque ama ser objeto preferido para cuantos ha de regalar con sus bienes celestiales; y solo, en fin, porque toda alma que se contenta con poseer y servir á Dios á medias, es incapaz de recibir el torrente de sus dádivas celestiales. Todas estas santas verdades son las

que nos enseñan aquellas palabras, al decirnos que los tres apóstoles conducidos por el Salvador del mundo para ser recreados con una ligera muestra de la gloria del Señor, volviendo del éxtasis ó enajenamiento que les causó aquella vision, á nadie allí vieron, sinó solamente á Jesus. *Neminem viderunt, nisi solum Iesum.*

Porque, á la verdad, mis carísim.^s herman.^s, no concede Dios sus gracias y beneficios especiales, sinó cuando el alma, que debe recibirlos, se encuentra completamente desprendida de los afectos, que la ligaban á la tierra y á las criaturas, y preparada de ese modo para recibir los dones del Señor. Es el religioso ó la religiosa en ese caso aquel Abraham, á quien Dios va á constituir patriarca de un gran pueblo, el mas célebre y famoso de todos los de la tierra, y del que nacerá el Salvador de los hombres; mas para concederle tantas y tan esclarecidas bendiciones, lo manda salir del seno de su patria, abandonar el suelo de su nacimiento, renunciar á sus amigos y parientes, y marchar á la tierra que esa misma voz omnipotente y eterna habria de mostrarle (1). ¿Y porqué impone el Señor tanto sacrificio á ese hombre justo? Porque en su persona nos figuraba la obediencia á Dios, el desprendimiento del mundo, y en una palabra, la perfeccion que busca en las almas, con quienes ha de comunicarse estrechamente, y sobre las cuales derramará sus dones con mayor abundancia. Esta misma conducta observa con Moises (2), figura de las almas fieles á Dios, y cuya mansedumbre, paciencia y celo por los intereses divinos, el Señor mismo se dignó elogiar. « Des-

(1) Genes. C. 12.
(2) Exod. C. 3.

calza, le dice, tus piés ántes de acercarte á mí. » ¿Y porqué? Porque las sandalias que llevaba son figura de las aficiones terrenas, y Dios lo queria desnudo y completamente libre de todas éstas, ántes de revelarle su propósito de rescatar á su pueblo de Israel, haciéndolo caudillo de esta empresa. Lo queria perfecto, y significaba esta perfeccion en hacerlo desnudarse de lo que es figura de los afectos y de las relaciones, que ordinariamente nos imperfeccionan. Lo que Dios exigia en Abraham y en Moises, es lo mismo que busca en todas las almas que profesan vida religiosa, á saber, que se desnuden completamente de cuanto imperfeccione su virtud, y las haga desmerecer delante del Señor. Las quiere perfectas en su vocacion, y de tal manera perfectas, que nada se encuentre en ellas que pueda servir de obstáculo á los dones, que el Señor quiera dispensarles. Por esta misma razon quiere tambien que las almas llamadas á esta perfeccion la deseen y procuren por todos los arbitrios, que para ello se les señalan; y debo añadir, que la deseen con celo y esfuerzo, porque tienen muchos enemigos empeñados en que no la alcancen. Levantemos, mis amad.s herman.s, levantemos nuestro entendimiento y nuestra voluntad continuamente á Jesucristo, como los apóstoles afortunados que merecieron verlo transfigurado; pero levantémoslo solo y sin peso ó carga alguna, que le impida moverse con presteza y voluntad, y estemos seguros de conseguir lo que deseamos. Nuestros enemigos espirituales no tienen fuerza para hacernos mal, cuando los conocemos y procuramos vivir preparados para combatirlos, resistirlos y rechazarlos. Este es, pues, nuestro deber, y permitidme por eso que os diga en la presente instruccion, primero, en qué consiste la perfeccion religiosa, que debe procurar el que abrazó y profesó la

vida del claustro, y cuáles son los medios por donde lograremos alcanzarla fácilmente; y que luego os señale aquellos enemigos empeñados en combatir nuestra resolucion, y tambien las armas con que los hemos de vencer. Estas son las dos reflexiones, con que se instruirá mi propio espíritu, é instruiré tambien el vuestro. Quiera el Señor concederme las luces de que necesito, de manera que en materia de tanto interes hable con el debido acierto. Socorredme vos, Madre y Abogada particular de las almas que desean la perfeccion religiosa; socorredme, á fin que logre mover aquellas voluntades que no habrán marchado siempre conformes con lo que les exige el amor á vuestro divino Hijo y su propio aprovechamiento, á fin que conociendo todos la senda que nos tiene señalada, logremos, marchando por ella, perfeccionarnos aquí en la tierra, y reinar con El eternamente.

I.

Escribiendo el Apóstol de las gentes á los primeros cristianos, les exigia vivir con tal santidad, que pudiesen llamarse imitadores de Jesucristo y parecidos á Este; y tan parecidos, que Jesucristo puesto en medio de ellos, pudiese ser tenido como el mayor entre muchos hermanos. *Primogenitus in multis fratribus* (1). Y si tanto pretendia de las gentes que viven en el siglo y no abandonaron el mundo, ¿cuál será lo que pide su estado religioso á las personas que lo profesaron? Les pide que vivan con perfeccion, mis carísim.[s] herman.[s]; y como nota San Francisco de Sales, esta perfeccion es relativa con el estado en que vive cada cristiano: siendo el estado religioso por su naturale-

(1) A los Romanos C. 8.

za mucho mas perfecto que el de los que viven cristianamente en el mundo, su perfeccion debe, por consiguiente, ser tambien mucho mayor.

La perfeccion sustancial de la vida cristiana consiste, segun el Angélico Doctor Santo Tomás, en la caridad y en el ejercicio de sus dos preceptos, de amar á Dios y amar al prójimo (1). Mas la de la vida religiosa añade á esta perfeccion cristiana todavía la plena y absoluta conformidad de la propia voluntad con la de Dios, mortificando con este fin hasta vencer cada uno á su propio individuo. Por los votos religiosos se constituye el cristiano en estado de perfeccion, quedando desde entónces obligado á pretenderla y á buscarla por los mismos medios que le señala su instituto. No está obligada la persona religiosa, es cierto, á ser perfecta desde que hace los votos; pero sí queda obligada á pretender y procurar esa perfeccion. Obligada, repito, á practicar todas aquellas diligencias, que le señalan las reglas de su religion, á fin de llegar á ser perfecta. De modo que, como advierte aquel santo Doctor, el religioso ó religiosa que despreciase estos medios, que la conducen á ser perfecta, pecaria gravemente (2), porque despreciaria en ellos los elementos que Dios le señala para conseguir su perfeccion y santificacion. En este sentido fué en el que hablando un santo abad á su novicio le dijo: « No pienses ser pecado ligero el que comete quien, habiendo profesado la perfeccion, ejecuta cosas imperfectas, no haciendo caso de lo que prometió á Dios. Esto es despreciar su profesion, volverse con el corazon á Egipto, y volver atras, sin hacer caso del arado que tiene en la mano. »

(1) 2.ª 2.ªᵉ quaest. 184.
(2) Ibid. quaest. 186.

« La vida religiosa, dice un sábio y venerable escritor (1), es como una escalera de perfeccion, cuyas gradas son los votos y los demas ejercicios de virtud que se ordenan en las reglas; y así como la escalera no se hace para que alguno se quede parado en ella, sinó para subir y bajar continuamente; así tambien en la religion siempre se ejercitan las virtudes, con las que se sube y se baja, segun el fervor y caridad con que se practican. Sucede lo que vió Jacob en sueños en aquella otra escala: por ella subian y bajaban los ángeles del cielo á la tierra; pero ninguno estaba sentado, ninguno reposando, ni ménos dormido, sinó todos en movimiento. Así las personas religiosas caminan siempre adelante con el deseo de aprovechar: suben con el ejercicio de la oracion, y bajan con el de la humildad y mortificacion, pero todo ésto es crecer delante del Señor. » De modo que, segun lo que dejamos dicho, la perfeccion religiosa, prácticamente hablando, consiste en ajustar las acciones á la regla que se ha profesado, de tal manera que se encuentren conformes con ella en todas las cosas. Así como un edificio se llama perfecto, cuando está constituido segun las reglas de la arquitectura; un retrato se dice perfecto, cuando el pincel ha sabido expresar bien la semejanza con su original; y una obra, en fin, se llama tambien perfecta, porque tiene semejanza con aquel objeto que representa; del mismo modo, herman.[s] mi.[s], diremos con razon que son perfectos los religiosos ó las religiosas, que trabajan por ajustar sus acciones á las reglas de su instituto, logrando con sus esfuerzos, ayudados de la divina gracia, sobreponerse á su débil condicion, contando con los auxilios divinos en to-

(1) Ven. P. Luis de la Puente Trat. VI. C. 1.

das partes. Esto es, prácticamente hablando, lo que llamamos perfeccion religiosa.

El primer medio para conseguir esta perfeccion, es desearla eficazmente; porque vanos serán todos los otros esfuerzos que hiciéremos, sinó se apoyan en el deseo eficaz que tenemos de ser perfectos. Este deseo por una parte da fortaleza al alma para marchar sin fatiga por el camino penoso que conduce á la perfeccion, mientras que por otra endulza las penas que por esta causa se sufren. Podemos considerar con San Francisco de Sales (1) la perfeccion como un gran monte, en cuya eminencia está escondido un tesoro, que lo hará suyo aquel que logre subir y desenterrarlo. Es claro, dice el Santo, que todos los que, llegando al pié del monte, rehusan subir, no lo obtendrán, porque no quisieron hacer aquellas diligencias que eran indispensables para conseguirlo; y al contrario, logrará ese tesoro aquel que á fuerza de fatiga repecha el monte, y llegando á sus alturas lo desentierra y lo lleva consigo. Así sucede con el tesoro de la perfeccion religiosa: la persona que trabaja y se fatiga animada por el deseo vivo y eficaz de conseguirla, esa la alcanza, y esa gozará tambien los frutos de paz y de santidad, que traerá á su alma; mas el religioso ó religiosa, que permanezca en la inaccion ó en la tibieza, esos no la conseguirán, porque no ponen el medio primero y mas eficaz que deben, cual es el deseo de conseguirla. David tenia este deseo cuando decia: « ¿Quién me diera alas como de paloma, y volaré (2)? » Tan activo era, dice San Alfonso Maria de Ligorio, su deseo de volar hácia Dios, que pedia alas para co-

(1) Entretien espirit.
(2) Salmo 54.

rrer ligero y sin descanso. Los santos deseos son esas alas, con que las almas fervorosas vuelan al monte de la perfeccion, donde encuentran la paz que nunca habian podido hallar en el mundo (1). Este deseo debe ser tan grande, escribe Santa Teresa de Jesus, que ha de vencer todos los inconvenientes y tropiezos, que podamos encontrar en nuestro camino; pues, si es débil y flaco, el primer obstáculo que se nos presente, lo hará desfallecer. Mas al contrario, si es robusto, esos mismos tropiezos, que encontraremos, enardecerán mas y mas nuestra voluntad, darán mayor constancia y fortaleza á nuestra resolucion, y nos confirmarán en el propósito de ser perfectos á costo de cualquier sacrificio. Muchas personas hay que hablan continuamente de perfeccion, y con palabras ostentan una voluntad pronta á sacrificarse á fin de conseguirla; mas lleguemos á buscar las obras que han de probar la verdad y realidad del deseo que dicen tener; ¡ cuán diferente encontramos lo que pasa, de aquello que aparece! Esas personas son incapaces de hacer siquiera algun sacrificio pequeñísimo para vencer su propia voluntad; saltan cuando sienten herido su amor propio; se quejan amargamente de los superiores, cuando se les carga de ocupaciones mas que á otros individuos de la comunidad; y en fin, en todas sus obras se dejan ver muy distantes de procurar sincéra y eficazmente la perfeccion religiosa. Ninguna, pues, de éstas la conseguirá, porque su deseo no es verdadero, ni ménos es grande ni esforzado como se necesita. Ademas los que desean realmente la perfeccion, caminan siempre adelante y sin parar. Son, dice el Venerable Padre Luis de la Puente (2), como aquellos misteriosos animales que vió

(1) Verdad. Esposa Tom. I. C. 4.
(2) Trat. de la Prof. relig. C. 1.

el profeta Exequiel, que marchaban siempre avanzando, y jamas volvian atras en su carrera, ni suspendian ésta para descansar de su fatiga. Así el religioso ó la religiosa, que se ha propuesto como fin de sus obras unirse á Dios, siempre camina tambien rectamente buscando al Señor en la ejecucion de lo que manda su santo instituto; procura cada dia hacerlo con mayor perfeccion, y nunca volver atras ejecutándolo con tibieza, ú omitiéndolo por negligencia. No mira esa alma sinó á Dios, y viéndolo con los ojos del entendimiento constantemente delante de sí, corre por llegar á El deseando abrazarlo con fervor; y como sabe que no hay otra manera de conseguirlo, sinó obrar con celo y sinceridad en la ejecucion de lo que mandan sus reglas, ni otro camino que el que trazan á la religiosa ó religioso estas mismas; se dedica á seguir éste, y á obrar con la mas estrecha conformidad con aquellas. No se detiene, porque advierte que pararse en la senda espiritual es perder camino, es volver atras, como predicaba San Agustin (1), es obrar con negligencia en lo que ordena el Señor, y mostrarse muy descuidado en el primero y mas importante de los encargos que tiene hechos á las almas, con quienes se desposó por la profesion religiosa, á saber, el de su perfeccion espiritual.

A este gran deseo de alcanzar la perfeccion debe unirse, mis amad.[s] herman.[s], la soledad de nuestro corazon, que consiste en el desprendimiento de los deseos y de las aficiones de la tierra, que ordinariamente distraen ó entibian nuestras mas fervorosas resoluciones. Es cierto que las personas, que viven consagradas á Dios en el estado religioso, abandonaron el mundo,

(1) Serm. de temp.

y cortaron con él todas las relaciones que eran perjudiciales á su vida de abnegacion; pero tambien lo es que no siempre cortamos esos lazos del todo y completamente, de modo que podamos decir que nos encontramos libres de la tierra, y que nuestro trato es tan solo con el cielo (1). Lo mas comun es, mis herman.s, que las personas religiosas, despues de hacer sus votos, siguen experimentando violentos ataques de ese mismo mundo vencido, y que hace esfuerzos por recuperar el imperio de ese corazon y de esa voluntad que ha perdido: aquellas, por consiguiente, deben vivir muy prevenidas para resistirlos. A la soledad exterior, en que las coloca la clausura mas ó ménos rigorosa segun la profesa cada instituto, ha de acompañar la soledad del corazon, que se nos representa vivísimamente en aquellas palabras del santo Evangelio, que nos dejan ver á los apóstoles vueltos sobre sí de la impresion profunda que les causó la transfiguracion de su Maestro. Abriendo sus ojos á la voz de Jesus que les habla, y esperando, quizá, ver de nuevo la nube clarísima, la luz resplandeciente, y á Moises y á Elías, *neminem viderunt, nisi solum Iesum;* nada, nada vieron, sinó solamente á Jesus. Así la persona que profesó el estado religioso, y quiere alcanzar la perfeccion propia de éste, se empeña en mantener su corazon libre de todo objeto que pueda causarle perturbaciones, inquietudes, distracciones, y en fin, levantarle cualquier género de tropiezo en su conciencia, que le impida comunicarse derechamente con Dios. Aprende del profeta David, que ha cortado mediante la proteccion divina los lazos que le ataban á la tierra, y ha volado á la soledad, y quiere en ésta habitar solitario como el ave en su agujero del techo.

(1) A los Filip. C. 3.

Factus sum sicut passer solitarius in tecto (1). Se compara el santo Profeta Rey á la avecita solitaria, porque ama ésta la completa soledad, de tal manera que no deja oir su canto dulcísimo, sinó cuando, habiendo ántes dirigido á todas partes sus miradas, se convence de encontrarse enteramente sola. Entónces es cuando canta, porque su soledad la regocija y le da la felicidad de que es capaz. El alma, segun esta comparacion del Profeta, tendrá soledad perfecta, cuando se vea libre de toda ocupacion ó ministerio, que perturbe ó distraiga su atencion de Dios, ó de aquello que pertenece á Dios; tendrá soledad, cuando procure mantenerse apartada del trato de los mundanos, de los seglares, y de todo cuanto está en contacto estrecho con el mundo; y conservará, en fin, la soledad, siempre que procure vivir sin ocuparse en otros ministerios, que en aquellos que sean conformes con la perfeccion de la vida religiosa. ¡Dios solo! Ved ahí lo que ha de ver el alma en todos los lugares, en todas las ocupaciones y en todos los negocios, sin que nada pueda haber que la distraiga; Dios solo quien pueda saciarla, hasta satisfacerla completamente; y Dios solo, en fin, el objeto por que esa alma gemirá y suspirará como David, porque se mira infeliz todo el tiempo que demore la íntima é indisoluble union que viene buscando por el camino de la perfeccion.

Se equivocan desgraciadamente las personas religiosas que creen caminar de un modo seguro á la perfeccion de su estado, mientras conservan todavía arraigadas ciertas aficiones y amistades, que estan demostrando hasta qué grado tienen su corazon apegado aun á las criaturas, y viven llenas de anhelo por los

(1) Psalm. 101.

miserables intereses y comodidades de la vida presente, que estan muy léjos de armonizarse con las virtudes que pide la profesion religiosa. Entiendan tales almas que no podrán conseguir marchar á la perfeccion que les exige su estado, sin que hayan superado ántes todas esas aficiones y todos esos deseos, y despojado su corazon de todo género de afecto de este mundo, de modo que puesto delante del Señor pueda repetir en medio de su soledad : *Factus sum sicut passer solitarius in tecto.* Acompañadas de esa manera por Dios, huyen en todas partes todo cuanto pueda desagradarle. ¿Y qué cosa es lo que desagrada al Señor, herman.s mi.s? Nada tanto como la culpa ; nada tanto como las ocasiones voluntarias que arrastran á cometerla , y de las que no se apartan aquellos que se llaman sus amigos, y voluntariamente se consagraron á su servicio ; y nada tanto , en fin , como perseverar en la tibieza , en la negligencia y en la inaccion para las obras que contribuyen á realzar su gloria en medio de sus criaturas. Por consiguiente, si amais de veras la perfeccion religiosa , y estais en disposicion de emprender sacrificios por alcanzarla, uno de vuestros primeros cuidados debe ser huir escrupulosamente de todo lo que puede desagradar al Señor. La persona que huye de esta manera de los pecados , trata por otra parte de hacer con prontitud lo que sea agradable delante del Señor; y no trata de hacerlo de cualquier modo, sinó con toda la presteza y exactitud que le es posible. Pone atento su oido como David para escuchar lo que Dios se digna hablarle (1); y apenas ha conocido su voz misericordiosa, cuando trata de ejecutarla escrupulosamente. En esta ejecucion ninguna cosa podrá detenerla:

(1) Salmo 84.

ha oido la voz del que ama su corazon, y como la otra de los Cantares (1), se levanta con presteza para realizar lo que se ha dignado decirle. ¡Ah! mis amad.s herman.s, con razon dice la santa Escritura que el amor no sufre tardanza (2), y que es fuerte como la muerte (3); porque cuando un alma ama á Díos con caridad verdadera, á toda costa, y aun cuando fuese con peligro de su misma vida, hará lo que Dios le ordena, bajo pena que de no hacerlo dejará de amar á Dios y de servirle como debe.

Pero mas adelante pasa todavía esa alma que desea llegar á la perfeccion en la vida religiosa: no se contenta con hacer bien todas las cosas que son agradables al Señor, sinó que se propone tambien llevar con alegría y ánimo tranquilo todo cuanto desagrade á nuestro amor propio. Esta pasion es la última que muere en el corazon humano, decia San Francisco de Sales (4), la que hace en perjuicio nuestro mayores esfuerzos, para impedirnos que lleguemos á ser perfectos, y la que tambien nos retiene con cadenas mas fuertes y pesadas en el estado de tibieza y de imperfeccion. Necesario es tratar de vencer á ese enemigo y de cortar sus cadenas, aunque fuese haciendo para ello cualquier sacrificio. Esto es lo que se propone el religioso ó la religiosa, determinando no solo no hacer caso de las sugestiones y artificios de ese enemigo temible, sinó tambien soportar con alegría espiritual las molestias, que en la ejecucion de tal propósito pudiesen sobrevenirle. Porque sabemos que en todos los estados, por perfectos que sean, encuentra á

(1) Cant. Cantic. C. 8.
(2) I. á los Corínt. C. 13.
(3) Cant. Cantic. C. 8.
(4) Práctic. del amor Divin.

menudo mil molestias el cristiano que quiere conformar su vida con la de nuestro divino Maestro Jesucristo, permitiéndolo así Este, para que sean tanto mas meritorias nuestras virtudes, cuanto mayor pena sintiésemos para practicarlas. En una comunidad sucede á veces que, habiendo reunidas muchas personas, si alguna de éstas se distingue por obras mas fervorosas, ó por su observancia mas estrecha de la regla, ó en fin, por cualquier otro motivo que deja ver su virtud mas adelantada; eso mismo que para todos los demas individuos de la comunidad debia ser motivo de edificacion y de estímulo para progresar en las virtudes religiosas, suele acarrear verdaderas amarguras á las almas fervorosas, de manera que necesitan armarse de mucha fortaleza, para llevar con alegría los dichos picantes de unas personas, la mala voluntad de otras, y las contradicciones imprudentes de no pocas. Dios premia de esa manera á las almas que triunfan en los combates contra su amor propio; porque es, á la verdad, premio óptimo y copioso recibir gracias abundantes, que conservan alegre el ánimo en medio de tantos sufrimientos. Guardar silencio cuando escuchamos las palabras que nos punzan y mortifican, y mantener la paz del corazon cuando notamos que se trata sistemáticamente de humillarnos y despreciarnos, son verdaderos premios que Dios, y solamente Dios puede conceder, mis amad.[s] herman.[s], y es cabalmente aquel que promete en el santo Evangelio, cuando nos dice: « Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y encontrareis descanso para vuestras almas (1). » Y este premio será todavía mucho mas copioso, si el religioso ó religiosa, mortificado y humillado de esa

(1) S. Mateo C. 11.

manera, bendice en su corazon á aquellas mismas personas que le hacen sufrir, y procura aliviarlas y servirlas en los oficios de la comunidad, y en cuanto mas estuviese á su alcance.

Para que estas victorias, con que las personas consagradas á Dios por la profesion religiosa vencen á los enemigos que tratan de impedir su perfeccion, dejen un fruto durable, contribuirán mucho dos diligencias, que nos recomiendan San Francisco de Sales y los Venerables Padres Luis de la Puente, Luis de Granada y otros maestros tan experimentados como éstos en la vida espiritual, á saber: hacer diariamente el exámen prolijo de nuestros defectos y omisiones, y no tan solo de aquellas faltas, que por su carácter especial repugnan á la perfeccion de nuestro estado, y por lo mismo tambien punzan y mortifican nuestra conciencia como aguja penetrante, segun decia San Francisco de Sales (1); sinó aun de aquellas mas pequeñas, que fácilmente se deslizan en nuestras obras, en nuestras palabras y en nuestros afectos, sin que lleguemos en muchas ocasiones á conocerlo de pronto. Necesitamos por eso hacer la autopsia de nuestra conciencia á menudo cada dia, para que conociendo esas faltas y el orígen de donde nacen, procuremos evitarlas con gran cuidado. En todas las reglas que profesan los diversos institutos religiosos, está mandado que se haga este exámen con mayor ó menor rigor, y ésta es una prueba de la importancia que tiene para contribuir á que alcancen la perfeccion aquellos que sincéramente lo pretenden. « Las esposas del mundo, dice San Alfonso Maria de Ligorio, pasan horas enteras delante del espejo aderezándose: la esposa de

(1) Opusc. espirit. sobre la práct. de. virt.

Jesucristo, que es toda alma que se le dedica por los votos religiosos, debe á lo ménos dos veces al dia ponerse en la presencia de Dios, para pulirse y aderezarse, de modo que el Esposo celestial, encontrándola pura y hermosa, habite en ella gustosamente (1).» Traed, pues, á vuestra memoria hasta esos mas ligeros defectos de cada dia; esos defectos, digo, que suelen pasar desapercibidos, como pereza para levantarse pronto al toque de la campana; falta de prontitud en obedecer á los mandatos de los superiores, que no estan conformes con vuestro genio ó con vuestras opiniones; falta de paciencia para soportar las imprudencias de algunos individuos; ciertos deseos que inspira la vanidad; ciertas conversaciones inútiles; poca mortificacion en la comida y en la bebida; y en fin, tantos otros que solamente los encontrareis entrando prolijamente dentro de vosotros mismos. Y en fin, pensemos cotidianamente para animarnos en nuestro camino; pensemos, repito, en el fin que nos propusimos viniendo á golpear las puertas del convento ó monasterio, para pedir ser admitidos: pensemos que cuando allí nos llevó la caridad divina, llenos de los impulsos generosos, que nos conducian hácia Dios, todo queríamos soportar por su amor, sin que nada encontrásemos imposible, sinó al contrario muy hacedero y aun ligero para su amor. Renovemos este deseo, renovando tambien nuestras resoluciones, y entónces los pasos que daremos hácia la perfeccion, vendrán á ser en cada individuo seguramente coronados por el éxito saludable que les depara la divina misericordia. Mas ya que hemos visto los principales medios de que ha de aprovecharse cada cual para conseguir su perfeccion

(1) Verdad. Espos. Tom. II. Cap. 24.

en la vida religiosa, veamos tambien los enemigos que necesita combatir con valor y constancia, hasta conseguir el fin que se propone.

II.

El primero de estos enemigos es el respeto humano; así es como se llaman aquellas consideraciones que guardamos al mundo, aun cuando ya lo hemos abandonado. Mas sea por la debilidad de esta misma resolucion, ó sea porque nuestra inclinacion todavía nos liga con la tierra y con las criaturas, le conservamos esa especie de respeto, que San Bernardo no dudó calificar de uno de los enemigos mas perjudiciales de nuestro aprovechamiento espiritual (1). El es el verdadero mundo que se mueve y se agita cerca de nosotros, procurando intervenir en todas nuestras obras; y aun cuando lo hayamos vencido ántes tantas ocasiones, no nos abandona, sinó que solamente se aleja despues de sus derrotas. Penetra aun en los lugares mas santos, é inspira cobardía á veces, aun á las personas mas celosas de la gloria del Señor. Por esta razon aquella grande alma, que despreció verdaderamente al mundo con todas sus pompas y riquezas; aquel modelo primero de príncipes cristianos, y despues de religiosos fervorosos y santos, San Francisco de Borja, al resolverse á abrazar la vida religiosa, se resolvió juntamente á prescindir por completo de los respetos humanos y dichos del mundo, enseñando de esa manera con su ejemplo, que cuando nos determinamos á seguir á nuestro Señor Jesucristo, ningun aprecio ha de merecernos todo cuanto este mundo, enemi-

(1) Lib. III. de Consider.

go de Cristo y de sus obras, pueda decir calificando nuestra conducta. Sí, califiquen las personas ménos observantes, que son en cada religion y en cada convento los que representan al mundo; califiquen, digo, vuestras acciones como quieran; que os llamen con los apodos que quieran; que os traten como quieran; nada de eso debe retraeros para llenar vuestras obligaciones religiosas al pié de la letra, ni para llenarlas con celo y prontitud cabal. Ahí está vuestra victoria sobre el respeto humano: victoria de la cual pende en gran parte que podais arrivar á la perfeccion religiosa. Vencereis con seguridad á este enemigo, si os proponeis tener por único móvil de todos vuestros afanes, pensamientos y deseos dar gloria á Dios nuestro Señor, hacer todas las cosas solo por El, y no separaros jamas ni por un momento de su divina presencia. ¿Quién hay, Señor, semejante á Vos? digamos de continuo en el fondo de nuestra propia alma; ¿y qué son aquellos que piensan defraudar vuestra gloria (1)? ¡Ah! nada son las criaturas, por grandes y dignas de respeto que nos parezcan, y de ningun modo deben ser causa para impedirnos que hagamos fielmente todo cuanto debemos con aquella perfeccion, que la grandeza de Dios y el amor que le debemos nos lo exigen. Vos sois, Señor, el único á quien debo amar y respetar, digámosle con San Francisco de Sales, y por Vos mil veces despreciaré al mundo, y despreciaré tambien á las criaturas que sean causa para que deje yo de amaros con la perfeccion que Vos mereceis, hasta donde la debilidad de mi condicion me lo permita.

Mas no son los respetos humanos el único enemigo que combate la resolucion de las almas religiosas,

(1) Salmos 34. y 70.

que tratan de perfeccionarse en la práctica de las virtudes de la vida del claustro. La notoria relajacion que se presenta ya abiertamente en algunos individuos, ya encubierta y disfrazada en otros, siempre es enemigo encarnizado de la observancia regular. Se presenta abiertamente en aquellos religiosos ó religiosas, que no cuidan la observancia de sus reglas, y amando su comodidad, su regalo, sus defectos y aun sus vicios (permitidme que hable con franqueza, ya que para ello no tengo otro móvil que la gloria del Señor), no se retraen de dar á sus hermanos ese continuo mal ejemplo, que resulta de sus negligencias para asistir á los actos de comunidad, de su tibieza en los ejercicios de piedad, y de su distraccion que aparece clara y manifiestamente en todas las acciones y ocupaciones de su vida religiosa. Estas personas son aquellas, de quienes dijo el Señor á su siervo el bienaventurado Henrique de Suson, que vivian en peligro inminente de perderse; porque se esfuerzan en creer que pueden servir á Dios y á sus sentidos, lo que apenas es posible, y perseverar así en gracia de Dios que es cosa muy difícil (1). Estas personas no reflexionan sobre su estado, y al contrario parece que quisiesen alejar de sí todo cuanto pueda contribuir á hacerles conocer su triste situacion espiritual. La parte fervorosa de la comunidad ve en ellas una causa de distraccion; las personas jóvenes y principiantes la ven de mal ejemplo, y aquellas otras que se les asemejan en su tibieza y falta de disciplina, murmuran de continuo su notoria inobservancia. Mas dije que habia otros que cubrian su relajacion con ciertos colores, que aparentemente la disimulan: tales son los que sostienen en las comuni-

(1) In eius vita.

dades ciertas opiniones absurdas, con que se empeñan por legitimar los abusos introducidos con perjuicio de la disciplina regular. De modo que segun éstos la observancia de las leyes mas venerables de sus santos fundadores han caido en desuso, ó hablando con mas propiedad, han cedido su lugar á los abusos que introdujerón ordinariamente hombres tan poco amantes de la disciplina de su instituto, como faltos de celo y de vigor para guardarla. Mas á las personas religiosas que, para no observar las reglas de su instituto, se apoyan en los abusos introducidos en la comunidad, les diremos con el Angélico Doctor Santo Tomás, que los abusos no son ley, sinó al contrario los enemigos de la ley. Por consiguiente, los que profesaron observar la ley, profesaron tambien condenar los abusos como que son opuestos á la ley (1). Guardad la ley, herman.[s] mi.[s], guardad la ley; observadla cuidadosamente, ya que á su observancia ha vinculado el Señor la perfeccion religiosa. Condenad con vuestra conducta todo género de relajacion introducida sea abiertamente, sea simuladamente contra la observancia de vuestras santas leyes; y con todas las fuerzas de que sois capaces, procurad que sean arrancados todos los abusos que las contradicen.

No es ménos perjudicial para la perfeccion religiosa en una comunidad la falta de celo que suelen demostrar los que la gobiernan. A esta falta de celo se debe que se introduzcan aquellos abusos, que van poco á poco arruinando la disciplina en las comunidades mas observantes, hasta introducir la mas notoria y repugnante relajacion. Si los prelados ó preladas tienen celo de Dios, « serán, dice San Bernardo, las

(1) Opusc. de vita relig. La misma doct. ve en el Card. Cajet. y Suarez.

centinelas que vigilen constantemente para que no se menoscabe ni se extinga la luz de la caridad encendida en el corazon de cada individuo, y que se mantiene con la observancia de las leyes (1). » Lo que mas hace sufrir á la observancia en las comunidades, decia San Alfonso Maria de Ligorio (2), es la condescendencia y descuido de las personas que las gobiernan, y que cierran los ojos para no ver, y los oidos para no oir los abusos y las faltas de observancia que se introducen. Es la primera obligacion de los superiores velar siempre, á fin que por su descuido no sufra la disciplina de la comunidad. Los que tienen cada dia y aun cada hora delante de sus ojos las faltas que se cometen contra la regla, y las ofensas que se hacen á los votos, no pueden ménos que vivir mortificados por esos malos ejemplos, y experimentando continuamente su efecto, de suerte que muchas ocasiones les incita á imitarlos. De esa manera las almas mas fervorosas poco á poco decaen de su espíritu, y las mas ardientes sienten apagarse insensiblemente el fuego de su caridad. Esas personas sin espíritu religioso, sin abnegacion, y lo que es peor, sin conocimiento suficiente de sus deberes, vivirán sin embargo muy tranquilas, mientras que á sus piés sus propias obras estan abriendo el abismo, donde serán castigadas por Dios su falta de celo por la observancia de sus reglas, y su descuido en velar por la disciplina de la vida religiosa.

Otras, sin dejar de tener voluntad para observar la regla que profesaron, quieren sin embargo hacerlo á su manera, y no conformarse con lo que han hecho

(1) Serm. in Cant. Cantic.
(2) Verdad. Espos. Tom. II. C. 23.

y hacen las personas instruidas en sus obligaciones y temerosas del Señor. Las que de aquella manera obran, van erradas; y tengamos presente que no es cada individuo que profesó una regla, quien está llamado á interpretarla ó á explicarla, sinó que son los prelados y superiores á los que corresponde hacerlo. Por consiguiente, los súbditos deben obedecer sencillamente; los capítulos ó mandatos de cada regla son bien claros, así es que debemos hacer lo que nos ordenan, y en lo que tuviésemos duda, hacer lo que manda el superior de la comunidad. Quien cree ser mejor y mas perfecto aquello que le dicta su propio juicio ó su genio, ese se equivoca, y obra mal en el mero hecho de preferir su propio juicio al de sus superiores, á quienes profesó voto de obediencia. Esas personas se apartan del camino de la perfeccion, y aun cuando no van animadas del espíritu de relajacion como las anteriores, quedan tan distantes como ellas de alcanzarla.

La cobardía espiritual es otro enemigo que combate la perfeccion religiosa, poniendo delante del entendimiento mil dificultades de diversa naturaleza, que le dejan ver como cosa imposible alcanzar la perfeccion que desea. Debeis advertir, mis amad.s herman.s, que cuando Dios os llamó con su santa vocacion para abrazar el estado perfecto de la vida religiosa, os ofreció al mismo tiempo los auxilios, que para acabar tan grande obra os eran indispensables. Os dijo como á aquel profeta: « Muestra á Israel la planta ó diseño del templo nuevo que debe edificarme (1). » ¿Y acaso se proponia Dios cuando ésto mandaba, que ese Israel solo se avergonzase meditan-

(1) Exequiel C. 43.

do á la vista del templo del Señor sus imperfecciones y sus faltas ? Nó por cierto: queria tambien que íntimamente convencido de éstas, le ofreciese humildes y fervorosos sacrificios, y viviese en plena y estrecha amistad con El. El alma tímida y cobarde ve el templo de la perfeccion, que Dios la ha llamado á levantar en su alma; ve tambien en su regla la planta y el diseño que debe tener ese templo: su conciencia le arguye que aun está muy léjos de haber alcanzado la figura, ni ménos llegado á la grandeza que designa ese diseño; pero Dios mismo que le hizo presente la perfeccion á que la llamaba, se digna declararle tambien que el objeto que desea, es que guarde las leyes y preceptos que le han de conducir á la elevada perfeccion, « poniendo su corazon en todos los caminos del templo y en todas las salidas de su santuario (1). » De manera que no debe ninguna persona religiosa acobardarse porque ha dejado de caminar hasta ahora á la perfeccion; sinó que á vista de sus mismas imperfecciones debe proponerse marchar con mayor resolucion á ser perfecta, observando y practicando con exactitud los medios que para ello Dios mismo nos concedió. « Polilla es la cobardía espiritual, escribia Santa Teresa de Jesus, y las almas que por los temores que inspira se dejan impresionar, nada podrán adelantar en el camino de Dios, mientras no la arrojen completamente léjos de sí. » De esta cobardía, si á tiempo no se cura, nace fácilmente la desesperacion, que precipita á no pocas personas á cometer excesos, como abandonar los ejercicios piadosos, vivir como si no tuviesen regla que observar, separarse de los santos sacramentos, y otros semejantes. Es el demonio quien lleva á las almas á la desesperacion, de

(1) Exequiel C. 44.

modo que vengan á pertenecerle, pues para allá marcha quien se entrega á semejantes excesos. Y es muy fácil, y yo mismo he visto algunos casos en que, abandonadas ciertas almas á los funestos excesos de esa desesperacion, abandonaron tambien sus ejercicios piadosos, se disiparon completamente, y murieron en ese estado miserable.

Un remedio eficaz tienen las personas, que en la vida religiosa se sienten combatidas por aquella cobardía, y aun por esta desesperacion, y podria servir como de preparativo ó fundamento á otros muchos que serian oportunos, á saber: la oracion humilde á Jesucristo, la confianza en El, las jaculatorias y peticiones continuas, y en fin, abrazarnos de sus piés humildemente con el espíritu y el corazon, pidiéndole con las palabras de David que nos dirija El mismo para que lleguemos á ser perfectos, y que nos enseñe su santa voluntad, que es la que nos indica el camino de la perfeccion. Enséñame, digámosle, no solo tu voluntad (1), sinó los medios de ejecutarla, porque Tú eres mi Dios, mi Salvador, mi Maestro, y espero que serás tambien mi glorificador: y pues Vos en la vida religiosa me señalásteis misericordiosamente el camino, que á ella me debe conducir, dadme los auxilios necesarios para vivir en conformidad con las reglas de mi santo instituto, de modo que aquí mientras viva mi alma ocupada de tus alabanzas, vuestros juicios é inspiraciones misericordiosas me ayuden y sostengan, para que no perezca como la oveja que se separa del buen camino (2). Este es el remedio eficaz para todas las enfermedades, que entibian nuestro fervor, nos hacen

(1) Salmo 141.
(2) Salmo 118.

perder la devocion, obscurecen nuestra fé, y en fin, nos apartan del sendero de la perfeccion. Sea, pues, mis amad.[s] herman.[s], esta medicina constantemente en vuestro corazon para llenaros de fortaleza, de modo que marcheis derecho á la perfeccion que exige la vida religiosa que profesásteis. Jesucristo os auxiliará abundantemente con su gracia, si le clamais con fervor y constancia. « Se acerca á cuantos le invocan, nos ha dicho San Bernardo (con las palabras de la santa Escritura); pero doblemente se acercará á las personas que, por amor suyo y por seguirle con mayor perfeccion, profesaron la vida religiosa (3). » Sigamos, pues, á Jesucristo, no lo perdamos de la vista de nuestra consideracion ni un instante. El es nuestro fin; en imitarlo está nuestra perfeccion, en seguirlo nuestra seguridad, y en llegar á El toda nuestra dicha y felicidad eterna. El tiene los medios que hemos de emplear para no desfallecer en nuestro camino, y las armas con que, como verdaderos israelitas que marchamos á nuestra tierra de promision, hemos de combatir á los enemigos de nuestro bien, que procuran estorbar que lo consigamos. Mantengámonos, pues, unidos íntimamente á Jesucristo con la seguridad que, despues de haber vivido de este modo aquí en la tierra, le veremos al fin de nuestra vida salirnos al encuentro, para darnos la corona preciosísima, que gozaremos por su infinita misericordia eternamente.

---

(1) Serm. in Cant. Cantic.

INSTRUCCION CUARTA.

SOBRE LA ORACION MENTAL.

Loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis.

Hablaré con mi Señor, aunque sea polvo y ceniza.

(Genes. Cap. 18.)

Dios hablaba con Abraham, mis amad.[s] herman.[s], y con toda la indignacion que excitaba en su divina justicia la iniquidad de los habitantes de Sodoma y de Gomorra, le dice que el grito de sus pecados ha llegado hasta el cielo, y que va á castigar tamaña iniquidad; que la corrupcion es general, y arrasará las ciudades y los pueblos. Abraham enternecido por la desgracia que amenaza á sus prójimos, insta y ruega al Señor, tratando de mover su misericordia en beneficio de aquellos pecadores; y considerándose profundamente humillado por la bajeza y abatimiento de su condicion, levantándose para hablar con la Majestad infinita de Dios, « Hablaré, dice, con mi Señor, aunque sea polvo y ceniza; *Loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis.* » Su oracion llena de fervor y de humildad obtuvo del Señor tres promesas de perdon para aquellos pueblos, siempre que fuese encontrado en su seno un número de justos que, á pesar de ser sumamente diminuto, no existia.

Cuando el alma medita, en el ejercicio de este dia, los estragos con que la justicia divina castiga los pecados, las omisiones, los descuidos y negligencias de sus criaturas; pero mas particularmente las de aquellas que por su mismo estado estan llamadas á servirle con

mayor exactitud y perfeccion, lo que no han hecho malogrando los auxilios que con soberana liberalidad les ha concedido; cuando medita, digo, que la justicia divina toma ocasion de tamaña ingratitud para hacer conocer con cuánta distancia las mira por el desconocimiento con que recibieron tantas cotidianas pruebas de amor y de ternura; indudablemente herida por esta consideracion se levantará como Abraham del conocimiento de su profunda miseria, hasta la infinita bondad de Dios; y sin que sus pecados la detengan, ni sus negligencias y omisiones la arredren, hablará al Señor como Abraham, aunque conoce no ser sinó un poco de polvo y de ceniza. *Loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis.*

Este es el ejercicio mas provechoso para el alma que se penetra en la meditacion de su falta de correspondencia á los beneficios recibidos de Dios para adelantar en las virtudes de su vocacion; de la tibieza con que ha añadido faltas á faltas, con su inobservancia á las sagradas reglas de su instituto; con la ligereza é inmodestia de sus acciones, y finalmente, con ese mar de omisiones, descuidos é imperfecciones de diversa naturaleza, de que ve cubiertos los dias de su vida. Miseria soy, dice como aquel santo y fervoroso Patriarca, miseria soy; pero desde el fondo de esta misma miseria hablaré al Señor que puede socorrerme, puede levantarme y purificarme con los dones de su gracia y de su infinita misericordia. David llamaba oracion de los humildes, esta profunda confesion que hacemos de nuestra nada, y tenia firme persuasion que penetraba hasta lo mas elevado de los cielos (1). Procuremos que sea de esta naturaleza la que

(1) Salmo 101.

hagamos nosotros, mis amad.[s] herman.[s], movidos por la viva consideracion de nuestra pobreza y miseria. Procuremos, repito, que sea llena de esta humildad la oracion, con que digamos mil veces al Señor que sane nuestra alma que ha pecado contra El (1); que lá levante de la postracion en que ha caido; que la vuelva al antiguo fervor que con sus negligencias ha entibiado; y que la reconcilie con su misericordia y con su amor, que le han hecho perder las ligerezas é imperfecciones en que ha vivido distraida.

La oracion mental es el santo ejercicio que nos facilita esta comunicacion con Dios. En ella el alma, agobiada con el peso de sus faltas, se arrastra hàsta el Señor, pidiendo que le alivie, porque de otra manera va á perecer; en ella le muestra llena de confianza la profunda debilidad á que le han reducido sus males, y hasta dónde es urgente que la socorra con los dones de su infinita bondad. Oremos, pues, sin intermision á fin de obtener de Dios ésto y todo lo demas que necesitásemos conseguir. Con este fin voy á tratar ahora de la oracion: nó para considerar precisamente su necesidad, ni las condiciones que deben acompañarla; pues hablando á personas religiosas debo suponerlas instruidas en todo ésto que son como los rudimentos de la vida espiritual; sinó de la oracion mental, recordándoos qué cosa sea; qué debemos tratar en ella, para que nos deje los frutos preciosos que con razon podemos esperar; y cuáles las virtudes que hemos de ejercitar. Siendo la oracion mental ejercicio de los cielos, como la llama San Juan Damasceno (2), purifiquemos mas y mas nuestro entendimiento

(1) Salmo 40.
(2) Lib. III. Fidei.

y nuestro corazon, mis amad.ˢ herman.ˢ, para que nos hagamos capaces de percibir lo que está encerrado en tan alto ejercicio. Pidamos á los ángeles ocupados de orar continuamente que nos asistan con sus ruegos delante del Señor, á fin que podamos imitarles. En ella debemos tratar de tantos y tan graves intereses que conciernen á nuestra felicidad eterna, y á la paz de nuestro corazon en la vida presente; necesario es entónces que sepamos y conozcamos á fondo eso mismo que nos ha de ocupar de preferencia cuando hablamos con Dios. En fin, contemplando la grandeza de este ejercicio por las virtudes que lo han de acompañar, conoceremos cuáles son éstas, de modo que podamos apreciarlas, como debemos.

Vos, divino Salvador, Maestro celestial de la santa oracion, enseñadme lo que sobre tan soberano don debo decir á las almas que de él deben alimentarse. Vos la descubrísteis y recomendásteis á tus apóstoles, y os complacísteis en enseñarla al santo Fundador de los ejercicios espirituales: enseñadme tambien á mí á tratar sobre ella con tanta eficacia, que mueva la voluntad de mis oyentes á practicarla con tal fervor y perseverancia, que logren abundantemente sus frutos saludables.

I.

Los santos Padres y Doctores de la Iglesia, queriendo darnos idea de las virtudes y excelencias que se contienen en la oracion mental, la han explicado de diversos modos, pero todos á propósito para el fin que se proponian. San Gregorio Niceno la llama razonamiento y conversacion de nuestra alma con Dios:

Conversatio sermocinatioque cum Deo (1). Y esta conversacion continua tiene siempre el mismo objeto, cual es nuestra salvacion y perfeccion; y con ese fin hacemos nuestros razonamientos interiores á su Majestad divina ejercitando las potencias de nuestra alma. San Juan Damasceno llamó á la oracion mental *Accessus mentis ad Deum:* Subida del espíritu á Dios (2); porque es realmente una elevacion hácia Dios la que hace nuestra alma en la oracion mental, para entablar con El aquella amorosa conversacion, durante la que David derramaba la suya delante del Señor particularmente en medio de sus amargas tribulaciones (3). San Bernardo, en fin, la llama afecto del hombre que se acerca á Dios para conversar con El familiarmente, y recibir las luces con que ha de asistir á su espíritu, á fin que pueda gozar de su dulce compañía mientras le fuese concedido (4). Porque es muy cierto que cuanto allí pasa, las palabras que se dicen, los secretos que se descubren, los deleites que se gozan, las fuerzas que se restablecen y aumentan, los consuelos que se alcanzan, y los bienes espirituales que se ganan, todo es del cielo, y solamente aquel que es Dueño y Señor de todas las cosas, puede concederlo.

El Angélico Doctor (5) y con él el Padre San Ignacio de Loyola (6) la llamaron obra de las tres potencias de nuestra alma, á saber, memoria, entendimiento y voluntad, que ejercitan sus actos acerca de los misterios de nuestra fé y verdades de nuestra santa religion

(1) Lib. I. de Orat. dominic. C. 1.
(2) Lib. III. de Fide.
(3) Salmo 15.
(4) Serm. ad Fratres.
(5) 2.ª 2.ªᵉ quaest. 83. y 180.
(6) L. Exerc. 1. hebd.

hablando dentro de nosotros mismos con Dios, tratando con El familiarmente, pidiéndole sus dones, y negociando todo lo necesario para nuestra salvacion y perfeccion. De suerte que la esencia de la oracion mental consiste en estas cuatro cosas: la primera es acordarse con la memoria de Dios con quien hablamos y tratamos espiritualmente, y en acordarnos del mismo modo del misterio ó de la verdad que nos hemos propuesto meditar, pasando por nuestra mente con claridad y distincion aquello que sobre él se va á meditar. Somos como Jacob que, puesto al pié de la escala misteriosa, ve en la sumidad de ésta el trono del Señor que le habla; ve á los ángeles que suben y bajan del cielo á la tierra; oye una voz que le promete proteccion si se mantiene fiel en su servicio; y todo ésto le hace conocer cuán sagrado es aquel lugar, cuán santo el Dios que allí se le revela, y cuánta deberia ser su fidelidad para con ese mismo Dios, cuya gloria acaba de ver, y cuya voz tantas bondades y misericordias le acaba de descubrir y prometer. Así la memoria del alma religiosa al principiar la oracion mental se fija en Dios, lo ve delante de su entendimiento, ya en gloria visible y rodeado de ángeles que le sirven y obedecen como lo vió Jacob, ya indignado contra los que le ofenden y con espada de dos filos en sus manos como lo vió San Juan (1), ó lleno de majestad y gloria como se dejó ver de Exequiel (2), ó en fin, de aquel modo que mejor se acomode á la capacidad de cada uno, porque esa será de la que mejor provecho puede sacarse. Verá a los ángeles que vienen desde el trono del Señor trayéndonos sus dones que nos purifican de nuestras faltas, nos forti-

(1) Apocal. C. 19.
(2) Cap. 1.

fican en el buen camino, y nos abrasan con su inefable caridad; y permanecerán cerca de nosotros en la oracion, arrojando léjos á los demonios de las tentaciones, y auxiliándonos con sus poderosos ruegos delante de Dios. En la meditacion de los misterios ó de las otras verdades de nuestra santa fé la memoria puede recorrer todo cuanto pertenece á ese misterio, representándose al vivo dentro de sí misma cada una de las personas que intervienen, mirándolas de aquella manera ó en aquella situacion que le sea mas fácil ó convenga mejor á su piedad y devocion. Cuidemos, con particular esmero, de purificar en la presencia de Dios nuestra intencion y la ofrenda de la oracion que le consagramos: cuidemos, repito, de no buscar allí delante de Dios nada que no sea Dios mismo, su honra, su obsequio y su gloria; así como para nuestra alma su gracia, su amor, su piedad y su misericordia. Por consiguiente, estemos prevenidos contra la vanidad que en no pocos puede inspirar el fervor ó recogimiento que sienten: contra la vanidad, repito, que pretenden fomentarle satanás y sus ángeles, valiéndose de cualquiera luz ó de algun otro favor que Dios se dignase misericordiosamente dispensar; y contra la vanidad, en fin, para humillarnos al recibir los beneficios particulares que el Señor nos conceda en la oracion. Mortifiquemos ademas nuestra curiosidad, no dejándonos llevar de cualquiera que pueda asaltarnos en la oracion, y arrastre nuestra memoria á investigaciones inútiles que le harán perder todo el mérito y todos los copiosos frutos que podria adquirir. Porque aun cuando es verdad que en este santo ejercicio Dios comunica á las almas infinitos bienes, no quiere, sin embargo, que sea el interes de éstos el fin que al practicarla nos propongamos. Dios debe ser el único y exclusivo objeto que hemos de

buscar en la oracion mental: á El debe dirigirse el alma pidiendo « que se le dé » El mismo; de otro modo será preferir los dones que da el Señor, sobre aquel que los da. David nos da ejemplo de esta pureza de intencion tan necesaria para la bondad de la oracion, diciéndonos: « Buscad al Señor, y vivirá vuestra alma; *Quaerite Dominum, et vivet anima vestra* (1). » Como si dijese: no os propongais en la oracion otro fin que buscar á Dios, y de esa manera conseguirá vuestra alma la vida que le da la caridad, que es la única y verdadera fuente de vida eterna. Sujetémonos al Señor humildemente en nuestra oracion; estemos dispuestos á lo que El quiera hacer de nosotros, y ningun otro objeto pretendamos como fin principal al tenerla fuera de Dios mismo.

Se ejercita el entendimiento durante la oracion mental en meditar los puntos ó verdades que nos hemos propuesto; y para hacerlo con provecho, hemos de avivar nuestra fé de tal modo, que pueda decirse que conocemos claramente aquello que tratamos. Porque mal puede meditar ni discurrir algun individuo sobre aquel negocio que no conoce ni entiende; así es que viniendo el religioso ó religiosa á hablar con Dios sobre el de su felicidad eterna, necesita avivar su fé para conocer á Dios Rey infinito de eterna majestad y digno de suma reverencia; Rey infinitamente sábio, á quien nada puede ocultársele ni en el cielo ni en la tierra, ni en los infiernos, ni en ninguna parte; Rey infinitamente poderoso, y que remedia nuestras pobrezas y nuestras miserias; Rey infinitamente bueno y amable, que une su amor á su grandeza, sin que ésta sufra ningun género de mengua cuando entabla con

(1) Psalm. 68.

sus pobres criaturas coloquios llenos de caridad en la oracion mental. Se aviva la fé mirando en Dios nuestro criador y soberano bienhechor, que nos formó de la nada, nos conserva con su poder infinito, y por medio de su providencia soberana nos va dirigiendo hácia nuestro último fin. Se aviva la fé en los misterios del Hijo de Dios hecho hombre para ser nuestro Redentor; y procurará el alma conocerlo, pues que de otro modo no podrá amarlo con la ternura, respeto y gratitud, con que merece ser amado, particularmente de aquellas que son sus esposas por la profesion religiosa. Deseando el alma conocerle íntimamente, traerá á la memoria ya su nacimiento pobre y humilde en el pesebre, ya le mirará gloriosamente transfigurado en el Tabor, ya abofeteado, azotado y crucificado en su pasion, y ya glorioso sentado en trono de eterna majestad en el cielo. Mírale tambien allí ¡oh alma! como tu abogado, medianero y defensor delante del Eterno Padre; y reconociendo en El todos estos títulos, pídele humildemente que defienda tu causa delante del justo Juez, á fin que consigas de su misericordia la riqueza inefable de su divino amor.

Mas no solo hemos de ejercitar nuestro entendimiento en conocer á Dios con quien hablamos y á quien dirigimos nuestra oracion; sinó que hemos de procurar tambien conocernos mas y mas á nosotros mismos que se la dirigimos. Recorramos para conseguirlo, los senos de nuestra propia conciencia, la miseria de nuestra propia condicion; miremos la deformidad violenta de nuestras pasiones; nuestras innumerables ingratitudes para con Dios; la suma necesidad que tenemos de ser socorridos, á fin de no perecer en nuestras propias miserias: miremos la brevedad de nuestra vida, la certidumbre de nuestra muerte, lo estrecho del juicio, la eternidad del infierno, la fe-

licidad imponderable de la gloria; y todas estas verdades tratemos de conocerlas por medio del entendimiento cada vez que hayamos de meditar sobre alguna, porque así conoceremos y sentiremos tambien los efectos saludables de su meditacion. Mas como nuestro pobre entendimiento se obscurece á veces de tal modo, que nada percibe, debemos nosotros mismos esclarecerle, preguntándose cada uno en medio de su recogimiento: ¿Porqué te encuentras aquí en silencio y delante de Dios? ¿Dónde está este Dios con quien pretendes tratar? ¿Sobre cuáles negocios deseas hablarle? ¿Cuánta es la importancia de éstos? ¿Cómo te has de conducir en su presencia? ¿Qué has oido ó leido sobre el misterio de Jesucristo que meditas? ¿Cuáles palabras has de dirigir al Señor? ¿Qué cosa piensas hacer en adelante para servirle con mayor amor y fidelidad? Y á cada pregunta de éstas ha de responderse á sí mismo del modo que la fé le enseña y la razon le dic'a, como si respondiese á otro. Así logrará cada cual que su entendimiento alcance luces, que rompan las tinieblas que lo obscurecen, y lo pongan en camino de aprovechar en la meditacion.

Cuando el entendimiento se ha penetrado de todas las verdades que le conviene bien conocer, mueve la voluntad para que se levante sobre las aficiones de la tierra, sobre todas las pasiones del propio corazon, y sobre todos los afectos que la torcian é inclinaban á marchar fuera de la senda señalada por Dios en sus preceptos y en la regla de la comunidad ó instituto, á que pertenece el religioso ó religiosa que medita. Se llena de afectos fervorosos y puros hácia las cosas del cielo, y para todo lo que pertenece á Dios nuestro adorable Salvador. Esa voluntad escucha dentro de sí una voz como aquella con que San Pablo decia á los primitivos cristianos: « *Quae sursum sunt quaerite;*

non quae super terram (1). Buscad las cosas de arriba, y nó las que ofrece la tierra. » ¡Cuánto consuelo para el alma que voluntariamente ha renunciado las cosas del mundo, poder ahora divisar las miserias de todas ellas á la luz de estas consideraciones! ¡Con cuánto reconocimiento se confesará obligada al Señor por el llamamiento misericordioso que se dignó dirigirle, y con cuánta sinceridad le ofrecerá recompensarle toda su vida este beneficio, conservándose fiel á su vocacion! *Quae sursum sunt quaerite.* Allá, allá arriba está mi tesoro, allí lo veo claramente, y las obras que me señalan las reglas que he profesado, son la escala que mi amoroso Salvador me ha dejado para subir á poseerlo. Ya bien comprendeis, mis amad.[s] herman.[s], hasta dónde se extiende la fuerza con que estos convencimientos del entendimiento obran sobre la voluntad para moverla á ejecutar aquello que conviene, así como á retraerse de todo cuanto es necesario evitar. ¿Y qué debemos hacer con tanta eficacia, como las obras que Dios mismo se dignó encargarnos en su divina ley, así como en las reglas particulares de nuestro estado? ¿No es verdad que El mismo nos lo declara así en su santo Evangelio, diciéndonos: « El que me ama, guarda mis preceptos (2)? » ¿Ni qué debemos aborrecer tanto, como todo lo que está en contradiccion con esas mismas leyes y reglas particulares de nuestro estado? Bien lo conoce nuestra voluntad iluminada por las soberanas luces que ha comunicado el Señor misericordiosamente al entendimiento, y por eso hace sus resoluciones de observar con cuidado todo lo que Dios le ordena tanto en los pre-

(1) Colos. C. 3.
(2) S. Juan C. 14.

ceptos de su divina ley, como en los particulares de su instituto. Estos afectos y resoluciones de nuestra voluntad han de acompañar siempre la meditacion, porque de otro modo será estéril é infructuosa para nosotros. El entendimiento con sus reflexiones y discursos recoge nuevas verdades que nos ilustran, enseñan y dirigen: es la lengua de nuestro espíritu, como se explica Santo Tomás (1); y sus palabras son los buenos pensamientos y santos afectos con que se dirige á Dios; mas la voluntad, como nos enseña el mismo Santo Doctor, con sus actos recoge virtudes. El entendimiento, podemos decir con el V. P. Luis de la Puente (2), pone el manjar sobre la boca de nuestra alma; mas es la voluntad la que lo gusta y lo hace provechoso; aquel descubre los tesoros escondidos, ésta los saca y hace gozar de su riqueza. El entendimiento recibe las luces que dan sabiduría, mas es la voluntad la que, obrando en conformidad con esas luces, nos hace conseguir la perfecta santidad. Porque la virtud de solo conocimiento y poca voluntad, es como virtud forzada; así como la de sola voluntad, pero sin conocimiento, es superficial. Mas juntando uno y otro, es decir, el conocimiento del entendimiento y los actos de la voluntad, formarán una virtud robusta y sólida, y la conversacion con Dios de aquel que la posee, será afectuosa, devota y sincéra. Será, digo, aquella suerte de devocion tan piadosa y tierna para con Dios, que San Bernardo llama expresion de los afectos del alma (3), porque sin ella ésta queda como muda delante del Señor.

El alma que en el retiro del claustro se ejercita

(1) 1.ª pars, quaest. 107. art. 1.
(2) De la orac. Trat. I.
(3) Serm. XLV. in Cant. Cantic.

en la oracion mental, ha de proponerse como modelo á aquellos serafines que vió el profeta Isaías (1), y que puestos delante del Señor cubrian su rostro con dos alas, sus piés con otras dos; pero dejaban descubierto su pecho, porque su corazon debia elevarse á Dios y hablar con El fervorosamente. Por eso con otras dos alas que tenian á los lados volaban, publicando en alta voz la santidad y gloria del Señor que llena toda la redondez de la tierra. Como éstos el religioso ó religiosa ha de presentarse delante del Señor, limitando sus discursos en la oracion, para que el entendimiento no divague en cosas inútiles que entibien y apáguen la devocion; teniendo gran cuidado de ejercitar en su oracion la fé, que son las alas que cubren la vista del alma, para que ni mire ni camine á ningun otro objeto sinó á Dios ; cubriendo ademas sus piés, que son los afectos de la tierra, con los sentimientos de verdadera mortificacion, que abraza su voluntad, para que de ningun modo le impidan acercarse á Dios. Con esta disposicion su pecho queda libre para que del corazon broten afectos de amor, de gratitud y de humildes alabanzas dirigidas al Señor, y nacidas del conocimiento de Dios, de Jesucristo y de nosotros mismos, que nuestro entendimiento adquirió en la oracion.

De todo lo dicho se deduce, herman.s mi.s, que la perfecta oracion mental consiste en la conversacion con Dios entablada dentro de nosotros mismos con dos fines principales. El primero alabar y bendecir al Señor; y San Pablo nos enseñó cómo hemos de llenar este fin de un modo perfecto, diciéndonos: « Llenaos del Espíritu Santo, hablándoos á vosotros mismos con sal-

(1) Cap. 6.

mos, himnos y cánticos espirituales, dándole gracias por todas las cosas en nombre de Jesucristo (1). » Ved ahí cuatro afectos diferentes con que ejercitamos nuestra conversacion con Dios y su divino Hijo Jesucristo, y mediante los cuales, llena nuestra alma del Espíritu Santo, dirige al Señor sus palabras de una manera ordenada y provechosa. Salmos llama el Apóstol los actos interiores de amor de Dios, así como los deseos y propósitos eficaces de servirle y obedecerle, guardando con fidelidad los preceptos de su santa ley y las obligaciones particulares que nos incumben por nuestro estado. Salmos son, repito, mover en nuestra alma todos estos santos afectos y deseos, á que van principalmente dirigidas la oracion y la meditacion, segun enseña el Angélico Doctor Santo Tomás (2). Himnos son las alabanzas que tributamos á la excelencia y á las soberanas perfecciones de Dios, que brillan en las obras misericordiosísimas que ha hecho en beneficio de sus criaturas. Contemplando unas y otras se excita en nosotros suma reverencia hácia Dios infinitamente grande, poderoso y misericordioso; y alabándole como los ángeles en el cielo, decimos como éstos con lo mas íntimo del corazon: « Santo y mil veces Santo es el Señor Dios sábio, justo, eterno y lleno de bondad. » Tengamos suma complacencia, como Santa Rosa de Lima, al recordar todos estos atributos del Señor, así como los demas que nos revelan y predican la infinita perfeccion de su soberana naturaleza. Esta gran Santa rezaba muchas veces cada dia un rosario, que llamaba de las perfecciones de Dios, y compuso ella misma para honrar las virtudes excelentísimas que nuestra fé adora en El,

(1) A los Efes. C. 5. y á los Colos. C. 3.
(2) 2.ª 2.ªe quaest. 82.

y alcanzamos á conocer no obstante lo pobre y limitado de nuestra inteligencia. Pero otras veces volviéndonos á Jesucristo diremos como los ancianos del Apocalípsis (1): « Digno eres, Cordero de Dios, que fuiste muerto por nosotros, de recibir la virtud, el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza por los siglos de los siglos. Con los cánticos se regocija íntimamente nuestra alma, nuestro corazon, nuestro espíritu y nuestra carne con ese regocijo intenso que cantaba David diciendo: « *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum;* Mi espíritu y mi carne se regocijaron en Dios vivo (2); » y nos gozamos porque Dios es quien es, y nos regocijamos por los bienes infinitos que tiene en sí mismo; por la gloria que le dan sus escogidos en el cielo, así como por la fidelidad con que le sirven los justos en la tierra. San Juan nos refiere en su Apocalípsis que escuchó el cántico de los escogidos de Dios, que decian: « Regocijémonos, porque reina el Señor Dios nuestro todopoderoso, gocémonos, alegrémonos, y démosle gloria, porque llegaron las bodas del Cordero, y su esposa se ha aparejado para ellas.» Accion de gracia llama, finalmente, San Pablo los actos de agradecimiento que tributamos por los beneficios que del Señor hemos recibido, grabándolos cuidadosamente en nuestra memoria, y alabándole por cada uno de ellos. Mas esta accion de gracias no debe limitarse á reconocer y alabar á Dios por los favores de que somos deudores individualmente, sinó que ha de extenderse á los que se han dispensado á todos los hombres que viven en la tierra, así como á los ángeles y demas bienaventurados que gozan de la felicidad eterna.

(1) Cap. 5.
(2) Salmo 83.

El segundo fin que nos proponemos conversando con Dios es pedirle nuevas gracias en órden á nuestra salvacion y á la perfeccion en nuestro estado, y en estas peticiones hemos de hablarle unas veces como el hijo habla á su padre, otras como la esposa á su esposo, ó como el amigo á su amigo, ó como el hermano á su hermano, ó como el esclavo á su amo, ó como el reo, en fin, condenado y sentenciado á la pena que merecen sus gravísimos delitos, habla á su juez. El buen hijo pide á su padre con amor y confianza; y este título de padre que Dios quiere le demos en nuestras oraciones, es el que debe con razon llenarnos de esperanza cuando le pedimos alguno de sus favores; así como á su infinita caridad é insondable amor llenará de gozo habérnoslo concedido. « Uno solo es vuestro Padre, » nos dice en el santo Evangelio (1); nos recuerda que tiene para nuestras miserias, entrañas mas compasivas que los padres de la tierra para con sus hijos, y nos exhorta á recurrir á la caridad de que está lleno su corazon paternal. Hablamos al Señor como el pobre miserable cuando pide al rico su limosna, y entónces humillados en el abismo de nuestra espantosa pobreza alzamos hasta el cielo nuestra voz, y le representamos la miseria de nuestra situacion; y ojalá que la humildad con que lo hiciéremos, fuese como aquella con que David, « Pobre y mendigo soy, Señor, decia; pero clamo á Vos que sois rico, pidiéndoos socorro (2). » Enfermos de tantos males y tan graves que podrian algunos tenerse como incurables, hablamos al Señor como á nuestro médico celestial. ¡Ah cuánto tiene Este que curar en nosotros!

(1) S. Mateo C. 23.
(2) Salmos 24. y 39.

Vos solo ¡ oh Dios mio ! lo sabeis, porque aun cuando nuestras enfermedades no aparezcan todas visiblemente, Vos que registrais los corazones y escudriñais las entrañas (1), bien los conoceis. No necesito declararos ni la naturaleza ni la gravedad de mis males, porque Vos los conoceis mejor que yo mismo; sí solo tengo prisa de clamaros repitiendo mil veces con lo mas íntimo de mi alma: « *Sana me, Domine, et sanabor;* Sáname, Señor, y quedaré sano (2). » Reo de tantos delitos que, aun cuando parecen leves, para el alma religiosa en su condicion de profesa con votos, que la ligan particular y estrechamente al Esposo celestial, tienen un carácter tanto mas grave, cuanto su condicion exige virtud mas alta y perfecta, ¿ qué hará, pues, en la oracion, cuando su conciencia le dice que ha sido infiel en tantos puntos al Esposo celestial? ¿ Qué hará cuando atropelló su voluntad, sobreponiéndose á los mandatos que le dejó escritos en la regla, para que guardase sin detrimento la fidelidad que le debia? ¿ Qué hará, en fin, cuando la vergüenza de sus repetidas infidelidades le estorba aun disculparse delante del divino Esposo? Se abismará en sus propias faltas, y de éstas mismas tomará motivo para mover á compasion á aquel Esposo indulgente y misericordioso, que sabe las miserias de la esposa, las compadece y quiere remediarlas. En esta persuasion le habla como aquella alma tan privilegiada ántes por la bondad divina; pero que cayendo en un fatal precipicio, y viéndose abismada en él dice: « Desde lo mas profundo clamo á Vos, Dios mio; escuchad compasivo mi oracion (3). » Así clama esta esposa, así ruega, así gime

(1) Salmo 7.
(2) Ierem. C. 17.
(3) Salmo 139.

y suplica hasta que alcanza á oir en lo mas oculto de su interior la voz del amador de su alma, que escuchó sus ruegos y le promete protegerla en el camino fervoroso que ha resuelto emprender. Las infidelidades pasadas no deben ser desde ahora para ella sinó un poderoso aguijon, que la estimule á obrar con mayor fervor en su nueva vida de santificacion. Deben ser, repito, las que le exciten mas poderosamente á buscar las virtudes que borren los rastros miserables que dejaron sus faltas pasadas, y hagan aparecer lúcido y hermoso aquello que era ántes feo y obscuro. Vamos á ver cómo lo consigue en la oracion.

II.

Unas son las virtudes que anteceden á la oracion en el alma que la practica fervorosamente, otras las que la acompañan y otras las que la siguen; pero todas son perfectas y esenciales para la vida religiosa. La santa Escritura nos pinta la grandeza y majestad con que la reina de Sabá entró en Jerusalen, cuando vino desde el Oriente para contemplar de cerca la sabiduría de Salomon (1). Nos pinta, digo, la magnificencia de los dones que conducia, el brillo de sus riquezas, y la fragancia esquisita de sus aromas. Como la entrada de aquella reina á la corte de Salomon contemplo yo la de las virtudes en el alma del religioso ó religiosa que se dedica á conseguirlas por medio de la oracion. Preceden el camino de ésta, y corren preparándoselo para que llegue hasta el trono de Dios, la humildad, la pureza de intencion, y la profunda reverencia que dispone el alma para aprovechar tan

(1) Lib. II. de los Reyes C. 10.

santo ejercicio practicándolo dignamente. La humildad, he dicho, mis carísim.s herman.s, porque sobre esta virtud ha de apoyarse todo el edificio de nuestra oracion, para que pueda elevarse hasta Dios. Esta humildad nos persuade y convence de que ningun mérito tenemos para llegar á pedir favores al Señor, y sí al contrario mucho demérito que nos haria ineptos para aquellos, si no estuviera de por medio la bondad infinita y la caridad inagotable de nuestro divino Salvador, por cuyos merecimientos los pedimos y esperamos alcanzar. ¡Pobre de aquel que al presentarse delante de Dios olvida aquella verdad que humillado confesaba Abraham diciendo de corazon: « Hablaré al Señor, aun cuando sea polvo y ceniza! » porque nada mas que polvo y ceniza somos y ménos que eso todavía, cuando recordamos lo que hemos sido tantas veces, descendiendo hasta el abismo de la iniquidad, precipitados por la miseria de nuestra naturaleza. Polvo y ceniza que pisa el caminante, y que por su vileza no atrae ni la codicia, ni aun la mirada de ninguna persona. Inútilmente inventa cada dia la vanidad humana nuevos arbitrios para ocultar ó disimular esta miseria; inútilmente la reviste con preciosos vestidos y la decora con pomposos títulos; inútilmente, digo, porque ella se ostentará, á pesar de todo, unida como está con nuestro ser é identificada con nuestra misma naturaleza. Necesitamos humillarnos para principiar á ser algo, y nos lo enseñó así Jesucristo, diciéndonos que aquel que se humillase, seria exaltado (1). Necesario es, pues, que toda persona religiosa se despoje de su propia estimacion, de ese espíritu dominante que no es raro encontrar dentro de los claustros, y

(1) S. Mateo C. 23.

en fin, de todo aquello que no se conforma plenamente con la santa humildad, si quiere aprovechar su oracion. Dios no dará ni las luces, ni los auxilios, ni los otros dones que venimos buscando, sinó al que, humillado como un niño, nada espere de sí, de nada bueno se crea capaz, ni nada aguarde poder recibir sinó de la mano del Señor. Esta humildad es la virtud que nos dirige hácia Dios en la santa oracion, hasta introducirnos en las obras del poder divino, hasta hacernos capaces de recibir las enseñanzas del Señor, así como de conocer y publicar las maravillas de su justicia y de su poder (1). Las almas soberbias, altaneras y que viven pagadas de sí mismas, no llegarán jamas hasta allá; su oracion es disipacion; esa que reciben alguna vez como luz del Señor, suele ser lazo de satanás, y aquello mismo que juzgan inspiracion del cielo, nada mas es que invencion de su amor propio. Dios no habla á los soberbios para revelarles sus secretos; reserva este beneficio para los humildes (2). Así es que mientras éstos oyen la voz de Dios que les dirige, y les inspira y fortalece con sus enseñanzas, aquellos soñarán vanidades (3) en medio de la agitacion en que les mantiene su propia estimacion. De esta humildad ha de nacer la reverencia interior y exterior que la persona consagrada á Dios debe procurar desde que se dispone para orar al Señor: aquella reverencia, digo, que tantas veces exigia el Señor que trajesen aun sus mas amigos cuando llegaban á orarle. El espíritu de Jacob se llena de pavor, cuando ha contemplado la escala misteriosa, en cuya eminencia se dejaba ver Dios, fortaleciéndole con promesas

(1) Salmo 70.
(2) S. Mateo C. 11.
(3) Isaías C. 56.

del cielo. « Verdaderamente es santo, exclama, este lugar, y yo lo ignoraba (1); » su alma se asombra cuando piensa que ha conversado con Dios, y ha sido favorecido con palabras divinas. A Moises se previene que descalce sus piés para acercarse á la zarza encendida donde iba á escuchar la voz del Rey del cielo; y en fin, Isaías y Jeremías llenos de esta reverencia purifican mas y mas sus labios y sus corazones, cuando han de ser admitidos á la presencia de Dios. Porque Este quiere que el convencimiento que hemos adquirido de nuestra pobreza y miseria, así como de la grandeza y majestad de Dios con quien vamos á conversar en la oracion, se manifieste clara y evidentemente en la manera como llegamos á su divina presencia. Así la religiosa ó religioso ha de aparecer en el coro de su convento ó donde hace su oracion, recogido, silencioso, de rodillas, si realmente puede hacerlo, y en fin, de manera que sea todo ésto una prueba evidente de su fé clara en la grandeza y majestad de Dios. Esta reverencia hemos de procurar sin afectacion alguna, ni ménos haciendo alarde de tenerla, de modo que se aperciban de ella las otras personas que oran tambien en comunidad, sinó natural, nacida del entendimiento y del corazon, procurada por la voluntad, y sin que en su ejecucion venga á mezclarse ningun respeto humano ni afectacion que le haga perder algo de su valor.

Notad, mis amad.s herman.s, cómo estas dos virtudes, humidad y reverencia, obran sobre el entendimiento é inclinan la voluntad para honrar y adorar al Señor con la oracion; parece que se diesen estas virtudes la una á la otra aquella voz que David dirigia

(1) Genes. C. 28.

á toda la naturaleza, convidándola á unirse para adorar al Señor. « Venid, parece que dijera la humildad á la reverencia, venid, regocijémonos en el Señor, honremos su presencia con nuestras alabanzas, adorémosle; postrados lloremos delante de El nuestras culpas, porque El solo es nuestro Dios, y nosotros su pueblo y ovejas de su rebaño (1). » Mas el entendimiento y la voluntad llenos de esa humildad y profunda reverencia inspiran al corazon purificarse y lavarse para estar dignamente delante de Dios. Lavaos, le dicen, porque solamente los límpios de corazon verán el rostro del Señor (2); y ésta es la otra virtud que nos prepara para la oracion mental. Limpiar el corazon en este caso es querer agradar solamente á Dios con nuestra oracion, ni tener otra intencion que honrarle, engrandecerle y alabarle; y para que Dios sea honrado, alabado y engrandecido en nosotros ahora y despues eternamente, deseamos obtener de su infinita bondad las gracias que miran á nuestra purificacion y perfecta santificacion. Con estas tres virtudes el alma se presenta á Dios llena de aquel espíritu de que nuestro Señor Jesucristo nos quiere animados cuando dice: « Buscad el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará por añadidura. »

Pero otras virtudes vienen á la persona religiosa acompañando la oracion. La primera es la caridad con que arde y se inflama meditando las verdades que se ha propuesto: desea animada por esta virtud hacer sacrificios por Dios; desea corresponder á esa deuda inmensa con que empeñan su gratitud tantos beneficios que le ha concedido su mano misericordiosa; y desea, finalmente, ser capaz de amar á aquel que

(1) Salmo 94.
(2) S. Mateo C. 5.

tanto le ama. A la caridad sigue la devocion, con que procura no divagar fuera de los puntos que ha de meditar, y la enseña á conducirse en la meditacion con recogimiento y con fervor. Aprende del Profeta á elevar su oracion como el humo del incienso que se dirige á lo alto; así esta alma en alas de su devocion busca á Dios, y persevera recogida en su presencia, como la Magdalena que no encuentra contento ni satisfaccion sinó á sus piés y escuchando sus palabras. *Stans secus pedes Domini audiebat verbum illius* (1). A los piés de su Señor olvida todo cuanto no sea obrar por El: allí aprende que para el alma religiosa no puede haber ni paz, ni consuelo, ni alivio que no proceda de Dios y esté fundado en su divino amor; allí aprende que contemplar su bondad infinita, participar de su amor inefable, y conocer mas y mas sus perfecciones divinas, es la mas santa y provechosa de cuantas ocupaciones pudiera encontrar; y allí aprende, finalmente, que su devocion es la prenda de la perfecta caridad, con que debe vivir perpetuamente consagrada y unida con Jesucristo (2). Esta es la verdadera sabiduría que el alma religiosa adquiere á los piés del Señor. *Stans secus pedes Domini audiebat verbum illius*. Sabiduría que nada tiene de comun con la que pueden enseñar los sábios de la tierra, y solo se estudia permaneciendo á los piés de Jesucristo y meditando sus santísimas palabras. *Stans secus pedes Domini audiebat verbum illius*. Y el alma religiosa asistida por esta sabiduría celestial que alcanza y practica á los piés de Jesucristo en la oracion, queda muy superior á todas las intrigas, mentiras y tentaciones, con que los enemigos de toda virtud han de procurar hacerla

(1) S. Lúcas C. 10.
(2) S. Thomas 2.ª 2.ªᵉ quaest. 83.

desistir de su empeño de alcanzar la perfeccion de su estado. Esta es aquella ciencia del cielo que decia San Pablo era escándalo para los judios y necedad para los gentiles (1); y en aquellos judios tan enemigos de Jesucristo como aferrados á sus antiguas tradiciones, me parece divisar á las personas que, viviendo en el claustro, quieren conservar los abusos, por no decir relajaciones de la regla, que impiden viva en el seno de la comunidad su primitivo fervor; así como en aquellos gentiles, la gente mundana que nada sabe ni nada comprende del valor de las luces que Dios comunica á las almas, y por eso rie de ellas, y las burla y mira con desprecio. Mas todos los que pertenecemos á Cristo no la miramos así, sabiendo que esa es virtud de Dios y sabiduría de Dios, y que solo el mismo Dios puede darla á quien le agrade.

Mas os dije tambien, mis carísim.^s herman.^s, que siguen á la oracion otras virtudes, y tales son efectivamente la obediencia, la paciencia, los santos y fervorosos propósitos con que se consagran al Señor con nuevo fervor las almas religiosas en la oracion. La obediencia á Dios la ejercita el alma inclinando su voluntad á las inspiraciones que recibe del cielo. Esto ha venido á buscar en la oracion, y nada puede llenarla de tanto contento, como conocerlo y recibir auxilios para cumplirlo; ejercita tambien la obediencia, porque se siente dispuesta para hacer con la gracia divina cualquier sacrificio á fin de agradar al Señor; y ejercita aun la obediencia, porque somete é inclina su voluntad á la de Dios expresada en los preceptos de su ley y en las reglas particulares de su instituto. La paciencia sigue á la oracion por cuanto ésta presta fuer-

(1) I. á los Corínt. C. 1.

zas al alma para tolerar con resignacion los males que Dios suele permitir para probar la virtud de las almas con que se desposó, y á quienes dió en dote la participacion de su cruz, como decia Santa Catalina de Sena (1). Con esta paciencia cobra el alma robustez en la vida espiritual, de tal manera que no se rinde fácilmente á los golpes de los sufrimientos, ni de los trabajos que experimentará en la religion. El hacecillo de mirra con que la ha regalado su Esposo (2), lo pondrá en medio de su corazon, y de allí no lo quitará, porque lo encuentra dulce recordando la mano que se lo dió. Y no solo lo ama, sinó que aun lo desea, porque todo aquello que ejercita su paciencia, llega á serle gustoso por amor de Aquel que se lo proporciona. Desea padecer, y dice continuamente con aquella gran Santa: « En los dolores y las contradicciones de la cruz de mi amado Jesus está mi ganancia. Ojalá ¡ amado de mi alma ! ojalá quisiérais proporcionarme siempre padecimientos, que me hagan vivir enclavada con Vos en vuestra santa cruz. Entónces pasando el Calvario de mi vida, llegaria alguna vez á buscaros y á unirme con Vos eternamente en el Tabor de vuestra gloria (3). » ¡ Oh ! mis amad.[s] herman.[s], toda esta paciencia necesita el alma robustecida por la santa fortaleza que alcanza en la oracion. Padecer por El le es muy dulce y suave, porque en sus penas ve la mano del Señor infinitamente bueno y misericordioso, que la prepara con merecimientos, de modo que sea digna de su eterno desposorio. Las personas indevotas, distraidas y tíbias para la oracion, esas no consiguen semejante paciencia, ni tampoco se encuentran dispuestas para pa-

(1) De Divin. Provid.
(2) Cant. Cantic. C. 1.
(3) De Divin. Provid.

decer: por esta razon las oimos quejarse amargamente cuando las visita la mano del Señor con alguna molestia. ¡ Oh ! reflexionen tales almas que ninguno que ha profesado seguir á Jesucristo cargando su cruz, puede hacerlo sin participar las amarguras, afrentas y trabajos que son inseparables de esa misma cruz.

Hemos visto, mis amad.s herman.s, lo que es la oracion, lo que en ella debe proponerse y tratar con Dios la persona religiosa que desea santificarse en el claustro; y hemos tambien visto cómo las virtudes propias del estado religioso anteceden á la oracion, la acompañan y la siguen, cuando esas mismas la practican con el fervor propio de las almas que se han consagrado á Dios verdaderamente. Hagamos de esta virtud el ejercicio familiar de nuestro estado, os diré con las palabras de San Leon Papa á una persona consagrada á Dios en la vida del claustro como vosotras. Hagamos de la oracion el alimento que nos fortalezca en la peregrinacion que hacemos buscando nuestra patria; en aquella patria donde esperamos la paz y el gozo espiritual que nos traigan ese contento sólido é inmutable, por el que tanto hemos suspirado, y aun suspiramos cada dia. Busquemos en la oracion fervorosa y cotidiana esa arma poderosa que combate y persigue á los enemigos de nuestro bien, de modo que dejen de atormentarnos, encontrándonos apercibidos para recibirlos y rechazarlos. De este modo límpio nuestro corazon de todo pecado, lograremos aquí en la tierra ejercitarnos en el amor á Dios y en todas las virtudes de nuestra profesion, y despues descansar en el cielo unidos con el mismo Dios eternamente.

INSTRUCCION QUINTA.

SOBRE LOS ENEMIGOS DE LA ORACION Y MEDIOS QUE SE HAN DE EMPLEAR PARA VENCERLOS.

Sopor irruit super Abram, et horror magnus et tenebrosus invasit eum.

Cayó sobre Abraham un profundo sueño, sobrecogióle un gran terror y obscuridad.

(Genes. Cap. 15.)

Así nos pinta, herman.s mi.s, la santa Escritura algo de ese combate, que experimentó Abraham ofreciendo en el monte el sacrificio de las víctimas que Dios le habia ordenado. Despues que ha colocado éstas el santo patriarca con piadoso esmero, y cuando su alma espera oir la voz del Señor, que tantas ocasiones le habia recreado, ya con sus soberanas instrucciones, ya con sus magníficas promesas; aparecen conjuradas para perturbar su oracion las aves de rapiña, que pretenden arrebatar y devorar la carne de las víctimas ; el sueño profundo que entorpece las facultades de su alma, y no le permite contraerse, como quisiera, á su oracion; un gran terror ó agitacion que le turba interiormente ; y en fin, densas tinieblas que ofuscan su espíritu, y nada le dejan ver , sinó tan solo aquellos objetos que contribuian á su misma perturbacion. Me parece que el espíritu de Abraham, fortificado ántes por la santa confianza de que estaba lleno , se sentiria abatido por el sufrimiento que todo ésto le causaba. Mas no sucedió así : él hace huir las aves de rapiña dispuestas para apoderarse de las carnes de los animales que ofrece á Dios; y la voz de Este, que disipa

las tempestades, conjura las tormentas, y alumbra las tinieblas, se deja oir prontamente en socorro del padre de los creyentes, renovando la alianza hecha así con él, como con toda su posteridad. El escucha en premio del fervor, paciencia y fortaleza con que, á pesar de todo, perseveró en su oracion, aquella palabra misericordiosa: « Irás en paz á tus mayores, y á tu posteridad daré esta tierra. » Promesa divina, que comprendia los bienes eternos, que buscaba Abraham con fé sencilla y devocion tan ardiente, y la proteccion de lo alto aquí en la tierra para su numerosa posteridad.

Permitidme, mis carísim.s herman.s, que en lo sucedido al gran patriarca Abraham divise aquella cruda guerra, que muy á menudo suelen experimentar las almas consagradas al Señor en la vida religiosa, así como todas las otras que tratan de ejercitarse en la santa virtud de la oracion. Guerra cruel, porque en ella satanás pone en movimiento todos sus artificios, para arrebatar de las almas la devocion, el recogimiento, el fervor, y demas virtudes que han de contribuir á que sea provechosa para los fines, á que va enderezada. Guerra larga, porque no se limita á un tiempo determinado, en que nos haga sentir las molestias de su combate, sinó que se renueva cada ocasion que nos proponemos orar. Acude á nuestra imaginacion, pone en movimiento el corazon, y hace venir á la memoria los recuerdos pasados, á fin de impedir á todo costo nuestro aprovechamiento. Hace en nuestras potencias lo que el espíritu inmundo, de que nos habla el santo Evangelio, que retirándose de un lugar, no encontrando reposo en ninguna parte, vuelve luego al punto de donde salió, trayendo otros siete espíritus peores que él (1).

(1) S. Mateo C. 12.

Mas no imagineis que en esta dolorosa guerra Dios abandone ni por un instante á quienes lo invocan, y en El ponen como Abraham todas sus esperanzas. Dios señala á esas almas, combatidas y acongojadas por los mortales enemigos de nuestra felicidad eterna, las armas que les conviene manejar constantemente en su espíritu, en su corazon, en sus obras y en todas partes, á fin de triunfar de aquellos, y perfeccionar el sacrificio de oraciones que le ofrecen. A Abraham no acobardó, mis amad.s herman.s, ni el horror que le inspirarian las aves de rapiña que, sin respetar la presencia de los que podian ahuyentarlas, se arrojaron impávidas sobre las carnes de los animales muertos; ni le acobardaron las profundas tinieblas que repentinamente asaltaron á su entendimiento y á su voluntad; ni el horno humeante, ni las lámparas de fuego aparecidas sobre las víctimas: nada, nada le acobardó; sinó que fortalecido por la palabra divina, á todo se sobrepuso, y no abandonó el sacrificio que le atrajo las bendiciones de Dios. Este es el modelo donde el alma religiosa puede aprender la conducta que ha de observar cuando tantos enemigos vienen á combatirla, pretendiendo hacerla desfallecer en la oracion. Permitidme, pues, que hablándoos ahora de éstos, os diga en la primera parte de esta instruccion cuáles son, y de qué manera nos combaten ordinariamente; y en la segunda os declare cuáles son las armas con que debemos combatirlos hasta vencerlos. Ved ahí las dos reflexiones que van á ocuparnos. Atendedme.

I.

Os decia poco ántes, mis carísim.s herman.s, que el demonio, enemigo de todo cuanto hay bueno y agradable al Señor, es el primero que acude á combatirnos, á fin de retraernos de la oracion, y particularmente á las personas que por su profesion deben practicarla mas á menudo. Con este fin les pone mil tropiezos ya en el tiempo en que deben hacerla, ya en el lugar donde deben hacerla, y ya tambien en las personas con quienes deben hacerla. Porque satanás, como escribia Santa Teresa de Jesus, no pierde medio alguno para combatir la virtud en las almas que se consagran á Jesucristo, y sabe aprovechar todas las circunstancias favorables, que para ello se le presentan. En órden al tiempo se empeña porque las personas religiosas encuentren inconvenientes para hacer la oracion mental en aquellas horas que designe la regla. Les inspira pereza para alzarse á la madrugada, haciéndoles consentir que sufren en su salud y que, por consiguiente, no deben levantarse. ¡Oh! y cuántos males se originan de aquí, mis amad.s herman.s! Aquella persona que falta al coro al tiempo de la oracion, es motivo de desagrado para los superiores, de mal ejemplo para unos y de escándalo para otros. Y como esta falta se repite, ese mal ejemplo y esos escándalos toman cada dia mayor incremento en la comunidad, cundiendo á veces como la gangrena hasta el extremo, que son muy pocos individuos los que asisten á coro, especialmeute en las madrugadas de invierno; de suerte que la pereza de una sola ó de muy pocas personas encontró luego imitadores, porque lo malo los tiene, y ordinariamente muy numerosos. De manera que toda

persona, para precaverse contra semejante tentacion, necesita vencerse hasta remover con fortaleza aquel obstáculo; porque triunfando de su propia flaqueza, no solo arrojará un golpe mortal sobre su adversario practicando á su debido tiempo la oracion, sinó que dará á sus hermanos de profesion el buen ejemplo, con que necesitan fortalecerse y animarse en la observancia de su regla. Quien cumple ésta con puntualidad conformándose no solo con hacer lo que sustancialmente manda, sinó con el tiempo en que manda ejecutar cada cosa, es mucho mas meritorio delante del Señor; y á este número ha de procurar pertenecer toda persona religiosa que desea amar á Dios verdaderamente.

Los que estan encargados de aquellos que principian á dar sus primeros pasos en la vida religiosa, han de cuidar particularmente que éstos se acostumbren á concurrir con puntualidad á la oracion, cada vez que ésta se practique por la comunidad. En las madrugadas del tiempo de invierno no sean fáciles para hacerles concesiones indulgentes, que les fomenten la delicadeza, la pereza, y otros defectos, que contradicen en gran manera la perfeccion religiosa. David, en quien el Padre San Gregorio el Grande encuentra un modelo de oracion fervorosa que proponer á las almas que tratan de perfeccionarse en esta virtud (1), se alzaba á la mitad de la noche para orar, y volvia á levantarse ántes del dia para buscar los auxilios del Señor (2). Así debe hacerlo tambien todo religioso ó religiosa que desee adelantar en la oracion; persuadiéndose que para practicarla debidamente, se necesitan sacrificios que nos hagan merecedores del don de la oracion. ¿Y

(1) Moral. Lib. II.
(2) Salmo 118.

cuál podrá agradar tanto al Señor, como la puntualidad para concurrir á este santo ejercicio á las horas mismas que lo dispone la obediencia en el seno de cada comunidad? ¡Ah! con frio y pisando sobre la nieve se levantaban á orar á media noche San Wenceslao y San Casimiro, dejando á veces estampada en el hielo la huella de sangre que vertian sus piés lastimados por el frio; y sin embargo eran éstos príncipes de la tierra, que no habian renunciado ni su trono, ni sus conveniencias, ni su esplendor. El amor á Jesucristo, y el deseo de estrechar mas y mas con Él los vínculos de la caridad por medio de la oracion fervorosa hecha á veces en la puerta de los templos, les hacia levantarse de la cama, abandonar su palacio, atravesar las calles y las plazas á media noche ó ántes que amaneciese, para ir á orar delante de las iglesias donde se adoraba á Cristo sacramentado. Eran éstos, repito, príncipes y jóvenes sumamente delicados, y no temian ni enfermedades, ni algun otro mal que pudiera sobrevenirles, por obedecer al fervor de su devocion. Y acá ¿porqué se alegan tantas excusas para que las novicias ó novicios dejen á veces de levantarse á la oracion que debe hacerse en el coro por toda la comunidad? No se me oculta que podrán ciertas ocasiones existir causas legítimas para no hacerlo: no se me oculta, vuelvo á repetirlo; pero permitidme que yo diga tambien lo que siento: no siempre esas causas, que se suponen, son reales ni legítimas; muchas ocasiones son simples temores de achaques que podrán sobrevenir, mientras tanto lo que sucede real y efectivamente es que esas concesiones principian por debilitar el fervor de espíritu en las personas jóvenes; las hacen cuidar la salud mas que lo que conviene á aquellas que profesan penitencia y mortificacion de sentidos, y las

acostumbran á regalos que no se conforman con los rigores de la vida religiosa. Cuando éstas comienzan por faltar á la oracion de comunidad, despues no les es muy difícil dejarla tambien en particular, viniendo poco á poco á quedar su alma delante de Dios como aquella tierra que por falta de rocio ningun fruto puede ofrecer á su dueño. Así estas almas sin el agua de la oracion ninguna virtud podrán fácilmente cultivar, al contrario lamentando su situacion dirán muy bien como el otro de la santa Escritura: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi* (1).

Mas otras veces el demonio levanta sus tentaciones aprovechándose del lugar en que se practica la oracion. Sucede ésto con frecuencia, cuando no se toman para orar las precauciones necesarias para estar con el recogimiento debido, principalmente cuando el sitio en que se ora se presta por sí mismo á las distracciones, y no se trabaja con decision por oponer á éstas los remedios oportunos. Es cierto que se puede orar en todas partes, porque en todas está Dios, y oye lo mas secreto de nuestros deseos, y lo que apenas pronuncian nuestros labios; mas tambien lo es que ama las oraciones hechas por sus siervos con fervor y devocion, ó lo que es igual, hechas con todo el corazon (2). No podrá suceder de este modo, cuando voluntariamente no se remueven las ocasiones de distraccion, ni cuando se aprovecha del lugar en que se ora, para ver ó hablar con alguna persona, ó para ejecutar ó pensar algo que nos distraiga del objeto que nos proponemos. Situémonos en el lugar de nuestra oracion como la avecita en la soledad, segun la expresion de David (3), de modo que racionalmen-

(1) Salmo 142.
(2) Salmo 118.
(3) Salmo 101.

te hayamos procurado evitar las distracciones que pudieran venir del lugar, en que tengamos la oracion.

De la compañía de las personas que oran con nosotros saca tambien á veces satanás motivo para perturbar nuestra oracion. Por eso cuando oramos debemos figurarnos que estamos completamente solos ; sin otra compañía que la de Dios, en cuya presencia nos hemos puesto y que con su grandeza infinita nos rodea y cubre por todas partes. Contemplando vivamente esta inmensidad , nuestra pequeñez se encuentra sola delante del Señor, y en medio de su soledad conversará con Dios , sin que las criaturas vengan á interrumpirla con sus palabras, ni con sus negocios importunos. Esta soledad permitirá á nuestra alma decir al Señor como David: « Si miro á lo alto, allí te veo; si desciendo á lo profundo, allí tambien te diviso ; y si extiendo mi vista á mi rededor, no hay un solo lugar donde no me salgas al encuentro (1). » Ved ahí el alma que sola con Dios, conversa con su infinita majestad, y disfruta de su presencia soberana.

Nuestra imaginacion libre es otro enemigo que nos persigue en la oracion incesantemente. Job hizo pacto con sus sentidos (2), para que no le sirviesen de tropiezo en su vida espiritual; porque son ellos verdaderamente los que perturban nuestra alma , llenándola de mil representaciones y aprehensiones , que nos hacen perder la tranquilidad y recogimiento espiritual. Por la vista se comunican las ideas que turban nuestras potencias, y les inspiran afectos y deseos, que desdicen de la virtud y santidad propias de los discípulos de Cristo; por los oidos entran las palabras que dan pá-

(1) Salmo 138.
(2) Job C. 31.

bulo á tantas faltas de caridad; y en fin, cada uno de los sentidos es una puerta, decia San Agustin, por donde entran á nuestro corazon los enemigos de toda inocencia y de toda virtud (1). La imaginacion de las personas poco mortificadas se encuentra ordinariamente llena de todo género de representaciones: es el huerto abierto ó la sementera, cuyos cuidadores duermen; los ladrones roban los frutos del huerto, y las aves devoran las semillas del sembrado. Necesario es cerrar el huerto del espíritu, para que los frutos no sean robados; necesario velar con el objeto de impedir que las aves, que son las tentaciones, se arrebaten las semillas sembradas en el entendimiento y en la voluntad, á fin que produzcan á su tiempo frutos de vida eterna. Las personas que mortifican sus sentidos son las que cierran el huerto de su alma, procurando impedir que su imaginacion se disipe, y les haga malograr los frutos de la oracion, dando lugar á que entren las distracciones, y los roben. Las que vigilan renovando la presencia de Dios á menudo en la oracion; las que reiteran al Señor afectuosos coloquios y jaculatorias fervorosas, especialmente cuando se ven asaltadas por las ideas de su imaginacion empeñada en distraerlas; esas son las que cuidan su sembrado. Dios derramó en sus almas su semilla en las consideraciones de la meditacion que se propusieron hacer; el enemigo batalla por impedir que esa semilla arraigue y dé frutos: pretende por eso devorarla; mas el alma duplica sus esfuerzos, y aprovechando los auxilios de Dios, se pone en guardia con santa vigilancia, y evita de ese modo que sea devorada. Persuadámonos, mis carísim.[s] herman.[s], persuadámonos que de nuestra vigilancia, de nuestro fer-

(1) Serm. XXXVII. de tempor.

vor y de nuestra mortificacion depende en gran parte el adelanto y aprovechamiento de nuestro espíritu. Resolvámonos á vigilar siempre sobre nosotros mismos, y sentiremos cómo los asaltos de las distracciones son ménos violentos, y van perdiendo cada vez mas su fuerza.

Mas junto con mortificar los sentidos y vigilar sobre nosotros mismos, debemos tambien desterrar las aficiones que todavía viven en nuestro corazon, y nos inclinan á la tierra ó á ciertos objetos de la tierra. La palabra de nuestro Señor Jesucristo nos previene, que « donde está nuestro tesoro, allí está tambien nuestro corazon (1). » Porque, en efecto, nos vemos arrastrados por las aficiones del corazon, hasta quedar hechos verdaderos esclavos de ellas, y vivir tan solo para contentar sus caprichos. Dios quiere á sus fieles amigos y discípulos libres enteramente de tales aficiones; quiere límpio el corazon de las almas que han de escuchar sus palabras; libre la voluntad para ejecutar sus inspiraciones, y dispuesto de ese modo el individuo para cooperar á las gracias que le concediese Dios en su santa conversacion. El alma del religioso ó de la religiosa, que se acerca al Señor llevando en su corazon aficiones que la ligan á la tierra, es Moises á quien se le dice: « Desnuda tus piés (2), » porque no podia llegar hasta la zarza encendida, ni escuchar la voz omnipotente y eterna, sin desprenderse ántes de las aficiones que le estrechaban con la tierra. Examinen, pues, las personas consagradas á Dios, si se hallan en esta situacion; observen si tienen realmente en su alma alguna aficion que les impide hacer con

(1) S. Mateo C. 6.
(2) Exod. C. 3.

fruto la oracion; y encontrándola, cualquiera que fuese, entiendan que nada podrán aprovechar en tan santo ejercicio, sinó la arrojan de sí completamente. Dios quiere que las almas, acercándose á El, puedan llamarle con toda verdad « Dios de mi corazon; » y por cierto no tiene tal derecho aquella que ha dividido su corazon entre Dios y las cosas de la tierra. Aquella, repito, que no se ha desprendido sinó á medias y muy imperfectamente del padre, hermanos, parientes y amigos, y con su voluntad y su memoria corre á cada paso para entretenerse con ellos con perjuicio de su recogimiento y de su fervor. Esta alma, repito, mantiene dentro de sí un enemigo formidable, que no le permitirá recogerse para conversar con Dios.

Aquellas otras que, á pesar de vivir en comunidad, y de recibir cada dia tantos ejemplos de recogimiento y devocion, no obstante permanecen tibias y perezosas para cumplir debidamente las obligaciones de su estado religioso, esas son del todo indignas de recibir los favores, que dispensa el Señor en la oracion á las almas que con fervor procuran su aprovechamiento. El fervor, mis carísim.s herman.s, á todo se sobrepone, cuando es verdadero, y quiere el alma que lo posee sincéramente aprovechar en el camino de la propia santificacion. Recordad aquel retrato que nos ofrece de esta virtud el santo Evangelio en Maria hermana de Marta y de Lázaro (1). Apenas ha llegado el Salvador del mundo á su casa, cuando corre á sentarse cerca de sus piés para oir sus palabras. No queria perder ni una de éstas, y por eso elige el lugar mas inmediato; venia desnuda de toda aficion de la tierra y de sí misma, y buscaba el mas humilde, pero al mismo

(1) S. Lúcas C. 10.

tiempo el mas cercano á los piés de Aquel. *Secus pedes Domini audiebat verbum illius.* Y vosotros sabeis, mis amad.[s] herman.[s], cuánto aprovechó Maria la conversacion con Dios auxiliada con tales disposiciones. Ningun cuidado doméstico, ningun respeto humano, ningun género de aficion á la carne ni á la sangre, nada, nada la distrae de su conversacion con Dios, porque ántes de entrar en ésta, de todo se habia desprendido ya, para que su alma pudiese gozar sin estorbo de ningun género, los favores del Padre celestial. El divino Salvador elogia el amor tan devoto y religioso, con que oye la conversacion celestial esta santa mujer. « Maria, dice, ha elegido la mejor parte, y no le será quitada: *Maria optimam partem elegit, quae non auferetur ab ea* (1). » Eligió la mejor parte, porque viendo en el Hijo de Dios el bien mas precioso que pudiera alcanzar, y en sus palabras la fuente celestial, que derramaria sobre su alma todos los tesoros y todas las riquezas espirituales, lo prefirió sobre las aficiones del mundo, sobre los lazos de la carne, y sobre todas las conveniencias de la tierra. Imitemos, herman.[s] muy amad.[s], el ejemplo de Maria permaneciendo constantes en la oracion, pero desprendidos de todas las aficiones, que nos puedan impedir la estrecha comunicacion con Dios.

La tibieza y flojedad, con que no pocas personas religiosas suelen portarse en la práctica de la misma oracion, es otro de los enemigos que persiguen en nosotros esta santa virtud. Recordad cuánto aborrecimiento manifestó el Señor á los flojos, descuidados y ociosos, á quienes increpó su falta de virtud, ya reprendiéndoles porque permanecian en la ociosidad: *Quid*

(1) S. Luc. C. 10.

hic statis tota die otiosi (1) ? ya imponiéndoles severas penas en la persona de aquel que escondió su tesoro, prefiriendo quedar en la ociosidad (2); y ya tambien en la voz de su indignacion fulminada contra las almas tibias representadas por el individuo á quien decia: « Ojalá fueses mejor frio que tibio, porque tu tibieza me hace vomitarte (3). » Porque el alma que ha caido en faltas graves, que es la que el Señor llama fria, porque perdió el calor de la caridad, esa mas fácilmente conoce su situacion, y conociéndola puede moverse para aprovechar la divina gracia que la vivifique y encienda de nuevo con el fuego santo de la caridad. Mas no sucede así con las personas tibias y negligentes, á quienes su misma tibieza les sirve de obstáculo para que conozcan su situacion, y se agiten por las consecuencias funestas que fácilmente pueden acarrearles. Dios no recibirá su oracion, porque es tibia y porque va acompañada por distracciones en el entendimiento, y falta de resolucion y de sinceridad en la voluntad. Es la oracion de Israel, que no llega al cielo, porque extendió la mano del Señor un velo para que no suba. ¡ Ah ! sacudid, mis carísim.s herman.s, toda suerte de pereza y toda inaccion, que impida á vuestras oraciones elevarse hasta el trono del Señor. La oracion de las almas que se consagraron á Jesucristo ha de ser doblemente fervorosa, repetiré con Santa Teresa de Jesus, pues ha de reunir el amor del hijo reconocido y obligado á su padre por la ternura filial que le inspiran los sentimientos de la naturaleza, y el cariño de la esposa que consagra á su esposo con ejem-

(1) Matth. C. 20.
(2) S. Mateo C. 25.
(3) Apocal. C. 3.

plar fidelidad hasta los movimientos mas pequeños de su corazon (1).

La ignorancia culpable y vergonzosa acerca de la oracion, y que no es raro encontrar en personas que profesan la vida religiosa, es otro de los enemigos que tiene esta santa virtud. Ignorancia llamo yo ahora aquella falta de conocimiento para ordenar su oracion de manera, que sea provechosa; y la llamo tambien culpable, y lo es realmente en todas aquellas personas, que nada han hecho á fin de instruirse en esa materia, y poder sacar todo el provecho posible para su alma. Y la llamo de nuevo culpable, porque supone gran descuido acerca de los intereses de su alma en la persona que se conduce de esa manera en órden á lo que tantos y tan grandes bienes puede traerle. Cuando Jesucristo descubria á sus apóstoles los tesoros celestiales que encierra la oracion, se dispertó en el alma de cada uno de aquellos un deseo vivo de aprender á orar, de manera que pidieron á su Maestro les enseñase á practicarla. *Doce nos orare,* le dijeron (2). Este mismo deseo debe vivir en el alma de todos los cristianos, pero muy particularmente en las personas religiosas, que estan llamadas á procurar su perfeccion, y tienen en el ejercicio de la oracion uno de los medios eficaces de conseguirla. Tienen, pues, necesidad de instruirse bien en la ciencia práctica de este santo ejercicio, leyendo aquellos tratados tan claros como luminosos para las almas, y que las conducen como de la mano en la ciencia de la oracion. Tales son entre otros muchos los de San Francisco de Sales, de San Alfonso Maria, del Venerable Luis de Granada y del

(1) Moradas.
(2) S. Luc. C. 11.

Venerable Luis de la Puente, los que con magisterio, que muy bien podríamos llamar celestial, nos trazaron un camino fácil para aprovechar en la oracion. Todos éstos subministran los conocimientos que son necesarios á fin de dirigir acertadamente á nuestra alma en el santo ejercicio de conversar con Dios. El religioso ó religiosa, pues, que desea alcanzar este bien inefable, se dedica á leer alguna de estas ú otras obras semejantes, hasta quedar expedita para dirigir su oracion del modo conveniente.

Hemos conocido á los enemigos que se empeñan con mayor teson en apartar á nuestra alma de la oracion, arrebatándole con mil artificios, que ponen en movimiento, recursos muy eficaces que Dios nos ha concedido á fin de adelantar en el camino de la perfeccion: ahora vamos á conocer tambien las armas, que la divina misericordia pone á nuestra disposicion para vencerlos; porque nunca Dios permite que seamos tentados ni perseguidos por los enemigos de nuestra salvacion sin concedernos medios eficaces para vencerlos.

II.

La humildad es, mis carísim.s herman.s, la primer arma que las personas religiosas han de manejar para triunfar de sus enemigos espirituales. Llena nuestra alma de los sentimientos que inspira esta virtud, nada, absolutamente nada de cuanto pretendamos alcanzar, debemos esperar por nuestra propia virtud, ni por nuestros merecimientos, sinó tan solo por la infinita bondad del Señor. De cuantos bienes llena á las almas esta disposicion, nos lo declara el santo Evangelio en la pobre mujer Cananea, que pedia á nuestro Señor Jesucristo la salud de su hija grave-

mente enferma. Allí vemos cómo el Señor probó la humildad de aquella, y cuán bien ésta la ejercitó respondiendo que « los cachorrillos comen las migajas caidas en el suelo, de la mesa de su señor (1). » Su humildad brilla no tan solo en esta respuesta, sinó en repetir sus instancias á Jesus gritando en medio de la muchedumbre para ser oida por el Salvador; y brilla todavía confesando que era indigna de las gracias que procuraba, y que solo la bondad insondable del Señor podia dárselas por su infinita misericordia. Jesucristo no solo le concede cuanto le pide, sinó que elogia su fé, su devocion, su humildad, y en fin, todas sus virtudes. Yo no necesito deciros hasta dónde llegó la eficacia de la humildad de la Cananea para empeñar la voluntad del Salvador, y me limitaré á repetir la doctrina de San Juan Crisóstomo. « Asombróse, dice este Santo Doctor, asombróse el mismo Salvador de las virtudes prodigiosas de esta mujer. Admirable fué su fé acompañada de ardiente caridad, de humildad profunda, de rendimiento absoluto de su voluntad, y de una firmísima esperanza. Ni las injurias, ni las afrentas fueron capaces de entibiarla, y no podia su oracion dejar de ser eficacísima robustecida por virtudes tan admirables (2). » La persona que llega á la oracion acompañada de semejante humildad, se conoce á sí misma, vé y está persuadida de la miseria de su condicion, y no se le ocultan las faltas que la hacen indigna de los favores de Dios. Es un perro, como confesó de sí misma la Cananea; y nó un mastin de aquellos fieros y valientes que saben defender los intereses de su amo, sinó un pequeño cachorro que de nada es

(1) S. Márcos C. 7.
(2) Homil. XLIV. in Genes.

capaz, sinó de mover á lástima con sus débiles ahullidos á los que sean compasivos, ó de fastidiar á los demas. Con tal disposicion ha entrado ya en el camino de obtener los favores del cielo; sus enemigos han perdido su fuerza, y no debe dudar ni por un instante que Dios le otorgue todos los favores espirituales, y todos los dones de virtud, que solicitará en su oracion.

Os dije poco ántes, que satanás aprovecha contra nosotros nuestros recuerdos, nuestra imaginacion, las ocupaciones de nuestro oficio, y en fin, todo cuanto constituye nuestra vida, procurando perturbar nuestra comunicacion con Dios en la oracion. Incansable para promover nuestro mal, no omite ni medio, ni coyuntura alguna que, para conseguirlo, le parezca favorable. Hace con cada uno de nosotros lo que nos representa la Escritura sucedió á Abraham, cuando se ocupaba de ofrecer á Dios las carnes de las víctimas, que El le habia mandado sacrificar. Cuando aquel santo Patriarca y Padre de los creyentes se ocupaba de dar cumplimiento al mandato divino, ve á las aves de rapiña que pretenden arrebatar la carne de las víctimas, y que para conseguirlo van y vienen repetidas ocasiones. Esto mismo nos sucede en la oracion: tratamos de ofrecer á Dios en este santo ejercicio el sacrificio de nuestro amor, de nuestra fé y de nuestro agradecimiento preparado en nosotros mismos. Mas ¿qué sucede? Satanás quiere impedirlo á todo costo, y va y viene como aquellas aves de rapiña, asaltando nuestra devocion con distracciones y perturbaciones de mil formas diferentes. ¿Qué haremos entónces? Echar mano de la fortaleza como Abraham, mis amad.s herman.s, para resistir las agresiones de nuestro enemigo, procurando vencerlas. Esto lo practicamos haciendo la resolucion de no consentir voluntariamente en ninguna

distraccion; recordando en la imaginacion los puntos de nuestra meditacion; levantando al Señor el espíritu y el corazon por medio de algunas jaculatorias ó coloquios breves; y en fin, renovando nuestra confianza en Dios, y haciéndole actos fervorosos de amor y de consagracion á su santo servicio.

Mas esas imaginaciones, distracciones y perturbaciones, que solemos sentir en la oracion, no pueden jamas servir de pretexto, para que alguna persona la omita; al contrario deben hacerla mas contraida y vigilante en este santo ejercicio. Las que se fastidien y disgusten porque no pueden contraerse, porque les asaltan tentaciones de toda especie, y porque á su parecer ningun fruto sacan de su oracion, esas personas se equivocan miserablemente; y dejándola, abandonan el medio que las sostiene en la vida religiosa y que, aun cuando á su modo de ver no les trae ninguna utilidad, ni delante de Dios, ni delante de su propia conciencia, ni delante de los enemigos que la combaten, es el muro que impide á éstos tomarla y apoderarse de ella. La paciente perseverancia es el remedio mas eficaz que podemos oponer á esos formidables enemigos de nuestra oracion. Esto quiso figurarnos tambien el divino Salvador en los clamores de los apóstoles durante la borrasca de Genezaret. Mirad cómo allí, entumecido el mar, agitadas las aguas por los vientos, y fluctuando el navio en medio de las ondas, no cesan los discípulos de gritar á su divino Maestro Jesucristo: *Domine, salva nos, perimus* (1); y esa oracion trajo la bonanza, y volvió la paz, la serenidad y la confianza á los corazones agitados de los que oraban. Ved ahí retratado lo que sucede á las

(1) S. Mat. C. 8.

almas acosadas por la furiosa tempestad que levantan las tentaciones que las combaten. Clamemos, pues, en medio de éstas como los apóstoles: « *Domine, salva nos, perimus ;* Señor, ven, sálvanos porque perecemos. » Imitemos al ciego de nacimiento, á quien abrió el Salvador los ojos y le dió vista (1). En medio del tumulto ocasionado por la muchedumbre que se agolpaba cerca de Jesus, y queriendo que Este oyese los clamores con que le pedia la gracia de su curacion, no dejaba de gritar: « Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí: *Fili David, miserere mei.* » Y en vano las gentes pretendian hacerle callar; en vano otros le amenazaban; porque el pobre ciego cada vez con mayor empeño clamaba: « Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí. » Pongámonos en la persona de este ciego, y en medio del tropel de las imaginaciones y de los pensamientos que pasan por nuestra alma; de los remordimientos por faltas cometidas contra las virtudes religiosas, que atormentan el corazon; de las ideas que nos inspiran nuestras propias miserias, echándonos en cara inumerables faltas que nos hacen indignos de presentarnos delante del Señor; y en fin, en medio del tropel de las urgencias y necesidades temporales, que asaltan y perturban la oracion, clamemos cada uno como aquel cada vez con mayor fervor: « Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí: *Fili David, miserere mei.* » Y si apareciesen nuevos estorbos, que nos distrajesen ó apartasen de la oracion, volvamos á ésta con mayor empeño, tomando de las tentaciones mismas nuevo motivo para duplicar nuestro fervor. Jesus no solo atendió la oracion de este ciego, sinó que lo mandó acercar á su presencia, é inspiró en

(1) S. Marc. C. 10.

su alma un gozo tan intenso, que saltando corrió inmediatamente hácia el divino Salvador, y Este le dió la sanidad que al punto recibió. Así hará tambien con nosotros, si sobreponiéndonos á los enemigos de nuestro recogimiento y de nuestra conversacion con Dios, no dejamos de clamar, y al contrario, si cuanto mas nos inquieten y nos incomoden, clamamos con mayor empeño, invocando al Señor para que venga á nuestra ayuda.

Pero tengamos confianza como el ciego, creyendo que Dios nos oye, y se compadece de nuestra situacion; porque si fluctuamos en medio de las dudas ó de las incertidumbres, que nos sugieren los enemigos que nos combaten, es seguro que no triunfaremos de aquellos. El ciego no guardó silencio, ni porque el gran ruido de la multitud que pasaba le hiciese creer que el Salvador no oiria su oracion, ni porque algunos se empeñaban en hacerle callar cuando pasaba Jesucristo, ni tampoco porque le amenazaron otros en caso que continuase gritando. Nada de ésto le impidió clamar; y al contrario lo hacia con tanta mayor fuerza, cuanto era mayor el empeño con que todos aquellos querian estorbárselo (1). Imitad su ejemplo, vuelvo á repetiros, especialmente á vosotras almas cobardes, que abandonais la oracion porque las tentaciones de diverso género os molestan en este santo ejercicio. Clamad á Dios con la confianza viva de que sereis oidas como lo fué aquel; y al fin de vuestros clamores os vereis consoladas, alcanzando recogimiento y devocion, y sentireis alegría intensa como aquel pobre ciego, escuchando en el fondo de vuestra conciencia la voz divina que os dirá: Alma, ¿qué cosa quieres?

(1) S. Marc. C. 10.

Sentireis, digo, la inspiracion divina, que os certificará de la presencia del misericordioso Remediador de nuestras miserias allí, allí cerca de vosotras mismas.

Y si cada vez que oráseis debeis portaros de esta manera, mis carísim.s herman.s, para recoger los frutos de la oracion, jamas debeis hacerlo con tanto empeño, como cuando os ejercitais en la oracion celestial del Oficio divino. Allí, cuando alternais con los ángeles los cánticos del Señor; allí, repito, cuando Jesucristo en medio del coro ó del lugar en que rezais, está dirigiendo vuestro santo ejercicio, y complaciéndose en él cuando lo practicais con la fé y devocion necesarias (1). Con fé, he dicho, ésto es, conservando vivamente la presencia de Dios en vuestro entendimiento; para procurar este bien podeis dividir la vida de nuestro Señor Jesucristo en los dias de la semana, y tener, durante las horas que rezáseis, presentes aquellos misterios que correspondiesen. Con esta diligencia habríais puesto de vuestra parte un medio que recomiendan muchos santos y doctos varones como muy eficaz para conciliar esa fé. Con devocion tambien, he dicho, porque nuestro recogimiento exterior es prueba de la fé y del fervor de que está llena nuestra alma; porque con esa devocion quiere Dios que se den ejemplo mútuamente los que rezan en coro el Oficio divino; y tambien, finalmente, porque esa devocion es el incienso que sube hasta el cielo desde el seno de la comunidad, y hace descender sobre ésta las misericordias del Señor, que le traen en general observancia, caridad y los socorros, tanto espirituales como temporales, que fuesen necesarios; y en particular á cada individuo la paciencia, la humildad, la estudiosidad, y todas las otras

(1) S. Agust. Epist. 117.

virtudes que les conducen á la perfeccion. Con estas santas disposiciones alabarán los religiosos y las religiosas al Señor, no solo con el cuerpo, sinó tambien con el espíritu; le adorarán no solo con las palabras de los labios, sinó con los sentimientos interiores, que son las voces del espíritu; y podrán decir con verdad como David, que su alma y su cuerpo se regocijaron en Dios vivo: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum* (1). Estando íntimamente unidos en nosotros la carne y el espíritu, éste mueve nuestros labios para que alabemos con fervor á nuestro amoroso Criador, á la vez que las palabras, que rezamos devotamente, recogen ese mismo espíritu, y lo mueven á reverencia y compuncion. Qué bien explicaba todo ésto San Agustin, diciéndonos: « ¡ Cuántas lágrimas derramé en los himnos y cánticos, movido sobremanera con las voces de la Iglesia, que eran tan suaves para mí! Aquellas voces entraban por mis oidos, y vuestra verdad, ¡ oh Dios mio! se derretia en mi razon, y de ella se inflamaba un afecto de piedad tal, que las lágrimas se destilaban abundantemente de mis ojos (2). » Las personas que no han estudiado latin, y no entienden, por consiguiente, lo que rezan en el Breviario, ganarán mucho con el ejercicio de la fé representándose los misterios de la vida, pasion y muerte de nuestro divino Redentor mientras rezan el Oficio. Tambien podrán auxiliarles las jaculatorias hechas con el corazon; los actos de fé, esperanza y caridad, acompañando á la lectura de los salmos, y en fin, teniendo voluntad expresa de decir el Oficio del modo que fuese mas agradable al Señor.

(1) Psalm. 83.
(2) Confess. Lib. IX.

Rezar con exactitud el Oficio divino, y asistir á él sin falta, es bastante para reformar una comunidad, dice San Bernardo (1); porque las luces que derrama el Señor á los que oran con fervor en el Oficio, que El mismo ordenó y reveló á su Iglesia, les disponen para emprender aquella vida que es mas conforme con la caridad de Dios, con quien debe unirles la perfeccion religiosa. Trabajad, pues, mis carísim.[s] herman.[s], trabajad sin cesar á fin de hacer el rezo del Oficio divino con aquellas circunstancias, que lo hagan agradable á Dios y provechoso para vuestra alma.

De todo lo dicho hemos de concluir, que la oracion es una virtud esencial para la vida religiosa, que facilita la perfeccion á los que la practican debidamente, y que necesitamos, para conseguir los bienes que nos trae, vencer á los poderosos enemigos, que tiene, con las armas que ha puesto el Señor en nuestras manos. Pidamos á Jesus nuestro divino Salvador, que por ese fervor, con que oró en favor nuestro á su Eterno Padre, nos conceda que oremos tambien nosotros con tanta devocion, con tanta fé y con tanta perseverancia, que logremos conseguir todos los frutos, que nos tiene prometidos aquí en la tierra, y nos hagan llegar al reino de los cielos.

---

(1) Serm. ad fratres.

INSTRUCCION SEXTA.

SOBRE LA POBREZA RELIGIOSA.

Radix omnium malorum cupiditas est.

Raiz de todos los males es la avaricia.

(I. ad Timoth. Cap. 6.)

Ninguna admiracion debe causarnos esta sentencia tan terminante del Apóstol, si recordamos con cuánto cuidado Jesucristo vida nuestra procuraba inspirar en sus apóstoles un amor sincéro á la pobreza voluntaria; y si buscando ademas desde el principio del mundo el orígen de los mas grandes males, que han afligido al linaje humano, lo encontramos en la codicia de los bienes de la tierra. Los hombres llegaron á considerar en éstos el elemento mas poderoso para alcanzar esa felicidad material, que buscaban en la tierra por medio de sus sentidos, y de allí venian los sacrificios de todo género, que se imponian para conseguirlos. De allí las injusticias, con que los poderosos ultrajaban á los débiles; los vejámenes, con que los grandes insultaban á los pequeños; y de aquí tambien el olvido de los intereses eternos, mientras se procuraban con ahinco aquellos goces efímeros y materiales. El Salvador vino á poner término á este mal, y declaró que para seguir con perfeccion á su Majestad divina « era necesario renunciar todas las cosas (1). » Este es el principio del sacrificio que hace toda persona que profesa vida religiosa, cuando ofrece al Señor voluntariamente

(1) S. Lúcas C. 14.

el voto de pobreza, que comprende ese desprendimiento completo y absoluto de los intereses del mundo, que nuestro Señor Jesucristo nos enseña con su ejemplo y con su doctrina. Desprendimiento de que nos dan ejemplo los primeros apóstoles de nuestra santa religion, que lo aprendieron del divino Salvador, y San Pablo nos da idea de su naturaleza diciéndonos: « Yo nada quiero de las cosas de este mundo; toda mi riqueza es Jesucristo que, siendo infinitamente rico, se hizo pobre por nosotros (1); y por eso deseoso de corresponderle, cuanto habia yo ganado lo he renunciado por El (2). » Lleno de amor á la santa pobreza vemos á Jesucristo durante toda su vida tomarla por su inseparable compañera, hasta el punto de nacer en un pesebre, ser reclinado sobre las pajas destinadas al sustento de los animales, y morir desnudo en el madero de la cruz. Con la luz de estos ejemplos abrazando esta misma pobreza el Apóstol de las gentes, « Pido, dice, cada dia al Señor, que conserve en mi alma el desprecio con que miro los bienes de este mundo, deseando tener mi corazon lleno del amor á Jesucristo (3). » Y esta misma guia tambien en el claustro al alma religiosa, para prometer con voto al Señor vivir pobre por su amor: voto que levanta un muro entre el religioso y la tierra, sus grandezas, sus vanidades y sus esperanzas.

Pero á medida que este voto es tan sublime, y tan evangélicas y propias del discípulo fervoroso de nuestro Señor Jesucristo las virtudes que en él se ejercitan; así son tambien poderosos y temibles los enemigos que lo combaten y persiguen. Por esta razon las personas

(1) Ep. II. á los Corínt. C. 8.
(2) A los Filip. C. 3.
(3) Ibidem.

religiosas, que lo ofrecieron al Señor, han de dirigir todos sus esfuerzos á conocer el precio de su sacrificio, para armarse de mayor fortaleza, á fin de combatir con celo y constancia á aquellos enemigos empeñados en arrebatárselo. Su valor bien nos lo deja conocer la naturaleza misma de la pobreza religiosa, que profesando el cristiano no solo renuncia por amor á Jesucristo los bienes de fortuna que posee, sinó aun la esperanza y la voluntad de tenerlos. Un solo objeto quiere que ocupe su corazon, sus pensamientos y sus afectos, y ese es Jesucristo. Por esta razon se desprende de todos los obstáculos que pudieran impedirle alcanzar lo que se propone, y esos son los bienes de la tierra, así como la esperanza de conseguirlos. Libre desea quedar, de modo que sin algun impedimento pueda decir á Cristo como el Príncipe de los apóstoles: *Reliquimus omnia, et sequuti sumus te* (1). Los enemigos que necesitan combatir, para cumplir el voto de pobreza, las personas que lo hicieron, nacen del apego á los bienes de este mundo: apego que subsiste á pesar que se conocen sus inconvenientes, y la voluntad ha querido libre y espontáneamente renunciarlos. El alma que desea vencerlos todos, les pasa revista en su entendimiento, á fin de conocerlos bien, y evitar de esa manera sus asechanzas.

Ved ahí lo que vamos á hacer ahora, mis carísim.[s] herman.[s] Vamos primero á tratar de la naturaleza de la pobreza religiosa, á indagar á fondo en qué consiste, y cuáles son sus excelencias; vamos á ver luego las virtudes que acompañan á esta pobreza; y últimamente á observar tambien cuáles son los enemigos que la combaten sin cesar en las personas que la han profesado.

(1) S. Mateo C. 19.

Auxiliadnos, divino Salvador de nuestras almas, con las luces que dispensa vuestra infinita bondad, de manera que pueda yo tratar de un modo conveniente sobre la santa virtud de la pobreza. Vos que tanto la amaste y tanto recomendaste á vuestros apóstoles y discípulos, así con la doctrina como con los ejemplos, que desnudasen su corazon de la tierra, de modo que quedasen aptos para trabajar por las cosas del cielo, desprendednos de todos los lazos de la naturaleza frágil y miserable, que nos atan á la tierra, de manera que podamos con la consideracion de las santas verdades, que vamos á exponer, levantarnos sobre nosotros mismos hasta el cielo, y nada desear sinó los bienes eternos é inefables que éste encierra. Esta es, Dios mio, la gracia que espero conseguir de vuestra infinita misericordia por intercesion de la Santísima Vírgen Maria y de todos los Santos de vuestra corte celestial.

I.

« Pobreza religiosa llamamos aquella virtud, por la que el hombre voluntariamente, y para estar mas apto para el servicio de Dios, se desprende de todas las cosas terrenas, reteniendo solamente el uso de las que le son necesarias ; y ésto al arbitrio y conciencia del superior: confirmando esta renuncia con voto, segun la regla del instituto en que lo hace ; » ó como escriben otros, *virtus qua quis voluntarie propter Dei amorem nec non Christi imitationem bona cuncta terrena contemnit, abiicitque, solo usu rerum necessariarum retento, idque cum dependentia ab arbitrio superioris, confirmans hanc abiectionem voto, iuxta mentem religionis* (1). El Angélico Doctor llama

(1) V. P. Gasp. Druswik S. I. Direct. Novit. cit. S. Thom.

al voto de pobreza fundamento de la vida religiosa ; y dice que, así como la fé es el fundamento de la vida cristiana, y sobre el que descansan las virtudes de la esperanza y de la caridad ; así los otros votos religiosos de obediencia y castidad estriban sobre la pobreza y el desprendimiento de las cosas de la tierra (1). Por esta razon el primer voto que se pronuncia ordinariamente es el de pobreza ; y al principio de nuestra vida natural Dios mismo, dice el Venerable Padre Luis de la Puente (2), pone los cimientos de nuestra pobreza, cuando entramos desnudos á la tierra, y la corona, cuando en el amargo transe de la muerte nos despoja de todas las cosas. El cristiano que reflexiona sobre estas dos verdades tan evidentes en la vida de todo hombre, no podrá ménos que ajustarla de tal modo, que el curso de toda ella no desdiga de sus dos extremos. Así lo comprendió el santo Job, cuando se vió repentinamente reducido á un estado espantoso de pobreza, y recordó que estaba éste en armonía con su nacimiento y con su muerte. « Desnudo, dijo, salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo que volver allá (3). » Como si dijese : Mi vida es una jornada continua desde el nacimiento hasta la muerte ; y pues nací desnudo del vientre de mi madre, desnudo tengo que entrar en las entrañas de la tierra, nuestra madre comun, donde seré sepultado al fin de mi vida. Esta consideracion movia eficazmente á los justos, para que despreciasen los bienes temporales, y compadeciesen á los que tenian á éstos apegado su corazon. San Pablo lleno de luz divina nos enseña, que « así como ninguna cosa entramos en este mundo, ni nada podremos tampoco

(1) 2.ª 2.ªe quaest. 168.
(2) Trat. VI. de la guarda de los votos.
(3) Cap. 1.

sacar de él ; así tambien debemos vivir desprendidos de todo cuanto pertenece al mundo, y contentos con tener la comida para alimentarnos, y el vestido con que cubrirnos (1). » Nada parece tan natural, como que los religiosos y las religiosas, que tan sincéramente se han dedicado á servir al Señor, procuren hacerlo de un modo conforme con la pobreza, que al principio y al fin de ella Dios les señaló. Ni nada por consiguiente, repito, tan natural, como que comiencen su vida religiosa, desnudándose por el voto de pobreza de todas las cosas, y continuando con esa misma desnudez hasta la muerte, donde forzosamente tienen que abandonarlas todas.

La pobreza religiosa puede considerarse ya comun, ya individualmente. Considerada en comun es aquella que debe profesar cada instituto religioso, segun las reglas y constituciones que le rigen. Por consiguiente, en ésto suelen haber sus variaciones, sin que dejen por eso de ser todas esas reglas perfectas y aptísimas para enderezar las almas á la perfeccion. Unas comunidades religiosas pueden poseer rentas y adquirir bienes, que provean lo necesario para el sustento de la comunidad, la decencia del culto divino en sus templos, y aun para hacer algunas limosnas á los pobres ; mientras tanto hay otras comunidades que nada pueden adquirir, ni aun á pretexto de sustentarse, sinó que piden de limosna lo necesario para remediar sus necesidades. Y aun cuando esta segunda pobreza es mas estrecha y rigorosa indudablemente que la primera, no por eso seria la mas perfecta para todos los institutos religiosos, sinó que será ésta aquel género de pobreza que cada instituto profesa, y está en

(1) I. á Timot. C. 1.

armonía con el fin para que fué fundado en la Iglesia de Dios. Porque la pobreza, como nota muy bien el Angélico Doctor (1), no es la perfeccion sustancial de la religion, sinó un medio ó instrumento para conseguirla. Y el medio ó instrumento mas perfecto para conseguir lo que se desea, es aquel mas proporcionado al fin á que se le ordena. Por consiguiente, aquella pobreza que cada instituto profesa en conformidad con sus leyes, esa es la mas perfecta, porque es la mas adaptada al fin que se propuso su santo fundador.

La pobreza considerada individualmente es aquella que está obligada á guardar, en fuerza de su voto, cada persona desde que hizo profesion religiosa. Esta pobreza individual debe tener dos circunstancias: una interior, ó de parte del alma; y otra exterior, ó de parte del cuerpo. La primera se llama pobreza de espíritu, y es como el alma de la pobreza del cuerpo. La pobreza que no tenga en el religioso ó religiosa estas dos circunstancias, no será perfecta. La espiritual consiste en no querer ni desear cosa alguna bajo cualquier pretexto que fuese; y á las almas amantes de esta pobreza fué á las que alabó nuestro Señor Jesucristo, llamándolas bienaventuradas, y prometiéndoles como premio el reino de los cielos. De modo que las personas que profesan pobreza religiosa, y no obstante viven llenas de deseo de adquirir dinero, comodidades ú otros bienes de la tierra, estan muy distantes de cumplir lo que profesaron; y aun cuando parezcan pobres, porque realmente nada tienen, sin embargo segun sus deseos muchas cosas tendrian; y si carecen de ellas no es por falta de voluntad, sinó porque no pueden alcanzarlas. Su pobreza es como un

(1) 2.ª 2.ªᵉ quaest. 188.

cuerpo sin alma, dice el Padre San Bernardo (1): son cadáveres de los claustros; y así como los cadáveres en los cementerios crian gusanos y arrojan fetidez, estos otros cadáveres crian en los claustros gusanos de murmuraciones y malos ejemplos, y despiden la fetidez de la inobservancia y de los escándalos, que contaminan á sus hermanos y hermanas de profesion. A esta pobreza interior debemos agregar la exterior, que es como el cuerpo que encierra la pobreza espiritual, y debe mantenernos desprendidos de toda posesion de intereses y bienes de la tierra, de cualquier suerte y con cualquier motivo que fuese. Así como el espíritu nada desea tener, así tambien el cuerpo nada posee, dice San Jerónimo (2), fuera de Jesucristo; y si algo tiene, ya su pobreza no es perfecta; y si su pobreza no es perfecta, miente á Dios, á quien prometió ser pobre de corazon y de un modo perfecto. El Evangelio dice, que ninguno puede servir á dos señores, y éstos pretenden servir á un tiempo á Cristo y al dinero. Jesucristo ha declarado que, si alguno quisiese seguirlo, se niegue á sí mismo, tome su cruz y le siga; y estas almas, no obstante que profesaron vida pobre por amor de Jesucristo, piensan seguirlo, nó cargando la cruz de la pobreza, sinó gozando abundancia, comodidades, y en fin, todas las conveniencias que concede á los mundanos el dinero. No nos engañemos, mis carísim.s herman.s, como sucede á tantos, á quienes oimos decir en los claustros: « tengo mi corazon desprendido de todo, y todo lo que poseo es solo por necesidad. » En un cristiano que no ha hecho voto de pobreza, estaria bien esa reflexion; pero nó en una persona religiosa que hizo voto de ser

(1) Epist. 100.
(2) Epist. 1. ad Heliod.

pobre por amor á Jesucristo. Su conducta quiere el Salvador que vaya arreglada por aquella doctrina celestial que nos enseñó diciendo: « Quien no renuncia todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo (1). »

La pobreza perfecta, á que se obligan por voto los profesos, consiste en renunciarlo todo con la voluntad y con la obra; en nada tener, ni nada desear, como escribia San Bernardo; nada tener sin licencia del superior, y ésta con arreglo á lo que manda la regla; ni nada desear ni amar de las cosas de la tierra, porque cualquiera que sea, servirá de estorbo al perfecto amor de nuestro Señor Jesucristo. Pasad revista, mis carísim.s herman.s, continuamente á aquellos mismos objetos pobres, que os sirven en vuestra celda, como lo hacia Santa Teresa de Jesus (2); y si alguno encontrais que no os sea necesario, entregadlo luego á quien corresponda, porque nuestro divino Salvador no nos dice que nos desprendamos tan solo de lo grande y de lo precioso, sinó aun de lo pequeño: « *Qui non renuntiat omnibus quae possidet*, nos dice; El que no renuncia todo cuanto posee, no puede ser mi discípulo. » San Gregorio aduce á los religiosos y religiosas, que pretenden servir á Dios en el claustro sin observar con fidelidad el voto de pobreza, el ejemplo de aquel senador romano, que renunció sus riquezas para entrar en vida religiosa; mas acostumbrado á las comodidades y regalos del siglo, se reservó, á pesar de sus votos, algo con que atender á aquellas. ¿Y qué decia el santo Doctor de ese senador? *Senatorem perdidit, et monachum non fecit:* perdió su dignidad

(1) S. Lúcas C. 14.
(2) In eius vita.

de senador, y no llegó á ser religioso. Porque habiendo dejado el esplendor de sus honores, empleos y riquezas, no consiguió las virtudes religiosas, particularmente el desprendimiento y abnegacion de la perfecta pobreza. *Senatorem perdidit, et monachum non fecit.* ¡Ah! no os pase á vosotras, almas que me escuchais, no os pase igual desgracia: registrad cuidadosamente vuestro corazon indagando si acaso todo lo habeis renunciado, y ésto con entera y absoluta voluntad, y por amor á nuestro Señor Jesucristo.

La vida del divino Salvador nos está descubriendo la excelencia de la pobreza: en ella aparece con cuanto cuidado la amó y la practicó desde que entró en la tierra, hasta que salió de ella para volver á su gloria. Observándola con esa constancia, dijo con sobrada razon: « Las aves del cielo tienen sus nidos, y las raposas sus cuevas donde crian sus hijuelos; pero el Hijo del hombre no tiene ni aun donde reclinar su cabeza (1). » Esta conducta de Jesucristo hizo decir al apóstol San Pablo (2): « Siendo rico se hizo pobre por amor á nosotros, para enriquecernos con los ejemplos de sus virtudes y de su admirable santidad. » Así nos enseñó á desprender nuestros afectos de la tierra, para hacernos capaces de bienes de otra naturaleza diferente, y cuya posesion nos concede misericordiosamente, como premio de nuestro desprendimiento de las cosas de este mundo, practicado por su amor. Mas no se limitó el Hijo de Dios á obrar de aquella manera para estimularnos á imitarle, sinó que ofreció premios á los que practicasen la pobreza, tal como la habia enseñado. Bienaventurados llamó á los pobres

(1) S. Mateo C. 8.
(2) II. á los Corínt. C. 8.

de espíritu, bendiciendo ántes que á ninguna de las otras virtudes que abren al cristiano el camino de perfeccion, la práctica de la santa pobreza evangélica. Bienaventurados dice los pobres de espíritu (1), llamando así á los que voluntariamente abrazaron la perfecta pobreza, que excluye la posesion y el deseo de tener riquezas en este mundo, y declara, en efecto, que concederá esta bienaventuranza á los que de todo se hubiesen desprendido por amor suyo y por imitar sus virtudes. Dios elogió, mis carísim.s herman.s, muchas veces esa fé vivísima por la que impulsados los patriarcas, ofrecian al Señor en sacrificio sus bienes de fortuna, sus comodidades, su patria, y aun sus esperanzas para lo futuro. Tan despegados estaban de las cosas de la tierra, y tan ardientemente anhelaban la posesion de Dios en la vida eterna, que mostraban vivir con su voluntad desprendida de los bienes de fortuna, que poseian abundantemente. Mas, por perfecta que nos parezca esta pobreza, no es á ella á quien principalmente bendice el Señor diciendo: « *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum;* Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos: » sinó á la pobreza religiosa, que no solo renuncia el apego de su corazon á las riquezas, como lo hacian aquellos santos varones, sinó que pasando todavía mas adelante, renuncia tambien, espontánea y alegremente por amor á Jesucristo, la posesion de todos los bienes de fortuna. Y esta excelencia de la pobreza no solo se dejará conocer cuando el divino Salvador ponga á las almas de los justos en posesion del reino de los cielos, sinó que aquí en la tierra tambien hace

(1) S. Mateo C. 5.

sentir á éstos, sus verdaderos pobres, aquella paz é inefable gozo, que supera todo cuanto podríamos decir (1), uniendo nuestro entendimiento, nuestra voluntad y todo nuestro ser á Jesucristo por la posesion de su divino amor. Porque así como los espíritus de aquellas personas que, habiendo hecho voto de pobreza, se dejan arrastrar despues de la codicia, y mantienen unidos á su corazon intereses de la tierra, cualesquiera que sean, viven agitados y sin encontrar paz ni gozo verdadero; así tambien dispone el Señor que gocen estos bienes inefables los que realmente han dejado todo por su amor. ¡Oh dichosa alma la de aquel que voluntariamente se hizo pobre por Cristo! exclamaré con San Juan Crisóstomo: dichosa mil veces, porque se ha hecho superior á los cuidados y atenciones de la tierra de tal manera que, mientras tantos miserables hijos de Adan perecen envueltos en los lazos de la codicia, de la soberbia, y de los otros vicios que combaten á la santa pobreza religiosa; ella se ve libre de todos esos males, y cubierta con el escudo de misericordia, que le concedió el Señor en aquella virtud. La pobreza religiosa da tambien á los que la observan en el claustro con exactitud tanta grandeza de alma, y tanta magnanimidad de corazon, que los constituye muy superiores á los grandes y poderosos de la tierra, que disponen á su albedrío de enormes riquezas. Mas hay la diferencia que, mientras éstos gozan las conveniencias mundanas que ellas les proporcionan, no es raro que pierdan el dominio y la posesion de ellos mismos, quedando cautivos de sus propias pasiones; mientras tanto quien guarda el voto de pobreza, tiene la posesion plena de sí mismo, domina

(1) A los Filip. C. 4.

todos sus movimientos, y vive lleno de confianza en Dios en todas las cosas. San Pablo nos hace una pintura de tales almas cuando nos dice que son pobres, pero enriquecen á muchos; nada tienen, y mientras tanto lo poseen todo (1). Porque así sucede, en efecto, enriquecen á los que observan y aprovechan sus ejemplos de abnegacion, de confianza en Dios y de dominio perfecto sobre ellos mismos; y lo poseen todo, porque nada quieren de la tierra, buscan solamente á Dios, y á Este lo poseen con su gracia y con todos los dones de su infinita misericordia.

Mas hemos conocido hasta aquí lo que es pobreza religiosa, y las excelencias con que la distingue el Señor: ahora permitidme que recorra algunas de las virtudes que la acompañan y hermosean en el alma de la religiosa.

II.

A los grandes príncipes, dice San Francisco de Sales, acompañan muchos señores, que los rodean y contribuyen á que sea mejor conocida y mas bien respetada su autoridad, su grandeza y su poder. Así sucede tambien con las virtudes mas excelentes y cuya práctica el Señor nos recomienda: vienen siempre acompañadas por otras, que ejercitamos cada ocasion que practicamos aquellas. La primera de todas las que acompañan á la pobreza religiosa es la mortificacion, que nos hace abrazar con alegría todas las penalidades y los sufrimientos, que son inseparables á la condicion de los pobres: como, por ejemplo, la mortificacion en el vestido, la mortificacion en la comida y bebida,

(1) Ep. I. á los Corínt. C. 6.

y la mortificacion tambien en los muebles indispensables para el individuo. *Qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt,* decia Jesucristo: « Los que visten ricas ropas, habitan las casas de los reyes; » porque no se puede armonizar el ser discípulo de Jesucristo pobre y humilde en su trato y santa vida, vistiendo esmerados y finos trajes; ni ménos seguir al Salvador descalzo y cargando su cruz, viviendo en medio de cuidados y regalos, que aun para personas acomodadas en el siglo serian demasiado, y por consiguiente, mucho mas lo serán para las personas que profesaron pobreza evangélica. Todas esas no son pobres, y por consiguiente, no cumplen su voto. Ya comprendereis que repugna á la pobreza religiosa todo ese esmero con que procuran algunos que el hábito sea de tal tela, que tenga tales ó cuales circunstancias, y todo ésto siendo así que la regla manda que no se haga sinó de la mas ordinaria y tosca, y que se traiga sin ese esmero ó refinamiento, que contradice al espíritu de mortificacion que inspiran todas las leyes de los institutos religiosos. Igual cosa sucede con los alimentos: querian algunas personas de la comunidad, que aquellos fuesen esquisitos, y no pobres y sencillos como lo requiere la pobreza religiosa; y de aquí viene el disgusto ó fastidio con que miran el refectorio, donde no van á disfrutar el regalo que desean. Dejemos, mis carísim.s herman.s, dejemos esos regalos para las personas del mundo, que con ellos alimentan su gula; y nosotros amemos la mortificacion, con que hemos de robustecer nuestras virtudes. Y este espíritu de mortificacion ejercitémoslo vistiendo lo que nos proporcionen los superiores, y comiendo y bebiendo tambien lo que nos presenten éstos, sin procurar, ni desear otras cosas mejores y que no estan en armonía con la pobreza. Ade-

mas recibamos con reconocimiento aquel vestido y aquel alimento tal como se nos da, y evitemos toda observacion y toda queja, cualquiera que sea, sobre el particular. Quien no se mortifica en estos puntos de la comida y del vestido, dice San Alfonso Maria de Ligorio, no tiene el espíritu de los discípulos de Jesucristo (1).

Tambien acompaña á la santa pobreza la subordinacion perfecta y completa de las personas religiosas á la voluntad de los superiores conforme á la regla: subordinacion que deben practicar de continuo pidiéndoles licencia para todo aquello que es necesario segun la misma regla. Y no es suficiente motivo para no hacerlo, que tengan seguridad de que se la han de conceder; porque estando mandado que la pidan, deben hacerlo so pena de cometer falta en caso contrario. Los religiosos y las religiosas se han desprendido de todo, y nada, absolutamente nada retuvieron como suyo; por consiguiente, cada vez que han de hacer algo, usar algo, ó necesitan algo fuera de lo comun y ordinario, tienen necesidad de esa licencia, que les somete á la voluntad de los superiores.

Se practica tambien en la pobreza el amor fraternal; porque viviendo cada religioso ó religiosa en comun con los otros hermanos, vienen á formar entre todos juntos una sola familia, cuyo padre es el celestial que está en los cielos. De este modo es cómo aparece Jesucristo, modelo de religiosos perfectos, en medio de sus apóstoles cuando predicaba su santo Evangelio: viviendo en comun con aquellos; usando en comun las limosnas que recibia para subvenir á sus necesidades indispensables (2); y en fin, lleno de esa ca-

(1) Verdad. Esposa Tom. I. C. 8.
(2) Ven. Beda in Luc. C. 12.

ridad, de que tantas pruebas daba á cada paso á los que habia llamado para hacerlos sus discípulos y apóstoles de su santa fé. Cuanto mas estrecha sea la caridad que liga entre sí á los que viven bajo un mismo superior, y se gobiernan por unas mismas reglas, será tambien mas perfecta la observancia de la pobreza evangélica, y nos sentiremos animados de aquel espíritu que cantaba David diciendo: *Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum* (1).

Agreguemos todavía á éstas otra virtud, que brilla en el estado religioso acompañando á la perfecta pobreza, á saber, la alegría para sobrellevar la indigencia que algunas veces se sufre en la religion. Decia el Venerable Padre Baltasar Alvares (2), que no amaba la pobreza la persona que no amaba tambien sus cuatro inseparables compañeros, á saber, el hambre, la sed, el frio y la incomodidad. Yo no pretendo de ninguna manera decir con ésto, que las personas que han profesado voto de pobreza, hayan de sufrir hambre, ni de andar sin los vestidos necesarios que las pongan á cubierto del frio: no pretendo eso de ningun modo; pero sí digo que, faltando en la comunidad algo para subvenir alguna de esas necesidades, las personas que las sufren, han de llevarlas con alegría, de manera que puedan ofrecer al Señor como mérito aquella misma privacion. De aquí concluireis que no es perfecta la pobreza de aquellos religiosos y religiosas, que léjos de sufrir con alegría la carencia de algo que falta, sea en los alimentos ó en el vestido, se enojan, y con sus quejas dan motivo para que otros tomen mal ejemplo de su poca mortificacion, y pierdan mucha parte de su fervor, sintiéndose cobardes tambien para sufrir; y algunas,

(1) Psalm. 32.
(2) En su vida por el Ven. P. Puente.

en fin, siguiendo tan triste ejemplo, se quejen, de manera que aquello, que pudiera haber sido motivo de ganancia para todas llevado con alegría, venga á ser causa de males espirituales para no pocas. Aprendamos en la conducta de San Francisco de Borja un ejemplo digno de imitarse por cuantos profesan vida religiosa: habiendo hecho voto de pobreza como religioso de la Compañía, jamas hizo observacion acerca de los vestidos, ni de los alimentos que se le ofrecian; y cuando era dueño de elegir éstos ó aquellos, tomaba precisamente la ropa mas usada, y los alimentos mas pobres y groseros. Y sin embargo San Francisco de Borja era un gran señor en el mundo ántes de profesar en la religion: tenia un puesto sobresaliente en la corte de los soberanos de España, y habia nacido y educádose en la opulencia y en el regalo; y sin embargo amante de la pobreza que profesó por amor á Jesucristo, la quiso observar rigorosamente, y tan rigorosamente, como se lo exigia el grande afecto que profesaba á nuestro amoroso Redentor. De aquí venia ese gran deseo de tolerar la indigencia y los demas sacrificios, que acompañan á la pobreza; y de aquí tambien la alegría que brillaba en su corazon é inundaba su alma, cuando se veia verdaderamente pobre, y careciendo de algo que le hiciese falta para su alimento, para su decencia ó para su comodidad.

La simplicidad en los muebles y demas útiles, que necesitan para su servicio las personas que hicieron voto de pobreza, es otra circunstancia que les ha de acompañar en la práctica de esta santa virtud. Nada debe encontrarse en las celdas que no sea conforme con la pobreza, y que no corresponda á las personas que son verdaderamente pobres. Ni aun cuando sea á pretexto de alguna circunstancia particular, no puede

ningun individuo, que tiene voto de pobreza, usar alhajas de metales preciosos; ni aun cuando, repito, le hubiesen sido donadas por los parientes, y las hubiesen aceptado con licencia del prelado; porque éste no puede dar licencias que repugnan al voto hecho al Señor de ser pobre por amor á su divina Majestad, y ningun pobre puede tener ni usar esa clase de alhajas. ¡Oh! no olvidaré yo jamas las angustias que experimentaba á la hora de su muerte una pobre religiosa que, no desprendida completamente del mundo, conservaba ciertos muebles y algunas alhajas, que no estaban en armonía con la pobreza religiosa. La pobre monja habia sido asaltada de improviso por una parálisis, que no le permitia articular ni una palabra; mas con visajes y con otros movimientos hacia señal de que le trajesen sus cucharas, mates y mancerinas de plata y oro, y que los metiesen en una caja, temiendo sin duda que pudiese alguno tomarlos. ¡Oh! qué dolor, mis carísim.s herman.s, ver de esa manera esclava de ciertos bienes temporales á ese individuo, que todo lo dejó por amor á Jesucristo. Aquella infeliz murió poco despues, dejando gran desconsuelo en todos cuantos presenciamos aquel apego, con que moria, á intereses de este mundo, que habia prometido renunciar á trueque de poseer eternamente el reino de Jesucristo. Y á la verdad que no podemos mirar sinó como basura que ensucia el corazon y sus afectos unas alhajas ó unos muebles, que fomentan la vanidad, y dispiertan la codicia en aquellas almas, donde ha de reinar la caridad, el desprendimiento y la abnegacion. Ea, pidamos, pidamos al Señor, mis amad.s herman.s, que nos conserve ese amor á la sencillez y pobreza religiosa, que nos sirvan de escudo contra toda especie de apego

á intereses terrenos, cualesquiera que fuesen. La humildad y el desprecio de nosotros mismos nos facilitarán la práctica de la perfecta pobreza con todas las virtudes que han de acompañarla, y cerraran al mismo tiempo la puerta á los vicios que combaten esta santa virtud. Vamos á decir cuáles son éstos.

III.

Todo acto de propiedad que ejecuta el religioso ó religiosa sin la licencia correspondiente es pecado (1), y el demonio sugiere á aquellos ciertos actos de dominio disimulado y cubierto con tales razones, que llegan á persuadirse ser legítimos esos actos; pero en realidad son verdaderos enemigos de su perfeccion religiosa. Creen algunas personas, por ejemplo, que tienen licencia para retener algo para su comodidad, para poder darlo sin permiso, ó disponer de ello de cualquier modo que fuese. Este es un error, porque las licencias, especialmente de esta naturaleza, se entienden al pié de la letra, y no puede ampliarlas sinó la misma autoridad, que legítimamente pudo concederlas, ú otra equivalente (2). Las personas que no observan vida perfectamente comun por no haberla en el monasterio de su profesion, no estan por ese hecho autorizadas para disponer libremente de las cosas sin tener ántes licencia; porque obrando de esa manera, obran contra su voto: y aun cuando en su comunidad no exista vida comun, no por eso debe creerse autorizado el religioso ó la religiosa para obrar con detrimento de su profesion. Todas las personas que prometieron al Señor este género

(1) S. Ligor. de praecept. partic.
(2) Ibidem.

de vida, estan obligadas á procurar vivir en vida comun, porque es la única propia del estado religioso, y la que da derecho á los profesos para llamarse discípulos de nuestro Señor Jesucristo. De modo que resistir la vida comun sin que hayan para ello causas legítimas, es no querer vivir en conformidad con lo que mandan las leyes de su instituto. Y no solamente, añadiré, son las leyes de cada instituto las que mandan observar vida comun á sus alumnos, sinó las leyes generales de la Iglesia. Apenas ésta comenzaba á desarrollarse y crecer cuando, segun nos refiere San Lúcas, los primeros cristianos llenos de fervor vendian sus bienes, y traian su precio á los apóstoles, quienes lo aplicaban á las necesidades comunes de todos los fieles (1). Este ejemplo de perfeccion evangélica fué el que vino á servir de norma á los santos fundadores de los institutos religiosos, así de uno como de otro sexo, para establecer la vida comun como fundamento de la vida religiosa que proponian á los cristianos. Y de tal modo está unida la vida comun á la observancia del voto de pobreza, que muchos teólogos llegaron á afirmar, que éste no puede subsistir sin aquella. Mas lo cierto, y que está recibido generalmente, es que las personas religiosas, que no viven en vida comun, encuentran mil tropiezos á cada paso para observar el voto de pobreza que ofrecieron al Señor. Por esta razon en los Concilios generales Lateranense III (2) y Lateranense IV (3), y últimamente en el Concilio de Trento (4) tambien se mandó, que cada instituto religioso, así de hombres como de mujeres, observase todas sus reglas estricta-

(1) Hechos de los Apóstoles CC. 2. y 4.
(2) C. *Monachi.*
(3) C. *Prohibemus.*
(4) Sess. XXV. de Regul. C. 1.

mente, á fin que pudiesen los individuos, que las profesaron, guardar fielmente los votos de pobreza, obediencia y castidad; y que observasen tambien con la misma fidelidad la vida comun en alimento, vestido y todo lo demas necesario para la vida. Y la santa Sínodo manda que estas disposiciones sean obedecidas y guardadas en todos los conventos y montasterios sin excepcion alguna. Posteriormente diversos Sumos Pontífices han mandado que se observe estrictamente lo dispuesto por este santo Concilio en órden á la vida comun (1); y finalmente Benedicto XIV dió tambien sábias disposiciones con ese mismo objeto (2). Teólogos muy respetables sostienen que no es lícito á ninguna persona entrar en comunidad, donde no hay vida comun (3); porque verdaderamente ésto seria ponerse en peligro evidente de hacer votos, que muy difícilmente podria cumplir con toda la exactitud que requiere su misma naturaleza.

El Angélico Doctor Santo Tomás llama á la vida religiosa « modo de llegar á conseguir la perfeccion (4).» ¿ Y podrá llegar jamas á la perfeccion un individuo, que abraza un estado cuyas leyes ve que no podrá guardar fielmente, porque no son observadas en aquella congregacion ó comunidad donde pretende profesar? Es claro que nó, porque sinó las observan los demas, él tampoco las observará, ya por falta de medios, ya por respetos humanos, y ya por mil otros motivos que se lo vendrán á impedir.

Todo lo que es supérfluo en los religiosos y religio-

(1) Clem. VIII. Decret. 1599.; Bened. XIII. 1726.
(2) De Synod. dioec. Lib. XIII. C. 12.
(3) S. Antonin. 3.ª pars, tit. 16. et Card. Caietan. in 2.ª 2.ªe quaest. 188.
(4) 2.ª 2.ªe quaest. 186.

sas, es otro enemigo de la santa pobreza. Y ya eso supérfluo, sean hábitos, ropas, géneros, ó muebles, utensilios de trabajo, ó de cualquiera otra especie, debe consignarlo en mano del superior ó superiora, nó para que se lo guarde, como pretenden algunas personas indebidamente, sinó para que disponga de eso de la misma manera y con la misma libertad que podria disponer de todo cuanto retiene para su uso aquel religioso ó religiosa con la licencia correspondiente. No ha dejado todo por Cristo, dice Santa Teresa de Jesus, aquel individuo que, aun cuando hizo voto de pobreza, conserva el corazon unido á ciertas bagatelas que ama tanto, que no tiene fuerzas para dejarlas. De modo que, habiendo abandonado muchas ocasiones grandes riquezas para consagrarse á Dios en la vida religiosa, ha venido á quedar cautivo de pequeñeces y miserias. La pobreza religiosa encuentra otro enemigo en la independencia, con que no pocas personas, que la profesaron, obran con referencia á las pequeñas cosas que manda, ya sea reteniendo algo contra la voluntad de los superiores, ó ya teniendo á mal que éstos dispongan de aquello que sea de su uso.

Para vernos libres de estos enemigos, que ponen á prueba la virtud de las almas, que prometieron en la profesion religiosa ser fieles á nuestro Señor Jesucristo, es de necesidad cerrar las puertas por donde se introducen. Y entre éstas la primera es la pretendida necesidad de conservar ó retener algo bajo pretextos que ordinariamente son inspirados por la falta de virtudes religiosas. Socorrer las necesidades de los que viven en el claustro, pertenece á los superiores, así como prevenir aquellas, que despues pudieran sobrevenir. Mas los particulares no tienen que ocuparse de nada de eso: su confianza debe ser cada dia semejante

á la de David, que depositaba en Dios todos sus cuidados con la seguridad de que El le habia de socorrer (1). Así es que ni bajo pretexto de acudir á cualquiera necesidad, ya presente ó que pudiera despues sobrevenir, ningun religioso ni religiosa puede retener ni disponer de alguna cantidad ó especie, de cualquier valor que fuese; y los que suelen obrar con franqueza y libertad en este punto, dan indicio de faltar á la observancia de sus reglas, y voluntariamente se colocan en una situacion muy difícil delante de Dios. La falsa gratitud, que tantas veces mueve á las personas profesas á dar ó regalar, es otra puerta que deberán tener cuidadosamente cerrada los que por su carácter y la profesion de vida que hacen, tienen á su disposicion monedas mas valiosas y ricas que las de la tierra, para corresponder á los servicios que se les hagan (2); y son las oraciones dirigidas al Señor para que los recompense. Recordemos que El mismo nos enseñó, que lo que se hiciese por nosotros, que somos tambien sus pobres y sus pequeñitos, su infinita bondad lo considera como hecho por El mismo (3); y por eso no dudemos ni por un instante que El pagará por nosotros cumplidamente (4). Estas consideraciones tan propias de las personas que se consagraron al Señor, tranquilizarán á no pocos que, conservando todavía algo de espíritu del siglo, quieren conformar los usos de la vida religiosa con otros que son propios de seglares. ¡ Dios pagará por mí ! es la expresion de suprema confianza que abriga el alma ligada estrechamente á Dios por los vínculos del amor divino. La caridad mal en-

(1) Salmo 54.
(2) S. Gregor. Magn. in Matth.
(3) S. Mateo C. 25.
(4) Salmo 137.

tendida suele tambien dar lugar á ciertos abusos contra la pobreza religiosa. Se quiere dar limosna, cuando no hay absolutamente con que hacerla, ó lo que es igual cosa, nada tiene que le pertenezca quien hizo voto de pobreza, y por consiguiente, nada de que disponer. Santa es la limosna y muy encomendada por nuestro Señor Jesucristo á los cristianos que poseen bienes propios con que darla; mas los religiosos y religiosas renunciaron esos bienes, quedaron pobres, y absolutamente nada, nada tienen con que dar limosna. Y en los que profesaron pobreza religiosa agrada mas á Dios que no tengan que darla, que la limosna misma que podrian hacer (1).

Finalmente, la pobreza misma mal entendida é imprudentemente practicada suele tambien dar lugar á que se cometan faltas contra esta santa virtud. Sucede á veces, que los superiores demasiado escrupulosos y severos no dan á las personas que gobiernan aquello que prudentemente deberian concederles, dando así lugar para que falten aquellas á la pobreza recurriendo, para tener lo que desean, á otros arbitrios con detrimento de su voto.

Hemos visto, mis amad.s herman.s, lo que es la pobreza religiosa, así como las virtudes que la acompañan, y los vicios que la combaten. Si quereis guardar con fidelidad lo que prometísteis á Dios en los votos de vuestra profesion, contemplad á nuestro Señor Jesucristo, divino Esposo de vuestra alma, y grabad sus ejemplos en lo mas íntimo del corazon. Nada poseyó en este mundo, nada quiso tener, ni nada deseó que no fuese del cielo. ¡ Ah ! procuremos obrar nosotros del mismo modo; busquemos el cielo, porque allí

(1) S. Ligor. Verdad. Esposa Tom. I. C. 9. cit. S. Thom. opusc. de perfect.

está nuestra verdadera riqueza, que ni el tiempo podrá jamas destruir, ni la polilla devorar. Purifiquemos nuestro corazon de toda aficion terrena que lo distraiga de lo celestial y eterno, á fin que podamos reinar con Cristo eternamente en el cielo.

INSTRUCCION SÉPTIMA.

DEL BUEN EJEMPLO QUE DEBEN DARSE MUTUAMENTE LAS PERSONAS QUE VIVEN EN EL ESTADO RELIGIOSO.

Nonne eodem spiritu ambulavimus? nonne iisdem vestigiis? Omnia propter aedificationem vestram.

¿No anduvimos con un mismo espíritu y seguimos un mismo sendero? Y todo para vuestra edificacion.

(II. Cor. Cap. 12.)

Al presentarse nuestro divino Salvador sobre la tierra para concluir la redencion del linaje humano, que misericordiosamente habia acometido, « Venid á mí, decia, todos los que estais cansados y fatigados, y yo os aliviaré (1). » Cuando el ruido que hacian por todo el mundo sus milagros de enfermos curados, ciegos que recobraban repentinamente la vista, muertos que al imperio de su voz omnipotente se levantaban del ataud y volvian á vivir, y tantos otros prodigios, con que probó hasta la evidencia que era Dios y verdadero Señor de todas las cosas, á cuyo imperio nadie habia que pudiera resistirse, ha atraido una infinita muchedumbre que le seguia ansiosa de escuchar sus palabras de vida eterna, entónces les dice: « Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame (2). » Como si les dijese: no todos los que habeis venido siguiéndome para ver mis prodigios y escuchar mis palabras, sois en verdad mis

(1) S. Mateo C. 11.
(2) Ib. C. 16.

discípulos; sinó que lo serán solo aquellos que se nieguen á sí mismos, tomen su cruz, y me sigan. Próximo ya á consumar su sacrificio, daba á sus apóstoles el compendio de todas sus instrucciones diciéndoles: « Ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien lo hagais. *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis* (1). » Porque humillado y abatido de la manera mas profunda en presencia de todos ellos, practicaba en esas últimas horas de su vida las virtudes cristianas, que con tanto celo como eficacia habia enseñado sin interrupcion durante treinta y tres años de su vida. Lleno el Apóstol del espíritu de Jesucristo, y deseando ardientemente que todos los cristianos imitasen sus ejemplos, decia á los primeros fieles de Corinto: *Nonne eodem spiritu ambulavimus? nonne iisdem vestigiis? Omnia propter aedificationem vestram.*

Vosotros sois tambien los discípulos de aquel divino Salvador; vosotros, digo, que voluntariamente os alistásteis en su bandera, cuando pedísteis que se os admitiese en el seno de la Iglesia; vosotros que pretendísteis ser contados entre sus soldados mas valientes y mas fieles, cuando vestísteis el hábito religioso, para desnudaros de todos los vicios, de las malas costumbres y de los defectos, queriendo vivir la vida de Jesucristo, y practicar con perfeccion todas sus virtudes; vosotros, finalmente, que profesásteis vida de perfecta consagracion á su servicio, cuando pronunciásteis los votos de pobreza, obediencia y castidad, prometiendo ademas vivir durante toda vuestra vida en conformidad con las reglas del sagrado instituto que profe-

(1) S. Ioann. C. 13.

sásteis, no podeis de ninguna manera quedar indiferentes cuando se trata de seguir sus ejemplos, y excitar á vuestros hermanos á que tambien los sigan: edificándoos así mútuamente, y sirviendo vuestro ejemplo de estímulo á los demas para trabajar por su santificacion. *Omnia propter sanctificationem vestram.* De manera que muy bien pudiéramos decir, mis carísim.[s] herman.[s], que mientras por amor á Jesucristo los religiosos y las religiosas renuncian á todos los bienes de la tierra, á toda la grandeza y elevacion de este mundo, á la posicion misma que les señalan su nacimiento, sus relaciones y otras diferentes circunstancias; los ejemplos de su vida religiosa son perfecto modelo para los que abrazaron esa misma vida, de modo que, observadas con exactitud sus obligaciones, cada cual podria decir con sus obras á los demas: Aprended de mis ejemplos prácticamente la santidad del estado que profesásteis; aprended los esfuerzos que debeis practicar para observar con puntualidad lo que teneis prometido al Señor; aprended la humildad, la pobreza, la obediencia, la pureza, y todas las demas virtudes que estamos llamados á practicar en la comunidad. ¿Acaso nó debemos vivir todos con el mismo espíritu, y andar por el mismo camino, que es el de la observancia de nuestras reglas? ¿No estamos llamados á practicar las mismas virtudes, y á edificar con ellas al pueblo cristiano? *Nonne eodem spiritu ambulavimus? nonne iisdem vestigiis? Omnia propter sanctificationem vestram.* Procuremos llenarnos de este espíritu de mútua edificacion y buen ejemplo, mis amad.[s] herman.[s], para que de ese modo no solo seamos sacrificio de fragancia para nuestro Señor Jesucristo por la pureza y el fervor de nuestras virtudes, sinó que lo seamos tambien para nuestros prójimos. Con este obje-

to permitid que en la presente instruccion me ocupe de tratar sobre esta materia.

Para proceder con órden, consideraré á las personas que han profesado vida religiosa nó á todas en general ó indistintamente, sinó primero á los superiores que estan al frente de cada comunidad, y tienen obligacion mucho mas estrecha de dar á sus súbditos ejemplos de fervor, de observancia religiosa, y en una palabra, de ajustamiento completo de todo su proceder á la regla que profesaron. Luego despues conoceremos la obligacion que tiene tambien cada religioso ó religiosa de dar buen ejemplo á la comunidad á que pertenece, no cumpliendo de otro modo la obligacion que pesa sobre su conciencia á este respecto. Así conoceremos mas individualmente el vigor y el alcance de esta obligacion. Atendedme con cuidado todos vosotros que deseais el esplendor de vuestra comunidad, y que su espíritu sea, como realmente debe, un luminar brillante en medio del pueblo del Señor. Diré lo que siento con franqueza, porque aliviaré mi conciencia de cualquiera responsabilidad, que como predicador tendria sinó dijese con toda verdad, claridad y sencillez la palabra del Señor. Escuchadme.

I.

« Te he elegido, decia Dios á Saul por boca de Samuel (1), para que vayas delante de mi pueblo: tú harás observar mi ley, y ahuyentarás léjos á todos sus enemigos. » Y yo leo en estas palabras de la santa Escritura una figura de lo que pasa en las comunidades religiosas, de cuyo seno es elegido uno de sus

(1) Lib. I. de los Reyes C. 10.

individuos para que presida á la comunidad, y facilite á los miembros que la componen llegar á la posesion del reino del cielo. Por esta razon no en vano nos hace notar el sagrado texto, que ungido Saul por el profeta Samuel rey de Israel por inspiracion divina, puesto en medio del pueblo fué encontrado que sobresalia con mucho su estatura sobre todos los demas israelitas, que tenia dotes que lo hacian apto para gobernar á los otros, y que por eso lo eligió el Señor, lo hizo ungir y derramó sobre el mismo su espíritu para fortalecerlo en el ejercicio de su cargo. Obrando como Samuel los religiosos ó las religiosas al elegir los superiores, que han de gobernarlos, nada mas han de considerar en los candidatos que las aptitudes ó dotes que les hagan dignos de ese cargo, y que sobresalgan por ellos entre toda la comunidad, de modo que sean los mas dignos. Por aquí vereis la irregularidad con que proceden aquellas personas, que no buscan para dar su voto sinó sus ventajas personales: la una su amistad; la otra asegurar, como dicen, el partido; la otra porque ve condescendiente y dócil para conceder lo que se le pide á esa persona á quien dará su voto; y no pocas, en fin, porque esperan de esa eleccion algun beneficio. ¿Y puede procederse en conciencia de ese modo? Nó, y mil veces nó, mis carísim.[s] herman.[s]; no puede procederse de ese modo sin gravar la conciencia con pecado (1). El voto ha de seguir precisamente á la dignidad del individuo, y sin que el favor, ni la amistad influyan de ningun modo en quien lo da, para concederlo al ménos digno con preferencia sobre el mas digno. No somos dueños, como algunos se imaginan, del voto que las leyes de la Iglesia ponen en nuestras manos

(1) Véase á Bened. XIV. de Elect.

para darlo á quien se nos antoje, sinó que estamos obligados á darlo al que es mejor, mas virtuoso, mas prudente, en una palabra, mas apto. A la persona que sobresalga por sus virtudes, como Saul entre todo el pueblo del Señor, que es la comunidad que va á presidir; de modo que elegida para gobernarla, el Espíritu del Señor venga sobre ella, como vino sobre aquel rey (1), y pueda llenar esos tres deberes, que impone á todos los superiores su eleccion, á saber, ir delante de su pueblo, hacerle observar la ley, y librarlo de sus enemigos.

Ir delante de su pueblo es la primera y la mas sagrada, y consiste en ser el primero en llenar todas las obligaciones religiosas, de modo que con sus ejemplos sea un estímulo vivo y eficaz, que mueva á todos los demas á cumplir aquellas que le pertenecen (2). No son elegidos para que tengan en la comunidad prerogativas ni distinciones, ni para que gocen de mayor comodidad que los súbditos; sinó al contrario se les da el primer lugar para que, estando á la cabeza de los otros, sobresalgan entre todos por la perfeccion de su vida, por su caridad ardiente, y por su vigilancia continua, con que siempre procuren edificar á la comunidad, á cuya cabeza se encuentran colocados. Son aquel Gedeon, á quien Dios eligió para salvar y gobernar á Israel; mas ¿qué dijo éste al pueblo cuando se encontró colocado á su cabeza? ¿qué dijo, mis carísim.s herman.s? « Aquello que me viéreis hacer, hacedlo vosotros (3). » Y no puede ser otra la conducta del buen superior ó superiora de una comunidad. Recuerda que su modelo es Jesucristo en me-

(1) Lib. I. de los Reyes C. 10.
(2) S. Gregor. in I. Regum.
(3) Jueces C. 7.

dio de sus discípulos, y oye la palabra que dirige á éstos el Maestro divino diciéndoles: « Ejemplo os he dado, para que como yo he hecho, así lo hagais tambien vosotros (1). » El ejemplo del prelado es la voz mas eficaz para los súbditos. Y en vano se esforzará para hacer observar la regla á éstos aquel prelado ó prelada, que no la observa primero con la puntualidad que corresponde. En vano se agitará, reconvendrá, y aun impondrá penas á las personas que no guardan la pobreza con la estrechez debida, el silencio con el rigor que se requiere, y todos los demas puntos de la regla con exactitud, cuando esa misma persona que manda, deja mucho que desear en los ejemplos que da á la comunidad. Hay en los claustros ordinariamente quienes hablan todo el dia de observancia, de modo que con facilidad hacen creer á los que no les conocen suficientemente, que son un modelo de observancia; mas cuando salen de la condicion de súbditos, y llegan á ser elegidos para superiores, queda su conducta muy distante de ser lo que sus palabras hacian esperar. No van delante de la comunidad para cumplir lo que la regla manda, sinó al contrario quedan muy atras; no son aquel caudillo de Israel que dice á sus soldados: « Haced lo que me viéreis hacer, » sinó: haced vosotros lo que debeis, que yo haré lo que me parezca; así es que con facilidad falta á la regla, falta á los actos de comunidad, descuida la vigilancia, frecuenta los locutorios, los tornos y las porterías, y en fin, no hace lo que puede edificar á sus gobernados marchando delante del pueblo que Dios le confió para que lo dirigiese al puerto de salvacion eterna. ¡Oh! cuánto deben temer tales personas la residencia que les tomará un dia Jesucristo

(1) S. Juan C. 13.

sobre la manera cómo se han conducido al frente de su pueblo, y que les diga como al desdichado Saul: « *Stulte egisti, nec custodisti mandata Domini Dei tui* (1); Has obrado néciamente, y no has guardado los preceptos del Señor tu Dios. » Has obrado néciamente, prestándote como candidato para la eleccion que hicieron de tu persona aquellos religiosos ó religiosas, que no piensan mas que conservarse ellos mismos ó conservar á los suyos en el gobierno de la comunidad: has obrado néciamente con tu proceder tan contrario á la profesion religiosa y motivo perenne de mal ejemplo para los que te conocian. *Stulte egisti.* Obraste néciamente tomando el gobierno de la comunidad para marchar á tu arbitrio en lo concerniente á tu propia salvacion, decayendo todavía mas en la observancia de la regla con motivo de no tener quien te advirtiese ni corrigiese tus defectos. *Stulte egisti, nec custodisti mandata Domini Dei tui.*

En la observancia de la constitucion y de la regla han de ser los que gobiernan cada comunidad, los primeros y mas exactos; así es que, observando los primeros la vida comun perfecta, y tal cual la Iglesia incesantemente les encarga guardar y hacerla guardar, sean causa de que florezca el espíritu de caridad perfecta en su comunidad. Comprendereis muy bien desde luego, que con este objeto deben evitar completamente todo lo que choque con los preceptos de esa misma vida comun, como es cualquiera excepcion, cualquiera separacion que pretenda hacerse en muebles, ropas ó servicio que se dedica para los superiores, y cuyo uso no se concede á los demas individuos de la comunidad. Este es un abuso, herman.ˢ

(1) I. Regum C. 13.

mi.[s], y un abuso grave, desde que ataca directamente al voto de pobreza, haciendo aparecer cierto género de propiedad en los prelados ó preladas, que asignan á su uso particular aquellos objetos que se reservan. Es un abuso, porque la sustancia de la vida comun, segun explica el Angélico Doctor Santo Tomás, está en la completa exclusion de todo género de dominio sobre cualquiera cosa que sea, y la comunidad perfecta en el uso de las cosas (1). Y es tambien un abuso, porque siguiendo el ejemplo del superior, cada cual de la comunidad con el mismo derecho puede pretender hacer igual cosa, y ved ahí introducida la completa relajacion de la disciplina monástica en el convento ó monasterio, á quien cupo por desgracia tener superiores que no observan sus leyes del modo debido. En todos los conventos ó monasterios, donde los superiores no guardan esa vida comun perfecta con sus súbditos, y aman distinciones, comodidades y regalos que no conceden á los demas, la observancia no es sólida; al contrario está gravemente amenazada, y amenazada, repito, por aquellos mismos, que bajo pecado deben dar á los demas ejemplo de exactitud para observarla.

Pero no será bastante que el superior observe las reglas y constituciones; debe todavía por obligacion vigilar cuidadosamente porque la observen tambien todas las personas que forman la comunidad. « Cuando el pastor duerme, el lobo asalta; » por eso el prelado ó prelada debe siempre velar atentamente con el objeto de impedir que el lobo de los abusos y de la relajacion entre á despedazar el espíritu religioso en los individuos de la comunidad. Duerme el pastor, cuando es negligente el prelado en advertir, reconvenir, y

(1) Opusc. de Vita relig.

despues de ésto castigar tambien las faltas que se cometen contra la observancia religiosa; duerme el pastor, cuando es condescendiente el prelado ó prelada con los súbditos, permitiéndoles cosas que la regla prohibe, y que aun cuando sean ligeras, como suele decirse, son el principio de otros abusos mayores y mas graves; y duerme tambien, cuando disimula la falta de fervor y de disciplina que advierte en alguno de sus súbditos, y no le aplica los remedios oportunos. Y cuando hablo de prelados, comprendo en esta palabra á todos los que los representan cada uno en su puesto, como son los superiores, vicarios, ministros, maestros de novicios, porque á todos incumbe velar en la parte que les señala la regla sobre el órden y la observancia de la comunidad. Porque son ellos los que representan al prelado ó á la prelada principal en el convento ó monasterio, y por consiguiente, son los encargados por Dios, en la regla que profesaron de mantener en vigor su santa disciplina en aquella porcion predilecta y escogida de su rebaño. Por algunos regularistas suelen llamarse todos aquellos coadjutores de los prelados para auxiliarlos en el desempeño de su cargo (1). Mas los prelados ó preladas principales de cada convento ó monasterio no deben atenerse á ellos para descuidar esta parte de su oficio; porque no se les dan para autorizar su negligencia ó descuido, sinó con el objeto que lo cumplan mejor. Estan, pues, obligados los prelados superiores, como provinciales, priores, guardianes, abadesas, prioras, ministras etc., á vigilar y atender por ellos mismos lo que pasa en su comunidad, á fin de conocer de qué manera observa la regla y todas sus obligaciones religiosas cada uno de sus gobernados.

(1) Fontana, Comm. Const. O. P.

Ademas el superior de cada comunidad tiene obligacion de conocer lo mas á fondo que sea posible á cada uno de sus súbditos, y muy particularmente el interior de su alma, sus inclinaciones, su talento, sus pasiones y sus afectos buenos y malos; porque siendo ellos quienes deben dirigirlos y encaminarlos por la vida religiosa hasta el reino de los cielos, no podrán hacerlo si ántes no saben lo que deben arrancar y destruir en aquellos, así como lo que han de fomentar y conservar. El superior de cada comunidad religiosa llena los oficios de aquel pastor bueno y misericordioso, que conoce muy cumplidamente sus ovejas (1): *cognosco oves meas;* y de tal modo las conoce, que sabe hablar á cada una aquello que le es provechoso: y éstas oyen su voz que les señala lo que necesita su situacion (2). Para adquirir este conocimiento ya veis ser necesario que se acerque á ellos, y vigile cuidadosamente, pues de otra manera no podrá conseguirlo sinó de un modo imperfecto, y aprovechando las noticias que otros pudieran proporcionarle, con lo cual no cumplirá su obligacion sinó tambien de un modo imperfecto. El prelado que no procura tener conocimiento de sus súbditos, no puede gobernarlos con acierto, y es necesario, dice el Doctor San Buenaventura, que entre en lo mas secreto de la conciencia de los individuos que gobierna, que conozca el caudal de sus fuerzas espirituales, y dé entónces á cada uno aquel oficio que le convenga para su mayor aprovechamiento en la observancia religiosa (3).

Donde debe brillar muy particularmente el celo y la vigilancia de los superiores de los conventos y de

(1) S. Juan C. 10.
(2) S. Basil. De Const. Monast. C. 23.
(3) Opusc. de sex alis C. 7.

los monasterios, es en la admision y en la direccion de los novicios. Debe brillar para no recibir con ligereza á las personas que pretenden ser admitidas en la comunidad: sin persuadirse, digo, ántes que esas personas son aptas por su nacimiento, por su educacion y por su vida para vestir el hábito religioso. Por su nacimiento, he dicho; á saber, si son hijos de padres honrados y que les hayan dado buenos ejemplos en su niñez, de modo que las virtudes cristianas permanezcan grabadas en su alma particularmente por las máximas y los ejemplos que oyeron y vieron en sus padres. Por su educacion, dije, mirando como indispensable en las personas que han de ser recibidas en el claustro, que traigan de su casa arraigados en su alma los principios religiosos que da el santo temor de Dios. Sin este fundamento no es fácil que el religioso ó la religiosa progrese eficazmente en las virtudes que son propias de los que viven en el claustro. Las personas jóvenes educadas en la disipacion, viendo en su casa malos ejemplos, y gustando desde la niñez los pasatiempos mundanos, no son ordinariamente aptas para la vida religiosa, cuando no han acreditado en una larga prueba que su alma se ha purgado completamente de las manchas contraidas en su antigua vida. ¡Ah! la experiencia nos enseña cuántos males no trae á las comunidades religiosas el poco celo, con que se procede en este particular. Jóvenes sin educacion doméstica, niñas sin el santo principio del temor de Dios arraigado en su alma suficientemente, son admitidos en las comunidades religiosas, y las consecuencias ¿cuáles han sido, mis amad.s herman.s? Los abusos, la relajacion, los malos ejemplos, los verdaderos escándalos diré mejor, dados por esas personas que no traian á la soledad del claustro la educacion religiosa recibida de sus padres y

grabada en su conciencia por los santos ejemplos recibidos en la familia. Las reglas de todas las comunidades monásticas encargan á los prelados velar con particular cuidado la educacion de los novicios, y por cierto que de ésta pende la mayor ó menor observancia, el mayor ó menor esplendor de las casas religiosas. Los superiores celosos y ejemplares vigilan este punto personalmente, y no se atienen del todo á lo que puedan hacer los maestros de los novicios; se informan de éstos con escrupulosidad, es cierto, pero sondean ellos mismos su corazon, observan su espíritu, su fervor, sus disposiciones, y en fin, todo cuanto conviene, hasta poder formar opinion concienzudamente sobre si ese novicio ó novicia conviene ó nó para la vida religiosa. Así es, cómo se empeña el superior celoso y vigilante por llenar sus obligaciones, dando á su comunidad ejemplos de observancia, que la edifican y estimulan en el camino de la vida eterna.

Mas aun tienen los superiores que dar ejemplo á sus gobernados de celo y de constancia, hasta librarlos de sus enemigos espirituales. El prelado vigilante previene los males que pueden sufrir las personas que componen la comunidad de su cargo. Dirige sus advertencias con ese objeto á los débiles y vacilantes en la virtud ; estimula á los perezosos y negligentes con prudencia y caridad ; corrige con suavidad á los que no quieren enmendarse, á fin que lo hagan, y procuren con esfuerzo de obras y de palabras cerrar á satanás la entrada al corazon de sus súbditos. Ya veis para todo ésto de cuánta caridad y de cuánto celo necesita quien ha de llenar todas esas funciones ; ya veis que no reposa quien está llamado á cuidar á Israel, de manera que no lo tomen desprevenido sus enemigos; y ya veis así mismo que las personas ele-

gidas para llenar el cargo de prelados ó preladas necesitan vivir en continua vigilancia, porque de otra manera no darán á su comunidad los ejemplos que le deben. ¿Cuánto vigor sienten en su alma los individuos de una comunidad, cuando ven á los prelados y preladas á su frente en todos los actos, sea ya de coro, ó refectorio, ó capítulo de culpas, sin faltar jamas, y haciendo á veces verdadero esfuerzo á fin de cumplir esta obligacion? Los superiores que así obran, son aquellos de quienes con verdad puede decirse que van al frente de sus súbditos, conduciéndolos al reino de los cielos; esos son los que en su vida ofrecen á su comunidad una continua leccion de observancia regular, que les mueve eficazmente á observar la regla que profesaron; y esos tambien son, finalmente, aquellos de quienes el Señor se vale para arrojar léjos de los conventos y de los monasterios, donde moran sus escogidos, á satanás empeñado en perturbar y tentar sus almas de mil maneras diferentes. Ojalá que cuantos son llamados para desempeñar ese cargo vivan penetrados de la importancia de las obligaciones que sobre su conciencia pesan, de modo que, cumpliéndolas fielmente, sea su mismo cargo religiosamente desempeñado una escala por donde suban al reino de los cielos.

Mas no solo son los prelados quienes, cumpliendo fielmente sus obligaciones, han de dar buen ejemplo en la comunidad, sinó tambien cada uno de los religiosos ó religiosas, estimulándose mútuamente con santos ejemplos á ganar la vida eterna. Veamos cómo han de practicarlo.

II.

A tres cosas deben atender principalmente las personas religiosas tratando de dar á sus hermanos buen ejemplo. La primera es á la modestia que debe brillar en la manera de tratarse con los demas, en vestirse, en hablar y en todos los otros actos exteriores de su vida. Sus maneras deben ser circunspectas y llenas de sencillez, de modo que sean la expresion del recogimiento y limpieza de su alma. Por la modestia y acciones exteriores se ha de venir en conocimiento de la humildad y demas virtudes de su espíritu, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (1). Esta modestia es la que ha de hermosear á los religiosos y religiosas destinadas á desposarse con Cristo, y debe aparecer presidiendo en cada uno de sus sentidos, para dirigirlos, arreglarlos y mortificarlos segun convenga en cada circunstancia ú ocasion en que se encuentren. Modestia, que brillará en los ojos, teniéndolos apartados de todo cuanto pueda ensuciar su limpieza; en la lengua, para callar ó hablar segun convenga, pero siempre con caridad y moderacion; y en el oido, para cerrarlo cuidadosamente á las conversaciones que lleven á su alma la perturbacion, causada por el espíritu del mundo que se infiltra en nuestro interior por la comunicacion con otros. Modestia en el vestido, porque el pobre hábito que determina la regla se ha de usar sin afectacion alguna, con naturalidad y decencia, evitando en él todo lo que sea esmerado, mundano, ó participe en algo de los usos y costumbres de los mundanos. Esta es la verdadera hermosura

(1) 2.ª 2.ae qq. 161. y 168.

de las almas consagradas á Dios, y que no solo cuidan de conservarse en su gracia por la limpieza de pecado, sinó que se atavian con estos adornos, llenando de alegría el corazon del Rey celestial, que al contemplarlas exclama: « ¡ Cuán hermosos tus pasos! y ¡ cuán hermoso el calzado de tus piés (1)! » como si dijese: Alma que te has consagrado á mi servicio en el claustro, hermosa eres verdaderamente, porque todos los sentidos de tu cuerpo y cada uno de sus movimientos estan mostrando virtud, sencillez y modestia. En estas virtudes excelentes las personas religiosas tratan de imitar á la gran Madre de Dios y Vírgen purísima, la que, como enseñan Santo Tomás y otros Doctores, siendo incomparable por su hermosura, juntó á ésta una modestia verdaderamente celestial, de tal modo que inspiraba á cuantos la veian respeto, amor y admiracion al mismo tiempo (2). Era tanta su gracia, escribe San Ambrosio (3), que no solo guardaba en sí misma la modestia, compañera inseparable de la pureza virginal, sinó que la comunicaba ó inspiraba á todos los demas. Las personas que, á pesar de su profesion religiosa, á pesar de su hábito pobre y de penitencia, conservan la desenvoltura propia de los seglares, los movimientos ó maneras ligeras que acostumbran los mundanos, el demasiado hablar, y ésto con gritos y ademanes propios de mozos de salon, y no de personas consagradas al Señor; las que ajustan y adornan de mil maneras los hábitos, queriendo como transformar lo que es símbolo de penitencia y mortificacion, en vestido de gala y que participe algo del lujo de los mundanos; esas ofenden prácticamente la

(1) Cant. Cantic. CC. 4. y 7.
(2) 3.ª pars, disput. 3. art. 1.
(3) De instit. Virg. C. 7.

modestia religiosa, y sin tener el espíritu propio de las almas que buscan al Señor en la soledad del claustro, ni le sirven con aquel espíritu que su divina Majestad exige á los que se le consagran, ni ménos son causa de buen ejemplo para sus compañeros de profesion. Al contrario son motivo de perturbacion para no pocos individuos de la comunidad, á quienes choca su modo aseglarado, y de mal ejemplo para otros, que ven en su vestido, oyen en sus palabras, y palpan en todo su modo de ser tantas cosas que son verdaderamente reprensibles en esos individuos.

Pero no solo con su modestia han de dar buen ejemplo las personas que profesan vida religiosa, sinó tambien con su silencio, y ésta es una de las virtudes cuya observancia mas nos encarecen las constituciones y reglas monásticas, y el Señor se ha dignado recomendarnos en las santas Escrituras, como un gran medio para conservar las virtudes religiosas ya adquiridas, así como para conseguir otras nuevas y propias de su estado. El Espíritu Santo nos enseña que pongamos cerca de espinas á nuestros oidos, y cerremos con puertas cuidadosamente los labios (1), porque abiertos estos sentidos introducen en nuestra alma la disipacion que la distrae de su primera y principal ocupacion, que es agradar á Dios y servirlo con fervor. La persona silenciosa mantiene su alma recogida, y percibe mas fácilmente las inspiraciones interiores, con que Dios habla á quienes le buscan deseosas de conversar con El en la oracion devota y fervorosa. Jesucristo es el modelo perfectísimo de esta virtud, como lo es tambien de todas las demas. Miradlo, mis carísim.s herman.s, ofreciendo el

(1) Eccles. C. 28.

sacrificio de su pasion: todos hablan, cada uno formula contra El una nueva acusacion, cada cual le injuria con nuevas calumnias, á cual mas gratuita y mas grosera. Mas, á pesar de todo, Jesus guardaba silencio profundo. *Iesus autem tacebat* (1). Este es el ejemplo que han de proponerse imitar las personas religiosas. ¡ Cuántas cosas encontrarán cada dia que las molesten y mortifiquen vivamente ! Dios permite que suceda así, para que acrecienten sus merecimientos para el cielo; para que puedan vivir crucificadas con nuestro Señor Jesucristo; y para que á cada momento puedan levantarle un corazon mortificado, que tan agradable es á su divina Majestad. Porque no es fácil levantar este corazon, sinó cuando realmente se sufre aquello que humilla y amarga al religioso, y hace á éste luchar hasta vencer su amor propio, que lo excita á levantar la voz, y quejarse de los hermanos ó hermanas que de aquella manera le mortifican. El silencio le contiene entónces, y su espíritu recogido y sacrificado, en vez de buscar satisfaccion quejándose de las criaturas, se eleva al cielo, y ofrece á Dios su pena alcanzando gran merecimiento. Con razon nota San Basilio Magno, que aun cuando alguna persona religiosa parezca muy observante de su regla, sinó lo es igualmente del silencio, mucho que desear dejará su virtud, y en sus mismas conversaciones frecuentes encontrará á cada paso escollos, en que recibirá graves lesiones (2).

El silencio de los claustros, donde reina la observancia estricta de las reglas y la perfeccion de la vida religiosa, ha tocado de tal modo á individuos olvida-

(1) S. Mateo C. 26.
(2) De constit. Monast.

dos completamente de los preceptos de la religion y encenagados en vicios de toda especie, que vino á ser esa impresion como el principio de la completa regeneracion, que operó en sus almas la gracia del Señor. El silencio profundo de un convento de Cartujos fué el que hizo reflexionar sériamente á un filósofo incrédulo y enemigo de las verdades de la fé, hasta llegar á convertirse en un valiente apologista de los principios de la religion católica (1). El silencio y devocion que reinaba en un convento de Capuchinos conmovió profundamente á dos filósofos enemigos de la Iglesia, hasta hacerlos arrodillarse en medio de su conmocion (2). Mas ¡ qué diversamente sucede entrando en aquellos claustros donde reina la bulla, anuncio de la disipacion y falta de observancia ! Nada hay en su recinto que mueva y eleve el corazon á Dios ; nada que inspire retiro y santa meditacion; nada que hable á las almas ese lenguaje sublime de la eternidad, que conmueve hasta lo mas profundo el corazon de quienes llegan á él. Al contrario el ruido, la algazara de los que conversan, de los que gritan, y de los demas que turban el silencio en aquellos asilos de paz y caridad cristiana, hace que los seculares los miren en ménos, pierdan la estimacion en que deberian tenerlos, y lleguen á veces hasta mirarlos con desprecio y aversion. La persona que con su falta de virtud da ocasion á este verdadero desórden, comete pecado: y nó simplemente pecado contra la regla, sinó que contribuye á introducir la relajacion en la comunidad, echando por tierra con su mal ejemplo todo el vigor de la disciplina religiosa. Amemos el silencio y

(1) Olavide, autor del *Evangelio en triunfo.*
(2) Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre.

la soledad, ¡oh almas llamadas al desposorio de Cristo! En el silencio Dios os llenará de sus luces y de sus dones celestiales; en el silencio aprendereis la ciencia del cielo; en el silencio crecereis en virtudes; en el silencio hallareis el reposo conveniente para estudiar y meditar; en el silencio estrechareis íntimamente las relaciones de vuestro espíritu con nuestro Señor Jesucristo; en vuestro silencio, en fin, aprenderán vuestros hermanos ó hermanas uno de los medios mas eficaces para alcanzar la ciencia de la perfeccion religiosa, y para entregarse con fervor á buscar el amor de Jesucristo.

Pero resta todavía otra diligencia que contribuirá eficazmente al aprovechamiento de la comunidad en general, y de cada uno de sus individuos en especial. Esa es, mis amad.[s] herman.[s], el mútuo auxilio que deben prestarse con sus ejemplos y con sus obras todos los individuos de una misma comunidad. Con sus ejemplos, primero; porque ya hemos dicho, cuanto alienta el buen ejemplo al alma que cae y desfallece bajo el peso de la propia debilidad, ya con la fortaleza que nos comunica, y ya porque eleva nuestros sentimientos inspirándonos amor á las virtudes, cuya hermosura y grandeza estamos viendo en aquellos ejemplos que nos fortalecen y animan. Satanás nos persuade á veces que la práctica de ciertas virtudes es muy dificultosa, y casi imposible para nuestra debilidad, y que por consiguiente, nos bastará desear esas virtudes, y contentarnos con meditar su hermosura, sin hacer algun esfuerzo para llegarlas á poseer. Mas cuando las divisamos practicadas por individuos de nuestra misma profesion, vemos que nuestras ideas eran erróneas, y que es nuestra cobardía la que nos retrae de practicar esas virtudes, á que estamos llamados por nuestra profesion; nos sentimos estimulados á obrar con

decision, y el ejemplo que hemos recibido va delante de nosotros como una señal que nos provoca á marchar cada vez mas resueltos en nuestro propósito. En este sentido los santos fundadores de los institutos religiosos creyeron que tales ejemplos eran necesarios para estimular el fervor de sus alumnos, y robustecerlos en el servicio del Señor. Recordad, herman.s, de cuánto valor se sintieron animados los Israelitas, cuando vieron que David acometió al gigante Goliat, que habia insultado al pueblo de Dios dia por dia: cuando atónitos, digo, vieron caido al Filisteo y degollado por aquel imberbe; troncada su cabeza y suspendida de la punta de una espada, ellos intrépidos acometieron tambien al ejército enemigo haciendo en él enorme estrago. Así sucede tambien con nuestros enemigos espirituales: cuando una persona llena del espíritu de Dios practica las virtudes de un modo fervoroso, dando á los demas de la comunidad ejemplos de virtud, aquellos se sienten conmovidos, y quieren combatir con los enemigos de la observancia religiosa, y los combaten efectivamente, y alcanzan victorias señaladas sobre ellos.

Con las oraciones y con los avisos ó advertencias tambien se auxilian mútuamente los que viven en comunidad, y con uno y otro pueden mostrar ese interes que la caridad inspira en favor de nuestros hermanos. Con la oracion movemos al Señor, para que derrame sobre sus almas los tesoros de su misericordia infinita; y con los avisos les advertimos aquello que creemos serles útil y provechoso para su vida espiritual. Mas para estas advertencias se necesita mucha prudencia y mucha caridad; de modo que, faltando algo de estas dos circunstancias, fácilmente llegarán no solo á ser inútiles, sinó perjudiciales. Serán semillero de disgustos

ofensivos para la caridad, y motivo de graves perturbaciones tanto para aquella persona que las hace, cuanto para la otra que las recibe, y todo ésto sin provecho alguno. San Pablo escribia á los primeros cristianos que se auxiliasen mútuamente, á fin de cumplir con mayor exactitud los mandatos de la ley de Jesucristo (1), y ésto que el santo Apóstol aconsejaba á aquellos, tienen las personas que profesan vida religiosa como obligacion que les impone la caridad estrecha y perfecta, que les mandan practicar sus reglas. *Alter alterius onera portate.* El alma que se consagró al Señor movida por fervorosa caridad, siente dentro de sí misma aquellos movimientos, que la estimulan á ejercer con celo las obras del Señor: esos movimientos, digo, que precisaban á San Pablo á correr por todas partes para auxiliar á sus prójimos, hecho siervo de todos por el amor á Jesucristo (2). No extrañareis por eso, mis carísim.s herman.s, que os diga que el religioso ó la religiosa, que alcanzó el bien inefable de vivir asistido por esa soberana virtud, tambien en todos los lugares, en todas las circunstancias en que se encuentra, y en todas las ocupaciones que le encomiende la obediencia, dará ejemplos de observancia y exactitud perfecta á todos cuantos se le acerquen y le traten. Santos ejemplos en su oficio, santos ejemplos en los negocios de su incumbencia, y santos ejemplos en cada una de sus obras y de sus palabras. ¡Oh cuánto caudal de merecimientos llegará á reunir de esta manera, y cuánto fruto recogerá de allí la comunidad, donde se siembra esa preciosa semilla de vida eterna! ¡Cuánto fruto, repito, que sustentará á los débiles en la vir-

(1) A los Galat. C. 6.
(2) Carta I. á los Corint. C. 9.

tud, fortalecerá á los que vacilan en la observancia, y arraigará en el ejercicio de la perfeccion á los jóvenes y poco experimentados en ésta ! Animémonos con la esperanza de alcanzar tan preciosos bienes; animémonos para vivir de tal modo en el claustro, que los proporcionemos á nuestros hermanos; estando seguros, que Dios en recompensa derramará sobre nosotros los tesoros de su infinita bondad y misericordia. Anímense las personas que ejercen el cargo de la prelacía, para dar en el celo y la vigilancia, con que desempeñan su oficio, un ejemplo constante de caridad y prudencia á sus gobernados; y anímense tambien éstos, para mostrar con su humildad, silencio y caridad, que estan llenos de ese espíritu de fervor, que nada desea tanto, como adelantar en la imitacion de las virtudes perfectísimas del divino Salvador. Así es, mis amad.s herman.s, cómo podremos repetir con las palabras del apóstol San Pablo : Todos marchamos con el mismo espíritu, que es el de Jesucristo ; todos seguimos el mismo sendero, que es aquel que nos dejó trazado el mismo Jesucristo; y todo ésto para edificarnos mútuamente. El alma que hizo los votos religiosos, debe sentirse animada constantemente por semejantes resoluciones. Dios hizo ver á Santa Catalina de Sena en la figura de una niña flaca, pálida, asquerosa y moribunda las almas de los religiosos y religiosas, que viven sin fervor en el claustro, y no se empeñan por edificarse unos á otros con santos ejemplos (1). ¡ Ah ! no seais vosotros por desgracia de este número. Seamos todos mejor contados entre aquellos que vió San Juan vestidos de blanco, y tenian el privilegio de seguir al Cordero donde quiera que fuese (2). Seamos

(1) In eius vita.
(2) Apocal. CC. 7. y 14.

de este número, repito, buscando al Señor con el fervor constante de nuestro espíritu; y si nuestra caridad á veces se entibia, recurramos á Jesucristo para que venga á inflamarla con aquel fuego divino de sus santos ejemplos, que alentándonos y fortaleciéndonos en las buenas obras, nos hagan llegar alguna vez al fin de nuestra peregrinacion, y vivir allí unidos á El por toda una eternidad.

INSTRUCCION OCTAVA.

SOBRE EL VOTO DE OBEDIENCIA.

Erat subditus illis.

Vivia sometido á ellos.

(S. Luc. Cap. 2.)

La independencia y libertad desordenadas precipitan al hombre á excesos y extravíos de toda especie, y fueron el orígen de todas las desgracias del linaje humano en aquel delito que, cerrando el cielo para los hijos de Adan, dió lugar á que la muerte reinase sobre la tierra: *Unius delicto regnavit mors* (1). El Hijo de Dios, que se hizo hombre para destruir este reino de la muerte y del pecado, principió á desempeñar su ministerio de Redentor y Libertador sometiéndose á la voluntad de los hombres, y queriendo que le gobernasen sus mismas criaturas. Son éstas las verdades profundas que nos declara el evangelista San Lúcas en las pocas palabras que he repetido al principiar mi instruccion: *Erat subditus illis;* y que nos declaran la obediencia profunda con que Jesucristo se sujetó durante la mas larga época de su santa vida á Maria y á José. Nos declaran que el Verbo divino vestido de nuestra carne se somete voluntariamente á sus criaturas; y como el que siendo Hijo de Dios, hecho hombre, solo á su Eterno Padre lo habríamos visto, sin asombro, estar sujeto, obedece en este mundo no solamente á la humilde Vírgen su inmaculada

(1) Ad Romanos C. 5.

Madre, sinó á un pobre y obscuro artesano. La fé nos dice que así corregia Dios aquellos vicios causa del trastorno sufrido por el linaje humano, enseñándonos á obedecer, como el remedio mas eficaz para corregir la independencia y falsa libertad, que nos sumen frecuentemente en un abismo de infinitos males, y hacen que reine sobre nosotros la muerte que nos acarrea el pecado.

Su obediencia profunda inspira á nuestro Señor Jesucristo no solo someterse á sus criaturas, sinó que llevándole todavía mucho mas adelante, le hace obedecer hasta abrazar y sufrir muerte ignominiosa enclavado en el leño de la cruz, de modo que pudiéramos nosotros ver en El la obediencia mas perfecta, ilimitada y única capaz de curar esa rebelion, que postró completamente al género humano. San Pablo nos hace notar esta verdad cuando, ofreciendo á nuestra meditacion la obediencia de Jesucristo, nos declara que la abrazó por nosotros, es decir, por nuestro remedio. *Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* Levantemos nuestra consideracion á este dechado de perfectísima obediencia; aprendamos en él la perfeccion de la nuestra, de modo que pueda decirse que en ella han sido curadas las llagas que produjo en nuestro entendimiento y en nuestra voluntad la desobediencia de Adan nuestro primer padre. Aprende, alma, la obediencia de Jesus, nos grita la voz elocuente del apóstol San Pablo; aprende hasta dónde se ha hecho obediente, y aprende en sus padecimientos el mérito celestial de su obediencia (1).

Las personas que desean ajustar sus movimientos por los de Jesucristo, y todas las acciones exteriores de su vida por las del mismo Jesucristo, consagran

(1) A los Hebreos C. 5.

con voto solemne su obediencia prometiendo renunciar su voluntad propia de tal suerte, que parezca completamente muerta para sus propios movimientos, y solo viva para someterse á la ajena. El ejemplo de Jesucristo justo, santo é inocente, que se sujeta alegremente á la voluntad de sus criaturas, impulsa poderosamente á su naturaleza flaca, débil, miserable é inclinada al pecado, á imitar al divino Redentor en su sacrificio, esperando que con el auxilio de su gracia encontrará el remedio celestial, que cure las flaquezas de su voluntad, y le fortalezca contra las seducciones poderosas de sus pasiones desordenadas, que pretenden emanciparle de toda potestad. El Príncipe de los apóstoles nos amonesta á esa subordinacion tan propia de los discípulos de Jesucristo, enseñándonos que si deseamos conseguirla, no escuchemos la voz de nuestros malos deseos, que es la de nuestras antiguas pasiones, sinó que ántes bien nos sometamos como hijos de obediencia á la que nos enseñó Aquel (1). Adan nuestro primer padre desobediente en el paraiso es la figura del hombre sublevado contra Dios, contra su ley, contra sus obligaciones, y que nada escucha fuera de la voz de sus malos deseos; así como Jesucristo obediente hasta la muerte es la del cristiano que se somete á la observancia rigorosa de los preceptos, y lo es mas especialmente todavía de la persona que promete á Dios con voto vivir vida de obediencia por amor al mismo Jesucristo. Busca, el que hace este voto, un camino seguro para llegar á la felicidad eterna, y lo encuentra en desprenderse de la propia voluntad, que nos intriga y nos pierde frecuentemente. Toma á Dios y á los superiores, que

(1) Epíst. I. de S. Pedro C. 1.

se le representarán en el claustro, como guia de su peregrinacion, y encontrándose seguro, principia á gozar en su alma aquella paz, que da esa misma seguridad.

Permitidme, mis carísim.[s] herman.[s], que os hable en la presente instruccion sobre la virtud de la obediencia religiosa, contrayéndome primero á declarar qué cosa sea, y cuáles son los fundamentos en que estriba; y segundo, cuáles son las condiciones que debe tener á fin de alcanzar los bienes y premios ofrecidos por Dios á las personas religiosas, que observan con perfeccion el voto de obediencia. Ojalá pueda yo tratar de tan santa virtud con palabras eficaces, que inclinen el corazon de todos cuantos me escuchan á conformar todas sus obras y todos sus deseos con el voto hecho al Señor. Dadme, Dios mio, vuestra gracia para conseguirlo; dádmela por la intercesion de la Santísima Vírgen, que invoco como medianera ante vuestra divina Majestad.

I.

Obediencia religiosa es aquella virtud, que somete plena y sincéramente la voluntad del hombre á la de Dios por medio de la de los superiores, confirmando con voto esta subordinacion por amor al mismo Dios. Esta obediencia, como claramente se infiere de lo dicho, tiene sus grados, y el primero y mas excelente es obedecer á Dios (1), de quien dependemos todas sus criaturas. Obedece á Dios quien voluntaria y alegremente cumple sus preceptos, y esta obediencia será mas ó ménos perfecta, segun fuese tambien mas ó

(1) S. Thomas 2.ª 2ae quaest. 104.

ménos perfecta la exactitud de cada uno para observar esos mismos preceptos. Exactísima era la del Santo Job, que « nunca se apartaba de los mandamientos divinos, y al contrario los guardaba cuidadosamente en su corazon (1). » Obedecemos á Dios, dice San Gregorio Magno, porque es El único Señor, Criador y Gobernador de todos, infinitamente sábio, y á cuyo poder y voluntad nadie puede resistir ni en el cielo ni en la tierra. El segundo es obedecer á otros por amor á Dios, conformándonos con aquella doctrina del Apóstol: « Toda alma esté sujeta á las potestades superiores, porque no hay poder sinó de Dios; y todo lo que viene de Dios, siempre está bien ordenado (2). » Los superiores son en cada comunidad los que representan á Dios; y por débil, imperfecto y poco apto que pudiera ser alguna ocasion ese superior, no por eso dejaria de representar á Dios, y por consiguiente, habria estrecha obligacion de obedecerlo, por cuanto su voluntad justa y ordenada representaria á cada religioso ó religiosa la voluntad santa y justísima del Señor.

Los fundamentos en que se apoya la obediencia como voto religioso, son unos de parte de Dios, y otros de parte nuestra. De parte de Dios el dominio absoluto que tiene sobre todas sus criaturas como autor y conservador de todas, así como fuente de la hermosura, belleza y perfeccion de que las ha dotado. Así es que la criatura le obedece como á criador, como orígen de su ser, como principio de los bienes que ha recibido y de los que se reconoce deudor á su infinita providencia, y obedeciendo le paga un tributo que le debe de estricta justicia. Ademas conocemos auxiliados por

(1) Job C. 23.
(2) A los Romanos C. 13.

la fé que Dios es infinitamente mas sábio, bueno, poderoso y fiel que nosotros, y la excelencia de todos estos y demas perfectísimos atributos, que son propios é inherentes á la divinidad, nos estimula á sujetarle nuestra voluntad. Sometida á la de Dios no errará, porque ni la luz infinita de su sabiduría, ni su bondad inefable permitirá, que se extravie de la senda que le conduce al reino celestial; ni su poder infinito sufrirá que encuentre en el camino de la obediencia obstáculos de tal naturaleza, que no pueda superarlos; ni la fidelidad, en fin, con que cumple su palabra, permitirá tampoco que deje de encontrar los bienes que esperaba, siguiendo ese camino que le traza la obediencia á su santa voluntad. El alma que reconoce estas verdades, se pregunta á sí misma como Jeremías preguntaba á Israel: « ¿Qué otra cosa quiere el Señor, sinó que cumplais sus preceptos para vuestra propia utilidad (1)? » Nuestra felicidad eterna es lo que Dios pretende al inspirarnos que nos sometamos á El, y ni la naturaleza de su gloria, ni la grandeza de sus infinitas perfecciones, ni la extension inmensa de su poder, y ni la majestad de su ser ganarán algo con que nosotros pequeños y miserables le vivamos sometidos. Nos crió para hacernos eternamente dichosos, y que logremos bien tan infinito, es lo que pretende al inspirarnos obediencia á su soberana voluntad.

Nuestra propia conciencia nos convence de nuestras imperfecciones. En nuestro entendimiento reina ordinariamente la ignorancia aun en cosas que pudieran tenerse como óbvias; asisten mil dudas, que nos dejan á cada paso perplejos é indecisos en materias que de suyo son graves, y exigen que tomemos por lo mismo

(1) Cap. 44.

alguna resolucion. Todo lo que pasa en nuestra alma nos convence de que somos limitados, y no alcanzamos, por consiguiente, á conocer ni lo mas justo, ni lo mas provechoso para nosotros mismos, ni aun lo que mas nos conviene segun nuestra situacion. Comprende el alma fervorosa la necesidad de ponerse á cubierto, para no errar en las resoluciones que debe tomar queriendo dirigirse con seguridad al término de su peregrinacion sobre la tierra; se pregunta á sí misma como el fervoroso Israelita: « ¿Quién me conducirá á la ciudad fortificada (1)? » ¿A esa ciudad fortificada por la omnipotencia y la justicia de Dios, que no permitirá entrar en sus apacibles atrios y dichosos tabernáculos nada que no sea puro, santo y sin mancha? ¿Quién sinó Vos, Dios mio? Vos que auxiliais á cuantos confian y esperan en vuestra bondad; Vos que socorreis en la tribulacion; y Vos sin cuya virtud vana es toda esperanza de los hombres. El convencimiento que adquiere el alma de todas estas verdades, hace que el entendimiento del religioso ó religiosa mire en el voto de obediencia su puerto de salvacion. Por ese medio va á conocer claramente la voz de Dios, que la dirigirá en todas las cosas, ya no encontrará ni duda, ni vacilacion, ni temor de ninguna especie. Ve expeditos todos sus caminos: el Señor tomará á su cargo dirigirla; su voz la acompañará en todas partes, y la librará de los errores que teme cometer. Ved ahí cómo el entendimiento viene á reconocer en la obediencia su grande, eficaz y saludable remedio contra todos esos males, que cada dia deploran las almas que aman al Señor y desean acercarse á El.

Así como la insubordinacion es causa de infinitos

(1) Salmo 59.

errores, porque trastorna y obscurece los entendimientos; así tambien la obediencia, ilustrándolos con luces soberanas, les deja comprender las verdaderas necesidades de su alma, conocer los caminos de la providencia para socorrerlas, y el medio eficaz de aprovechar esos mismos socorros. El entendimiento obscurecido por la ignorancia no hay errores que no abrigue, ni delitos que no sea capaz de inspirar. El es causa de los gravísimos males que deploramos en el órden religioso y en el órden social; causa de la corrupcion lamentable de costumbres que todos estamos observando; y causa igualmente de los infinitos síntomas de irreligion é impiedad que pululan hoy dia en todas partes. Podríamos decir que la justicia divina castiga de esta manera la sublevacion de tantos hombres, cuyos pensamientos no quisieron reconocer el límite que les señala la fé; y que emplea como instrumento de su castigo los efectos de los errores, de las tinieblas y del extravío que ellos mismos se procuraron. Mientras tanto ¡qué diversamente sucede en los que con el voto de obediencia humillan su altivez, y se someten con alegría á la voz de Dios y de los que les hablan á nombre de Dios!

Nuestra voluntad es tambien muy imperfecta en todas sus operaciones; sus movimientos van casi siempre inclinados al mal: por eso necesita un freno que la contenga, á fin que no se precipite y perezca en el abismo del pecado. Ese freno lo encuentra el cristiano en el claustro; lo encuentra, digo, en el voto de obediencia, con el que pone freno á su voluntad, freno que lo reprime y contiene poderosamente, evitándole las caidas terribles que le harian perecer sin remedio. ¡Ah! todos somos testigos de las miserias infinitas, á que nos conduce nuestra voluntad, cuando nos sometemos á sus caprichosos movimientos,

y todos sentimos las consecuencias funestas de los excesos que nos hace cometer. El religioso ó religiosa prevenido de éstos y deseando evitarlos ¿qué hace? ¿qué hace, mis carísim.[s] herman.[s]? Promete á Dios contradecir hasta reprimir vigorosamente los excesos de esa voluntad, que le arrastra y le pierde; é impulsado de este sentimiento generoso para con Dios y provechoso para sí mismo, ofrece al Señor el sacrificio de la propia voluntad, pronunciando voto de obediencia. Nuestra voluntad se resiste á los mandatos del espíritu que la contradicen y la molestan, porque está enferma, y consecuencia es de su mal, mirar con distancia cuanto se opone ó mortifica sus deseos. Y no tan solo aquellos que viven seducidos por los apetitos de sus pasiones, son los que sienten en su alma aquella contradiccion, sinó aun los Santos que trabajan y se fatigan por imitar á Jesucristo. Quien profesa vida religiosa, da á su voluntad un golpe formidable prometiendo obediencia: golpe que la obliga á marchar por un sendero determinado, y sometido á las leyes del espíritu. Aun cuando no se resiste nuestra voluntad á practicar aquello que se le ordena y es conveniente, se siente débil á veces y sin fuerza para practicarlo. Conoce lo que debe ejecutar, pero no atina con los medios que son necesarios para ello; ántes bien pagando un tributo á su propia debilidad, desearia encontrar modo cómo no despojarse de los movimientos de su torcida voluntad sin quebrantar los preceptos de Dios que se lo ordenan. ¡Hasta allí somos miserables, mis amad.[s] herman.[s]! *Nolumus exspoliari, sed supervestiri,* repetimos como los otros de que habla el Apóstol. Porque, como éstos, no queremos renunciar ciertos restos de nuestra propia voluntad, sinó ántes bien fuertemente abrazados á ellos queremos retenerlos hasta

el fin de nuestra vida. *Nolumus exspoliari, sed supervestiri.* El voto de obediencia nos hace triunfar de esa lucha molesta; ese voto es el golpe que quita la vida á todo eso que se conservaba en nosotros mismos contrario al espíritu de Dios, haciendo que éste viva triunfante en nuestro espíritu y dirigiéndolo por el camino de la vida eterna.

Mas el voto de obediencia no nos somete en todas las cosas solo á la voluntad divina, que nos está significada en sus preceptos, sinó tambien á los superiores que nos hablan en su nombre y con su autoridad sobre la tierra. Y sean éstos buenos ó sean malos, sean sábios ó no lo sean, está el religioso o religiosa obligado en virtud de su voto á obedecer exactamente su mandato, por violento ó molesto que le fuese. Oid la voz del divino Salvador que, hablando de esos superiores, « El que los oye, dice, me oye; y el que los desprecia, me desprecia (1). » Como ama á Dios, y quiere amarlo aun con toda la extension de su voluntad y con todas las fuerzas de su corazon, abraza los mandatos de los superiores con la mas perfecta sumision, y trata de cumplirlos con amor. El Padre San Bernardo nos dice (2), que Dios ofrece en los conventos y monasterios en el prelado un representante suyo, de modo que los súbditos escuchen en su voz una semejanza de la eterna y celestial que nos conduce al reino de los cielos. Por esta razon dice el mismo Santo Doctor: Nos será de grande utilidad para hacernos soportable y aun dulce la obediencia, considerar en la persona del superior la de nuestro Señor Jesucristo, acostumbrándonos á oir y á obede-

(1) S. Lúcas C. 10.
(2) Lib. I. de vita relig.

cer su voz como si realmente fuese la voz de este amoroso Salvador que nos previene é instruye de aquello que necesitamos saber, á fin de conseguir nuestra felicidad eterna. Para observar fielmente esta prevencion, conviene evitar, cuanto sea posible, todo contacto inmediato con las personas inobservantes que pueden haber desgraciadamente en la comunidad; porque su trato, léjos de ser provechoso, no podrá ménos que comunicaros algo de su tibieza y falta de voluntad para obedecer. No os digo por eso, que debeis huir de tales personas: no digo eso, repito, ni podria decirlo; porque seria introducir el desórden y las divisiones entre personas que han de vivir unidas por la caridad. Os digo solo, que eviteis aquellas conversaciones familiares, en cuanto sea posible, sin darlo á conocer, y usando de cuantos arbitrios os sugiera la prudencia, á fin que no conozcan vuestro propósito de evitar su conversacion. Recibid ademas con humildad las reconvenciones de los superiores, considerando que es Dios quien misericordiosamente reconviene vuestra falta de fervor para corresponder á los favores que os ha dispensado llamándoos á la vida religiosa. Y recibidlos, repito, sin excusar ni disculpar la falta cometida; porque la humildad, que en estos casos ha de mostrar el religioso ó la religiosa, es el primer acto de satisfaccion, que ha de ofrecer al Señor por la misma falta cometida. Y si esa falta por la que entónces el superior ó la prelada os reconviene, en realidad no la habeis cometido, podeis no obstante ofrecerla por tantas otras cometidas durante vuestra vida. Conviene en estos así como en otros casos análogos dar libertad á los superiores, para que puedan decir aquello que sienten; y aun cuando fuese áspero é imprudente lo que dijesen, no se les ha de interrum-

pir. Estas sencillas advertencias os facilitarán el ejercicio de la obediencia, y harán aptos para recibir los favores que Dios concede á las almas que procuran vivir animadas por tan santa virtud.

Ademas el voto de obediencia somete á los profesos á la observancia de las reglas y constituciones de la comunidad en que se ha hecho, y los somete de tal modo y tan estrechamente, que la salvacion de las personas, que han profesado vida religiosa, está ligada á la observancia de las leyes de su instituto. De aquí viene, mis carísim.s herman.s, el sumo cuidado con que los religiosos y religiosas deben instruirse hasta conocer á fondo las reglas ó leyes de la comunidad, donde van á profesar; y añadiré tambien el celo y la vigilancia, con que los superiores así de los conventos, como de los monasterios han de procurar para los novicios esa misma instruccion. Cuánta pena sufre el confesor no pocas veces oyendo decir á los que han profesado vida religiosa : « yo no supe lo que hice ; no leí nunca la regla del instituto que abracé ; mis superiores me decian que las reglas estaban dispensadas en gran parte ; y en fin, con todas estas ideas hice yo mis votos. » ¡ Qué desgracia encontrar ligadas por la solemne profesion de votos religiosos á personas, que no tienen hoy voluntad de cumplir lo que prometieron á Dios sin los conocimientos que debieron tener !

Sea que obedezca la persona profesa con los votos religiosos á Dios, á los superiores ó á la regla, ha de hacerlo siempre, con alegría, con prontitud, y firmemente persuadida que obedeciendo ejecuta lo mejor y mas perfecto. Dije que debe obedecer siempre, porque la voluntad del religioso ha de vivir constantemente dispuesta para ejecutar las órdenes de los superiores. Ha de encontrarse como la de Samuel en tal

situacion, que con toda verdad pueda decir á Dios: « *Loquere, Domine, quia audit servus tuus* (1); Habla, Señor, porque tu siervo escucha atentamente lo que te dignes decirle. » Y lo escucha nó para recibir con indiferencia ó para contradecir lo que le diga su voz divina, como Jonas, sinó para ejecutar al instante lo que se dignase mandar, diciendo como David: « Habla, porque preparado estoy, y no me turbaré, para cumplir vuestros mandatos (2). » Con alegría, dije, ésto es, sobreponiéndose al disgusto ó fastidio que pudiera producirnos aquello que se nos manda hacer. A esta alegría, que San Francisco de Sales llama satisfaccion espiritual (3), se oponen las quejas, que á veces dan de las disposiciones de sus prelados las personas que profesaron vida religiosa; se opone esa repugnancia que no vencen tratando de cumplirlas; y se opone, en fin, el disgusto con que lo hacen, y es causa de mal ejemplo para los otros individuos de la comunidad. Debe obedecerse tambien con prontitud, es decir, no oponiendo ninguna excusa á aquello que ordena el superior ó la prelada. Quien obedece de este modo, adquiere el mérito particular de asemejarse á los ángeles, de cuya obediencia está escrito, que corren veloces á ejecutar las obras de Dios, con voluntad semejante al fuego abrasador (4). Nada puede detenerles cuando el Padre celestial les ha significado las disposiciones de su providencia, cuya ejecucion les encomienda; y aun cuando sea necesario hacer grandes distancias, como el ángel Rafael para acompañar al jóven Tobias y librar á Sara del de-

(1) I. Regum C. 3.
(2) Salmo 118.
(3) Opusc. de la Perfecc.
(4) Salmo 103.

monio, ni un instante demorarán su comision, porque su obediencia es prontísima, y jamas ponen obstáculo ni dificultad de alguna especie. Nuestra pereza y falta de voluntad para obedecer muy bien saben disfrazarse cuando tratan de no cumplir con las disposiciones de los superiores. Se disfraza la soberbia, que se mira rebajada y pospuesta en aquella persona que, creyéndose en la comunidad mas meritoria que otras, ve no obstante que no se le ha señalado el cargo, que á su juicio debia pertenecerle, sinó otro mucho mas inferior. No quiere aceptar aquel que se le designa, y protesta que no tiene capacidad para desempeñarlo. Se disfraza la relajacion, apareciendo vestida de celo para censurar amargamente á la prelada ó al prelado, que han acordado á otros religiosos algunas excepciones que habrán creido justas y necesarias. Y así los demas vicios aparecen vestidos con los trajes de la pobreza, de la obediencia, ó de algunas otras virtudes compañeras de la regla, cuando, francamente hablando, no son otra cosa que sus enemigos. Finalmente, las personas que obedecen, han de hacerlo persuadidas de que aquello que se les manda es lo mejor, mas conveniente y perfecto que podia hacerse en las circunstancias presentes. Esta íntima persuasion, fruto de la sumision del entendimiento, es propia de aquellas almas, que estan ya experimentadas en el ejercicio de esta santa virtud. Comprendeis desde luego, mis amad.s herman.s, que siendo la obediencia una virtud excelente, ha de ir acompañada de ciertos actos que la realcen, dándole un valor inestimable delante de Dios. Estos actos son los que preparan el alma del religioso ó de la religiosa que los practica, para recibir los premios inestimables de virtud que el Señor le concede. Vamos á ver cuáles son éstos.

II.

La obediencia religiosa, para que sea perfecta, debe encerrar en sí estos tres actos: obra, entendimiento y voluntad; de tal manera que, si faltase alguno, dejaria ya por eso de ser perfecta. Ejecutamos cumplidamente los mandatos de los superiores cuando con la prontitud y alegría, que ántes indicamos, ponemos de nuestra parte los medios necesarios, para que sean obedecidos íntegramente, es decir, de una manera completa y absoluta. Y no basta principiar á obedecer, ni haber puesto algunos de esos medios á fin que sea ejecutado aquello que mandan los superiores, sinó que es preciso ponerlos todos y obedecer hasta el fin. Así como en los movimientos del cuerpo, para llegar á alcanzar el objeto que con ellos nos proponemos, se necesita hacer todo cuanto conduce á obtener ese fin deseado; de la misma manera sucede á los obedientes con los preceptos que se les imponen: tienen necesidad de ejecutar fielmente lo que se les indica, de modo que puedan recoger el fruto prometido. Quien obra de este modo, cumple con integridad lo que le ordena el superior. Pero ademas necesita hacerlo todo sincéramente por agradar á Dios, y mirando con indiferencia y desagrado cuanto se oponga á esa misma voluntad. La obediencia de Abraham reune todas estas condiciones. Dios le manda sacrificarle á su hijo Isaac (1), que debia Abraham mismo degollar como víctima, y luego quemar hasta consumir completamente su cadáver sobre el fuego. *Tolle filium tuum Isaac, atque offeres eum in holocaustum super unum montium quem monstra-*

(1) Genes. C. 22.

vero tibi. Al oir el santo Patriarca el mandato divino, no trepidó ni un instante; sinó al contrario se levanta, y cargando á su hijo con la leña del sacrificio, marcha al monte donde debe ultimarlo. Su obediencia fué tan ciega y tan perfecta, que no opuso al Señor su eterna é inmutable palabra, que le habia prometido nacerian de ese mismo Isaac, que le mandaba inmolar, gentes tan numerosas como las estrellas del cielo y las arenas del mar (1). Ni ménos opone la fé ciega é invariable que tuvo en esa misma promesa, á pesar de todos los obstáculos que se presentaban contra su cumplimiento. Nada, nada opuso al mandato del Todopoderoso, sinó que adorando con lo mas intenso de su alma la voluntad del que lo ordenaba, le basta que Dios se lo mande, dice el Angélico Doctor (2), para que sin contradiccion ni réplica marche ligero tres dias enteros ya entre las sombras y el silencio de la media noche, ya bajo los rayos del sol abrasador hasta el monte designado por Dios. Llegando al lugar del sacrificio erige el altar, pone sobre éste la leña, ata á su hijo, lo coloca para ofrecerlo como víctima, y cumpliendo al pié de la letra el precepto del Señor, toma en sus manos la cuchilla, y levanta esforzado su brazo para dar á Isaac el golpe mortal que consumaria el sacrificio. Mas Dios manda un ángel que dice al obediente Abraham: « No sacrifiques al niño: conozco que temes al Señor, y por obedecer su mandato no perdonaste ni á tu unigénito. » Ved ahí hasta dónde llegó la obediencia de aquel santo Patriarca, cuya voluntad estuvo tan pronta para sacrificar lo que mas amaba por obedecer el mandato divino.

(1) Genes. Cap. 22.
(2) 2.ª 2.ªᵉ quaest. 171. art. 5.

Mas este primer acto de la obediencia es el ínfimo entre todos los demas: sin embargo podemos considerarlo como la entrada indispensable para llegar á los otros. Es la obediencia del hombre exterior, que muestra hasta dónde ha logrado someter sus sentidos, y hasta dónde tambien hemos de procurar someterlos nosotros, á fin de imitar la obediencia del Hijo de Dios. Los actos mas meritorios consisten en el ejercicio del entendimiento y de la voluntad; porque con la obediencia de entendimiento sometemos el propio juicio al jüicio del que manda, mientras que con la de obra se somete el obediente solo con su exterior, ejecutando materialmente aquello que se le ordena. Con la obediencia del entendimiento inclinamos de tal modo nuestro juicio al del superior, que creemos que aquello que nos manda, es lo justo, y como tal debe ser obedecido y respetado. De modo que el juicio del superior cautiva la voluntad del súbdito, que á su vez somete voluntariamente su juicio al del prelado ó prelada que lo gobierna. Esta es la obediencia con que exhortaba el apóstol San Pedro á los primeros cristianos á ofrecerse como sacrificio perfecto al Señor diciéndoles: « Purificad vuestras almas con obediencia de caridad (1). » Porque esta obediencia nace del amor ardiente y abrasado á Dios, y cada vez que se practica, es tambien un acto perfecto de ese mismo amor, que nos impulsa á ofrecerle como un don lo mas precioso y mas querido que tenemos, que es nuestro propio juicio.

Ciega se llama la obediencia, dice San Bernardo (2), porque el religioso ó la religiosa, que ha sacrificado su propio juicio, y por amor á Dios lo ha sometido

(1) I. de S. Pedro C. 1.
(2) Serm. ad Fratres.

completamente al de sus superiores, no entra á indagar las causas porque se le manda ésto ó el otro, ni ménos si es justo ó conveniente eso mismo que se le manda; sinó que escuchando el juicio de su superior, no duda ni un instante que eso es lo mejor, lo mas conveniente y lo que debe ejecutarse. San Juan Crisóstomo (1), exponiendo aquellas palabras del apóstol San Pablo: « *Saepe proposui venire ad vos, et prohibitus sum usque adhuc* (2); Muchas veces propuse venir á vosotros, y me ha sido prohibido hasta ahora; » « Considera, dice, la obediencia profunda de este siervo fiel de Cristo. Se le ha prohibido que vaya al lugar donde deseaba, y sin detenerse á examinar las causas porque se le ha impuesto aquel mandato, obedece ciegamente, convencido que venia del Señor. Aunque pudiera creerse autorizado para investigar el motivo porque se prohibia al maestro y Doctor de las gentes ir á una ciudad, que era la cabeza del mundo, y la que rendida, se rendirian fácilmente las demas, no replica, sinó que alegremente se somete al mandato que se le impone: *Prohibitus sum usque adhuc;* mostrándonos de esta manera su humilde rendimiento, y su deseo eficaz de agradar á Dios en todas las cosas. »

Finalmente, la obediencia de voluntad consiste en amar aquello que mandan los prelados. De modo que la obediencia de obra nos hace ejecutar con prontitud lo que se nos ordena; la obediencia del entendimiento nos enseña á creer que es bueno aquello que se nos manda; y la de voluntad nos inspira amor á los mandatos de los superiores. Y es tan necesario este amor á los preceptos que debemos obedecer en el instituto

(1) Homil. II. in Epist. S. Pauli ad Rom.
(2) Ad Romanos C. 1.

que hemos profesado, que la vida religiosa se hará bien pronto insoportable á todos aquellos que no cobrasen amor á esos mismos preceptos. Se hace insoportable, repito, porque se apodera del corazon, que mira con disgusto las leyes de su instituto ó los preceptos de sus superiores, una tristeza profunda, que lo sepulta en un mar de amarguras y agitaciones, que le hacen insoportable vivir en el claustro. Todo lo mira de reojo, todo con aversion; y vive rabiando, ó por lo ménos reventando y haciendo cada dia mas dificultosa su salvacion. Esa tristeza rebela ademas la carne contra el espíritu, y ese cuerpo, que en los individuos que se consagraron al Señor debe estar humillado y gobernado constantemente por las inspiraciones del alma, sobreponiéndose á ésta, la domina, y aprovecha la vida que le comunica para entregarse á esa pereza é inaccion, que tan malos ejemplos da á las otras personas que viven en el claustro.

Veamos ahora, mis carísim.s herman.s, las excelencias de la obediencia cuando se practica con perfeccion, es decir, con la obra, el entendimiento y la voluntad. El Hijo de Dios, Rey de las virtudes, nos las enseña prácticamente en el grande aprecio que hace de esta virtud. Fué la primera que ejercitó ofreciéndose desde el seno de su Eterno Padre para vestir nuestra humanidad por obediencia. *In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam* (1), pone en su boca el Profeta rey; y esta sumision profunda á la voluntad divina fué como la base del majestuoso edificio que forman las virtudes celestiales del Hijo de Dios hecho hombre por nosotros. Cuando enseñaba á sus apóstoles la obligacion que tenian de

(1) Salmo 39. y Carta de S. Pablo á los Hebreos C. 10.

amarle con verdadera caridad, la prueba que les pedia de ese amor no era otra que la práctica de esta misma obediencia. Escuchad sus palabras: « Si me amais, guardad mis mandamientos; y el que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama: si vosotros los guardáseis, permanecereis en mi amor, como yo guardo los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor (1). » Por eso el Angélico Doctor (2) llama á esta virtud fundamento y causa de nuestros merecimientos, pues nada hay meritorio delante del Señor, sinó en cuanto es conforme con su divina voluntad; y en este sentido habia enseñado San Agustin (3), que nada agrada tanto á Dios como la obediencia, que es en nosotros la suma virtud que nos somete al Señor, y nos hace estar atentos á sus divinas disposiciones. En este mismo sentido con razon dijo el divino Salvador á sus discípulos, que su comida era hacer la voluntad de su Padre celestial que le envió á la tierra (4); porque todas sus predicaciones, sus fatigas, sus enseñanzas, y en fin, todas sus virtudes las fundó siempre sobre su obediencia al Padre celestial.

Quiso el Señor que en la obediencia encontrasen las personas religiosas aquella sabiduría celestial, que posee el secreto de hacer dulce lo que es amargo por su naturaleza. La regla y los superiores ordenan muchas ocasiones cosas que mortifican nuestra soberbia, ofenden nuestro amor propio, y hieren y afligen nuestra miserable vanidad; mas la obediencia auxiliada por las luces del cielo, buscadas en la oracion y conversacion con Dios, encuentra motivos que le endulzan esas mismas cosas,

(1) S. Juan C. 15.
(2) 2.ª 2.ae quaest. 104.
(3) Serm. de obed. et humilit.
(4) S. Juan C. 4.

haciéndolas agradables y aun deseables para su voluntad. Produce la obediencia en las cosas amargas y penosas lo que el madero de Moises en las aguas de Mara (1), que siendo por su naturaleza tan amargas, que no podia Israel beberlas, Moises las endulzó arrojando en su fuente un madero, que las hizo saludables y deliciosas. Así no hay precepto, pòr molesto y pesado que sea para el hombre, que no pueda practicarse con la gracia y la dulzura que encierra en sí el madero de la cruz, cuya ciencia comunica la obediencia religiosa escrupulosamente practicada.

Bien puede algun religioso ó religiosa asaltado repentinamente por tentaciones violentas de amor propio, de soberbia ó de otros vicios opuestos á la vida del claustro, bien puede, digo, al probar en algunos casos las amarguras de la obediencia, que contradice y mortifica su propia voluntad, decir como los hijos de los profetas, figura de los religiosos, que gustando las coloquíntidas puestas en su comida: « La muerte está en la olla, varon de Dios, » gritaban á Eliseo no pudiendo sufrir la amargura del bocado que acaban de probar (2). Mas ¿qué hace aquel profeta? Pone en la olla un poco de harina, y mezclándola en el potaje amarguísimo, lo deja sazonado y apto para satisfacer el hambre de los que lo habian preparado. Ved ahí lo que hace la obediencia con los preceptos de los superiores ó de la regla, que tantas ocasiones parecen duros ó insoportables á los individuos que deben observarlos. Pero abrazadlos con obediencia perfecta, y encontrareis que esta virtud os los

(1) Exod. C. 15.
(2) Lib. IV. de los Reyes C. 4.

hace no solamente soportables, sinó aun dulces, como eran todos los preceptos de Dios para el espíritu obediente de David (1).

Ademas obedeciendo con puntualidad negocian los que profesaron esta virtud, sabiduría celestial, como escribe San Gregorio (2), con la que su entendimiento queda ilustrado, y alejadas todas las sombras y perplejidades que no le permitian caminar con paso firme por la senda del reino de los cielos. Esta ciencia no solo hace grandes delante del Señor á quienes la consiguen, sinó que ademas nos permite conocer con facilidad la voluntad del Señor, escuchar con suma docilidad sus inspiraciones, y ejecutarlas con fervor y admirable prontitud, viniendo á cumplirse en estas almas lo que el Señor prometia á su pueblo por Isaías diciéndole: « Soy el Señor que te gobierno en tu camino; ojalá cumplieses mis mandamientos, y verias tu paz como un rio, y tu justicia como el abismo del mar (3). » San Agustin señala todavía otra excelencia que Dios ha concedido á la obediencia religiosa, á saber, que lleguen expeditas hasta el reino de los cielos las oraciones de los obedientes. « Un ruego solo del obediente, dice, es mucho mas eficaz para alcanzar algo de Dios, que diez mil oraciones hechas por los que no obedecen (4). » De modo que así como los obedientes tienen abiertos sus oidos para oir la voz de Dios, de su regla y de sus superiores; así Dios tambien tiene abiertos sus oidos para escuchar y acceder presto á sus ruegos. Sujeta ademas la obediencia la

(1) Salmo 18.
(2) Lib. III. Moral.
(3) Isaías C. 48.
(4) De oper. monach. C. 1.

carne al espíritu, muriendo aquella en el suplicio constante á que la someten los preceptos que se le imponen, y en los que el amor propio, la vanidad, la soberbia, y todos los infinitos vicios que dan vida y robustecen la carne, quedan oprimidos, mortificados y muertos. Por eso es que los siervos de Dios, que aspiraron á llegar á la perfecta virtud, principiaron por someterse á la voluntad de los superiores, y á triunfar de sí mismos por la obediencia.

En fin, es imposible, mis carísim.[s] herman.[s], conservar la observancia religiosa en un monasterio ó en un convento, donde no reine la obediencia con toda su perfeccion. Y al contrario, cuanto mas perfecta sea ésta, así tambien será mas perfecta la observancia y mas vigorosa la disciplina de la comunidad. Se quejan á veces algunos religiosos ó religiosas, porque se introducen en sus comunidades ciertos abusos que, segun ellos mismos ven y observan, concluirán por arruinar precisamente toda especie de arreglo. Mas el remedio está en vuestras manos; pende de vosotros, mis amad.[s] herman.[s]: si trabajais con teson por acostumbraros á ejercitar esa obediencia práctica, humilde y fervorosa, llegareis á ver floreciente vuestra comunidad. Pidámos á Jesus manso, humilde, mortificado y obediente las gracias necesarias con ese objeto. Aprovechemos los recursos que nos ofrece para triunfar de todos los enemigos de la obediencia religiosa. Pidámosle algo de su espíritu, de ese espíritu manso, humilde y mortificado, que nos enseñe á triunfar de satanás y de nosotros mismos cada dia de nuestra vida. Animo, ánimo, mis amad.[s] herman.[s] Contemplad á Jesus nuestro Rey y Señor que nos enseña prácticamente á obedecer en todas las cosas; Rey humilde y obediente, y que fun-

da la grandeza de su principado en el ejercicio de estas santas virtudes. Clamémosle con toda la humildad y constancia de que seamos capaces, para que nos conceda una práctica tan perfecta de la obediencia, que nos sirva de escala para llegar á gozar de El en el reino de los cielos. Amen.

INSTRUCCION NONA.

SOBRE LA OBSERVANCIA DE LA REGLA QUE PROFESARON LAS PERSONAS RELIGIOSAS.

Quicumque hanc regulam sequuti fuerint, pax super illos et misericordia.

Todos los que siguieren esta regla, paz sobre ellos y misericordia.

(Ad Gal. Cap. 6.)

Las ciencias y las artes tienen sus maestros, sus textos y sus profesores que las enseñan, y su libro especial que es como el fundamento de los otros. La ciencia soberana de la perfeccion cristiana tiene su libro propio, donde la voz de Dios se dignó consignar los documentos, que estudiando y meditando los hijos de los hombres aprenden los medios de santificarse. Ese es la santa Escritura que nos concedió el Señor, y contiene todas las promesas que nos ha hecho, y los medios aparentes á fin de conseguirlas. La perfeccion religiosa que nos aconseja el Evangelio, y á la que el espíritu de Dios con sus inspiraciones celestiales conduce á tantas almas afortunadas, posee tambien su libro, y ese es la regla y constituciones de cada instituto. En él conocen los que lo profesan las obligaciones que les pertenece llenar, y los medios que la misericordia divina ha puesto á su disposicion para alcanzar la felicidad eterna. Al estudio de este libro se ligó estrechamente con los votos de su profesion, y los documentos de ciencia celestial que en él encuentra, van conduciéndole como de la mano por este

valle de lágrimas, y haciéndole sentir la paz y la divina misericordia, que son precursores de la felicidad que le espera en el reino de los cielos. *Quicumque hanc regulam sequuti fuerint, pax super illos et misericordia.* ¿Con cuánto amor debe, pues, toda persona que profesó vida religiosa traer siempre entre sus manos el libro de su regla, estudiarlo, meditarlo, y todo ésto con tanto amor, que pueda repetir lo que decia David de los preceptos divinos: « Medité, Señor, tus mandamientos, porque los amé sobremanera (1) ? » Para las personas que abrazaron la vida religiosa son sus reglas la voluntad divina que les habla enseñándoles los medios de santificarse : por eso sobremanera amables deben ser para su corazon; y por eso han de meditarlas continuamente, y de alimentar con ellas el fervor de su alma, del mismo modo que se alimenta la luz de una lámpara con el aceite que la hace brillar en la obscuridad profunda de la media noche.

Podemos aplicar, mis carísim.s herman.s, á las personas religiosas con relacion á sus reglas aquello que dijo Dios á Israel, recomendándole el estudio y perfecta observancia de su divina ley (2) : « Pónla sobre tu corazon, tráela delante de tus ojos, átala á tus manos, medítala cuidadosamente así sentado en tu casa como andando por el camino, así al acostarte como al levantarte; en una palabra, no se apartará de tus ojos ni de tu mente, á fin que la guardes con fidelidad. » Así tan puntuales quiere el Señor que sean las personas que profesan vida religiosa, para observar las leyes inspiradas por El mismo con el fin de dirigir á

(1) Salmo 118.
(2) Deuteron. C. 6.

los hijos de su verdadero Israel, que marchan como peregrinos por este destierro dirigiéndose al reino de los cielos. Quiere Dios que graben estas leyes en lo mas profundo de su corazon, para que comiencen por amarlas, y amándolas las mediten de continuo. Porque, hermanos mios, fácilmente recuerda cada uno aquello que ama, y al contrario con la misma facilidad huye de su memoria aquello que le es indiferente. Amándolas les manda Dios que las pongan sobre su corazon como lo mas rico y precioso que poseen y deben guardar con sumo cuidado; que las estudien detenidamente, á fin de penetrarse mas y mas de su importancia, de su sabiduría, de su verdad y de todo ese tesoro de bienes espirituales y eternos que contienen; que las aten á sus manos con el objeto que sus obras sean conformes con aquello que ordenan; que al levantarse las mediten, para que sirvan como de base ó fundamento á las acciones y ocupaciones de cada dia; y en fin, que al acostarse vuelvan de nuevo á meditarlas, para conocer si han procedido en todas las obras de aquel dia con arreglo á lo dispuesto por Dios en su contenido. Ved ahí, pues, lo que son las reglas de cada instituto con relacion á las personas que las profesaron: el resorte que ha de moverlas para obrar tan poderosamente, que sin su auxilio y direccion nada puedan, ni nada quieran. *Quicumque hanc regulam sequuti fuerint, pax super illos et misericordia.*

Yo diviso, mis carísim.s herman.s, á los religiosos y religiosas que aman su regla y procuran vivir segun su espíritu, de aquel modo que se ofrecia el Apóstol á la consideracion de los fieles, cuando les escribia: « *Ego vinctus Christi;* Yo Pablo el prisionero de Cristo. » Preso se llamaba el Apóstol (1) repetidas ve-

(1) Ad Philem. C. 1.

ces no tanto con cadenas y grillos materiales, que le impidiesen moverse á su arbitrio de tal ó cual modo, sinó porque su amor ardiente á Aquel que le amó y se entregó por él, no le permitia obrar sinó en conformidad con sus preceptos y santas inspiraciones; preso tambien, porque su voluntad sentia toda la fuerza con que Jesucristo la atraia con tanta eficacia, que no queria obrar sinó en conformidad con ella; y preso, en fin, pero con aquellas cadenas, que ataban á su carne esclava del pecado, obligándola á caminar sometida á las leyes de su espíritu, que son las de nuestro Señor Jesucristo. ¡Feliz cautiverio éste, que pone á nuestra alma en situacion de gozar de aquella libertad que nos adquirió el Hijo de Dios! Esta es la que alcanzan los que hacen los votos religiosos, obligándose á guardar la regla del instituto que abrazaron, y que mientras los somete estrechamente á la observancia de aquella, los constituye señores verdaderos de los movimientos de su alma por el dominio que adquiere sobre ellos mismos. Tratad, mis carísim.s herman.s, de conocer á fondo vuestras reglas, que son las leyes cuya observancia os obliga, y permitidme que con este objeto os diga primero, qué clase de conocimiento debeis tener de vuestra regla; y segundo, cuáles son los vicios que principalmente se oponen á esa misma observancia de las reglas. Escuchadme.

I.

Ninguna ciencia puede sernos ni tan útil ni tan provechosa, como aquella que nos pone de manifiesto la voluntad de Dios; y ésta es, para los que profesaron vida religiosa, la que se contiene en el libro de sus reglas. Por esto vendremos en conocimiento

de lo que representa ésta á cada religioso ó religiosa. Representa Dios, lo que desea de sus criaturas, y la manera cómo éstas deben conducirse, á fin de aprovechar los efectos misericordiosos que la divina providencia hace sentir sobre aquellos que la observan. San Gregorio el Grande (1) llamó á las santas Escrituras carta viva que manda Dios á sus criaturas significándoles su santísima voluntad; y así como aquellas contienen para todos, dice, los documentos de bienaventuranza eterna, así la regla de cada instituto contiene tambien una carta brevísima, pero clara y terminante, que envia el Señor á sus religiosos y religiosas, significándoles con toda claridad lo que quiere que hagan, á fin de ser encontrados alguna vez perfectos en su divina presencia. En esta regla encuentran aquella soberana ciencia, de que San Pablo queria estuviesen llenos los primeros cristianos, que tan ardientes deseos mostraban de llegar á la perfeccion, cuando decia: « No cesamos de orar y pedir para vosotros, que seais llenos del conocimiento de la voluntad de Dios con toda sabiduría y entendimiento espiritual, para que camineis dignamente, agradando á Dios en todas las cosas, y produciendo todo género de buenas obras (2). De esta doctrina del Apóstol se deducen las tres propiedades que debe tener en todos los que profesaron vida religiosa el conocimiento de su regla. La primera propiedad es que sea un conocimiento lleno, es decir, sin ignorar cosa alguna de las que Dios quiere que sepamos en órden á la vida religiosa, abrazada espontáneamente y con tanta abnegacion, y por servir y agradar solamente á Dios. No hay en el estado reli-

(1) Lib. IV. Epist. 4.
(2) A los Colos. C. 1.

gioso cosas indiferentes, sinó que todo está en él ordenado para cumplir la voluntad del Señor. A ese fin se dirigen las constituciones; á ese fin las sagradas reglas; á ese fin los oficios que la obediencia encarga á cada individuo de la comunidad; á ese fin, en una palabra, hasta los toques de la campana, de modo que con razon pueden llamarse bienaventurados los religiosos y religiosas, á quienes tantos auxilios se les prestan y tantos caminos se les abren para que lleguen con seguridad al reino de los cielos. Todo en el claustro habla al entendimiento y al corazon, y todo revela á los hijos de Dios, que allí trabajan por santificarse, la voluntad y amor con que el Padre celestial les auxilia, á fin que consigan el fin que se propusieron al hacer su profesion religiosa. El profeta Baruc, contemplando á Israel en posesion de los preceptos recibidos del Señor para gobernarse durante su permanencia en la tierra de su peregrinacion, y asegurar por su medio la patria eterna del reino de los cielos, « Recibe, oh Jacob, tu ley, decia, y anda tu camino con la luz y el resplandor que sale de ella (1). » Reflexione el verdadero pueblo de Israel, á quien Dios se ha dignado favorecer con los preceptos de la vida religiosa, y con tantos auxilios como contienen las reglas y constituciones de cada instituto, si cumple con exactitud lo que éstas ordenan, de modo que cada uno de sus preceptos venga á ser verdadero resplandor que le vaya guiando hácia la vida eterna; ó si obrando con negligencia, da lugar á que las tinieblas le asalten y sorprendan, estorbándole el paso que conduce á la vida eterna. Reflexionen ademas, que el libro de su regla, donde tan detalladamente insinua

(1) Baruc C. 4.

el Señor sus obligaciones á cada persona que profesa vida religiosa, se abrirá en las manos del divino Juez, quien comparará lo que en él está escrito, con lo que aparezca en la conciencia del religioso ó religiosa presente allí para ser juzgado. ¡ Oh ! si esa conciencia apareciese manchada por negligencias, descuidos é imperfecciones contra esa regla ; ¡ oh ! si tan léjos de haber sido ésta su maestra y directora en la senda de la vida religiosa, no hubiese sido mas que una letra muerta, y escrita en un libro que ni se lee ni se consulta; ¡ oh ! ¿ cuál será entónces el temor del infeliz que, pudiendo por medio de su regla haber alcanzado grandes merecimientos y recompensas infinitas, ahora se encuentra pobre y sin méritos, y nada puede presentar al Juez divino fuera de una vida sin sujecion á sus leyes, y por lo mismo tibia y negligente?

Pero no basta que sea lleno el conocimiento, que de su regla tenga adquirido una persona en el estado religioso, sinó que tambien debe ser apreciativo y amoroso; es decir: apreciativo, que se funda en el conocimiento adquirido de la importancia de esa misma regla; y amoroso, porque ese mismo conocimiento le inspire amor que excite á recordarla y observarla cuidadosamente. Dios quiere este amor en todas las almas que abrazaron el estado religioso, y lo estima de tal modo, que satisfechas por amor esas obligaciones, tienen doble mérito en su divina presencia. Yo considero, mis carísim.s herman.s, la Iglesia de Cristo como la morada en que el gran padre de familia Jesucristo nuestro Señor habita en medio de sus hijos. Mas en una familia hay hijos y otros que son simplemente sirvientes: los hijos estan muy atentos á las órdenes del padre; apenas las escuchan, cuando van corriendo á ejecutarlas ; y no á ejecutarlas de un modo cual-

quiera, sinó con toda la exactitud que está á sus alcances. ¿Y porqué, mis amad.[s] herman.[s]? Porque los hijos aman á su padre, se interesan por su honor, y harian todo género de sacrificio gustosamente, porque sea su voluntad respetada y obedecida en todas partes. No sucede lo mismo con los sirvientes, que tan solo conocen la voluntad de su amo especulativamente, y no les preocupa que sea ejecutada con celo ni exactitud. En los que profesan vida religiosa veo á esos hijos, que llenos de amor escuchan y obedecen la voluntad del Padre celestial: como la conocen á fondo, la saben cumplir con precision, y vencer cuantos tropiezos se levanten para impedírselo. En los sirvientes veo la gente del siglo, que ordinariamente tibia y negligente poco cuidado toma por ejecutar las cosas espirituales con la perfeccion debida, contentándose solo con hacerlas á medias, sin conocer sus resultados, y por consiguiente, sin obtener los medios que de ellas podrian esperar. De suerte que los religiosos y las religiosas han recibido aquella ciencia espiritual, de que hablaba el Apóstol, y llenos de la cual procuran y consiguen agradar al Señor con las obras de su estado. Ejercitando este conocimiento no solamente meditan la ley divina, fuente y orígen de todas las leyes y de toda la doctrina cristiana, sinó tambien de las reglas de su sagrado instituto. Y en esta meditacion no se contentan con entender lo que se percibe á primera vista, sinó que procuran conocer su espíritu para observarlas mejor. Porque muchos puntos de las reglas, que deben observarse en los institutos religiosos, contienen enseñanzas que no aparecen desde luego; pero las encuentran y aprovechan los que se detienen á meditarlas, y piden al Señor que les haga conocer todo lo que deben practicar á fin de cumplir con ex-

actitud las obligaciones de su estado. Imitan estas almas á David, que nos dice de sí mismo, que escudriñaba con celo la ley divina (1). ¿Y porqué obraba de ese modo? Porque la amaba, y su amor lo excitaba á procurarse cada vez conocimiento mas perfecto de lo que contenia, á fin de observarlo tambien mas cuidadosamente. La voluntad divina escrita para los religiosos en las leyes del instituto que profesaron, es lo que aquel maná destinado para alimentar á Israel en el desierto. Al verlo, *Manhu? id est, Quid est hoc?* decia el pueblo. Veian algo los israelitas semejante á la escarcha ó rocio, y comprendo que, habiéndoles prometido el Señor el dia anterior que les daria pan en abundancia, y que comerian hasta saciarse (2), al ver aquella sustancia desconocida, pobre y despreciable á la vista, no comprendian cómo fuese esa los panes que se les habian ofrecido. Y ved ahí porqué preguntan: *Quid est hoc?* ¿qué es ésto? Mas era necesario que ese maná fuese recogido cuidadosamente, y comido, y solo así podia gustarse y saborearse. En las reglas, con que amorosamente ha regalado el Señor á sus religiosos, no divisan éstos muchas veces sinó alguna disposicion, que ó no se entiende con facilidad, ó no se conoce que aplicacion puede tener. *Quid est hoc?* ¿Qué es lo que dispone? pueden muy bien preguntar algunos. Alma que ésto preguntas, podremos responderles como Moises á Israel, « Este es el pan que el Señor os ha dado para comer. » Ese capítulo de la regla, que no se entiende con facilidad, es necesario meditarlo, oir la doctrina de los superiores en órden á él, y tener la voluntad mas pronta y decidida de practicar aquello que,

(1) Salmo 118.
(2) Exod. C. 16.

segun el juicio de los superiores, sea mas perfecto, y esté mas en armonía con el espíritu del santo instituto á que perteneceis.

El conocimiento que tengan de su regla las personas religiosas debe tener todavía otra circunstancia, á saber, ser práctico, y es ésto cabalmente lo mas importante para la vida religiosa. « Si hiciéseis lo que os he enseñado, bienaventurados sereis en el reino de los cielos (1), » repite diversas veces á sus discípulos nuestro Señor Jesucristo en su santo Evangelio. No era bastante haber conocido su doctrina; porque si conociéndola no guardaban ni observaban su contenido, aumentaria ese conocimiento la gravedad del pecado que cometerian no guardándola. Es necesario conocer primero, y practicar despues aquello que se conoce, para que el conocimiento sea útil y provechoso: y á medida que fuese mas lleno y completo ese conocimiento, así tambien debe ser mas esmerada la práctica de las verdades que nos ha hecho conocer. Jesucristo decia: « *Ego scio quos elegerim;* Yo conozco á los que elegí (2); » porque penetrando lo mas íntimo de todas sus criaturas, conoce perfectamente los movimientos de la voluntad de cada una, y los esfuerzos que practican á fin de observar sus disposiciones adorables. ¿ Cuánta confianza no debe inspirarnos este conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, que ve y observa todo lo que pasa en nuestro interior ? *Ego scio quos elegerim.* El ve los esfuerzos de aquella alma que combate consigo misma, con su pereza, con su debilidad, con la miseria de su condicion, y á veces con sus compañeros mismos, á fin de observar con regularidad las reglas de

(1) S. Juan C. 13.
(2) Ibidem.

su santo instituto. ¿Y no auxiliará ese dulcísimo Jesus con gracias eficaces á esas almas, que ve solícitas por llegar á la perfeccion en la observancia de su ley? ¡Ah! sí, lo hará, y El mismo lo tiene prometido: no ve nuestros combates, sinó para socorrernos cuando le invocamos, dice San Agustin; ni nuestras necesidades, sinó para remediarlas; ni nuestras lágrimas, sinó para enjugarlas (1). Confie, pues, el alma que trabaja por santificarse en la observancia práctica de sus reglas, que Dios, viendo los esfuerzos que hace para serle fiel, vendrá en su socorro, y no permitirá que aquellos sean estériles.

Vengamos ahora prácticamente á recorrer ciertas obligaciones, que impone á las personas que han profesado vida religiosa, la necesidad que tienen de adquirir el conocimiento de su regla. Limitándome á las que señala el Angélico Doctor Santo Tomás (2), la primera es leer la regla con frecuencia. Mas no hagais esta lectura recorriéndola simplemente, sinó con meditacion, y recibiendo en el fondo de vuestro espíritu aquello que leeis como palabra de Dios, que señala á vuestra alma los caminos que le estaban escondidos, y la estimula á que los siga con ardor, á fin de alcanzar el bien adonde conducen. Hay personas que limitan la lectura de esta regla puramente al tiempo en que hacen su noviciado; y aun mas, la conocen allí tan imperfectamente, que apenas pueden dar cuenta de lo que contienen algunos de sus capítulos. De aquí nace que esas personas se limitan á observar lo que en el noviciado les enseñó su maestro á practicar; de manera que, aun cuando tengan voluntad de hacer algo

(1) Homil. in C. 11. Evang. S. Lucae.
(2) Opusc. de Perfect. relig.

mas, no lo harán, porque no conocen lo que deben hacer. Leyendo la regla, conseguirán ese conocimiento práctico, que les disipará muchos errores en que vivian lamentablemente con gran perjuicio de su conciencia. Recordad, mis amad.s herman.s, aquello que nos refiere el Padre San Efren (1) que practicaban, en los antiguos monasterios y en las célebres lauras del Oriente, los monjes ancianos y experimentados en la vida religiosa á los mas jóvenes y ménos perfectos, que solian acudir deseosos de marchar por el camino del claustro al reino de los cielos. No solo les hacian aprender su regla bajo la direccion de algun monje muy experimentado, sinó que les probaban haciéndoles practicar todo aquello mas pesado que mandaba la misma regla. De este modo era cómo experimentaban si aquella persona tenia realmente vocacion para la vida monástica, porque hasta allí estaban persuadidos aquellos santos varones, que en el conocimiento y observancia de las reglas está la salvacion de los religiosos y de las religiosas. Y yo á este propósito no cesaré de repetiros que teneis necesidad de conocer bien lo que prometísteis al Señor, pues que de allí pende vuestra felicidad eterna.

A este estudio debe agregar la religiosa la persuasion de que su virtud en el claustro no consiste en hacer grandes cosas, ni en obrar algo extraordinario, sinó solamente en cumplir con exactitud lo que manda la regla que profesó. La observancia de ésta es la expresion de la caridad, y aquel individuo que tiene mayor caridad, es el mas perfecto y el mas santo delante del Señor, segun lo ha enseñado el Hijo de Dios. Del Angélico Doctor Santo Tomás no se refie-

(1) De vit. monastic.

ren grandes prodigios, ni asombrosas penitencias; pero sí nos dice la historia de su vida, que cuidó siempre de tal modo la observancia de sus reglas, que todos lo consideraban como un religioso perfectísimo. Y este gran Santo y gran sábio entre los Doctores de la Iglesia hizo consistir su virtud en ajustar de tal manera su vida religiosa á la regla de su profesion, que no desdijese de ésta ni en lo mas mínimo alguna de sus acciones. Esta exactitud será tanto mas meritoria, cuanto el religioso ó religiosa se encuentre siempre pronto para obedecer los mandatos de esa regla, porque toda demora para ejecutar lo que se manda es verdadera tentacion, y á mas de serlo, aun cuando llegue á obedecerse, la obediencia ha perdido ya gran parte de su belleza y de su mérito. Es tentacion, dije, y de aquellas que ponen al justo en riesgo de perder su tesoro, porque el que teme á Dios jamas es negligente (1), y la conciencia del perezoso es como el huerto descuidado, donde crecen todas las malezas, que hacen que se pierdan los árboles y las flores (2). San Pablo decia que la caridad de Dios le estimulaba á obrar con presteza (3); porque, en efecto, á medida que amamos al Señor, nos disponemos para ejercitarnos en sus obras con eficacia y prontitud, de tal modo que cuanto mas ardiente y fervorosa es esa caridad, mas pronto corremos á ejecutar las obras de Dios. Al contrario sucede al alma perezosa y tibia para llenar sus obligaciones: es tardía para moverse; no cuida de hacer sus obras con perfeccion, sinó de cualquier modo, y como las encuentra mas fáciles , perdiendo de esa manera la gracia divina recibida para

(1) Eccles. C. 7.
(2) Proverb. C. 24.
(3) II. á los Corínt. C. 5.

adquirir con ella la perfecta santidad (1). Las consecuencias que acarrea esta pereza á las almas que se consagran al servicio del Señor, Jesucristo las hizo presentes en la parábola de las diez vírgenes (2). Aguardaban éstas al Esposo que habia de venir; mas no le aguardaban todas del mismo modo. Cinco prudentes y activas le esperaban preparadas, y prontas á toda hora para recibirle. Con ese fin tenian sus lámparas encendidas, y provistas de aceite á fin que, viniendo aquel, pudiesen salirle al encuentro. Mas no sucedia lo mismo con cinco negligentes y perezosas, las cuales descuidadas no habian hecho sus preparativos para aguardar al Esposo. Llega éste repentinamente en la mitad de la noche, y las prudentes que le esperaban vigilantes, le salen á recibir llenas de gozo, llevando encendidas sus lámparas, mientras que las perezosas corren acá y allá buscando aceite para aderezar las suyas, y poder salir á encontrar á su Esposo. Mas ¿ qué sucede ? Mientras las prudentes y fervorosas vírgenes logran entrar á las bodas del celestial Esposo, las necias y perezosas no fueron admitidas al desposorio; aun mas todavía, al excluirlas el Esposo celestial protestó que no las conocia. *Nescio vos,* les dijo, cuando ellas empujaban y golpeaban la puerta rogando al Esposo que las recibiese. *Nescio vos.* Porque conoce el Señor solo á los que son suyos, conoce á los que por el fervor de su vida le pertenecen, y con santas obras le buscan en todas partes; mas á los tibios y negligentes no los conoce, porque los alejó de sí con aquella terrible separacion que en estas pocas palabras nos indica Jeremías (3): « Maldito el que hace la obra de

(1) S. Thomas 2.ª 2.ae quaest. 35.
(2) S. Mateo C. 25.
(3) Cap. 28.

Dios con negligencia. » *Nescio vos.* ¡ Ah ! cuánto dolor causará á la religiosa negligente para cumplir su regla encontrarse alejada de ese modo del Esposo celestial ! Ser retirada una alma de la compañía de Jesucristo equivale á permanecer en la tibieza, y á vivir continuamente en inminente peligro de perderse por la misma tibieza. Y éste es de ordinario el término adonde insensiblemente va conduciendo su pereza á las almas que profesaron la vida religiosa. El Esposo inmaculado que las desposó, dándoles en dote el dia de su profesion el amor y la caridad, y les preparó las bodas eternas en el reino de los cielos, á las que no viven en su instituto con la virtud y el fervor necesario, á éstas dice que no las conoce, porque disiparon ese dote, con que pudieron haberse enriquecido con merecimientos que las hiciesen aptas para el tálamo purísimo del Esposo celestial. ¡ Cuánto esfuerzo deben inspiraros, mis carísim.s herman.s, estas consideraciones que no son sinó la consecuencia de lo que el mismo Dios se digna enseñarnos en las santas Escrituras ! Ojalá podamos, auxiliados por el conocimiento de estas santas verdades, hacer un grande esfuerzo para sobreponernos á nuestra tibieza, de modo que abracemos con perfeccion la entera y cumplida observancia de nuestra regla. Mas sepamos que numerosos enemigos trabajan en nosotros y cerca de nosotros á fin de retraernos de esta obligacion. Vivamos prevenidos con gran vigilancia para resistir á sus ataques, con el objeto que conociéndolos podamos mejor combatirlos. Voy á recorrerlos brevemente.

II.

El primer vicio que se opone en los claustros á la observancia de las reglas que profesaron las personas que en ellos viven, es el descuido de éstas mismas. Dios, como observamos poco ántes, quiso prevenir esta falta en los individuos de su pueblo de Israel, mandándoles que trajesen abiertos delante de sus ojos los mandamientos de su ley divina, que los grabasen en su pecho, y los atasen á sus manos (1). Algunos de los fariseos, tomando á la letra esta advertencia del Señor, escribian los sagrados preceptos en pergaminos, y los ataban á su cuerpo y á sus manos, de manera que pudieran verlos y recordarlos continuamente (2). Mas no era ésto lo que Dios queria, sinó, como nos enseña San Agustin, que su pueblo escogido, que habia recibido la ley, se gobernase por ella; y para hacerlo con fidelidad, la conociese, la estudiase y la recordase continuamente. Queria que la memoria, el entendimiento y la voluntad de cada uno se ejercitasen en esa ley de modo, que adquiriesen cada dia mayor facilidad para observarla. Esto mismo es lo que pide el Señor á las almas de sus siervos que se dignó llamar á la vida religiosa. Ata, le dice, las reglas que dí, á los ojos de tu alma, que es el entendimiento, á fin que las medites cuidadosamente, y procures saturarte con la santa doctrina que contienen. Los preceptos de cada regla son los que nos conducen á la práctica perfecta de los consejos evangélicos; y por eso escribe San Francisco de

(1) Deuteron. C. 11.
(2) S. August. Enchirid.

Sales, que la predestinacion de las personas que profesan vida religiosa, está ceñida á la observancia de las reglas de su instituto (1). Mas añade todavía el Señor, que graben los preceptos de esa regla en el corazon, para que los amemos como el tesoro inapreciable con que compraremos el reino de los cielos, y nuestros recuerdos vayan dirigidos constantemente á ellos. Una de las enfermedades que aniquilaron á la naturaleza humana en la caida de nuestros primeros padres, fué, mis amad.[s] herman.[s], el olvido de nuestras obligaciones, y no simplemente el olvido del que no recuerda sus deberes por falta de memoria, sinó del que no quiere conocer ni recordar la ley, porque la aborrece, y rehusa someter á ella su voluntad. A las manos, finalmente, dice el Señor que esten atados los preceptos de la regla, significando que todos cuantos la profesaron, ni pueden ni deben tener otros movimientos que aquellos que les impriman esas mismas reglas. Todo ésto lo olvidan las personas negligentes, y podemos por eso decir con toda verdad, que se emancipan de éstas.

No son pocos los que pretenden disculpar ese descuido, diciendo que la regla no les obliga bajo pecado grave, y que por consiguiente, no cometen una gran falta cuando olvidan sus preceptos. Mas éste es un verdadero lazo del demonio, « porque cuando se trata de perfeccion, nada hay que pueda llamarse leve, dice San Alfonso Maria de Ligorio, ni nada que no sea muy importante, cuando es apto para conducirnos á ella (2). » Así es que si con sinceridad quiere alguna persona llegar á la perfeccion, nada omite, ni

(1) Citado por S. Ligor. Verdad. Espos. Tom. II. C. 7. §. 4.
(2) Verdad. Espos. Tom. I. C. 4.

nada le parece pequeño de cuanto puede contribuir á ese fin. Ademas las faltas leves van insensiblemente conduciendo á las graves. Y ésto á mas de ser conforme á lo que nos enseñó nuestro divino Maestro Jesucristo, que no será fiel en lo mucho, el que no lo es en lo poco (1), es muy conforme con la inclinacion de nuestra naturaleza. Cuando ésta se ha acostumbrado á cometer ciertas faltas, cada vez las nota ménos, y lo que es peor, cada vez le causa menor remordimiento cometerlas. No piensa en enmendarlas, ni trata de corregirlas por lo mismo que las estima leves; así es que van poco á poco reuniendo circunstancias que las hacen graves, y tan graves, que son pecado mortal. Sucede, dice San Francisco de Sales, á esa alma lo que á un individuo que ha recibido en una de las venas de su cuerpo la picadura levísima de una lanceta: la sangre sale de esa picadura, y dejándola correr libremente sin ponerle atajo, vendrá á ser causa de la muerte de ese individuo. ¿Y cómo, cuando era tan ligera esa picadura? Porque aun cuando fué leve, sacó no obstante tanta sangre, que debilitó al individuo hasta el punto de ocasionarle la muerte. Así la persona religiosa, no haciendo caso de pecados leves, va debilitando con éstos su alma de tal suerte, que la conducen á cometer faltas graves, que pueden acarrearle su condenacion eterna, verificándose lo que dice el Espíritu Santo, que « quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en cosas graves (2).»

Ademas justo es que recoja poco aquel que siembra poco, dice el Apóstol de las gentes (3). Justo es que esa alma tibia y negligente, que no ama á Dios

(1) S. Lúcas C. 16.
(2) Eccles. C. 19.
(3) II. á los Corínt. C. 2.

con tal fervor, que la haga huir diligentemente del pecado venial, recoja frutos escasos de su virtud tambien escasa é imperfecta: justo, repito, que aquella alma, que no guarda á Dios toda esa fidelidad que le exigia la correspondencia á sus infinitos favores, no coseche frutos copiosos de virtud, de gracia y bienaventuranza eterna. Considerad, pues, herman.s mi.s, cuán grave error cometen las personas que con facilidad quebrantan su regla, porque no obliga bajo pecado mortal. ¿Y quién podrá ademas asegurar á esas mismas personas, que no es un verdadero desprecio práctico esa facilidad, con que se prestan á quebrantar su regla? Y en tal caso vosotros sabeis, que despreciar la regla y quebrantarla por desprecio, es pecado, como sostienen los teólogos de mejor nota con el Angélico Doctor Santo Tomás (1). Yo diviso señalados por la voz de Dios en las santas Escrituras los males que afligen á todos los religiosos y religiosas, que con facilidad quebrantan su regla á pretexto de no obligarles bajo pecado mortal, en aquel Israel distraido y negligente, que encontramos en Jerusalen en los dias de Josías rey de Judá. La piedad fervorosa de ese rey manda que se emprendan costosas reparaciones en el templo de Dios descuidado por el pueblo, y particularmente por los encargados de guardarlo. Mientras se emprendian las reparaciones, aparece el volúmen de la ley divina, que comprendia los preceptos ceremoniales dados por el Señor, y que regulaban lo concerniente al sagrado culto, y olvidado y como perdido habia quedado allí mucho tiempo. El sacerdote Helcías lo toma, y enviándolo al rey, lo hace éste leer en su

(1) 2.ª 2.ae quaest. 186. Véase al Ven. P. Luis de la Puente Trat. VI. C. 15. de la obediencia á la Regla.

presencia, y exclama con su corazon herido por el dolor mas profundo: « Grande es la ira del Señor, que ha caido sobre nosotros, por cuanto no viviéron nuestros padres haciendo lo que se manda en este libro (1). » Aquel piadoso rey veia, en efecto, por todas partes los vestigios de la idolatría; veia la ignorancia en que vivia el pueblo; veia la corrupcion y las malas costumbres que cundian; veia medio arruinado el templo de Dios, y olvidados los sacrificios: todo ésto veia, y cuando lee en el libro de la ley divina, que la voz de Dios amenaza con castigos severos á los que la descuiden y olviden negligentemente, ve en todos aquellos males que experimentaba la casa de Jacob, la indignacion del Señor que aflige al pueblo prevaricador. ¿Y qué dice, mis amad.s herman.s? ¿Qué dice Josías al reflexionar de esa manera? « Orad al Señor por mí y por las reliquias de Israel y de Judá. » Porque tenia como el castigo mas tremendo de Dios la misma negligencia para cumplir su santa voluntad; y á su juicio la idolatría, la ignorancia, los vicios, y todos los otros males que atormentaban, afligian y arruinaban á su pueblo, no eran sinó las consecuencias de aquel descuido. Ved ahí los resultados de esas faltas que tantas veces se juzgan como nada. Nada parece interrumpir á veces el silencio gritando en los claustros, aun cuando sea para llamar á otro; nada establecer conversaciones alguna vez sin la licencia correspondiente; nada las bufonadas que se dirigen en las puertas y tornos á personas de fuera, y no pocas ocasiones á sacerdotes; nada es todo ésto, ¡ Dios mio ! y sin embargo es la principal causa de la tibieza que reina en el alma de tantos religiosos y religiosas; es la causa de la deca-

(1) Lib. II. Paralip. C. 34.

dencia de la observancia; y lo diré de una vez, de la relajacion que se deja notar por desgracia en ciertas comunidades. A la verdad nadie podrá llamar leve lo que es capaz de producir tan graves males.

No es raro encontrar religiosos y religiosas, que dan por motivo de su falta de observancia en los preceptos de su regla, su ancianidad; como si ser avanzada en años y muy antigua en la comunidad pudiera ser motivo para creerse desobligada de ciertos preceptos, siendo así que los ancianos deben ser en medio de sus comunidades lo que aquel candelero que Dios mandó colocar en medio de su templo en Jerusalen. La claridad que esparcian las luces colocadas en él permitian á los devotos y á cuantos concurrian al templo, conocer y distinguir todos los objetos distintamente, y poderse acercar al Santo de los Santos cuya gloria y majestad adoraba Israel allí como en su santuario. Contempla San Francisco de Sales á los religiosos y religiosas antiguos en medio de su comunidad como ese candelero, y en sus virtudes quiere ver la luz que dirija á los jóvenes, enseñándoles prácticamente las virtudes religiosas. De modo que en ella tengan éstos quien les dirija en la observancia práctica de la regla, y el modelo vivo de silencio, de humildad, de pobreza, de mortificacion, de paciencia, y de todas las demas virtudes que constituyen religiosos ejemplares y perfectos. ¿Y qué será del verdadero Israel reunido en el templo santo del Señor para conocer la luz que le dió Este para gobernarse durante su peregrinacion por la tierra, valle verdadero de lágrimas; qué será, digo, de las personas religiosas, si encontraran en sus claustros apagada esa luz que les habia de ilustrar, enseñar, consolar y fortalecer, hasta introducirlas en el reino de los cielos? No obraron los Santos de aquel modo, mis

amad.[s] herman.[s], y al contrario cuanto mas ancianos se veian, mas brío tomaban para observar sus reglas, y de la vecindad misma en que se encontraban de ver á Dios, deducian la necesidad de resplandecer mas y mas en las virtudes. Mirad á San Patricio: sumamente viejo no disminuye ni el silencio, ni la oracion, ni las mortificaciones prodigiosas con que domaba su carne, sinó que persevera en ellas hasta la edad sumamente avanzada, en que pasó á disfrutar los premios del Señor. Mirad á San Francisco de Borja no tan anciano porque tuviese edad tan crecida como la de San Patricio, pero sí muy achacoso y quebrantado por las austeridades de su vida religiosa, y por los trabajos de suma importancia para la Iglesia, de que le habia encargado el Sumo Pontífice San Pio V; á pesar de todo, él observa con sumo rigor, hasta los mas pequeños ápices, las reglas de su instituto la Compañía de Jesus, sin que ni sus achaques, ni sus trabajos apostólicos le hiciesen omitir algo. Esta fué siempre la conducta de los Santos; y ni Santa Teresa de Jesus con ser anciana y fundadora de muchos conventos de su reforma del Cármen; ni Santa Brígida con ser tambien anciana, débil, achacosa y fundadora de su religion; ni ninguna alma que ha conocido con las luces de la fé y de la caridad lo digno que es Dios de nuestros sacrificios, y que todos los trabajos, penas y mortificaciones que podremos tolerar en la vida presente, no podrán hacernos dignos de la grandeza inefable del cielo que esperamos, ha dejado nunca de observar su regla á pretexto de su edad. Habrán mitigado su observancia, quizá, en algunos puntos por mandato de los superiores en caso de enfermedad, debilidad, ó por otros motivos justos, particularmente en los ayunos, abstinencias y madrugadas; pero por la avanzada

edad simplemente dejar de observar la regla, eso nunca hicieron los Santos, y lo reputo hasta indigno del cristiano.

« No quiero fastidiar á los prelados pidiendo licencias á cada paso, » dicen otras personas; y por no molestarlos, como ellas suponen, proceden á su arbitrio, dispensándose la regla que profesaron. ¡Cuán diferente era la conducta del apóstol San Pablo, cuando escribe: « Yo Pablo el preso de Jesucristo (1)! » Preso de Jesucristo con cadenas de amor, como expone San Juan Crisóstomo, con cadenas de caridad, que le ataban tan fuertemente, que no le dejaban libertad sinó para obrar segun el espíritu de Jesucristo. *Ego Paulus vinctus Christi.* ¡Oh qué distante de este modelo de observancia se ve la religiosa que habla de aquel modo! Este santo Apóstol se llama preso, porque no tenia ni movimientos propios, ni pensamientos propios, ni afectos propios, ni resoluciones propias, sinó que el amor sagrado de Jesucristo lo transformaba tan singularmente, que su vida, sus obras, sus deseos, sus afectos eran los de Cristo, de suerte que pudo decir que su vida era Jesucristo. ¡Ah! aprendamos á observar de esa manera las leyes y reglas que nos correspondan; aprendamos á copiar en nosotros mismos las virtudes del Hijo de Dios; y comprendamos que en perseverar en éstas constantemente está nuestra dicha y felicidad eterna, para que á nuestra vez digamos tambien, que nuestra vida está escondida en Jesucristo. *Vita vestra abscondita est a saeculo cum Christo* (2). Cuanto mas cerca nos consideremos de concluir la carrera de nuestra vida, redoblemos, si es

(1) Efes. C. 3.
(2) Colos. C. 3.

posible, nuestra vigilancia, y aumentemos nuestra oracion y nuestra mortificacion, á fin de estar mejor preparados para el reino del cielo. Recordemos aquella sentencia de San Agustin: « No pondrá Dios cadena de oro y piedras preciosas á las almas, que tomaron por esposo á Jesucristo en la profesion religiosa, si ellas mismas no han procurado vivir sujetas con las cadenas de hierro que imponen las leyes de su profesion. » Vivid hasta el fin cargando estas cadenas, mis carísim.s herman.s, á fin que podais gozar alguna vez la libertad perfecta que os concederá la union con Dios en su gloria. El alma que es de Dios, os repetiré con Santa Catalina de Sena (1), esa corre llena de alegría á cumplir hasta el fin las obligaciones que le impone el amor divino; en ésto encuentra su bien, su felicidad y su paz, y no las abandonará, porque su amor le exige cada dia y á cada momento que las cumpla.

Hemos conocido á los enemigos de la observancia de las reglas, que ordinariamente se encuentran en el claustro, y cerca de las personas que en ellos viven, y dejamos tambien explicado qué clase de conocimiento hemos de tener de esas reglas, á fin que podamos guardarlas con el respeto y aprecio debido. Dios habla por medio de sus reglas á los religiosos y religiosas; les da á conocer su voluntad, y les estimula á marchar por el camino recto que les conduce á la felicidad eterna. Esta es la ley suprema para todo individuo que se consagre al Señor esperando encontrar en El aquella suprema felicidad, por que suspira su alma sin cesar: « hacer todo cuanto pueda conducirla hasta Dios, y unirla con El eternamente. » Obrad con es-

(1) Trat. de la div. Provid. C. 106.

fuerzo en esta santa empresa, llevando por escudo la regla que profesásteis, y no dudeis un momento que Jesucristo coronará vuestra fatiga con aquel dulce y amoroso convite que os hará diciendo: « Ven, siervo bueno, que me fuiste fiel aun en las cosas pequeñas; ven, entra al goce de tu Señor, » que es cuanto os deseo.

INSTRUCCION DÉCIMA.

SOBRE EL VOTO DE CASTIDAD.

In resurrectione enim neque nubent, neque nubentur: sed erunt sicut angeli Dei in caelo.

En la resurreccion ni se casarán, ni serán dados en casamiento: sinó que serán como ángeles de Dios en el cielo.

(S. Matth. Cap. 22.)

Llegará un dia, mis carísim.[s] herman.[s], en que todos habremos de presentarnos delante de Jesucristo, soberano Juez de vivos y muertos. A la voz del arcángel, dice el Apóstol (1), y al sonido de la trompeta se levantarán todos con sus propios cuerpos, para principiar á vivir vida eterna é inmortal, y acudirán á rodear el trono de Jesucristo, como aquella muchedumbre que vió San Juan, y nadie podia contar, esperando cada uno la sentencia que decidirá su suerte por toda la eternidad. Mas entre este número infinito de personas, que la voz divina reunirá allí, se distinguirán por el candor y la inocencia de su fisonomía, por la seguridad y confianza que conservarán en presencia de la agitacion que atormentará á infinitos otros, y por el regocijo que les inundará en medio de la confusion de los pecadores, esas dichosas criaturas que hubiesen conservado pura é intacta su castidad. Dios ha querido premiar á los que, combatiendo incesantemente contra sus pasiones desordenadas, conservan esta virtud como lirio blanco y hermoso

(1) Ep. I. á los Tesal. C. 4.

entre las espinas de tantos riesgos y peligros que corren cada dia. De modo que esa virtud, ordinariamente humillada y abatida por los mundanos, que no ven en ella sinó lo sombrío de la mortificacion, lo áspero de la penitencia, y lo duro de la constante vigilancia que su conservacion nos impone, se dejará ver en la resurreccion universal, grande y hermosa como es, y los cristianos que la hubiesen practicado, aparecerán elevados sobre su condicion humana y semejantes á los ángeles de Dios. *In resurrectione enim neque nubent, neque nubentur: sed erunt sicut angeli Dei in caelo.*

Otras virtudes ganan en la tierra puestos elevados para los hombres que las aman y practican; dejan ver su nombre entre elogios que se prodigan al valor, al saber, á la prudencia, á la rectitud, y á otras tantas virtudes como éstas. Jesucristo mismo nos enseña, que el que hiciere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos (1); y en las santas Escrituras nos declaró mil ocasiones, que los que abriesen sus manos para socorrer á sus pobres, tendrian doblados tesoros al lado del Padre celestial; mas á la pureza y castidad la eleva todavía mucho mas. No le concede tan solo aquellos atributos de gloria y bendicion, con que recompensa el mérito esclarecido de ciertas criaturas, sinó que hace á los que la profesan, como los ángeles de Dios. *Erunt sicut angeli Dei in caelo.*

Los que profesan vida religiosa, al voto de pobreza que ofrecen al Señor renunciando las riquezas, los honores y las conveniencias de este mundo, y al de obediencia con que abdican su propia voluntad some-

(1) S. Mateo C. 5.

tiéndola enteramente á la de sus superiores, agregan el de castidad con el que renuncian á las satisfacciones de sus sentidos, ya sea de palabra, obra ó pensamiento. Es el estado perfectísimo que Dios hecho hombre recomendó con su ejemplo y con su palabra, lo aconsejó á sus discípulos, lo prefirió y colmó de distinciones en las personas que le asistian de cerca mientras vivió sobre la tierra, y al que ofrece colmar de bienes inefables é imperecederos en el reino de los cielos. Jesucristo nuestro divino Salvador desea sin tacha esta virtud en las almas que por la profesion religiosa se le consagran, y lo eligen por su único y celestial Esposo. La buscó en San Juan Evangelista para confiarle sus mas íntimos secretos, y revelarle sus misterios que estaban por suceder. Por eso la llaman los sagrados Doctores el alma de la perfeccion religiosa. La pobreza, como vimos en otro lugar, nos desprende de lo que mas estiman los mundanos, á saber, de las riquezas en que ordinariamente tienen cifrada su dicha en este mundo. Con la obediencia sacrificamos nuestra voluntad, nuestras opiniones, nuestros deseos, nuestros afectos, y en fin, lo que ordinariamente es mas querido á los hijos de Adan, cual es su propio juicio. Mas con el de castidad sacrificamos las satisfacciones de nuestra propia carne, y ofrecemos ésta al Señor sobre el altar de nuestro corazon mortificado y contrito. Oh virtud santísima, exclamaré con San Juan Crisóstomo, vos sois la que tributais al Señor el mas suave y precioso de los sacrificios que podemos ofrecerle; vos la que adornais nuestras almas con los mas hermosos atavíos que pudieron enaltecer á los redimidos con la sangre del inocentísimo Cordero; y vos, finalmente, la que nos acercais á Jesus

inmaculado, y nos dais derecho para seguirle donde quiera que vaya (1).

Permitidme, mis carísim.[s] herman.[s], que en la presente instruccion os hable sobre esta virtud, explicándoos en la primera parte qué cosa sea, su diferencia de los otros votos, y las excelencias que el Señor se ha dignado concederle; y en la segunda, indicándoos los enemigos que persiguen en nosotros encarnizadamente esta virtud, de modo que conociéndolos tratemos con cuidado de evitarlos.

Vos, Rey de Vírgenes y amante celoso de la castidad y pureza, dadme algo de vuestra ciencia y de vuestro fervor, para que trate tan dignamente de esta virtud, que nos decidamos todos á amarla, á defenderla y á procurarla por todos los medios que vuestra infinita bondad nos tiene concedidos. Esta gracia espero conseguir de vuestra infinita caridad por intercesion de aquella Vírgen purísima, á quien elegísteis para Madre vuestra y Madre de todos vuestros redimidos.

I.

El voto de castidad consiste en la ofrenda que, estimulado por su amor, hace al Señor el religioso ó la religiosa de su pureza é integridad, guardando esta virtud no solamente en su cuerpo, sinó tambien en su alma y en su corazon (2). De aquí se deduce, que este voto constituye á los que lo hacen, en la obligacion no solamente de guardar la pureza, sinó tambien de evitar cuidadosamente los peligros de mancharla. Se deduce así mismo la obligacion que tienen de vivir

(1) Serm. de Castit. ad Virgin.
(2) S. Thom. Opusc. de Virtut.

con severidad de costumbres, para refrenar las demasías de la carne; y se deduce, en fin, que encierra en sí tres promesas que hace á Dios el que emite la profesion religiosa, y son pureza de sentidos, pureza de afectos, y pureza de ocupaciones y negocios (1). Pureza de sentidos, refrenando cada uno de éstos, para que no se deslice en algo que pueda quitarle la limpieza de corazon, en que Dios quiere que permanezca y él le ha ofrecido conservar; pureza de afectos, de modo que el corazon permanezca siempre libre de las manchas, con que lo ajan y afean los afectos desordenados; y pureza de ocupaciones, es decir, el cuidado con que han de procurar que sus negocios sean buenos por su naturaleza, y no los pongan en ocasion de manchar su virtud. De manera que abraza el voto de castidad todo cuanto puede acarrear cualquier pecado contra la pureza, ó servir de aliciente al mismo pecado, pudiendo quien lo hace decir á Dios con las palabras de la Esposa de los Cantares: « Guardado he para mi amado todas las manzanas de mi huerto, las nuevas y las añejas (2). » Los votos de pobreza y obediencia pueden ser mas ó ménos perfectos, en cuanto la persona que los guarda, con las licencias necesarias use algo por necesidad, ó disponga de su voluntad en ciertos casos determinados. Mas el voto de castidad por su misma naturaleza debe ser siempre perfectísimo: no admite, como los otros, dispensa de ninguna especie, porque su condicion exige que sea completo. Me parece ver un símbolo de lo que pasa en el religioso ó religiosa amante de su pureza, en aquello que nos ofrece la naturaleza en el arbusto llamado sensitiva.

(1) S. Antonin. et Suarez cit. 1.ª 2.ae S. Thom.
(2) Cant. Cantic. C. 7.

Esta planta en el jardin donde crece se presenta bella y delicada á la vista de todos; mas cuando alguno se le acerca y toca, ya sea sus hojas, ya sus ramos, ya su tronco ó ya cualquiera otra parte, se encoge toda, se estremece, pierde su belleza, y aparece triste y como aniquilada. Si esa planta fuese un ser animado, diríamos que no quiere que se le toque, sinó tan solo que se le vea de léjos. Así el individuo que hizo á Dios voto de pureza, no puede consentir, ni aun ligeramente, en algo que pueda causarle detrimento, porque sufrirá, quedará deteriorado, y perderá esa belleza virginal que el Espíritu Santo compara á la de los lirios: y la compara á la de los lirios, vuelvo á decir, porque son estas flores tan blancas, pero tan delicadas al mismo tiempo, que cualquier soplo empaña su brillo y marchita su hermosura. Así la pureza en el alma de quien hizo voto de castidad no puede conservarse íntegra ni hermosa, sinó cuando está apartada de todo cuanto puede causarle detrimento. Nunca aparecerá ni tan perfecta ni tan sublime esta pureza en las almas que se ofrecieron á Cristo en sacrificio, como cuando esten determinadas y resueltas á soportar todos los males, y aun la muerte misma, si fuese necesario, ántes que consentir voluntariamente en algo que pueda ofenderla. Por eso nunca contemplamos tan grandes á aquellas vírgenes purísimas que combatian contra los tiranos por la fé, como cuando prefieren morir abrasadas en la hoguera que divisan encendida, ántes que permitir algo en detrimento de su castidad. Dios tambien con amorosísima providencia socorre á las almas, que abrigan tan santa resolucion, con gracias mas abundantes y eficaces que las hacen practicar prodigios de valor, á fin de conservar el tesoro precioso de su castidad. Llena de esta

gracia contemplamos á Santa Rosa de Lima meter sus hermosísimas manos en un horno encendido, á fin que, consumidas por el fuego, desapareciese esa hermosura, que daba lugar á tantas lisonjas que herian y mortificaban á cada paso su pureza angelical. Lleno de esa gracia Santo Tomás de Aquino, cuando apenas contaba diez y ocho años de edad, arroja fuera de su aposento á una mujer introducida allí para pervertirle, y tomando del fuego un tizon ardiente, la persigue hasta que se ha alejado aterrorizada por el valor celestial del santo jóven. Y llena, finalmente, de esta gracia presenta alegre Santa Liberata su cuello á la espada del verdugo, asombrando y confundiendo con su valor sobrehumano á sus crueles perseguidores.

Hay todavía otra diferencia entre el voto de castidad, y los otros que se hacen en la profesion religiosa, á saber, que Dios está dispuesto á hacer milagros para defender la pureza de aquellas sus esposas, que la guardan con celo y estricta fidelidad. Bien pudieron los tiranos prender y atormentar de mil maneras á la purísima vírgen Santa Ines; mas al intentar profanar su cuerpo presentándola desnuda á los ojos lascivos de los paganos de Roma, la providencia divina hace caer nieve tan abundante sobre su santa esposa, que la cubre hasta el cuello, dejando burlada la crueldad de sus verdugos. Mas fijaos bien en que he dicho, y lo vuelvo á repetir, que Dios está dispuesto á hacer estos prodigios en beneficio de aquellos que soportan con paciencia toda suerte de trabajos por conservar su castidad, y aun arrostrarian la muerte misma, ántes que exponerse á dañar en lo menor esta virtud. De otro modo Dios no los hará: al contrario, á aquellas personas ligeras, poco temerosas de Dios, sin mortificacion, y que no ponen todo el cuidado debido á fin

de conservarse fieles al Señor en las tentaciones, las castigará permitiendo á los enemigos de su pureza que las combatan fuertemente, á fin de advertirles de ese modo el riesgo inminente en que se encuentran. Si aprovechan ese aviso, habrán conjurado las violencias de sus enemigos; mas sinó lo aprovechasen, se verán caidas y vencidas.

Aunque la perfecta castidad fué siempre una virtud excelentísima, como lo muestran claramente las santas Escrituras; profesada en virtud de un voto por las personas religiosas, tiene importancia muy particular, y prerogativas que le son propias. No podré yo recorrerlas todas, y me limitaré tan solo á insinuar las principales. Así como la impureza humilla la dignidad de los hijos de Dios, los abate y asemeja á las bestias de la tierra en sentir de las santas Escrituras (1); así la pureza y castidad los eleva sobre la condicion humana y asemeja á los ángeles. *Erunt sicut angeli.* Son como los ángeles de Dios, porque no sienten el peso de su carne que les liga y ata como esclavos, haciéndolos vivir sometidos á los caprichos incesantes de sus malas pasiones. *Erunt sicut angeli.* Son como los ángeles, porque su alma se eleva con facilidad por medio de la contemplacion hasta Dios, y recibe abundantemente sus divinas inspiraciones. Los limpios de corazon ven á Dios, dice Jesucristo, que por esta razon los llama bienaventurados (2); y quien ve á Dios con los ojos de su alma, está recibiendo de El, como de su fuente perenne, la vida y la gracia que le disponen para gozar la eterna felicidad. *Erunt sicut angeli.* Son como los ángeles, porque llenos de amor á Dios,

(1) Salmo 48.
(2) S. Mateo C. 5.

en quien tienen constituido todo su bien, estan siempre dispuestos á ejecutar con presteza todo lo que el Señor se digna significarles. Comparad la situacion de estas almas afortunadas con la de aquellas que, esclavas de su carne, son arrastradas por el lodazal inmundo de los vicios, de modo que ni su corazon, ni su alma se elevan hasta Dios. Aquellas almas, digo, que esclavas de sus pecados, avergonzadas de su propia situacion, no se atreven ni aun á levantar al Señor su corazon, porque conocen hasta dónde le son infieles. ¡Ah! de suerte que mientras unas almas participan de aquella manera de los privilegios de los ángeles, estas otras ni parecen, siquiera, conservar una pequeña partecita de las virtudes religiosas. Porque preciso es que os lo diga con franqueza, mis carísim.s herman.s: la persona que hizo voto al Señor de conservarse pura y casta, y olvida despues esta obligacion, dejándose vencer y arrastrar por sus enemigos en el fango de pensamientos deshonestos, de conversaciones libres y de acciones indignas, esa, digo, desgraciadamente se coloca en la region mas apartada del Señor; obstruye los medios de comunicacion con Dios, y va quedando semejante á la tierra estéril y sin agua, que ningun fruto puede rendir para su dueño. ¡Oh si meditasen estas verdades aquellas almas que tan fácilmente se dejan seducir por satanás, y faltan á su voto, manchando su hermosura y su candor! ¡Oh! volvamos, volvamos, herman.s muy amad.s, volvamos á nuestra antigua hermosura, lavando y purificando esas manchas en la sangre del Cordero Jesucristo; mas sea con un propósito tan eficaz, que perseveremos limpios perfectamente, y en aptitud de salir al encuentro á Jesucristo trayendo encendida la lámpara de nuestra pureza, cuando venga á llamarnos rodeado de sus án-

geles. Procuremos vivir con tanto cuidado en órden á esta virtud, que podamos aparecer rodeando su trono en union con los ángeles. *Erunt sicut angeli Dei.*

La castidad perfecta nos trae la anticipacion de la bienaventuranza eterna; porque, mortificada la carne que turba la paz y el sosiego de la conciencia, entra Dios á reinar en nuestro corazon, alejando y desterrando de allí á los enemigos de nuestra felicidad eterna. La bendicion que nos trae el Señor, nos hace semejantes á aquella tierra que Dios declaró Santa y mandó no tocar, porque la consagró para sí (1). Sí, Dios consagró para sí verdaderamente la tierra de nuestra alma, de nuestro cuerpo y de todo nuestro ser, correspondiendo la fidelidad con que trabajamos por adherirnos mas y mas á El, prefiriéndole sobre todos los goces, sobre todos los deleites y sobre todas las alegrías, que pueden concedernos los sentidos, los placeres de la tierra, y los contentos y satisfacciones de este mundo. *Erunt sicut angeli Dei in caelo.* Como los ángeles de Dios en el cielo estan absortos en la contemplacion, en el gozo y posesion de su Señor que les colma de felicidad; así las almas puras y castas viven tambien amando á Dios, y participando de ese modo de la dicha de los bienaventurados que disfrutan la gloria del Señor. Mas ¡qué al contrario sucede á las personas religiosas que descuidan llenar las obligaciones que les impone el voto santo de castidad! Oid al Apóstol San Pablo que nos hace notar esta diferencia: « *Tribulationem carnis habebunt huiusmodi;* Sufrirán la tribulacion de su propia carne. » La sufrirán en el desarreglo y rebelion de sus malas pasiones; la sufrirán en el desasosiego continuo que les cau-

(1) Exequiel Cap. 45.

sarán los deseos de éstas mismas; y la sufrirán tambien en los remordimientos de su conciencia causados por esas satisfacciones.

De aquí es que Dios en todos los estados mostró el aprecio que le merece la pureza y castidad, colmando de favores singulares á los que, asistidos por su gracia, llegaron á conocer el mérito de esta virtud, y la practicaron. En el estado natural se nos ofrece Melquisedec sin padre, sin madre y sin relacion alguna sobre la tierra, como lo presenta la santa Escritura, y que vive ocupado del culto divino. Y porque fué encontrado puro y santo, mereció ser llamado figura del sacerdocio de Cristo Señor nuestro. Sus sacrificios agradan al Señor; sus manos puras se elevan fácilmente hasta el cielo, y su corazon sin mancha conversa amorosamente con Dios. ¡Oh! ya me figuro con San Gregorio el Grande con cuánta complacencia miraria el Señor la castidad de este santo varon, mientras que las torpezas abominables de Sodoma y Gomorra venian provocando su justa indignacion y castigos ejemplares. Ya me imagino hasta dónde le concederia fé, devocion y fervor para adorarle y ofrecerle sacrificios, premiando la pureza y santidad de su vida. En la ley escrita ¿á quién distinguió Dios tanto como á Elías? Y Elías, símbolo perfecto de las personas que profesan vida religiosa, conservó su alma y su cuerpo ajeno de toda mancha sensual, y como perfecto sacrificio ofrecido al Señor espontáneamente (1). Y ved ahí porqué Dios elige á este santo profeta para instrumento de sus maravillas tan estupendas, que los libros sagrados al recordarlas, «¿Quién, dicen, puede gloriarse como tú (2)?» El castigó á los reyes de la tierra,

(1) S. Basil. Constit. monast. C. 21.
(2) Ecles. C. 48.

condenó á muerte á los falsos profetas que engañaban á Israel, é hizo ejecutar su sentencia. Mandó á las nubes que no diesen agua á la tierra durante tres años, y las nubes obedecieron su voz; resucitó los muertos, comunicó su espíritu á su discípulo; y sin pasar por el trance de la muerte, salió de este mundo llevado por el Señor en un carro de fuego que le arrebató en las riveras del Jordan. Cristo al traer al mundo la ley de gracia nace de madre vírgen; predica El mismo las excelencias de la pureza, y entre sus apóstoles distingue con un particular ámor al que habia conservado límpia su alma, y sin mancharla jamas con ningun género de impureza; y tanto amó el divino Salvador esta virtud, que inspiró en sus apóstoles y discípulos un grande aprecio por ella, de modo que comenzó á brillar entre los fieles á medida que crecia el número de los creyentes en la fé. San Pablo la predicaba y recomendaba fervorosamente á todos cuantos quisiesen consagrarse al servicio de Jesucristo, y cortar de raiz sus relaciones con la tierra (1); y los apóstoles consagraron al Señor no pocas almas fervorosas, que quisieron ofrecerse ellas mismas como hostia, en sacrificio á Jesus, siguiendo los consejos de su santo Evangelio.

Habitacion de Dios son las almas donde reina de asiento la pureza y la castidad: el celestial Esposo las elige para sí, concediéndoles á la vez los dotes que las hacen aun mas dignas de desempeñar tan elevado fin. Aquella alma tierna y bienaventurada que nos ofrece la santa Escritura por modelo de consagracion perfecta al Señor, nos da idea de la intimidad de esa union, diciendo: « Mi amado es para mí, y yo

(1) I. á los Corint. C. 7.

soy para él (1). » Palabras misteriosas, que muestran hasta dónde se unen con Dios las almas castas. Meditándolas el Padre San Bernardo (2), ¿Cómo te atreves, alma, exclama lleno de asombro, á hablar de esa manera al Esposo celestial? ¿De dónde nace esta confianza tan ilimitada que manifiestas? Seria verdadera presuncion la del vasallo que, ostentando el favor de su soberano, dijera: Soy yo de mi rey, y mi rey es mio. ¿Y tú, alma, te jactas no ya de la gracia de un soberano de la tierra, sinó del amor íntimo á que te ha elevado el supremo Rey del cielo? Pero en aquellas palabras mostraba el alma pura, santa é inspirada por Dios mismo la elevacion que le venia de estar consagrada al Esposo celestial; la confianza y seguridad de que vive llena por la gracia de Dios; y la perfecta caridad que la dirige, teniendo en Dios el único dueño de todos sus movimientos, afectos y deseos. *Dilectus meus mihi et ego illi.* Unida de ese modo el alma con Dios sigue constantemente las pisadas de Jesucristo, y adonde quiera que vaya, no dejará de seguirlo con su mente, con sus obras y con sus deseos. « *Sequuntur Agnum quocumque ierit;* Seguirán al Cordero donde quiera que vaya (3). » Le seguirán en las tribulaciones del espíritu recordando que quiso El sufrirlas cuando pagaba por nuestros pecados, y llenas de valor le seguirán, porque desean marchar por el mismo sendero que El marchó. *Sequuntur Agnum quocumque ierit.* Le seguirán en los sufrimientos consiguientes á la vida religiosa, en la estrechez y privaciones que impone la pobreza, en las tempestades que levantan en el espíritu tantas veces los

(1) Cant. Cantic. C. 2.
(2) Serm. IV. in Cant. Cantic.
(3) Apocal. C. 14.

preceptos de la obediencia; y le seguirán, finalmente, en la senda siempre humilde y mansa por donde marchó constantemente Aquel toda su vida. *Sequuntur Agnum quocumque ierit.* ¿Y porqué le seguirán con ese amor y ternura que no les permiten jamas abandonarlo? Porque conservaron sin mancha la joya inestimable de su pureza, y Dios en recompensa les dió el derecho de seguirlo en todas partes. « Son vírgenes, oyó San Juan que decia aquella voz eterna y semejante al ruido de muchas aguas, y por eso siguen al Cordero donde quiera que vaya, y asisten en su presencia dia y noche. » De aquí nace la fortaleza inexpugnable de esas almas, que resiste á las tentaciones del demonio ; fortaleza que complace infinitamente al Esposo celestial, y gloriándose en ella como en cosa que le pertenece tan de cerca, « Hermosa eres, amiga mia, le dice ; fuerte como la torre de David fabricada con baluartes ; terrible como los escuadrones dispuestos para el combate (1). » Ved ahí cómo siguen al Cordero inmaculado todas estas almas dichosas y mil veces dichosas, como las llama San Francisco de Sales ; y ved ahí porqué tambien tiene en ellas todas sus complacencias el Amador celestial.

La carne y los excesos de sus pasiones forman un velo densísimo, que se extiende sobre las potencias del cristiano, de modo que se entrega con libertad á las obras que corrompen el corazon, y manchan el alma: la castidad rompe ese velo, ve todas esas manchas, y las limpia hasta restituir al cristiano toda su hermosura y perfeccion. Oid, almas que deseais ardientemente poseer á Dios; oid, todas cuantas le buscais con vuestros afectos y penitencias fervorosas;

(1) Cant. Cantic. CC. 4. y 6.

oid, y aprended que el primer requisito que necesitais para alcanzar todos aquellos favores especiales que Dios concede en el claustro, es la pureza del corazon, pureza sin mancha, de modo que cuando el divino Esposo examine la situacion del alma que desposó en la profesion religiosa, y registre todo lo mas secreto de su conciencia, teniendo en sus manos lámparas encendidas, ni en sus afectos, ni en sus deseos, ni en sus obras encuentre defecto alguno que la haga indigna de entrar á las bodas de su eterno desposorio.

Habeis oido, mis carisim.s herman.s, algunas de las excelencias y prerogativas de la pureza y castidad que prometísteis á Dios con voto en vuestra profesion religiosa, y habeis conocido en esas mismas su importancia y la necesidad de guardarla en vuestra alma como la joya mas preciosa que poseeis para agradar al Esposo celestial. Ahora vamos á recorrer los enemigos que asechan continuamente este rico tesoro para robárnoslo.

II.

El primero es el demonio que, empeñado en triunfar de nuestra pureza, pone en juego todos los elementos que pueden influir para pervertirnos y hacernos caer. Levanta en nuestro entendimiento imaginaciones ardientes y fogosas, que le hacen discurrir con la imaginacion acá y allá, encontrando en todas partes mil objetos provocativos que le ponen en peligro inminente de caer y perecer. Y este medio de combatirnos no lo adopta solamente para los mundanos ó para otras personas distraidas, á quienes ve débiles é impotentes para resistir; sinó para las personas fervorosas en el servicio del Señor, para religiosos

acostumbrados á la vida del claustro, para varones insignes por su sabiduría, en una palabra, para individuos muy experimentados ya en el servicio del Señor. Sin que á nadie puedan libertar de ese duro y molesto combate ni las penitencias y mortificaciones, ni la vida del desierto, ni las ásperas penitencias, ni los esclarecidos méritos, en fin, que hubiesen contraido para con Dios, ni grandes y heróicas virtudes que les hubiesen distinguido entre los fieles. Testigo de ésto es San Jerónimo Padre de la Iglesia, cuya imaginacion asaltaba con tanta violencia satanás, que le hacia gemir amargamente en el fondo de su gruta de Belen. Y este ilustre solitario habia pasado un largo número de años viviendo en los rigores de la penitencia, en el trabajo asiduo de defender la fé combatida por los herejes y de dirigir tantas almas fervorosas que habian concurrido á aquellos lugares para ponerse bajo su direccion. A pesar de todo ésto, mis carísim.s herman.s, el demonio acude para tentarlo, y le trae á su imaginacion las representaciones lúbricas de los teatros, adonde Jerónimo habia concurrido en otro tiempo, y « ¡ Pobre de mí! le obligaban á decir. Mi cuerpo está cubierto de cilicios; mi reposo lo tomo sobre el duro suelo ; en el desierto retumban cada media noche los golpes de mi disciplina; mis ayunos se suceden sin interrupcion los unos á los otros; y no obstante me veo á cada paso asaltado en mi imaginacion por representaciones que me ponen á los bordes del abismo (1). » Y no es la imaginacion sola la que subleva satanás contra nosotros empeñado en vencernos : subleva tambien la carne, haciéndola rebelde á nuestro espíritu, afligiendo á éste, entristeciéndolo y haciéndole como insoportables las asperezas

(1) Epist. ad Rufin.

de la vida religiosa. San Pablo nos da una idea de la violencia de este combate, cuando exclama: « ¡ Ay de mí, hombre miserable! ¿quién me diese verme libre del ángel de satanás, que me atormenta con los movimientos de mi carne (1)? » Convenceos por aquí, mis carísim.[s] herman.[s], de la imposibilidad verdadera que han de encontrar siempre los religiosos y religiosas para resistir á este enemigo mortal de la santa pureza, sinó viven con gran vigilancia á fin de no dar lugar voluntariamente á que crezcan y se robustezcan aquellas imaginaciones del entendimiento, y esos movimientos depravados de la carne. Opongamos al demonio, repito, nuestra voluntad firme, incontrastable y resuelta á conservar para el Señor todo el amor de que es digno, y toda la fidelidad que le tenemos prometida. De este modo inutilizaremos las armas mas poderosas de nuestro enemigo, y tendremos ocasion de repetir á menudo con uno de los profetas: « El arco de los poderosos fué vencido, y los débiles se encontraron ceñidos de fortaleza (2). *Arcus fortium superatus est, et infirmi accincti sunt robore.* »

Jesucristo nos señala otros enemigos de nuestra pureza cuando nos dice: « *Inimici hominis domestici eius;* Enemigos del hombre son sus propios domésticos; » y éstos son sin duda formidables, y tanto mas, cuanto nos acompañan en todas partes. Domésticos son nuestros sentidos, que por la condicion de nuestra naturaleza miserable nos inclinan hácia el mal, pretendiendo arrastrarnos al pecado. La vista del religioso ó de la religiosa, que ya desde el coro donde asiste á los divinos oficios, ya en los claustros ó en el oficio

(1) II. á los Corínt. C. 12.
(2) I. Regum C. 2.

que le manda desempeñar la obediencia, se distrae y divierte mirando objetos que por su naturaleza son propios para perturbarla; el oido que gusta de conversaciones, pero no de aquellas que formaban las delicias de los santos monjes de los siglos primitivos de la Iglesia, y en las que pasaban muchas veces tan embebidos, que no se acordaban ni de la comida, ni de la bebida, porque los recuerdos y consideraciones del cielo les absorbian de tal modo sus pensamientos, sus deseos y toda su voluntad, que todo lo demas lo olvidaban completamente; sinó ¡ ay, mis amad.[s] herman.[s]! conversaciones de otra naturaleza, y donde toda la ganancia la hacen vuestros enemigos, y toda la pérdida vosotros mismos. Conversaciones no diré libres, no diré indecentes, porque ésto seria hacer, quizá, un agravio dirigiendo mis palabras á un coro religioso; pero sí diré conversaciones de negocios del siglo, con personas, muchas veces, de otro sexo, y en las que no faltan sus bufonadas, y á veces sus lisonjas, que van disponiéndonos miserablemente á la disipacion. ¡ Ah! cuidemos, cuidemos nuestros sentidos, que son nuestros enemigos domésticos; mortifiquémoslos incesantemente, si queremos que vivan sometidos á nuestro espíritu, y cooperen con éste á la guarda de nuestra pureza. *Inimici hominis domestici eius,* nos advierte Jesucristo, indicándonos la necesidad urgente que tenemos de domarlos castigando y reprimiendo sus movimientos desordenados, á fin de ponerlos en situacion de que no puedan causar daño á nuestra alma. Los sentidos humillados y mortificados serán un auxilio poderoso para la pureza y castidad de las personas religiosas, porque la pureza vive y se robustece unida á la penitencia (1); y la mortificacion inspirada por

(1) S. Basil. Reg. ad Monach.

la caridad sostiene y fortifica prodigiosamente á la castidad (1).

Nuestra propia soberbia es otro de los enemigos que combaten la castidad profesada en la vida religiosa. Así como Dios por su infinita bondad protege á los humildes dándoles victoria sobre sus enemigos espirituales; del mismo modo permite que los soberbios sean combatidos seriamente por sus pasiones. La vanidad no deja conocer con claridad á las personas que tienen este vicio, la urgencia con que necesitan ser socorridas en sus tentaciones; y ademas creyendo tener fuerza bastante para resistirlas y vencerlas (2), no invocan al Señor á tiempo: así es que, abandonadas á sí propias, consienten en las tentaciones de sus malos deseos, de sus imaginaciones perversas, de sus torpes miradas, ó en fin, en cualquiera de las otras con que las asalta el enemigo. Quedan privadas de la belleza y candor de su pureza, de modo que esa soberbia, que las persuadia poseer grandes excelencias de virtud y gracia, y de que podian conservarlas con sus propias fuerzas, se ve castigada con la pérdida del bien en que se gloriaban, y confundidas en la humillacion y bajeza de que se creian muy distantes. Así cumple en ellas el divino Salvador aquella sentencia de su infinita sabiduría: « Quien se ensalzare, será humillado (3). » Sentencia que tan repetida encontramos en las santas Escrituras; porque Dios ha querido que no solo las personas que profesaron la perfeccion de los consejos evangélicos la aprovechasen, sinó todos los cristianos en general. La humildad es por eso inseparable compañero de la castidad; y compañero tan

(1) S. Isidor. in Cantic.
(2) S. Thomas 2.ª 2.ae quaest. 112.
(3) S. Lúcas CC. 14. y 18.

inseparable, que será muy difícil encontrarlas alguna vez morando en la misma alma con la soberbia y el amor propio. Dios repite en las santas Escrituras, que entrega á los altivos y orgullosos en las manos de sus propios pensamientos. Son éstos sus malos deseos, de manera que, asaltado el religioso ó la religiosa soberbia por sus enemigos espirituales, queda cautivo y puesto en sus manos, porque sus propios vicios lo conducen allá. ¡Oh cuánto debemos, mis amad.s herman.s, trabajar por humillarnos! ¡cuánto por vencer ese nécio orgullo y esa arrogancia tan opuestos al espiritu de Jesucristo, que debe ser el fundamento de todas nuestras virtudes!

La vida ociosa arrastra ordinariamente á consentir en las tentaciones de los enemigos de la castidad. Necesitamos trabajar con asiduidad, para gastar y aniquilar en la fatiga, si fuese posible, los bríos de la carne, que estimulan los malos deseos del corazon. Por eso las reglas de todos los institutos religiosos encargan que cada individuo de la comunidad tenga su oficio, cuyas obligaciones debe cumplir escrupulosamente; por eso los monjes antiguos se mantenian con el trabajo de sus manos hecho en el tiempo que no se ocupaban de la oracion y conversacion con Dios en el coro del monasterio; y por eso tambien con mucha sabiduría las reglas de casi todas las órdenes monásticas dividen el tiempo entre los ejercicios espirituales, y el trabajo y la fatiga corporal. Y no hay duda que ésta es provechosa bajo muchos aspectos, y principalmente para vigorizar el espíritu, que crece y se robustece con la fatiga del cuerpo. La ociosidad es en los claustros un gravísimo cáncer para la comunidad, y el religioso ó religiosa que permanece ocioso, sufrirá mil tentaciones cada dia, dice San Buenaventura. En-

seña la ociosidad á los religiosos y religiosas toda suerte de malicia, y los expone á perecer encerrados en los lazos del demonio, añade San Alfonso Maria de Ligorio (1). ¿Y cómo es entónces que encontramos tan fácilmente en los claustros personas ociosas, que nada de provecho quieren hacer ni para su comunidad ni para sus prójimos? ¿Cómo es que, siendo ya personas antiguas en la religion, y que en ella han ocupado los primeros oficios, no temen ser con su conducta tan falta de espíritu de abnegacion, como de caridad, motivo continuo de escándalo para todos los demas? ¿Cómo conciliar con sus votos ese deseo incesante de hacer lo que quieren, ocuparse de lo que quieren, y en una palabra, vivir en perpetua ociosidad? Porque ociosidad es para toda persona profesa en religion no hacer las obras que le ordenan los superiores, sinó en vez de éstas, aquellas otras que le sugiere su propia voluntad. ¡Ah! ¿sabeis lo que se me figura ver en esos individuos, bien sean religiosos ó religiosas? Permitidme que os lo diga con toda la franqueza que me manda hablar en este lugar el santo ministerio que desempeño: se me figura ver personas venidas al claustro sin la vocacion de Dios, y sí solo para refugiarse de ese diluvio de males, con que en el siglo les amenazaban la pobreza, la obscuridad, la falta de relaciones, y en fin, todos los males que son consecuencia inmediata de la suerte que les cupo al nacer. Porque si tuvieran vocacion divina, sabrian hasta dónde han de sacrificarse para corresponderla, y hasta dónde han de vencerse por servir á su comunidad y por auxiliar á sus prójimos. Rehusando uno y otro, muestran evidentemente que aquella no

(1) Verdad. Esposa C. de la Castid.

existia, y que fueron miras humanas las que obraron principalmente sobre su voluntad para entrar en la vida religiosa. Corregid desde hoy, mis amad.[s] herman.[s], corregid desde hoy esta ociosidad que en tan gran riesgo pone vuestro mas precioso tesoro, y decididos á trabajar con abnegacion en todo lo que os ordenen vuestros superiores, habreis dado un golpe mortal á vuestro encarnizado enemigo, que se empeña por arruinar vuestra virtud.

La hartura en la comida y bebida es otro medio de que se aprovecha satanás para estimular aun en las personas religiosas las malas pasiones, que las conducen á ser infieles al Señor, cometiendo faltas contra la pureza. Recordad que en el desierto el mayor pecado con que Israel ofendió á su soberano Libertador, renegando su fé, olvidando al Dios de sus padres que le redimió de la esclavitud, en que le retenian sus injustos opresores, y fabricándose dioses, á quienes quemó incienso, ofreció sacrificios y proclamó como autores de los beneficios que solo el Dios verdadero habia podido dispensarle, fué cometido despues de haberse ese pueblo hartado de comida, de modo que su misma saciedad le estimulaba á los pecados que cometió (1). Es ésto mismo lo que acontece tantas ocasiones á las personas que se consagraron al Señor. Olvidando la mortificacion indispensable para conservar el espíritu de la vida religiosa, se abandonan á excesos en la comida y á veces tambien en la bebida, que les preparan para la rebelion de su carne, que no demorará en arrastrarles á la tentacion, y en ésta los atormentará con tanta mayor violencia, cuanto fué el placer que encontraron en hartar su vientre. Se pres-

(1) Exod. C. 32.

tarán á esas tentaciones, como se prestaron aquellos israelitas á quemar incienso y á ofrecer víctimas al becerro de oro; y si aquellos olvidaron, para cometer su horrible sacrilegio, su Dios, sus infinitos beneficios que les debian haber obligado á permanecer perpetuamente amándole y sirviéndole, y sus intereses mismos que pendian de su divina voluntad; estos otros israelitas, olvidando todos sus deberes que les imponen fidelidad perpetua al Señor, se prestarán tambien á sacrificarse al pecado, que manchará la vestidura blanca con que deberian haberse presentado á las bodas del Esposo celestial. Israel ayunaba en sacrificio al Señor, y derramaba lágrimas, queriendo borrar su prevaricacion (1) y evitar otras caidas posteriores. Armémonos tambien nosotros del ayuno que purifica y mortifica nuestra carne, segun escribe San Basilio (2), á fin que mortificados podamos conservar la hermosura de nuestra virtud. La temperancia y mortificacion de nuestra carne engendra vírgenes, dice este mismo santo Doctor, y forma profetas semejantes á aquellos otros que enseñaban á Israel á ofrecer á Dios el sacrificio de sus lágrimas, ayunos y penitencias, ofreciéndolo ántes ellos mismos.

Hemos recorrido los principales y mas poderosos enemigos que combaten la pureza y castidad, que prometen los que profesan vida religiosa guardar fielmente á honra y gloria del Señor. Vimos tambien ántes las excelencias de esta santa virtud, y hasta dónde llena de hermosura y belleza celestial las almas que la conservan. Sin duda que mediante la gracia del Señor, que tan abundantemente derrama estos dias sobre

(1) Exod. C. 33.
(2) Homil. de Ieiun.

nuestras almas la bondad divina, habremos sentido fervorosos deseos de conseguirla. ¡ Oh ! y aquella alma que desgraciadamente la encuentra manchada, ¿ cómo con sus lágrimas y gemidos no trabajará por hermosearla, lavarla y adornarla ? ¿ cómo no se resolverá á combatir á estos enemigos que la mortifican y persiguen ? Dadnos vuestra mano, oh amorosísimo Salvador, dadnos vuestra mano á fin que perseveremos toda nuestra vida en el amor y fidelidad que os debemos. Robusteced la resolucion que hemos hecho de conservar á toda costa la pureza y castidad que os tenemos prometida, para que siguiéndoos por la imitacion de vuestras virtudes aquí en la tierra, nos unamos á Vos eternamente en el cielo.

INSTRUCCION UNDÉCIMA.

SOBRE LOS MEDIOS MAS EFICACES QUE DEBEN PONER LAS PERSONAS QUE PROFESARON CASTIDAD PARA GUARDAR SU VOTO.

Pone me iuxta te, et cuiusvis manus pugnet contra me.

Ponme cerca de tí,
y la mano de quien quiera pelee contra mí.

(Iob Cap. 17.)

Sumido el Santo Job repentinamente en un mar de adversidades, veia que sus hijos habian perecido aplastados por los escombros de su casa; que sus esclavos encargados de cuidar sus haciendas habian sido muertos, y arrebatados por los enemigos sus rebaños numerosos. Veia cubierta su carne de asquerosa lepra; y sin encontrar asilo ni entre los parientes que le desconocieron, ni entre los amigos que huian para no verle, solo halla en el rincon de un muladar la casa que le abriga, y en un monton de pajas, que él llamaba su nido, el único descanso que le queda, y desde donde cual ave solitaria levantaria sus clamores dia y noche. Allí fatigado como el siervo que desea la sombra, ó como el jornalero que trabaja bajo el sol abrasador, y aguarda el fin de su tarea; mira su carne vestida de podredumbre y de inmundicia, seca y encogida la piel que la cubre, repleto su corazon de la angustia mas amarga, y con voz ronca dice al Señor, cuya mano le atormenta: « Vive Dios que me ha reducido á esta situacion, y el Omnipotente que ha lle-

nado mi alma de amargura, que mientras tenga aliento, no abandonaré mi inocencia; y aun cuando El me matare, en El siempre esperaré. Ponme solamente cerca de tí, y la mano de quien quiera pelee contra mí. *Pone me iuxta te, et cuiusvis manus pugnet contra me* (1). » Porque pequeños veia aquellos males, por formidables que fuesen los efectos que le hacian sentir, contando con la proteccion de Dios: pequeños, repito, le parecian, y tan débiles, que un soplo solo del Señor era suficiente para disiparlos. Porque no hay duda, mis carísim.s herman.s, que mirándose el alma asistida por Dios, nada tiene que temer, aun cuando toda la tierra y todo el infierno la acometan con todo su poder. Las personas que profesaron vida religiosa, conocen como Job hasta dónde llega la tribulacion, con que á veces aflige la mano del Señor, y han probado en las amarguras soportadas en su mismo estado gran parte de las que regala la providencia divina á las almas de sus siervos, que quiere elevar á mayor gloria (2). Necesario es entónces que, como el mismo Job, pongan en Dios la mas firme esperanza de su corazon, repitiendo en medio de la violencia, con que las persiguen sus enemigos espirituales: « Ponme, Dios mio, cerca de tí, y la mano de quien quiera pelee contra mí. *Pone me iuxta te, et cuiusvis manus pugnet contra me.* » Porque, á la verdad, las asechanzas de nuestros enemigos parecen mas formidables, cuando el alma se encuentra negligente y descuidada, y no clama al Señor, pidiéndole los auxilios que son indispensables para resistirlos y vencerlos. Mas levántese esa alma de su perezosa negligencia, repetiré con San Lo-

(1) Job CC. 7. 13. y 17.
(2) S. Bernard. De Convers. ad Cler.

renzo Justiniano; salga de su tibieza é inaccion, mueva su corazon y su voluntad hácia Dios; dígale como los apóstoles: « Sálvame, Señor, porque perezco; » y Dios vendrá para auxiliarla, y levantándose Dios, huirán acobardados y temblando todos sus enemigos.

Entre éstos ningunos son tan terribles por sus traiciones y medios de que se valen para combatirnos, como los enemigos de la pureza y castidad, que prometieron á Dios en su profesion los religiosos y religiosas. Son mas terribles, porque no se presentan ordinariamente exhibiendo toda la horrible deformidad que tienen en sí, sinó al contrario ocultos ó envueltos bajo tales disfrases, que dejan ver como legítimo, y aun como necesario, eso mismo á que son tentados, y que deberian evitar á todo costo. Hacen marchar al religioso ó religiosa como la víctima, que por un camino de flores iria al sacrificio; ó como el sentenciado á la pena capital, que marchase al cadalso por entre aplausos y regocijos, que nada le representarian ménos que el fin trágico que presto habria de tener. Cuánto deben, pues, empeñarse los religiosos y las religiosas por adoptar los medios eficaces que Dios les ha dejado para vencer á tan terrible enemigo, de manera que puedan creerse con derecho para esperar la proteccion divina, diciendo como el Santo Job: « *Pone me iuxta te, et cuiusvis manus pugnet contra me*. Ponme, Dios mio, cerca de tí, y la mano de quien quiera pelee contra mí. »

Dos son los medios mas eficaces para vencer los enemigos de la santa virtud de la castidad, y que deben servir como de fundamento á los demas, que las inspiraciones divinas puedan recomendar como necesarios ó como útiles segun las circunstancias. Y aquellos son el primero la mortificacion de los sentidos,

que los humilla y los somete á lo que les ordenan la ley divina y las obligaciones del estado del claustro; y el segundo la presencia de Dios, que mantiene el alma religiosa en santo recogimiento y llena de afectos para con el mismo Dios. Voy á hablaros sobre estos dos grandes medios que San Bernardo llama armas poderosas, con que arruinamos el trono del demonio en nuestra propia alma. Oh divino Jesus, que tanto hiciste por conquistar la nuestra, para establecer sobre ella el asiento de vuestra gracia, asistidme para que pueda con celo y uncion hablar de tan preciosas virtudes, de manera que exciten en mi corazon y en el de mis oyentes un deseo eficaz de poseerlas y de practicarlas. Esto es, Dios mio, lo que espero conseguir ahora de vuestra infinita misericordia por intercesion de vuestra inmaculada Madre la Vírgen Maria y de los Santos patronos y abogados de esta comunidad. Escuchadme.

I.

Duerme el demonio profundamente, herman.s mi.s, en el pecador que, sumido en sus vicios, ya ni piensa en éstos, ni se preocupa en buscar atajos que oponerles á fin que no le arrastren á su eterna perdicion. Mas ésto no sucede en las almas que se consagraron á Dios: como éstas por las reglas mismas que deben observar estan obligadas á vivir en continua vigilancia, satanás no duerme en ellas; al contrario está siempre alerta, á fin de no perder ocasion alguna en que pueda hacerlas faltar contra sus votos religiosos. « Y cuanto mas se enciende en estas almas el fervor y empeño por agradar á su divino Criador y Esposo misericordioso, con tanta mayor fiereza él se ensaña y trabaja por hacerlas caer en las tentaciones con que

las acomete, » dice San Gregorio el Grande (1). Es satanás como el corsario, que surcando los mares no acomete la débil y miserable embarcacion que sirve de juguete á las olas del océano; mas apenas ha distinguido á la poderosa nave que, cargada de mercaderías, surca el mar, cuando se endereza hácia ella, y la combate procurando rendirla. Así el demonio no combate á las pobres almas de los mundanos que, agitadas en el mar de este mundo por las olas de sus pasiones furiosas, son el juguete de sus vanos deseos y afectos pecaminosos; mas no perdona á las otras que divisa cargadas de virtudes y de merecimientos adquiridos principalmente en la vida religiosa. Por esta razon no tentó á la Magdalena, ni excitó contra ella todo su poder, moviendo la ira é indignacion de los fariseos, sinó despues que se levantó del abismo de los pecados, y vino presurosa á buscar á los piés de Jesucristo el perdon y la misericordia que tanto necesitaba; despues, digo, que divisó su corazon enriquecido con tesoros y bienes celestiales. « Porque no busca satanás, escribia San Jerónimo á la vírgen Eustoquio, consagrada á Dios por votos religiosos, no busca á esos que viven abrasados por el fuego de los vicios, sinó al contrario sus empresas van dirigidas á rendir y cautivar las almas que procuran vivir fieles á Jesucristo (2). » Esta era la razon porque San Pablo encargaba muy particularmente á los justos velar sobre ellos mismos, y temer en todas partes las asechanzas del demonio (3). Por consiguiente, mis carísim.[s] herman.[s], á medida que el príncipe de las tinieblas ve los esfuerzos que practicais por santificaros, y

(1) Lib. IV. Moral.
(2) S. Hieron. Epist. XLII. ad Eustoch.
(3) Ep. I. á los Corínt. C. 15.

la exactitud con que tratais de servir á Dios, cumpliendo vuestra regla, él tambien se esfuerza á fin de haceros perder vuestra virtud. Mas todas sus armas son impotentes y sus manejos perdidos, si poneis por vuestra parte en movimiento aquellos grandes y poderosos medios que el Señor mismo se dignó recomendarnos, cuando dijo que el poder de cierto género de demonios se expelia de nosotros solo por la oracion y la mortificacion (1). Ayuno, dice Jesucristo; y como expone San Basilio (2), no se refiere el divino Maestro tan solo á la abstinencia de la comida, sinó á la de todo cuanto alimenta y robustece nuestras pasiones. Es decir, á la mortificacion de los sentidos que, seducidos por el enemigo de nuestra felicidad eterna, cooperan á nuestra ruina espiritual. El alma religiosa desposada con Cristo, instruida de este modo por la palabra divina, busca en la mortificacion de sus sentidos aquel escudo poderoso, que prometió el Señor á sus fieles servidores, y llena de confianza dice á Dios como el Santo Job: Ponme cerca de tí, y nada temeré, sean cuales fueren los que peleen contra mí. *Pone me iuxta te, et cuiusvis manus pugnet contra me.*

Los sentidos son las puertas por donde satanás entra ordinariamente á poseer las almas; y no hablo de las almas disipadas, porque teniendo éstas abiertas esas puertas de par en par, el demonio entra en ellas libremente; sinó de aquellas que hicieron voto al Señor de servirle fielmente, y en las que asecha aquel cualquiera ocasion favorable que se le presente, para entrar y tomar su posesion. Así es que procurando los que temen á Dios no presentar esa ocasion, mortifican sus sentidos de tal

(1) S. Mateo C. 17.
(2) Homil. de Ieiun.

modo, que los mantienen cerrados completamente. Esta vida de mortificacion y penitencia es tan propia del estado religioso, que el Angélico Doctor Santo Tomás no dudó decir que la mortificacion era como inherente á aquel, de modo que no podrá llamarse propiamente religiosa la vida de quien no ama la mortificacion (1). Y añade San Alfonso Maria de Ligorio, que no es religioso sinó de nombre quien no vive en la religion que profesó, con sus sentidos tan mortificados, que pueda decir que procura imitar á Jesucristo enclavado en la cruz (2).

La vista es el primero de nuestros sentidos y uno de los que mayores males pueden causar á las almas que la mantienen disipáda. Una sola mirada fué bastante para hacer caer á David en un abismo de pecados tan profundo, que él mismo lo llama « lago inferior y sombra de muerte. » Y de David todos sabemos que practicaba virtudes perfectas, que oraba á Dios fervorosamente y de continuo, y que meditaba la ley de Dios, porque la amaba con todo su corazon. Sin embargo, una mirada torpe consentida subleva esa alma fiel hasta entónces al Señor, y la embriaga de tal modo en la sensualidad, y corrompe tan completamente su corazon, que bebió como agua la iniquidad, y cometió la injusticia en su mayor exceso. ¡ Oh David ! ¿ cuál es la causa de esos males que lloras dia y noche ? pregunta el padre San Ambrosio (3). ¿ Porqué riegas tu estrado con tus lágrimas, y tu lecho con el llanto de tus ojos ? ¿ Porqué mezclas tu pan con los gemidos y suspiros de tu corazon , y tu bebida con el amargo llanto que derramas de continuo ? ¡ Ah ! de todos los

(1) Opusc. de Vita relig.
(2) Opusc. del amor á Jesus crucifie.
(3) Apol. David. Lib. III.

sufrimientos de tu alma fué causa la libertad que diste á tus ojos, que te acarrearon la corrupcion y la muerte. Ved hasta dónde deben temerse los males que este sentido nos origina; males que el Padre San Bernardo llama saetas que llevan la muerte á nuestra alma y el veneno á nuestro corazon (1). Todo el que desea con sinceridad conservarse fiel al Señor, reprime su vista, la mortifica obligándola á estar recogida, y para conseguirlo hace lo que nos enseña el Santo Job con su ejemplo, cuando nos dice que hizo pacto con sus ojos: *Pepigi foedus cum oculis meis.* ¿Cuál pacto hiciste, hombre justo y sufrido? pregunta San Gregorio el Grande (2). ¿Cuál pacto hiciste, cuando tu vida era tan justa y llena de merecimiento? Era no concederles esa libertad que hizo caer á David; era mortificarlos de manera, que no pudiesen llevar la corrupcion á su alma; era gobernarlos, en fin, con el temor de Dios, para que no viesen la vanidad que hizo precipitarse al otro hasta caer en el abismo mas profundo de la miseria. Ved ahí el pacto que hace toda alma fiel á Dios; pacto que reprime la curiosidad natural, y pone freno á esos sentimientos que llevan la vista á recrearse en los parientes y amigos, aun cuando sean de su propio sexo.

Lo que dejamos dicho de la vista, aplicadlo luego al oido, y la experiencia os dirá, que la ruina que causaron á David sus ojos, la causan cada dia á tantas otras almas, llamadas por su profesion á mayor perfeccion que David, las conversaciones que debieron precisamente evitar con cuidado. ¡Ah porterías! ¡ah locutorios! lazos del demonio os han llamado muchos

(1) Serm. III. in Cant. Cantic.
(2) Moral. Lib. IX.

santos varones llenos del espíritu de Dios, y que conocian perfectamente los riesgos que en esos lugares corren los religiosos y las religiosas. San Bernardo decia que allí perdian los monjes en un instante cuanto habian ganado para su alma en mucho tiempo. Y al Patriarca Santo Domingo declaró satanás que en aquel lugar todo era suyo (1). Y efectivamente personas experimentadas en la vida religiosa, conociendo estos peligros, rehusan salir á esos lugares sin que intervenga algun motivo que lo haga necesario, ó lo mande la obediencia. Las reglas de casi todas las comunidades, conociendo los graves riesgos que allí corren las almas, ordenan que los religiosos y las religiosas no concurran á ellos sinó acompañados, á no ser que los superiores manden otra cosa. De suerte que, cuando allí se suscite alguna conversacion que no sea propia de personas consagradas á Dios, los individuos que asisten, ya sea como compañero ó como escucha, estan obligados á referir al prelado lo que se ha tratado, y principalmente lo que ha ya sido ménos conforme á la pureza y santidad del estado religioso. Todos los individuos de cada comunidad estan obligados á cooperar á la perfeccion de los demas, de manera que á todos tambien incumbe vigilar con celo porque no sucedan tales inconvenientes. Y de tal manera incumbe á cada persona de la comunidad esa vigilancia, que comete pecado el religioso ó la religiosa que, sabiendo que existe alguna cosa contraria al órden ó á la disciplina de la comunidad, no lo dijese á los superiores que deben remediarlo. Para prevenirse, pues, contra tantos males, la persona religiosa procura vivir léjos de todo trato, que no sea indispensable para llenar sus oficios;

(1) B. Franciscus a Posada in vita S. Dominici.

en éstos mismos habla con el cuidado y madurez que le inspiran el temor á Dios, y aprovechando la doctrina del Espíritu Santo, cerca sus oidos con espinas, y cierra con puertas su boca (1), para no ver ni hablar cosas mundanas y que nunca son propias en boca de personas consagradas el Señor.

El ayuno es lo que principalmente mortifica nuestros sentidos, y por eso tambien con especialidad nos lo ha recomendado el Señor en las santas Escrituras. El, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (2), modera los apetitos desordenados de deleites, y hace abstenerse de los manjares y de las bebidas que los fomentan. De modo que no solo reprime el ayuno las pasiones que provocan y encienden los movimientos contrarios á la pureza, sinó que arma al cristiano de fortaleza para dominar esos mismos movimientos, y desarmar á su enemigo. Esto prueba largamente San Basilio, y yo repetiré en dos palabras algo de su doctrina (3). « Por el ayuno, dice, alcanzó Daniel profeta los puestos mas honrosos en el reino de los Caldeos; destruyó el ídolo Bel; mató al dragon que era adorado allí como dios; arrojado al lago de los leones por sus enemigos, respetaron aquellas fieras su vida, y fué digno de que Dios le revelase su encarnacion y otros misterios profundos de su divina providencia. Por el ayuno tambien los jóvenes hebreos compañeros de Daniel, venciendo la gula, triunfaron de la ira del rey, despreciaron su estatua de oro, y aunque fueron arrojados en el horno encendido, las llamas ningun daño les hicieron, y al contrario, paseándose en medio de ellas, cantaban alegres las alabanzas del Señor. Así el alma

(1) Ecles. C. 28.
(2) 2.ª 2.ªe qq. 146. y 149.
(3) Serm. de abdic. rerum.

que triunfa de la gula, tendrá su eterna morada en el paraiso, así como la que se le rinde, será cebo de la muerte eterna. » Mas este ayuno, para que pueda llamarse esa perfecta abstinencia y mortificacion, que nos dispone á triunfar de nuestros enemigos, debe consistir no solamente en mortificar la gula generalmente hablando, sinó en mortificarnos aun en aquello mismo que se necesita comer « en órden á su calidad, á la cantidad, y al modo con que debe éste tomarse (1). » Con estas tres condiciones nuestro ayuno será útil y provechoso para triunfar de satanás empeñado en arrastrar á las almas consagradas á Cristo por el fango del pecado. En cuanto á la calidad, conformándose cada individuo con aquella comida que pase la comunidad, sin quejarse de su mal condimiento; y si aun quiere alguno mortificarse todavía, podrá preferir de ésto aquello que es mas contrario á su gusto, como lo hacia San Luis Gonzaga. Carecen de espíritu religioso aquellos individuos que habitualmente se quejan de la comida ; los que exigen sin expresa órden del médico, y ésto en caso de enfermedad , alimentos diferentes de aquellos que toman los demas religiosos; y tambien los que muestran cada dia especial cuidado por informarse de lo que se dará en el refectorio. Podríamos decir de todos éstos, que pertenecen al número de aquellos que, en sentir del Apóstol (2), tienen por Dios á su vientre. Imitemos el ejemplo que nos dejó el Patriarca San Ignacio de Loyola, de quien refiere San Alfonso de Ligorio que jamas se le oyó decir ni una palabra sobre los alimentos que se le presentaban en el refectorio.

(1) S. Bonavent. De prof. relig. Lib. II.
(2) A los Filip. C. 3.

Se ejercita la mortificacion en cuanto á la cantidad del alimento, no comiendo mas de lo necesario, ni mas ocasiones que aquellas que conviene. De manera que venga á servirnos la comida de auxilio, y no de carga pesada para el cuerpo; de alivio y reparacion para nuestras fuerzas, y no de peso que nos grave y no nos permita marchar alegremente en la ejecucion de nuestros oficios, de los cuales es el primero cantar alabanzas al Señor. Instruyendo sobre esta materia San Jerónimo Doctor de la Iglesia (1) á la vírgen Santa Eustoquio, le decia: « Sea moderado el alimento que tomes, y nunca llenes enteramente tu vientre. Cuando comieres, piensa que luego has de orar, y que tu alma no podrá levantarse de la tierra, si está pesada por el exceso de los alimentos que has tomado.» Por consiguiente, esta mortificacion queda muy distante de aquellas personas, que comen hasta quedar hartas y del todo inhábiles para levantar su espíritu al Señor en la oracion. Y cuando este exceso en la comida va tambien acompañado por algun exceso en el uso de licores, entónces podremos asegurar que esa persona se coloca por su falta de mortificacion en la pendiente que la conduce precipitadamente á abrasarse en el fuego de la impureza. Podremos asegurarlo, repito, porque desde el principio de la Iglesia ya lo decia el apóstol San Pablo escribiendo á los de Efeso (2); porque ya lo enseñaron no pocos de los santos Padres de la Iglesia, aconsejando á los eclesiásticos, á los religiosos y á cuantos profesan castidad, abstenerse del uso del vino (3); y porque ya lo practicaron todos aquellos primitivos monjes, padres de la vida religiosa, y que vivien-

(1) Instit. Virg. Lib. V. et in Iovinian. Lib. II.
(2) Cap. 5.
(3) S. Basil. Lib. de verb. Virg.

do empeñados por santificarse, guardando con severidad los votos de su profesion, se abstenian del vino, mirando en él un fuerte estímulo para aquellas mismas pasiones que trataban de vencer.

En órden al modo de usar el alimento se ejercita, en fin, la santa mortificacion, tomando la comida solo á sus horas, porque es entónces cuando la concede la regla á los religiosos y religiosas. Estos no deben tener en sus celdas cosas que comer sin que, interviniendo para ello causas muy justas, tengan licencia del superior. El apóstol San Pablo nos enseña en pocas palabras la doctrina que ha de santificar el uso que hagamos de la comida y de la bebida, diciéndonos (1): « No quieras por el manjar destruir la obra de Dios, ni al hermano por quien murió Jesucristo: y aun cuando la comida sea buena, hace mal al hombre comiéndola con escándalo de otros. » De modo que entra tambien en la mortificacion no comer sinó á la hora debida, y nunca hacerlo de manera, que podamos dar mal ejemplo á los prójimos. Y este mal ejemplo dan seguramente aquellos que comen en horas indebidas.

Ademas la persona que consagró al Señor su castidad, jamas olvida que la pureza de su alma y de su cuerpo son como el lirio entre las espinas (2). Y esas espinas son las mortificaciones corporales, en medio de las que crece en hermosura y candor ese lirio. Esas espinas son las disciplinas, los cilicios, el sueño sobre cama dura, y todo cuanto puede afligir nuestra carne, domarla y someterla á no separarse del camino que le traza el santo temor de Dios. Recordad cómo

(1) A los Rom. C. 14. y I. á los Cor. C. 2.
(2) Cant. Cantic. C. 2.

guardó su pureza virginal aquella hermana nuestra y la mas grande y mas ilustre de todas las hijas de América, Santa Rosa de Santa Maria. Dormia sobre una cama compuesta de troncos disparejos y fragmentos de tejas y ladrillos; tenia por almohada un durísimo madero; traia ceñida á su cabeza una corona con treinta y tres espinas ó duros clavos que lastimaban su carne; cubierto estaba su cuerpo de un cilicio atroz, y fuera de ésto ceñia su cintura con una cadena pesada que no le permitia andar sinó con trabajo sumo. ¡ Así guardaba la flor purísima de su inocencia, cercándola con las espinas de tan dura mortificacion! Así ese lirio precioso de su castidad creció, se robusteció, y llegó á ser objeto de tanto amor para el Esposo celestial, que mereció oir de su boca: « *Rosa cordis mei, tu mihi sponsa esto* (1). Rosa de mi corazon, sé tú mi esposa. »

San Alfonso Maria de Ligorio, San Francisco de Sales y otros grandes maestros de la vida espiritual nos dicen, que en órden á estas penitencias extraordinarias, para obrar con acierto, se tome el consejo del confesor, y se someta humildemente cada uno á lo que éste ordenare. El Esposo celestial es muy celoso, nos dicen tambien ambos, y mira con particular agrado á todos aquellos que vigilan con tanto celo por la conservacion de esta virtud, que muy bien podrian repetir como la otra de los Cánticos: « Mi corazon está alerta. *Cor meum vigilat* (2). » Estan alerta, y por eso evitan cuidadosamente todo cuanto pudiera empañar la pureza de su alma. Evitan por eso cualquier tocamiento innecesario, abrazos, ósculos aun á per-

(1) Breviar. Rom. die 30. Augusti.
(2) Cap. 5.

sonas de su mismo sexo, y en fin, todo aquello que pudiera empañar, aun cuando fuese ligeramente, el candor de esta virtud. La mortificacion, en fin, en los vestidos ayuda á conservar la pureza del alma. Es muy difícil conservar espíritu de verdadera penitencia, mientras se piensa en el arreglo esmerado del hábito, en el aseo y ornato de la celda, en esta ú otra comodidad para el cuerpo, y que no son mas que exigencias de la carne mal vencida todavía. *Qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt,* podríamos decir con las sagradas palabras del Hijo de Dios á los religiosos ó religiosas imperfectos que proceden de ese modo. Los que aman y procuran esas comodidades, no tienen el espíritu del claustro, sinó el de los seglares y de los mundanos que habitan los palacios de los reyes y señores de la tierra. *Qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt.* Es ésto lo que llama San Bernardo vestir con hábito religioso un corazon secular (1), y apostatar del camino que emprendió, mostrando con las obras estar arrepentido de haber dejado las vanidades del siglo por la humildad y mortificacion de la vida religiosa (2). Ninguna persona apegada de ese modo á las miserias de este mundo puede tener gran fuerza para resistir á las tentaciones del príncipe de las tinieblas: necesita cortar de su corazon estos brotes del siglo, por expresarme con San Francisco de Sales, indignos del jardin de Jesucristo, y que lo enmalezan, apestando las otras plantas que en él crecen y deben dar frutos de perfecta santidad.

Hemos recorrido, herman.ˢ mi.ˢ, la mortificacion

(1) Serm. III. super *Qui habitat.*
(2) De constit. Monast. C. 21.

de sentidos, que señalé como primer arbitrio que contribuye á guardar en las personas religiosas la virtud santa de su pureza y castidad: veamos ahora el segundo que propuse, y fué la presencia de Dios.

II.

La práctica de la presencia de Dios consiste en la viva aprension del entendimiento que, viendo y encontrando á Dios en todas partes, en todas tambien le ama, le teme y trata de consagrarle todas sus obras y todos sus afectos (1). La presencia de Dios considerada de esta manera es fuente de perfeccion para todo cristiano, pero muy especialmente para aquel que se consagró al Señor en la vida del claustro. Dios está en todas partes, y en todas nos rodea tan perfectamente, como las aguas del mar rodean y cubren á los peces que en ellas moran; de tal manera que, adonde vayamos, Dios nos rodeará siempre, sin que podamos jamas huir ni ocultarnos de su divina presencia. Aun mas, está dentro de nosotros mismos, viendo los movimientos de nuestra voluntad, los movimientos de nuestro corazon, los deseos mas íntimos que corren tan ligeros como nuestros pensamientos en lo mas interior de nuestra conciencia; todo lo ve el Señor, y nada, nada podrá jamas ocultársele. Y no está Dios con nosotros inútilmente, sinó dándonos ya su luz inefable para dirigirnos por los intrincados laberintos que forman los caminos de la vida presente; ya auxiliando nuestras potencias para que lo conozcan mejor, lo amen tambien mejor, y se dispongan con mas ventajosos merecimientos para alcanzar los premios eternos; y ya final-

(1) S. Thomas, Opusc. III. de beatitud.

mente, purificándonos mas y mas de nuestras culpas é imperfecciones, á fin que podamos ser dignamente los templos donde resida. Esta doctrina que nos enseña la fé cristiana, sirve de fundamento al ejercicio de la presencia de Dios que nos ocupa: ejercicio que no es otra cosa que el recuerdo de estar allí Dios dentro de nosotros, colmándonos de aquellos y de otros mil bienes inefables que reserva en el tesoro de su infinita bondad. Nuestra primera diligencia para sacar de esta presencia soberana todo el mayor provecho posible, debe ser una grande y esforzada resolucion de conservarnos en la presencia de Dios, junto con un deseo eficaz de adquirir este santo hábito. Grande y esforzada he llamado esa resolucion, porque cuando no tienen estas circunstancias, nuestras resoluciones, dice Santa Teresa de Jesus, fácilmente se borran de nuestra memoria, y deja de ejercitarlas nuestra voluntad: mas cuando son grandes y esforzadas, las recordamos con frecuencia, las renovamos, y vienen á quedar grabadas eficazmente en nuestra voluntad. De esta naturaleza era el recuerdo constante con que David honraba al Señor, mirando en El el mayor y el mas noble y rico de sus bienes. « Fuera de El, decia (1), ¿qué cosa puedo yo buscar ni apetecer sobre la tierra? » Dios premia los esfuerzos de las almas para tenerlo presente, y leemos que á San Luis Gonzaga le concedió esta presencia de un modo tan intenso, que no se olvidaba ni un solo instante de Dios (2).

De esta primera diligencia pasemos á otra. Cuando hemos caido en alguna falta, procuremos pronto, muy pronto levantarnos, de manera que la prontitud y sin-

(1) Salmo 72.
(2) Butler, 21. de Junio.

céra compuncion con que lo hagamos, venga á ser la primera reparacion, con que procuremos satisfacer al Señor la injuria que le hemos inferido. El fervor de los mismos afectos con que expresaremos al Señor el vivo dolor de nuestra alma, contribuirá á causarnos dos bienes: el primero, prepararnos para alcanzar la gracia de la absolucion de nuestras culpas, que nos restituya plenamente á la amistad de Dios; y el segundo, dar nueva fuerza á la presencia divina debilitada por esa misma falta cometida. Las almas que incurriendo en pecado demoran su vuelta á Dios, no pueden disfrutar los bienes que proporciona la presencia misericordiosísima del Señor. Volviendo la espalda bruscamente al que amaron poco ántes como Dios, como protector y como amigo fidelísimo, experimentan lo que la desgraciada Jerusalen. Esta rea y criminal delante de Dios, al que ántes llamaba Padre, ofrecia víctimas y sacrificios, y entonaba cánticos de amor, cuando le miraba ofendido, confesaba haberse hecho su enemigo. *Factus est Dominus velut inimicus.* La purificacion pronta y completa del corazon evita este gran mal; la caida reparada prontamente no produce aquellas terribles consecuencias que se sienten cuando los males han cundido y tomado con el tiempo y el descuido grandes proporciones.

San Agustin consideraba á su alma como un retrete ú oratorio, donde Dios descendia para conversar amorosamente con su pobre é indigna criatura (1). «¿Cuánto gozo nos dice experimentabá al contemplarlo allí? ¿cuánto fervor para orarle? ¿cuánta confianza para pedirle? ¿y cuánta seguridad de alcanzar aquello mismo que le pedia?» Santa Teresa de Jesus

(1) Serm. II. in Psalm. 33.

veia su alma transformada en un paraiso por la presencia de Dios, y llena de santa ternura, « Dios, decia, infinitamente bueno me enseña dentro de mí misma todas las cosas, destierra todas mis ignorancias, enciende mis afectos, consuela mis penas, y me ratifica todas las promesas que me tiene hechas. » Santa Catalina de Sena, finalmente, miraba su corazon como un altar al que procuraba á cada paso ir á adorar á Jesucristo, y donde retirada entablaba con El tiernos y amorosos coloquios. De esta manera cobraba fortaleza para sobreponerse á las persecuciones, humillaciones y trabajos de todo género, que le proporcionaba la práctica fervorosa que procuraba hacer de todas las virtudes. Todas estas almas dichosas mil veces y afortunadas, imitaban con su fé y con los afectos mas amorosos de su corazon, lo que hacia la Magdalena conversando con el Hijo de Dios vestido aquí en la tierra de nuestra carne mortal. Y por cierto que si el divino Salvador dijo de esta su sierva fidelísima que habia elegido la mejor parte (1), tambien de todas las almas que la imiten dirá del mismo modo; y si tan pródigo se mostró con la Magdalena para recompensarle el amor y la caridad con que le seguia por todas partes, no ménos generoso se nos mostrará para concedernos su presencia continua, de modo que venga á servirnos de prenda segura de nuestra felicidad eterna.

El alma que sincéramente desea conservarse en la presencia de Dios, le busca con esa constancia que David. *Faciem tuam, Domine, requiram* (2), le dice constantemente: « Tu rostro he de buscar, Señor; contigo habló mi corazon, no apartes de mí tu presencia.

(1) S. Lúcas C. 10.
(2) Psalm. 26. 16. et 88.

En tu rostro, Señor, se inspiren mis juicios: haced que marche siempre á la luz de vuestros ojos, y no me separe de los caminos de la equidad.» Al dispertar de mañana, al acostarse por la noche, al principiar cualquiera obra, *Faciem tuam, Domine, requiram,* repite. Se pone en la presencia de su Señor, busca su rostro soberano, desea alimentarse de sus inspiraciones, y hace cuanto es posible por conservarse en su presencia. Esta alma ve á Dios unas veces delante de sí grande y majestuoso, como lo vió Moises rodeado de fuego y cubierto con los resplandores de su majestad; se humilla y lo adora con profundo respeto; confiesa que nada es en su presencia, pero todo lo espera de la grandeza infinita de su misericordia. Lo ve otras humilde y pequeñito, hecho niño como los niños, y aprende de sus palabras que, sinó nos hacemos tambien como los pequeñitos, no podremos entrar en el reino de los cielos. ¡Oh! con cuánto cuidado recogeremos entónces los ejemplos que nos da este niño; cómo desearemos grabarlos en lo mas profundo de nuestra alma para imitarlos escrupulosamente; cuánto empeño pondremos á fin de que todas sus acciones tengan imitadores en las nuestras, ya sea que lo miremos peregrinando, dice San Alfonso Maria de Ligorio, por las regiones del Egipto, ó trabajando en el taller de Nazaret, ó padeciendo en Jerusalen. Cuando nos figuramos á Dios de esta manera, queriendo verle con nosotros en los misterios de su humanidad, no es porque creamos que hecho hombre está en todas partes, ni dentro de nosotros, ni tampoco que nos acompañe en todos los lugares; sinó que nuestra fé se aviva con la meditacion de la bondad divina manifestada á los hombres en los misterios de Jesucristo, de tal modo que nos eleva hasta Dios, y nos introduce en su presencia por medio del conocimiento

de su divino Hijo (1). Conservemos en nuestra memoria los beneficios que á cada paso nos dispensa, y ésto hará que nos encontremos tambien en su presencia por el reconocimiento y por la gratitud que le debemos. Todas las criaturas que nos rodean y vemos y encontramos en todas partes, todas deben levantar nuestro corazon hasta Dios; todas deben traernos á la memoria esa mano infinitamente misericordiosa, que sacó de la nada tantas y tan bellas criaturas para nuestro bien. « Aprende en ellas, como San Agustin, á amar al Criador, procurando que no te seduzca lo que El ha criado, y pierdas al que te crió á tí tambien.» Aprende de ellas á no pegar tu corazon á ninguna criatura, que te ponga en peligro de perder á El eternamente; pues todas te dicen que levantes hasta el cielo tu alma, y que ames al que tan de veras te ama.

La presencia de Dios, fortaleciéndonos poderosamente contra las asechanzas del demonio, ejercita á las almas que profesaron vida religiosa, en la huida del pecado, en la práctica de las virtudes y en la union con Dios. Si pensásemos siempre que el Señor está presente, nunca ó casi nunca le ofenderíamos, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (2); y ésto está muy conforme con lo que David meditaba de los pecadores: « No está Dios, decia, en su presencia, y sus caminos fueron por eso llenos de iniquidad (3). » Recordad cuánta impresion causaba en la casta Susana la idea de que Dios la veia, para rechazar las seducciones de los ancianos de Israel que se empeñaban en pervertirla. « Dios me está mirando, dice á estos

(1) A los Efesios C. 1.
(2) Opusc. LVIII.
(3) Salmo 10.

hombres perversos; y mejor me está caer inocente en vuestras manos, que pecar en su presencia (1).» Y este santo ejercicio le inspira valor para preferir la muerte, ántes que consentir en la impureza que le proponian los enemigos de su alma. No es ménos eficaz la presencia de Dios para hacernos practicar las virtudes; porque la viva aprension que Dios asiste en nuestra alma, nos excita á limpiarla y á adornarla, á fin de hacerla agradable á los ojos de aquel Rey de infinita pureza, que se ha dignado elegirla para su morada. Cuanto pueda en nosotros desagradar á Dios, nos impedirá que nos comunique sus bondades, que derrame sobre nosotros sus gracias y sus misericordias, y que se nos dé á conocer por el amor actual, de modo que podamos unirnos con El íntimamente. Por eso el alma se empeña por limpiarse de toda mancha de pecado, y por adornarse con todo género de virtudes. Se une, finalmente, con Dios la criatura por los vínculos estrechos de la caridad, que va creciendo y robusteciéndose con el trato estrecho y continuo del objeto amado. Era ésto lo que pasaba en el rey David: se acordaba de Dios, y se sentia inundado de purísimo gozo y de abundantes consolaciones (2).

Sin duda que la consideracion de tantos bienes dispuestos por Dios para las almas que le sirven con fidelidad, y buscan en la divina presencia la sombra del árbol robusto que las ha de cobijar contra los ardores de sus pasiones desordenadas, os inspirará, mis amad.s herman.s, vivo deseo de conseguirlos. Mas oidlo bien, el orgullo, el amor propio, el apego á las criaturas y á cualquier objeto de la tierra, y la falta de mortificacion de los

(1) Dan. C. 13.
(2) Salmo 70.

sentidos hacen á las criaturas del todo incapaces para conseguir tan grandes bienes. Oidlo, repito ; el hablar demasiado, la curiosidad de saberlo todo, los negocios inútiles y no á propósito para las personas que se han consagrado á Dios en la vida religiosa, las inhabilitan para la divina presencia, haciéndoles perder tantos y tan valiosos auxilios, que contribuirian á facilitarles el camino del reino de los cielos. ¿ Lo habeis oido ? Pues necesitais prepararos desterrando ahora y evitando en lo sucesivo todos esos defectos, para conseguir el trato frecuente del Rey celestial por el ejercicio de su divina presencia. ¡ Qué consuelo para el alma que de veras se empeña por debilitar y perseguir á los enemigos que tanto la mortifican, y lo que es peor, la conducen con frecuencia hasta los bordes de su perdicion ! Dios no me ha abandonado, pueden decir todas estas almas; al contrario, en los ejercicios mismos de la vida religiosa que hemos profesado, nos dejó poderosos y eficaces medios á fin de conservarnos fieles en los deberes de nuestra profesion. ¡ Ah ! el enemigo terrible de la santa pureza, que debo fresca é intacta conservar para mi soberano Esposo, no tendrá para mí ese formidable poder con que lo divisaba, cuando descuidaba aprovecharme de todos estos auxilios que Dios pone á mi disposicion. « Oh alma mia, dí con el Venerable Padre Luis de la Puente (1), oh alma mia, tienes dentro de tí tantos bienes; ¿ cómo no gozas de todos ellos? Dentro de tí está tu soberano Amigo y Padre : gózate de tenerle contigo, únete á El íntimamente, y dále tu corazon. Si estás pobre, contigo tienes á Dios rico en misericordias ; acude á El, para que te conceda parte de sus riquezas. Si eres

(1) Part. VI. Medit. XIV.

flaca y pusilánime, contigo está Dios que es la misma fortaleza, y unida con El podrás todas las cosas con su virtud. ¿Para qué has de buscar fuera de El auxilio de criaturas, teniendo dentro de tí la omnipotencia del Criador? ¡Oh Criador mio y Dios mio! perfecciona en mí esta union que conmigo has querido estrechar por tu infinita bondad, uniéndote con la union de gracia en esta vida. Para merecer tan gran favor, desde hoy ofrezco muy particularmente guardar mis sentidos con la mortificacion mas perfecta, y guardar mis potencias de manera, que no dé por mi parte entrada en mí á los enemigos de mi salud eterna, y mortificada en el alma y en el cuerpo logre unirme á vos.» Sí, Dios mio, ponme cerca de tí, y la mano de quien quiera pelee contra mí. Nadie podrá vencerme, y llegaré á juntarme contigo eternamente en tu gloria. Amen.

INSTRUCCION DUODÉCIMA.

SOBRE LA HUMILDAD.

Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem.

Se humilló á sí mismo hecho obediente hasta la muerte.

(Ad Philipp. Cap. 2.)

Cuando el apóstol San Pablo considera á nuestro Señor Jesucristo acometiendo la grande obra de redimir al género humano, se fija ántes de todo en la primera arma que empleó para acabarla con provecho y salvacion nuestra. No fué aquella el poder ni la gloria, con que esperaban los judios verle conquistando el mundo entero, sometiendo á su dominacion á los soberanos mas grandes de la tierra, y obligando á todos con la fuerza de sus armas á obedecer á las leyes que les imponia. No fué esa, repito, el arma que tomó en sus manos el Salvador para rescatarnos del poder de las tinieblas, y restituirnos el reino de los cielos que perdimos por la culpa de nuestro primer padre. Su arma fué la virtud que, á juicio de los hombres, abate y envilece á los que la practican, pero que delante de Dios los hace grandes y capaces de acometer todo género de empresas para la gloria del Señor. Esta arma con que el Salvador del mundo habia de vencer al demonio, y conquistar el reino, que mediante la soberbia y desobediencia del hombre le habia arrebatado el infierno, era la humildad. *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem.*

Los profetas le habian contemplado Rey; celebra-

ron sus triunfos en medio del mas intenso regocijo de sus almas, y llenos de admiracion convidaban al pueblo escogido para salirle al encuentro despues de su victoria. Mas Jesucristo era Rey; pero de las virtudes que le darian posesion del corazon y del amor de su pueblo escogido, sobre el que habia de reinar. Su triunfo venceria á la soberbia, al orgullo y á la vanidad de satanás y sus secuaces con su humildad, su obediencia y su pobreza; y los cánticos de su pueblo redimido en armonía con la invitacion de aquel profeta que cantaba: « Ved ahí tu Rey que viene manso y humilde (1), » nos darian perpetuamente la historia de ese triunfo conseguido por su profunda humildad. Humildad tan profunda, repito, que le hizo compararse por boca de David (2) al débil y tierno gusano que se arrastra sobre la tierra. Ejercitándola sufre sin resistencia y sin quejarse los oprobios, las afrentas y la muerte mas ignominiosa, ó como escribia el apóstol San Pedro (3), oyendo las injustas blasfemias de sus perseguidores, nunca maldijo, y sufriendo injurias y desprecios de mil modos y formas diferentes, jamas amenazó. Ejercitando esta humildad, repito, subyugó á su ley á todas las naciones de la tierra, haciendo que la cruz, símbolo perfecto de esa humildad, fuese el vínculo que uniese á todos los hombres bajo el imperio de su fé; y ejercitándola todavía, manda á los que profesen su doctrina, que el mayor se haga el menor, y el que presida, se constituya el sirviente de los demas (4). *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem.*

(1) Zachar. C. 5.
(2) Salmo 21.
(3) Carta I. C. 2.
(4) S. Lúcas C. 22.

Esta virtud que profesó El mismo como fundamento de las otras celestiales y divinas que componen toda su santa vida, quiso que fuese el distintivo de todos los cristianos, pero muy en especial de aquellos que desean imitarle mas particularmente. A todos dice: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde* (1); pero añade á los que profesan vida religiosa, que sean conocidos por su mansedumbre y su humildad entre todos los demas que profesan las virtudes que nos enseñó en su santo Evangelio. Quiere que por la paciencia y la obediencia vivan abrazados con su cruz, y tan abrazados, que puedan decir con San Pablo: « Enclavado estoy en la cruz con Jesucristo (2). » ¡ Cuántas verdades estan ocultas en estas palabras, mis carísim.[s] herman.[s]! ¡ Cuántas verdades, vuelvo á decir, que encierran luz y vida para todos cuantos las meditan animados por el deseo de santificarse, y procuran practicar cuanto nos enseñan! El Hijo de Dios, santo, eterno, infinito, inmortal é impasible, hecho hombre, vestido de nuestra carne, humilde y humillado voluntariamente, pobre, abatido, enclavado en la cruz y muerto para triunfar de la soberbia y del orgullo de los hombres, es la reconvencion mas amarga que Dios dirige á la soberbia de los grandes, de los poderosos y de los nobles de la tierra; pero mucho mas reprueba y condena todavía este vicio en las personas que se consagraron al Señor por los votos religiosos, y prometieron imitar á Jesucristo é imitar sus santas virtudes. Porque, á la verdad, entre todos los medios que hemos de poner para fabricar el edificio de nuestra vida espiritual, el primero y fundamental debe ser la

(1) S. Mateo C. 11.
(2) A los Galat. C. 2.

santa humildad. Esta es la doctrina enseñada por nuestro Señor Jesucristo, y que San Gregorio el Grande nos expone con tanta elocuencia como piedad, cuando dice que si deseamos elevar el edificio de la perfeccion cristiana en nuestra alma, principiemos por establecer el cimiento de la santa humildad, añadiendo que cuanto mas profunda sea ésta, mas alta y mas majestuosa y sólida será la fábrica que levantaremos. No lo dudemos, mis amad.ˢ herman.ˢ, ninguna virtud, ninguna absolutamente podremos practicar de un modo sólido y provechoso para nosotros mismos, sinó nos esmeramos en ser humildes á imitacion de Jesucristo, y nos humillamos hasta morir, si fuese necesario, resignados y abatidos como El murió en la cruz.

Me propongo hablaros ahora de la santa virtud de la humildad, diciendo primero, en qué consiste; ségundo, cuáles son los actos principales que debe inspirar á las personas religiosas; y tercero, cómo la premia el Señor especialmente en los religiosos y religiosas que la practican por su amor. Escuchadme.

I.

San Bernardo nos explica la naturaleza de la virtud santa de la humildad en estas pocas palabras: « *Virtus, qua homo verissima sui agnitione sibi ipsi vilescit* (1). Virtud, por medio de la cual conociéndose el hombre con verdadero conocimiento, se desprecia á sí mismo. » Por aquí conoceremos que el fundamento de esta virtud es el propio conocimiento, de manera que ninguno podrá llamarse verdaderamente humilde, sin que tenga el verdadero y real conocimiento de sí

(1) De Consider. Lib. III.

propio. Verdadero y real, repito, *verissima;* porque, como nota aquel santo Doctor, nuestro amor propio extiende sobre nuestra conciencia cierto velo, que no nos permite penetrar en ella profundamente, de manera que podamos conocer su verdadera situacion. Es menester romper esos velos, y bajar hasta lo mas interior de nosotros mismos, para observar allí la situacion de nuestra alma sin pasion ni prevencion de ningun género. La humildad es el baño saludable que tiene virtud celestial para romper hasta despedazar aquel velo. Velos, que extiende el amor propio en la conciencia de los religiosos y de las religiosas, son los disfraces con que procuran disculpar sus faltas, cuando llegan á ser conocidas por los superiores: velos, y muy densos, los deseos que muestran de ser preferidos, y los medios que ponen para conseguirlo: y velos tambien los motivos que encuentran para legitimar los abusos y faltas que cometen con agravio de sus obligaciones religiosas. Todos éstos son velos que es necesario romper, porque de otro modo es imposible conocer nuestra situacion. Nos sucede lo que con aquella estatua que exhibia un célebre escultor griego, presentándola á su competidor cubierta con un velo, « Descúbrela, le gritó éste, porque de otro modo no podremos conocer el mérito de la obra que nos ofreces. » Así nuestra alma mientras está cubierta por el velo del amor propio, no puede ser ni conocida ni estimada por nosotros, y es menester quitar aquel, pues de otro modo nos quedará oculta é ignorada su verdadera situacion.

Adquirido este conocimiento, con él alcanzaremos tambien el desprecio de nosotros mismos, que es el fin adonde nos conduce la humildad. « ¿Qué he de clamar? » preguntaba Isaías al Señor, que queria ha-

cerle comprender la miseria de sus criaturas (1). ¿Qué he de clamar? que toda carne es heno y toda su gloria como la flor del campo. Los rayos del sol abrasan esa flor y consumen ese heno, sin dejar ni siquiera el menor vestigio de su existencia. Ménos aun que ese heno es el hombre delante de su propia conciencia cuando, inspirado y dirigido por la humildad, piensa lo que realmente es. Ménos que eso, repito, porque ese heno por su propia naturaleza pudo crecer y servir de alimento á las bestias y de adorno á los campos; mas nosotros no podremos sinó descender hasta otra situacion mas baja y miserable todavía. A nosotros, repito, nuestras inclinaciones nos conducen al pecado, y allí permaneceremos si la mano misericordiosa de Dios no viene á sacarnos, redimiéndonos de tanta miseria. Considerando esta verdad con madurez, mis carísim.^s herman.^s, no podemos ménos de convencernos de la extension de nuestra vileza y miseria: podemos caer, y nada mas que caer, porque nuestra malicia y la corrupcion de nuestra naturaleza nos precipitan á las caidas; mas no podemos levantarnos de éstas sin volvernos á Dios, para que extienda su mano y nos levante ejercitando su infinita bondad. ¡Ah! ¿y cuántas otras miserias no siguen á ésta? Si Dios por su gran misericordia se digna levantarnos, no podemos conservar por nuestras propias fuerzas su gracia; de modo que necesitamos buscar fuera de nosotros mismos el elemento que nos sostenga y conserve en la amistad del Señor. Reconocia David esta verdad, y levantado por la mano de Dios de la postracion espiritual á que lo condujeron sus pecados, volviéndose al Señor le pedia que lo tuviese con su diestra,

(1) Isaías C. 40.

para que no volviesen sus ojos á tropezar en la vanidad, y su alma fortalecida por sus auxilios pudiera conservarse fuerte y robusta en el camino de la penitencia y del cumplimiento de su santa ley (1). Las personas que confian en sus propias fuerzas, imaginándose que podrán dominar las inclinaciones de su naturaleza miserable, mas violentas y mas insidiosas todavía por la cooperacion que reciben de nuestros enemigos espirituales, esas son ordinariamente víctimas de su propia temeridad. Les sucede lo que al infeliz que, satisfecho de sus propias fuerzas, entra á la lid, y combatiendo con su adversario cae herido mortalmente. Y ménos infelices serán, si aciertan desde el abismo en que caen precipitados á elevar al Señor su corazon para alcanzar la gracia de levantarse, porque á estas almas temerarias el Señor las deja muchas veces en su postracion, para que conozcan por experiencia propia hasta dónde se hace desgraciado quien confia en sí mismo. Vean, pues, los religiosos y religiosas con cuánto empeño deben clamar al Señor continuamente, á fin de obtener de la divina bondad el beneficio de perseverar fieles á Dios toda su vida, desconfiando de ellos mismos, y poniendo solo en El la esperanza de alcanzar los bienes eternos.

Nuestras almas necesitan alimento que las fortifique, y bebida que las refrigere durante la peregrinacion que vamos haciendo para buscar nuestra verdadera patria que es el reino de los cielos. Y bienaventurados llama el Salvador á los que sienten hambre de esos bienes, que alimentan, robustecen y dan vigor para llegar hasta el cielo, porque su infinita caridad les promete que los hartará de manera, que lleguen

(1) Salmo 118.

allá, y disfruten esa comida y esa bebida celestial, cuya abundancia les sacie por toda la eternidad. David se encontraba sediento de Dios, y pedia ser refrigerado con agua viva en medio de su sed de que le consumia, sin que su riqueza, grandeza y esplendor encontrasen en sí mismo arbitrio para proporcionársela. Somos pobres, mis carísim.s herman.s, somos pobres, y necesitamos que venga el Señor, y nos provea aquella comida que nos robustezca, y esa bebida que nos refrigere. Mas quiere ántes, que persuadidos de nuestra pobreza le pidamos humildemente este socorro como verdaderos pobres, que todo lo aguardamos de su infinita liberalidad.

Ni contribuye ménos, para humillarnos, el conocimiento que cada dia tenemos ocasion de adquirir y robustecer, de nuestra debilidad, para resistir y vencer las tentaciones que á cada paso nos asaltan en todas partes. David veia llena de lazos la superficie de la tierra: lazos que se extendian bajo de sus mismos piés (1), y preparados para cautivarlo y hacerlo perecer. Aun cuando la conciencia nos advierta de la ruina inmensa que ellos nos preparan, nuestra inclinacion nos conducirá hasta el lugar mismo en que quedaremos enredados, si la mano del Señor no nos toma á su cargo para guiarnos y conducirnos, de manera que nos libremos de la prision que se nos prepara. Así es que conociendo que la ruina, la esclavitud y la muerte y otros infinitos males nos amenazan en el camino que vamos haciendo para reunirnos eternamente con nuestro Padre Dios en su tabernáculo del cielo, somos tan miserables, que por nosotros mismos ni sabemos ni podemos librarnos de las asechanzas que

(1) Salmo 141.

se nos tienden. Somos Israel que atraviesa el desierto caminando hácia la tierra de promision; mas ve á Moab y á Filistin, á los Amalecitas y Amorreos armados para impedirle llegar y tomar su posesion. ¿Qué hará entónces este Israel, á quien la palabra divina le ha dicho que esa tierra será suya? ¿Qué hará, herman.s mi.s? Recordará al Señor su misma promesa, le pedirá que la cumpla; subirá al monte su santo caudillo, y rogará porque se le envien auxilios de lo alto, á fin que, robustecido para la batalla, pueda poseer lo que la bondad divina le otorgó. Y si Israel obra de otro modo, es decir, si temerario se atreve á combatir contando con sus propias fuerzas, caerá herido de muerte por las armas de sus enemigos. Ved ahí la suerte que se prepara, mis carísim.s herman.s, á los religiosos y religiosas que, teniendo delante de sí el reino de los cielos, se creen robustos para vencer por sí solos á los enemigos que se lo disputan. Caerán enredados en los lazos que Amalec les tiende en su camino, caerán heridos por las armas de los Filisteos, y caerán, en fin, porque siendo débiles para combatir solos, debieron ántes llamar en su socorso al que combate desde el cielo en favor del pueblo que redimió y destina á gozar de su reino eternamente.

¿Y quién podrá numerar las angustias, dudas y todo género de dificultades que nos presenta nuestra ignorancia á cada paso en este mismo camino? El Santo Job lo conocia bien cuando decia: *Circumdedit eum Deus tenebris* (1). Veia las tinieblas, las palpaba, cubrian su entendimiento, impedian moverse á su voluntad, le rodeaban en su camino, y ni un paso adelante le permitian dar. ¡Desgraciado el que llega

(1) Cap. 3.

á imaginarse que puede penetrar hasta su propio entendimiento, é iluminarlo con luces adquiridas por sus propios esfuerzos! Porque eso mismo que él llama luces, son las tinieblas que le extravian, le inducen á mil errores, y le sumen completamente en la obscuridad mas lamentable. *Circumdedit eum tenebris.* No hay vicio que castigue Dios tan severamente como la soberbia, y el azote mas terrible con que suele afligir á los soberbios, es permitiendo que no echen de ver las tinieblas de su propia ignorancia. Al contrario, el humilde que vive penetrado de su insuficiencia, procura buscar socorros celestiales que lo iluminen, y temiendo siempre errar, toma todas las precauciones que le son posibles á fin que ésto no suceda.

Lo que dejamos expuesto nos hace conocer que la humildad consiste en el verdadero conocimiento de nosotros mismos, y que humildes son, por consiguiente, todos aquellos que trabajan por conocerse, y conociéndose obran en armonía con este conocimiento. Veamos ahora las obras que nos inspira esta humildad.

II.

Los actos que inspira la humildad son unos en órden á Dios, y otros en relacion con los demas hombres (1); pero todos dispuestos de un modo tan admirable, que interior y exteriormente nos hacen verdaderamente humildes delante del Criador y de sus criaturas. Con relacion á Dios practicamos la humildad, viviendo persuadidos de que todo cuanto tenemos es de Dios. No solamente los dotes que poseemos en nuestra alma, como el talento, la agudeza de inteligencia,

(1) S. Thom. Opusc. de Virtut.

la viveza de voluntad, la presteza y acierto para discurrir, la bondad, la discrecion, la generosidad y otra porcion de dotes como éstos, de que aparecen adornadas tantas criaturas; sinó aun los corporales, como la belleza, la hermosura, la nobleza y la elevacion en fin. El humilde reconoce que de Dios le vienen todos estos dotes como un presente que le ha querido conceder misericordiosamente á fin de empeñar mejor su gratitud. No se nos dieron semejantes dotes por algun mérito que tuviésemos, ni para premiar algun servicio que hubiéramos hecho al Señor, de ninguna manera: porque desnudos estábamos en su presencia divina de todo merecimiento, y nada, absolutamente nada habiamos hecho que pudiera contribuir á su gloria y que pudiera, por consiguiente, empeñar su reconocimiento hácia nosotros. Nos adornó con esos dotes, porque quiso ser bueno y misericordioso, de modo que esta suma bondad de Dios si debe de una parte humillarnos, haciéndonos conocer hasta dónde somos deudores á nuestro amorosísimo Criador de los bienes espirituales y naturales que poseemos, debe tambien por otra empeñar vivísimamente nuestro reconocimiento y gratitud. San Pablo nos excita á esta consideracion, cuando nos pregunta: « ¿Qué tienes, hombre, que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿porqué te glorias como si no lo hubieras recibido (1)? » No tenemos, pues, absolutamente porqué gloriarnos en éstos dotes, sinó porqué humillarnos: nuestra conducta debe ser como aquella del mismo San Pablo que, recordando los favores particulares con que Dios se habia dignado distinguirle durante la carrera de su apostolado, alababa la bondad infinita del Señor que se ha-

(1) Ep. I. á los Corínt. C. 4.

bia dignado concedérselos, para hacerle instrumento de la salvacion de sus hermanos. « Por la gracia de Dios soy, dice, lo que soy (1). » Como si dijese: Ni las revelaciones con que Dios se dignó recrearme, ni el don de milagros con que me ha honrado, ni los frutos prodigiosos que ha recogido su palabra por medio de mi predicacion, nada de eso es mio, porque *gratia Dei sum id quod sum:* todo eso es obra del Señor, y yo nada tengo en que gloriarme. Mias son solamente mis enfermedades, mis flaquezas y mis culpas; mio es el primer lugar entre los pecadores (2); mio haber sido perseguidor de la Iglesia de Jesucristo (3); mio ser el menor entre todos los cristianos (4), y tan mio, que por mi vileza no merezco ni aun llevar este nombre, porque mis pecados me ponen muy distante de la santidad que la fé de Jesucristo pide en aquellos que la profesan. « Guárdeme, pues, el Señor de gloriarme sinó en la cruz de Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para él (5). » Ved ahí los sentimientos que han de inspirar los dotes que recibimos del Señor: confusion, humildad, recuerdo y convencimiento de nuestra propia vileza, y en fin, ejercicio verdadero del propio conocimiento, que nos muestra hasta qué punto somos indignos de los favores que el Señor se ha dignado dispensarnos en esos mismos dotes.

Lucifer olvidó, mis amad.[s] herman.[s], que eran de Dios los bellísimos dotes de gracia y hermosura de que veia adornada su naturaleza angelical; como sor-

(1) Ep. I. á los Corínt. C. 2.
(2) I. á Timot. C. 1.
(3) Ep. I. á los Corínt. C. 1.
(4) A los Efesios C. 5.
(5) A los Galat. C. 6.

prendido al encontrar en sí tanta hermosura, tanta excelencia y tanta dignidad, pretendió ser como Dios. Y la fé nos enseña hasta dónde llega la infelicidad que le acarreó la presuncion y soberbia que encerraba su olvido: hasta hoy tolera y tolerará por toda la eternidad las amargas consecuencias de su pecado. El religioso y la religiosa colocado por Dios en el cielo de su monasterio, olvidándose á veces que son dones del Señor las gracias espirituales que ha recibido, imita á Lucifer especialmente cuando, gloriándose ya sea en virtudes, ya en otros favores espirituales que se le han concedido, se imagina que suyo es algo de eso. Se expondrá, pues, á ser castigado por la misma justicia que castigó á los ángeles rebeldes, sinó procura atribuir á Dios todo eso en que se goza, pues que á El solo corresponde. Sed, mis amad.s herman.s, muy severos en la práctica de esta humildad, porque, como nota muy bien el Padre San Bernardo, se aparta de Dios quien se atreve á sublevarse con sus dones pretendiendo hacer suyo aquello que realmente corresponde solo á El. Hagamos lo que hacia este mismo santo Doctor, cuando tan humilde como avergonzado de sí mismo predicaba á sus religiosos: « Mio es todo lo malo, todo lo imperfecto, todo lo detestable que encontrais en mí; fuera de ésto lo demas que alguna vez podais ver, es de Dios, y lo ha puesto en mí para confusion mia (1). » ¡Oh! si viviesen todos los que profesan vida religiosa llenos siempre de esta santa humildad, ¿cuántos prodigios de virtud no veríamos glorificando cada dia los claustros? ¿Cuántos modelos de verdadera humildad no encontrarian los seglares en que edificarse, y cuántos ejemplos que contribuirian

(1) Serm. ad Fratres.

indeciblemente á propagar y robustecer el espíritu de Jesucristo en toda la santa Iglesia católica? ¡Ah! procuremos vivir llenos de este espíritu de santa humildad que da á Dios en todas partes, aquello que le pertenece.

Pero ademas, lo que Dios nos ha dado, en comparacion de lo que su divina Majestad tiene, es nada. Reunid toda la grandeza humana en vuestra imaginacion; reunid toda la ciencia y toda la virtud repartida entre todas las criaturas; reunid todos los merecimientos que todas hayan podido adquirir; suponed que juntos formen montes mas elevados aun que esos que con asombro contemplamos acá y allá esparcidos sobre la tierra por la mano del Criador: ¿qué es todo eso delante del Señor? ¿Qué es en presencia de la grandeza y majestad de Dios? Nada, mis carísim.[s] herman.[s] *Quasi nihilum reputatum est ei*, nos dice la voz de Dios en las santas Escrituras: nada es todo eso comparado con su infinita grandeza y majestad. Y aun cuando fuésemos tan poderosos, que pudiésemos levantar cien veces y mil veces mas todavía esos montes de las virtudes y de los merecimientos humanos, nada serian aun en su presencia. *Quasi nihilum reputatum est ei.* ¡Qué pequeños nos vemos cuando pensamos esta verdad! ¡Oh si la tuviésemos constantemente delante de nuestro entendimiento, cuánto amaríamos, respetaríamos y temeríamos al Señor! ¡cuán alegres le ofreceríamos el sacrificio de nuestra pequeñez y miseria! Procuremos, herman.[s] mi.[s], no olvidar la grandeza y majestad divina en todos los lugares y en todas partes, y recordemos que jamas seremos ni tan grandes ni tan dichosos, como cuando, reconociendo lo que somos delante de Dios, procuramos anonadarnos en su divina presencia.

Mas sucede ordinariamente que esos mismos dotes que Dios se ha dignado concedernos, son mucho menores que aquello que se figura nuestro amor propio; de suerte que éste nos representa como singular aquello que no es sinó una cosa comun y ordinaria. Por eso el Espíritu Santo exhorta á las criaturas que temen al Señor, á desconfiar de sus propios juicios en todo aquello que les pertenece inmediatamente (1). Porque el amor propio es lo último que muere en nosotros, y á pesar de cuantas precauciones tomemos, da señales de vida, pretendiendo engañarnos en órden á la bondad ó á cualquiera otra de las excelencias que creemos poseer. Ilusiones del amor propio llama San Francisco de Sales todas esas buenas cualidades de que nos imaginamos encontrarnos adornados; pero ilusiones que con frecuencia se arraigan y crecen en la conciencia de los religiosos y religiosas, y los hacen incurrir en muchas faltas. En dos palabras podemos reasumir todos los actos que nos inspira la humildad en órden á Dios y que dejamos indicados: « Nada tenemos bueno, y sí mucho malo. »

Mas os decia que nos inspira tambien la humildad ciertos actos con relacion á los otros hombres, y el primero es vivir persuadidos de nuestra imperfeccion, y obrar en armonía con esa misma persuasion. Porque nada importan todas esas palabras, con que muy á menudo nos dicen tantas personas religiosas que son pecadoras, que son inútiles, que para nada de provecho son capaces: todo ésto, repito, son vanas palabras, porque con sus obras estan mostrando claramente la importancia en que se tienen éstas mismas, y el grande aprecio que hacen de cuanto les pertenece; y mien-

(1) Proverb. C. 15.

tras no les veamos obrar en armonía con aquellas palabras, podemos creer con razon que reina en sus almas la soberbia. Si esa persona cree que es inútil para su comunidad, ¿porqué entónces se queja ordinariamente cuando se cree postergada en la asignacion de los oficios? ¿porqué toma tanto empeño en figurar entre los demas religiosos, llegando á pretender que éstos sigan su opinion? Es porque no cree aquello que dice, y cuando asegura que es inútil, no está dispuesta á someterse á las opiniones de otros individuos de la comunidad, que constantemente ha tenido por ménos instruidos, ménos meritorios y ménos dignos. Ya veis que ésto es contrario á la humildad, y veis, por consiguiente, cómo aquella que ostentaba esa religiosa ó ese religioso, no era sinó un vano aparato de aquella virtud. Que sea, pues, sincéra vuestra humildad, es decir, que el sentimiento íntimo de vuestro corazon, que os persuade de lo que realmente sois, se exprese por vuestras acciones exteriores. La soberbia que hace pensar ventajosamente de sí mismas á las personas espirituales, es la mas peligrosa, dice San Antonino de Florencia (1), porque es tambien la que mejor sabe disfrazarse y ocultarse, á fin de no ser conocida fácilmente. La persona humilde pasa todavía mas adelante, creyendo que todos cuantos componen la comunidad, son mejores y mas aventajados en virtud que ella; y como tales á todos respeta, á todos habla con humildad, y de todos procura aprovechar lo bueno que ve á fin de imitarlo. Esta misma persona, instruida por la Sabiduría divina, no ama cuestionar ni disputar vanamente con los otros, y mucho ménos sobre el proceder ajeno, porque sabe que en las dis-

(1) Instruct. Sacerdot. De peccat. capital.

putas fácilmente crecen la ira y la soberbia, y nacen mil imperfecciones y defectos, que las personas que desean ser perfectas, deben evitar cuidadosamente. Es imposible unir el amor propio con la humildad; y el religioso ó religiosa que se empeña por alcanzar y practicar entera y perfecta esta virtud, debe esforzarse decididamente por arrancar hasta la última raiz de este vicio, que impide á la humildad arraigar y desarrollarse en su alma, hasta dar los frutos que le corresponden.

Humillarse en las reprensiones, aun cuando parecen injustas, es un ejercicio muy eficaz de humildad, y que dispone á los religiosos y religiosas para crecer y robustecerse en esta santa virtud. Dios permite no pocas ocasiones que algunos individuos sean vistos de mal ojo por sus superiores; sucediendo que aun cuando cumplan las obligaciones de su oficio, y aun cuando sean exactos en todo lo que les corresponde, permite, digo, que la virtud que les estimula á obrar de esa manera, sea calificada de gazmoñería, hipocresía ó con otros epítetos tan impropios en la boca de un superior, como aparentes para que ganen merecimiento las personas á quien se aplican. Dios lo permite, repito, porque de esa manera da ocasion á éstas para que se muestren verdaderamente humildes como debemos. Jesucristo vida nuestra es el modelo mas santo, acabado y perfecto que podemos proponernos en esos casos. Lo veis reconvenido por los magistrados, que le repiten las acusaciones de sus enemigos; que le maldicen, diré con el apóstol San Pedro; pero ¿qué hace Jesucristo? El no maldecia; padeciendo no amenazaba, sinó que se entregaba á aquel que le juzgaba injustamente (1). Esta es la humildad que nos enseña el

(1) I. de S. Pedro C. 2.

Maestro divino, y la que quiso grabar en nuestra alma con sus ejemplos. Dolorosos parecen todos estos actos, pero son la herencia que dejó el Hijo de Dios á las almas que se dignó elegir para sus esposas ; mas recuerden éstas que tendrán su premio, y no tan solo el de asemejarse aquí en la tierra al Salvador manso y humilde de corazon, como se llamó El mismo, y que quiso practicar esta humildad ántes que todas las otras virtudes ; sinó otro copioso y sobremanera grande y excelente que se dignó prometernos, y vamos á ver.

III.

« El que se humillare, será exaltado, » nos dice el divino Salvador (1) ; y éste es el primer galardon grande y copioso, que designa á sus soldados humillados y abatidos por amor suyo y deseosos de imitarlo. Ensalza al que se humilla, porque lo libra de las miserias que acompañan á la soberbia, al orgullo y al amor propio. ¿Sabeis, mis amad.s herman.s, hasta dónde llega la extension y trascendencia de esas miserias? Recorred los males que sufrimos todos los hijos de Adan, y contadlos, si podeis, y entónces tendreis idea así de su número, como de su extension. Porque si encontrais obscurecidos los entendimientos, extraviada la razon, sumergidas las almas en las tinieblas de la ignorancia, y á los hombres metidos en el fango de los vicios; todas estas y otras muchas miserias que divisamos acá y allá afligiendo al género humano, todas son efectos de la soberbia. La humildad nos libra de todos estos males, conservándonos en posesion de las

(1) S. Mateo C. 23.

gracias que nos fueron dadas y nos hacen aptos para recibir todavía otras superiores. Por eso Jesucristo nuestro divino Salvador no quiso entrar en la grandeza de su gloria, sin haberse ántes humillado hasta sufrir todo el abatimiento de su pasion y muerte. En su Madre Santísima quiso darnos tambien un documento solemne de esta verdad. Oid lo que dice la afortunada Vírgen y Madre de Dios: « Porque miró el Señor la humildad de su esclava, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones. *Quia respexit humilitatem ancillae suae, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes* (1). » Miró el Señor lleno de complacencia la humildad profunda de su alma, que la disponia para recibir los dones de su infinita liberalidad, y por eso la hizo grande con la grandeza de todas las virtudes, bienaventuranzas y dones celestiales, que ninguna otra criatura recibió alguna vez de la mano del Señor (2). Y como Maria, habiendo practicado todas las virtudes con particular excelencia, se distinguió en la humildad sobre todos los demas, Dios por eso mismo quiso elevarla, premiando esta humildad con exaltarla y engrandecerla sobre todos los ángeles y sobre todos los hombres. Así es que, si fijamos la vista de nuestra alma en Maria, y la vemos tan copiosamente llena de toda suerte de bienes celestiales, son éstos consecuencia de su humildad, son el premio que le acarreó esta virtud, y se los dió el Señor porque vió su humildad, y quiso premiarla convenientemente. *Quia respexit humilitatem ancillae suae.*

Tambien la humildad obvia y remueve todas las dificultades que se presentan en la vida religiosa á

(1) S. Lúcas C. 1.
(2) S. Thomas 2.ª 2.ªᵉ quaest. 24.

las personas que la abrazan. Hay ocasiones, en que los preceptos de la regla, los mandatos de los superiores, y los mismos votos solemnes hechos al Señor se hacen insoportables, ya sea porque la caridad se debilita en los religiosos, ó sea porque han descuidado los medios que deben conservar en su espíritu el fervor que les prescribe su instituto, ó sea ya, en fin, porque han acogido pensamientos ó afectos contrarios al fin que se propusieron al abrazar la vida del claustro; el hecho es que se forman á veces tales tempestades en el interior de los religiosos y religiosas que, si Dios no viene á socorrerlas inmediatamente con su gracia, consentirán en mil propósitos absurdos, que les abismarán en infinitos males. La humildad allana todos esos verdaderos abismos, en los que precipitándose las almas encontrarian seguramente su eterna desgracia. La humildad es quien los allana, repito, removiendo todo aquello que contribuye cerca de nosotros á inspirarnos aquella mala voluntad, ó hablando con mas propiedad, aquella aversion á nuestras obligaciones. La verdadera humildad nos hace ver claramente cuanto bien nos resulta de aquellas prácticas que nos parecian intolerables, y sentir la paz y alegría de espíritu que nos viene de ser fieles al Señor, humillándonos bajo las disposiciones adorables de su divina providencia. Y nos hace tan óbvio y fácil todo lo que se nos manda, que aun cuando á primera vista eso mismo parezca absurdo, nuestra voluntad lo practica con intenso consuelo, y continua practicándolo con gozo indecible de su espíritu. Es de esta naturaleza lo que se nos refiere de un abad, que mandó á un religioso jóven trasladar de un lugar á otro un gran monton de piedras: cuando el trabajo estuvo acabado, le ordenó restituir las mismas piedras al

punto de donde las habia traido. Varias ocasiones mandó hacer esta operacion el abad al jóven ; mas éste, sin indagar la causa porque se le daban tantas órdenes opuestas en un mismo dia, practicó en silencio y con grande prontitud y alegría aquello que se le ordenaba. Nada pensó sinó someter su voluntad á la de su superior con humildad verdaderamente angelical, mereciendo con esta obra disponerse para ser un religioso perfecto en el ejercicio de todas las virtudes que son propias del estado religioso (1). Quien se humilla hasta ese punto , mis amad.s herman.s, puede decir ya con razon lo que San Pablo aseguraba de sí mismo, que vivia en él nuestro Señor Jesucristo, porque su voluntad, su opinion, su juicio, todo, todo habia ya desaparecido, y solo vivia Jesucristo con sus virtudes. Así el religioso que se humilla hasta el extremo de no saber ni el motivo porque se le ordena proceder en tal ó cual sentido , no vive tampoco él , sinó la humildad de Jesucristo, que practica con tanta perfeccion, es la que lo anima, é incesantemente tambien lo llena de merecimientos.

No extraño por eso que Dios conceda á los religiosos y religiosas verdaderamente humildes tantas luces del cielo, tanta abundancia de consuelos espirituales, tanta prudencia y rectitud para dirigirse y aconsejar á otros, que venga á ser por lo mismo muy difícil que estas personas cometan errores, ni los hagan cometer á los que tomen y aprovechen sus consejos. Dios los guia, y quien marcha con tal direccion, lleva delante de sí una luz tan brillante, como la que guiaba á los hijos de Jacob (2) cuando peregrinaban por el desierto del Sinaí. Jesucristo nuestro divino Salvador daba gra-

(1) Vita Patr. C. de Obed.
(2) B. Albert. Magn. Tract. de virtut. Obed.

cias á su Eterno Padre por haber querido premiar su humildad con estas luces soberanas. « Doy gloria, dijo, á tí, Padre omnipotente, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios, y las descubriste á los humildes (1). » De manera que los religiosos, practicando constantemente la humildad, viven preparados para recibir del Padre de toda luz y fuente de toda sabiduría cuantas quiera concederles en premio de su misma virtud; al paso que á los soberbios y altaneros los aleja de sí, les retira sus luces, y les pone distantes de esa sabiduría celestial, á que se dignó admitir á los humildes. Los auxilios de luces y de inspiraciones del cielo que reciben éstos, no quedan ociosas en su entendimiento, ni en su voluntad, al contrario con ellas negocian robustez para practicar las virtudes, que les acercan mas y mas cada dia al Señor, fuente y principio de todas ellas, fortaleza para vencer los ataques de los enemigos espirituales, y constancia para perseverar en el camino principiado, y que los conduce con seguridad al reino de los cielos. Podemos decir que la humildad viene á ser para los que profesaron la vida del claustro, lo que fué para la mujer cananea esta misma virtud. Acudío pidiendo salud para su hija enferma gravemente, y se humilla á pedirla á Jesus que creia ser un profeta; el Salvador le increpa su falta de fé, que no le daba lugar entre los agraciados del Padre celestial, que son sus hijos por la misma fé que recibieron; mas ella vuelve á humillarse comparándose con los perritos mas pequeños, mas débiles, y por lo mismo mas miserables: negociando con este ejercicio tan repetido de humildad no solo la gracia que necesitaba, sinó otras muchas que el Señor quiso concederle en recompensa de su profunda humildad.

(1) S. Mateo C. 11.

Ved ahí, mis carísim.[s] herman.[s], las gracias principales que dispensa el Señor á los religiosos y religiosas que se humillan de corazon, tratando dia por dia de vencer cuanto sea opuesto á los intereses de aquella santa virtud. Grandes son estos premios, y nobles por su naturaleza y por sus efectos, y de consiguiente necesitan de parte de los individuos que desean alcanzarlos, esfuerzos bastantes á fin de remover las dificultades que se opongan á su intento. Sin esfuerzo nadie podrá llegar á ser humilde, y los esfuerzos propios, solos y aislados, no bastarán tampoco, si Dios no los bendice y hace eficaces con su gracia. Ocurramos á la oracion, si deseamos sincéramente obtener la humildad: ocurramos, repito, á la oracion, y en este santo ejercicio aprenderemos la ciencia celestial de humillarnos triunfando de nosotros mismos. Marchemos tras de Jesus, y no erraremos el camino. Sus pasos, sus palabras, sus consejos, su doctrina, todo cuanto en El vemos y oimos de su boca, todo nos enseña humildad, nos inspira humildad, y nos instruye sobre la humildad. Nos dice bien lo que somos, y cuánto debemos siempre desconfiar de nosotros mismos; cuánto necesitamos buscar los auxilios del cielo, que nos sostengan en medio de la borrasca de nuestras propias pasiones, y cuánto tambien hemos de confiar en Dios nuestro amoroso Padre y divino Salvador. Hagamos, pues, todo ésto, y la misericordia divina coronará nuestros esfuerzos, de modo que, triunfando de nuestra soberbia y de nuestro amor propio, mereceremos llegar á ser verdaderamente humildes aquí en la tierra, y coronados por Dios eternamente con los premios que nos tiene ofrecidos en el reino de los cielos, y os deseo.

INSTRUCCION DÉCIMATERCIA.

SOBRE LA NECESIDAD QUE TIENEN TODAS LAS PERSONAS QUE PROFESAN VIDA RELIGIOSA DE ACERCARSE CONTINUAMENTE Á LOS SACRAMENTOS DE LA PENITENCIA Y DE LA COMUNION.

Cum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt omnia quae possidet.

Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz estan todas las cosas que posee.

(S. Luc. Cap. 11.)

Hombre fuerte quiere Jesucristo Señor nuestro que sea cada cristiano mientras vive sobre la tierra; porque, obligados todos á guardar sin detrimento, el tesoro de virtudes que Dios ha depositado en nuestra alma, no podremos conseguirlo sinó viviendo con sumo cuidado y vigilancia perfecta. Por eso nos considera armados, guardando el atrio de nuestro corazon, de modo que el enemigo que lo asecha, no encuentre ocasion para asaltarlo y rendirlo. Quiere nos conservemos alerta, con lámparas encendidas en nuestras manos, y teniendo ceñido nuestro cuerpo y preparada nuestra voluntad para combatir como aquellos á quienes elogia el santo Evangelio (1). Así es cómo nos conservaremos en la posesion de la divina gracia, que el demonio se empeña incesantemente por hacernos perder, y viviremos dedicados á fortalecerla practicando las virtudes con que premia esa misma vigilancia. *Cum for-*

(1) S. Lúcas C. 11.

tis armatus custodit atrium suum, in pace sunt omnia quae possidet.

Esta paz de que nos habla el santo Evangelio, es la que se derrama sobre la conciencia de los que fielmente sirven al Señor, paz que, como nos dice el Apóstol, supera y excede con mucho toda expresion humana (1), y es uno de los premios que el Señor concede á los que vigilan con fortaleza á fin de triunfar de la malicia de sus enemigos espirituales. El mundo cree á veces premiar á sus servidores, haciéndoles disfrutar ese tumulto incesante que forman los placeres desordenados, poniéndolos en aptitud de gozar deleites que turban el corazon, é introducen ademas el desórden en la voluntad, y rodeándolos, en fin, de honores que ensoberbecen el alma, la llenan de cuidados, y acarrean mil perturbaciones. Pero Dios á las almas que le son fieles premia de un modo muy diverso: les da paz, de modo que puedan percibir distinta y claramente sus inspiraciones; remueve de ellas cuanto puede perturbarlas, y en medio de quietud profunda las instruye con documentos que contribuirán á ilustrarlas en el cumplimiento de sus deberes. *In pace sunt omnia quae possidet.*

Y cuando os digo que esta paz, en que el buen soldado de Jesucristo principia á disfrutar los efectos de su victoria, no es sinó el preludio de los otros bienes inefables y eternos, con que será recompensado el mérito que adquirió guardando al Señor la fidelidad que le debia; no hago sinó repetiros una verdad manifiesta á cada paso en las santas Escrituras. Dios preparando con ella á las almas que le permanecen fieles para practicar virtudes perfectas, las hace crecer en santidad, hasta unirlas con El mismo en su

(1) Filip. Cap. 4.

gloria eterna. De modo que al decirnos en el santo Evangelio que, viviendo armados contra satanás, guardamos de sus maquinaciones nuestra alma, y conservamos en paz todas las gracias que hemos recibido, nos estimula á buscar esas armas que nos preparan para combatir hasta vencer al enemigo que nos amenaza. *Cum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt omnia quae possidet.*

No extrañeis por eso, mis carísim.s herman.s, que despues de haberos hablado de los medios que aprovechan á las personas de vuestra santa profesion para guardar sin detrimento alguno la virtud de la pureza y castidad, ahora os indique cuáles son las armas que debeis traer constantemente en vuestras manos para conservar el corazon dirigido al cielo, y lleno de aquel santo fervor, que inspira tedio y alejamiento hácia todo cuanto pertenece á la tierra. Esa arma preciosa es para todos los religiosos y religiosas la frecuente confesion y comunion. Porque en el santo sacramento de la penitencia ejercitan excelentes virtudes, con las cuales reparan no solamente los daños que les causaron sus pecados, imperfecciones y defectos, sinó que ademas adquieren nuevos merecimientos que les aseguran auxilios abundantes y eficaces del Padre celestial. Porque en la santa Eucaristía concede el Señor un medio muy principal, para alcanzar la perfeccion, á las almas que sincéramente lo desean, dándoseles El mismo que es árbol de vida, y cuyos frutos son los dones y las gracias que lleva á las almas con quienes se une y estrecha en este santo sacramento (1): con la particularidad que renueva todos estos verdaderos tesoros de gracia y de virtud cada vez que lo recibimos bien preparados.

(1) S. Thomas 1.ª 2.ªe quaest. 70.

Ved ahí el arma poderosa que pone el Señor en mano de los escogidos de su pueblo, que son los que se consagran á su servicio en la vida religiosa: arma con la que cierran la entrada á los formidables enemigos que se empeñan por hacerlos decaer de las virtudes de su profesion, y sumirlos en los males que son consiguientes de la tibieza y del pecado. Yo me contraeré á mostraros las virtudes excelentes que se practican en estos dos sacramentos, y los infinitos bienes que en ellos ganan las almas consagradas á Jesucristo en la vida del claustro. Ojalá que la doctrina que voy á exponeros, obre eficazmente sobre aquellas personas distraidas que, mirando con negligencia los bienes, que la bondad divina pone á su disposicion en estos sacramentos, no hacen los esfuerzos que debieran por llegarse á recibirlos con la asiduidad y fervor que necesitan. Vos, divino Salvador, que los instituiste con amorosa providencia para abrasarnos en vuestra encendida caridad, encended mis palabras con amor tan inflamado á Vos mismo, que pueda mediante vuestra gracia hacer participantes de él á mis oyentes.

I.

Contrayéndome primero á las virtudes que ejercitan en la santa confesion las personas consagradas al Señor, os digo, mis amad.s herman.s, que ejercitan las tres virtudes teologales ó divinas, que recibimos como dote los hijos de Dios en el sacramento del bautismo, y se les ampliaron y robustecieron en la profesion solemne que hicieron al abrazar la vida religiosa (1).

(1) S. Antonin. Instruct. Sacerd. De Charit.

Se ejercita la fé, creyendo que Dios absuelve los pecados por medio del sacerdote que administra el sacramento, y con el poder que El le confirió le dice resueltamente que se los perdona, es decir, que se los borra todos, sin que de ellos quede rastro ni vestigio alguno. Zacarías veia en medio del pueblo escogido una fuente de agua viva, en la que lavarian los manchados, los enfermos y leprosos todas sus inmundicias, hasta quedar perfectamente límpios y sanos (1). Esta fuente la encuentran en la confesion muy especialmente las almas fervorosas que viven en el claustro, y la gozan cuantos desean adquirir ese fervor. La encuentran las fervorosas, he dicho, para llenarse de fortaleza á fin de marchar adelante y acercarse mas inmediatamente á Dios objeto de la fé; y la encuentran tambien las que desean ese fervor sin haberlo aun conseguido, purificándose en las aguas de la penitencia de las faltas é imperfecciones que les impiden adquirirlo. De modo que para unas y otras viene á ser verdadera agua de salud la que en ella se les administra, y con la que se aviva y ejercita su fé eficazmente. Se ejercita igualmente la esperanza, mas aquella esperanza celestial, que descansa y se funda en la promesa divina, que concede el perdon de sus pecados y de sus negligencias al que lo buscase. Es cierto que las personas que profesaron vida religiosa, por la naturaleza de esta misma pueden considerarse mas distantes de cometer culpas graves, que las otras que viven en el siglo, y rodeadas por todas partes de atractivos que las arrastran á los pecados; pero tambien es cierto que aquellas tienen obligacion mucho mas estrecha que éstas de procurar la perfeccion, y

(1) Zacarías C. 3.

necesitan, por consiguiente, poner medios mas numerosos y mas eficaces para conseguirla. Tienen tambien las religiosas peligros que vencer de otra naturaleza que no tienen los seglares; y cuando todo ésto reflexionan, fácilmente podrian acobardarse y creerse sin fuerzas para llegar á conseguir su perfeccion y santificacion. Mas Jesucristo, fuente de las virtudes que nos perfeccionan, y autor de la santificacion, como lo llama el Apóstol (1), dándonos nuevas gracias, y perdonando tambien nuevamente nuestras culpas en el sacramento de la penitencia, nos certifica de la voluntad entera y decidida que tiene de justificarnos y salvarnos. San Cipriano nos hace oir la palabra con que, alentando nuestra esperanza, nos dice: *Age, age, Christi servus, nihil timeas, nihil dubites.* Ea, ea, alma sierva de Jesucristo y esposa del divino Redentor, acércate, acércate sin dudar un instante de su amor, sin debilitar en lo menor tu esperanza; acércate con seguridad que aumentarás tu virtud para pelear con mayor esfuerzo las batallas del Señor (2).

En la confesion ademas revive y se hermosea la caridad, ejercitándose el alma en afectos fervorosos de amor de Dios y de dolor de las culpas cometidas; se conoce y aprecia mejor lo que vale la amistad divina, y se robustecen las resoluciones de perseverar hasta el fin en su servicio (3). De suerte que no tan solo con el dolor y la confesion que hace borra sus pecados, sinó que adquiere fuerzas nuevas y mas vigorosas para ejercitarse y crecer en las virtudes. La reflexion frecuente sobre sí misma le hace adquirir odio contra el pecado y pureza de corazon,

(1) Epist. á los Hebreos C. 2.
(2) Lib. 1.us de Poenit.
(3) S. Thomas 3.a pars, quaest. 82.

dos circunstancias que el Señor busca en las almas que desposa consigo por amor y caridad. Por esta razon algunos de esos grandes Santos, imitadores perfectos de Jesucristo, se acercaban de continuo á la santa confesion. Cada dia lo hacian Santo Domingo de Guzman, San Ignacio de Loyola y San Cárlos Borromeo; cada dia se confesaban Santa Brígida y Santa Catalina de Sena, y dos veces cada dia San Francisco de Borja, el Bienaventurado Cardenal Pedro de Luxemburgo y otros Santos. No querian presentarse éstos delante del Rey celestial llevando en sí alguna mancha que pudiera sonrojarles. ¡Ah! ¿y cómo hay entónces personas religiosas que, profesando vida de perfeccion y llamadas por esta misma razon á tratar frecuentemente con Dios en la oracion, no se llegan con la debida frecuencia á este santo sacramento? ¿Cómo podrán esas almas conservar el fervor de la caridad, ni mucho ménos aumentarlo? ¿Ni cómo conseguir la limpieza de corazon que aquellos Santos se proponian alcanzar lavándose tan á menudo en las aguas tan saludables como amargas de la penitencia? No me maravillo, mis amad.s herman.s, de encontrar en los claustros almas tan tíbias, tan distraidas, tan inclinadas á la tierra, cuando las veo, por cualquier motivo que fuese, alejadas de la sagrada confesion, que se limitan á practicar solo aquellas ocasiones que la regla se los manda. Por eso el conocimiento que tienen de sí mismas es superficial; las imperfecciones de su alma viven sin encontrar ningun atajo que las mortifique ni las reprima; los movimientos de sus pasiones son cada vez mas impetuosos y violentos; y su deseo de llegar á ser el religioso ó religiosa que deben, cada dia mas débil y ménos perfecto. Son todas estas personas como aquella pobre mujer, que durante

tantos años toleró la enfermedad que la pondria muchas veces á punto de morir; mas cuando se resolvió á llegarse á Jesus, y se llegó efectivamente, y tocó sus sagradas vestiduras llena de fé y de ardiente devocion, sanó al punto. ¿Y porqué sanó? Porque llegó á Cristo que sana prodigiosamente todo género de enfermedades y la tocó con infinita bondad (1). Lleguemos nosotros con frecuencia á Cristo en la sagrada confesion para confesar á su ministro no solo las culpas, sinó tambien los defectos y las imperfecciones: de ese modo lograremos sanidad completa y hermosura perfecta para nuestra alma; robusteceremos la caridad, enfervorizaremos nuestro espíritu, y podremos decir con el Apóstol, que la caridad de Dios se ha derramado en nuestro corazon por el Espíritu Santo que se nos ha dado (2). Porque se nos da el Espíritu Santo, y vive éste en nosotros, cuando tenemos pura nuestra conciencia y capaz de servir á El de tabernáculo.

Mas no imagineis que yo pretenda que las personas que profesaron vida religiosa, se confiesen cada dia, ni ménos dos veces al dia, como lo practicaron aquellos Santos; sí pretendo, como he dicho, que se confiesen á menudo, de modo que á menudo entren dentro de su propia conciencia; muevan su espíritu con los actos fervorosos que requiere la confesion y el arrepentimiento de los pecados; renueven sus generosas resoluciones de caminar siempre con mayor cuidado por la senda de las virtudes; y se ejerciten, en fin, en todos los demas actos que exige la santa confesion. Esto es lo que digo; y en órden á las veces

(1) S. Gregor. Pap. in Evang.
(2) Rom. Cap. 5.

que deberá hacerlo cada individuo, serán las que le prescriba su confesor, ni mas ni ménos. Pero sí advertiré á todas estas personas con San Alfonso Maria de Ligorio, que en sus confesiones digan siempre con franqueza y claridad cuanto ocurre en su conciencia, de manera que nada oculten de cuanto conviene que sepa el confesor para su direccion espiritual. Porque si algo omiten ó algo disfrazan, no digo de pecado, porque eso seria cometer un sacrilegio, sinó perteneciente á su espíritu, á mas que harian obra imperfecta, no aprovecharian como debieran la direccion que el confesor les daria, atendida su situacion. Debo igualmente advertirles, que no deben en el confesonario tratar sinó de aquello que pertenece á su conciencia y no, por consiguiente, de negocios extraños á ésta. Obrar de otro modo, será confundir los negocios del espíritu con los de otra naturaleza, y convertir el lugar y el acto consagrado por Dios para tratar sobre los intereses eternos, en locutorio donde se habla de toda suerte de negocios. Tambien debo, finalmente, advertirles, que nada influye para el provecho de la confesion hablar largamente con el confesor, sinó que bastará decirle con sinceridad y verdadera compuncion aquello que encontramos en la conciencia quo nos indispone con Dios é inhabilita para recibir sus gracias soberanas. Eso es lo que importa al sacerdote que os debe indicar la manera de removerlo, y al penitente que necesita adoptar esos medios para marchar adelante en el camino que le conduce á unirse con Jesucristo. Tratar en la confesion negocios extraños á ésta, distrae sumamente tanto al penitente, como al confesor; disipa el recogimiento del espíritu que exige ese santo sacramento en aquellos que lo reciben, para que les sea provechoso, y los expone aun á recibir la ab-

solucion tan distraidos y preocupados de otras cosas, que la gracia divina, que trae aquella, cae en el alma como la semilla sobre la tierra inculta, sin humedad é incapaz de producir. Evitad, pues, cuidadosamente tratar en el confesonario otros asuntos que los de vuestro espíritu, y procurando que sea exacta y sincéra la relacion que hagais de vuestros negocios espirituales al confesor, omitid al mismo tiempo todo cuanto con éstos no tenga estrecha relacion.

La humildad, aquella virtud preciosa, de quien decíamos en otra ocasion haber sido la inseparable compañera del Hijo de Dios hecho hombre, vive, crece, se fortifica y hermosea por medio de la frecuente confesion; y es perfecta la humildad que en tales casos se practica, pues abraza no solo la interior, con que el alma se anonada delante del Señor, sinó la exterior, con que descubrimos á sus ministros los secretos mas íntimos, y muchas veces vergonzosos, de nuestra propia conciencia. Y esta humildad es tanto mas provechosa, cuanto es tambien mas meritoria. Porque humillarse solo interiormente y delante de Dios, no es mas que una virtud imperfecta, por cuanto el hombre se ve obligado por la fé, por la razon, y aun por la evidencia misma, á reconocer la inmensidad de Dios, y á humillarse en su divina presencia; y se ve obligado, repito, de tal manera, que ciego podríamos llamar á quien se obstinase en no querer humillarse de ese modo, negando la adoracion y el profundo homenaje que debemos á su grandeza y majestad divina. Mas ésto no es bastante para quien trata de practicar la perfecta humildad: necesita mostrarla con señales exteriores, como lo hace en la confesion. Esto es lo que humilla verdaderamente la soberbia humana, y abate esa altivez que tanto reprueba el Señor en sus cria-

turas. Aquí es donde la grandeza humana, que tantas veces se cree noble, poderosa, justa y llena de virtudes, viene á inclinarse humildemente, confesando con sus obras que es vil, pecadora y que nada hay en sí que pueda darle título para gloriarse, y sí mucho realmente porque humillarse y abatirse. ¡Ah! Dios mio, sobrada razon tenemos para repetir delante de Vos, que hemos pecado en gran manera con pensamientos, palabras y obras. Esta humildad nos fortalece tambien, porque nos enseña á temer los peligros que por todas partes nos rodean, á evitar las ocasiones que á cada paso se nos presentan, y á vigilar sobre nosotros mismos en todos los lugares y en todos los negocios.

Por obediencia se somete el alma á lo que le ordena el ministro de Cristo, encontrando en él la voz viva que viene del cielo para dirigirla en el camino de la religion, donde tanta necesidad siente de escucharla á fin de ser ilustrada y fortalecida en sus dudas, en sus ignorancias y en sus errores. Con razon podrá decir quien oye la voz del confesor y se dispone para obedecerla, que encontró el tesoro de salud y de vida (1), que promete el Señor á quienes se empeñan por servirle con amor y fidelidad. Salimos de la santa confesion llenos de aquella justicia perfecta, que nos eleva porque nos hace conocer toda la iniquidad que encierran nuestras culpas, y la absoluta necesidad que tenemos de repararlas con obras dignas de penitencia (2): nos sentimos prevenidos contra nosotros mismos, y mirando en nuestra carne el mas temible y mas formidable de nuestros enemigos, armamos nuestra voluntad y nues-

(1) Prov. Cap. 8.
(2) S. Luc. Cap. 3.

tro brazo para reprimirla y castigarla. Y no desiste de su empresa, sinó que venciendo sus inclinaciones, sus afectos, y aun su naturaleza misma, trata de perfeccionar por medio de la gracia que recibe la obra que emprendió en sí mismo al decidirse á buscar al Señor y á servirle en la estrechez y penitencia de la vida religiosa. Ratifica este propósito nuevamente con resoluciones que toma en lo mas íntimo de su corazon, y las ofrece como parte de la satisfaccion que debe á Dios por las faltas cometidas.

Ved ahí cuantos actos perfectísimos de virtud ejercitan las personas que profesan vida religiosa, en el santo sacramento de la penitencia; y digo estas personas principalmente, porque siendo mayores y mas eficaces los auxilios que reciben del Señor en el claustro, conocen y aprovechan tambien mejor el valor que ellos encierran. No creais ni por un instante, que Dios deje sin recompensa á ninguna de éstas: es un sacrificio que le ofrecen, y ese sacrificio les traerá justicia, limpiando de sus pecados la conciencia y derramando sobre su alma la gracia divina, la perfecta caridad, y los dones de Dios que la colman de belleza y hermosura. Les traerá paz, aquella paz que consiste principalmente en el dominio de sí propio, y que Dios concede en premio de las victorias alcanzadas sobre las pasiones, sobre la carne, sobre la ira y la soberbia, sobre el amor propio, y en fin, sobre ese crecido número de enemigos que nos persiguen en todas partes. Les traerá, en fin, gozo, pero nó aquel con que el mundo suele regalar á los que le siguen, sinó otro puro é inefable que eleva al cielo nuestro corazon y nuestra voluntad regocijados íntimamente de la libertad que consiguieron del peso de sus culpas, imperfecciones y defectos, que el Señor se ha dignado borrarles y perdonarles

misericordiosamente: aquel gozo, en una palabra, que significaba David, diciendo que sus huesos, humillados por la bajeza de la culpa, saltaban de gozo escuchando la voz inefable que les certificaba del perdon concedido por Dios á los pecados que les envilecian y consumian (1). ¡Oh! qué bien se cumple en tales almas aquello que enseñó San Agustin: *Cessat vindicta divina, ubi confessio praecurrit humana* (2). Cesa la indignacion de Dios, cesa el disgusto con su criatura, vuelve á la union tierna é íntima con sus esposas, cuando le buscan humilladas y deseosas de satisfacerle en el santo sacramento de la penitencia. Desaparece aquella distancia que ponen entre Dios y el alma religiosa la tibieza, el amor propio mal vencido, y el disgusto á la obediencia; todo, todo desaparece, cuando por medio de la santa confesion busca el alma á Dios y es vestida de nuevo fervor. *Cessat vindicta divina, ubi confessio praecurrit humana.*

En la confesion espiritual, que á las personas santamente empeñadas por alcanzar la perfeccion, aconsejan algunos maestros de la vida espiritual hacer cada noche, despues de haber examinado detenidamente sus obras del dia, y conocido tambien las faltas cometidas contra Dios (3); encuentran aquellas un medio muy fácil y muy eficaz para prepararse á fin de llegar digna y provechosamente á recibir la santa confesion. Puesta el alma en la presencia de Dios, y recogida allí con la mas profunda reverencia, le pide sus auxilios para penetrar dentro de sí misma. Conoce que ha pecado; pero conoce al mismo

(1) Salmo 50.
(2) In I. ad Corinth.
(3) Ven. P. Luis de la Puente Trat. II. del juicio de sí mismo.

tiempo que para saber hasta dónde llega la malicia y el número de sus faltas, necesita recurrir á Dios, porque El solo puede manifestárselo. Cuando cuenta con este auxilio poderoso, entra en sí propia, y hace la revista y escrutinio minucioso de sus obras, de sus palabras, de sus pensamientos, de sus afectos y deseos. Si yo hablase á personas seglares, les diria que les bastaria en este exámen dar una ojeada circunspecta sobre las ocupaciones, negocios y conversaciones del dia; pero tratándose de personas dedicadas á Dios, y que por la promesa solemne que le tienen hecha estan obligadas á caminar por la senda de la perfeccion, les diré que ese exámen debe ser minucioso, á fin que en él nada se nos oculte, sinó que todo quede patente. A nosotros pertenece aquello que á Israel decia Jeremías: « Sube á la atalaya, y pon delante de tí todas tus amarguras (1). » Esa atalaya, es la cumbre de nuestro propio conocimiento, desde donde debemos extender nuestra vista hasta lo mas profundo de nuestra conciencia, y encontrando allí nuestras faltas, hemos de ponerlas delante de nuestro entendimiento, doliéndonos de haberlas cometido con amargura de nuestro corazon. Estimulados por esta santa compuncion clamaremos al Señor, confesando que hemos pecado con nuestros pensamientos, con nuestras palabras y con nuestras obras. *Peccavi nimis cogitatione, verbo et opere. Nimis* le decimos, es decir, con pecados sobremanera graves, porque aun cuando por la infinita bondad de Dios no encontremos, quizá, ningun pecado en realidad mortal que actualmente manche nuestra conciencia; atendiendo la santidad de la vida que hemos abrazado, atendiendo la solemnidad de las promesas

(1) Cap. 31.

hechas al Señor, y atendiendo las particulares gracias con que la misericordia divina nos ha socorrido, todas nuestras faltas tienen particular deformidad delante de Dios. *Peccavi nimis* por eso decimos con todo el corazon detestando aquellas faltas, ó como el profeta Daniel, llenos de la confusion que ellas nos inspiran, diremos: « A nosotros, Señor, corresponde la confusion y la vergüenza, porque hemos sido infieles á Vos quebrantando vuestra divina ley; pero á Vos corresponden la clemencia y la misericordia, porque nos apartamos de vuestra ley divina. Abre tus ojos, Dios mio, mira nuestro arrepentimiento, y muéstranos tu rostro lleno de amor y de bondad (1). » Así ejercitamos el dolor de los pecados, extendiéndolo no solo á los que nos acusa actualmente la conciencia, sinó á los de toda la vida; y no solo á los que conocemos, sinó á todos cuantos el Señor conoce, sabe y vió cuando los cometimos. Cada uno ofrecerá, finalmente, como satisfaccion esos mismos actos de arrepentimiento que hace, y los deseos y afectos fervorosos que procura dispertar en su corazon; ofrecerá la sangre preciosa y las amorosas llagas del divino Hijo y amoroso Redentor nuestro Jesucristo; ofrecerá los dolores de la Santísima Vírgen Maria Madre purísima de Jesucristo, Madre misericordiosísima tambien nuestra, y de este modo concluirá su confesion espiritual.

Ya comprendereis, mis carísim.s herman.s, que una alma, movida de este modo por la divina gracia, se muestra dispuesta para recibir todos esos favores, con que el Señor premia á los que viven empeñados por conocerse y abismarse mas y mas en su propia miseria; y en efecto, á estas personas es á quienes el Señor

(1) Daniel C. 9.

asiste para que, llenas de ese intenso conocimiento de su miseria, procuren crucificar los sentidos de su cuerpo y las potencias de su alma en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, de modo que lleguen á vivir tan completamente unidas al Salvador por la mortificacion voluntaria, que pueda asegurarse de ellas que estan enclavadas en la cruz con Jesucristo, de manera que no viven ya ellas mismas, sinó Jesucristo en cada una de ellas (1).

Ved ahí trazados, aunque muy imperfectamente, los bienes que trae la frecuente confesion á las personas que buscaron en la vida del claustro la manera mas segura de santificarse. Veamos ahora cómo la frecuente comunion arraiga y hermosea mas estos mismos bienes.

II.

Jesucristo mismo por sus labios santísimos ya nos enseñó los bienes que concedia á las almas que se acercasen á recibirle en la sagrada comunion con la preparacion necesaria. « El que me come, dijo, ese vive por mí. *Qui manducat me, ipse vivet propter me.* » Y en otra ocasion: « El que come mi carne, ese no morirá jamas, sinó que vivirá eternamente. » Este favor que dispensa á todo cristiano que le recibe dignamente, tiene con relacion á las personas que se consagran á buscar el amor á Jesucristo en el estado religioso, una amplitud mucho mayor para la conservacion de la vida espiritual y para robustecerla por medio de los arbitrios que Dios les ha concedido con ese fin. Y entre todos éstos ninguno hay tan poderoso

(1) A los Galat. Cap. 5.

ni tan eficaz, como la santa comunion, segun nos enseña el Angélico Doctor (1). Nota éste con mucha razon, que todos los santos sacramentos, en los cuales nos mostró la Bondad Divina hasta dónde es misericordiosa para con nosotros sus pobres criaturas, van dirigidos á prepararnos para recibir ó para administrar el de la santa eucaristía, en que el Autor mismo de los sacramentos se nos da entera, real y verdaderamente (2). Bien persuadido el Señor de la importancia del beneficio que nos dispensaba, quiso por medio de la dignidad y eficacia de los otros hacernos venir en conocimiento de la grandeza y santidad de éste, en que nos hace gustar su cuerpo y su sangre; une nuestra pobreza con su riqueza inestimable, nuestra miseria y corrupcion con su pureza inmaculada, nuestra ignorancia con su luz y claridad indeficiente, nuestra carne enferma con la suya que cura de los males que engendran la muerte, y su perfecta santidad, en fin, con nuestra naturaleza decaida y postrada en todos los vicios y pecados. Ved ahí, hermanos mios, la razon porque os dije que el Señor por medio de la santa eucaristía arma á las almas, sus esposas, de un modo formidable para guardar el atrio de su corazon, de manera que venga á quedar impenetrable para sus enemigos. Impenetrable, porque así como Jesucristo vive por su Padre, así el religioso ó la religiosa que le recibe sacramentado dentro de su pecho, vivirá solamente por Jesucristo (3), es decir, para ocuparse en las obras que le aconseja su caridad y su perfecto amor (4). No puede ser mas estrecha la union que en esta se-

(1) In Joan.
(2) 3.ª p. q. 81.
(3) S. Juan C. 6.
(4) S. Thomas, Cat. aur. in Evang. S. Joan.

mejanza nos ofrece, y de ella resulta que, así como el Hijo de Dios vive por su Padre recibiendo de Este el ser por la eterna generacion, y tiene con El un mismo sentir, una misma voluntad y un idéntico modo de obrar en todas las cosas; de igual manera el alma que se llega á Cristo y fervorosamente le recibe en la santa eucaristía, recibe en virtud de este alimento celestial, por participacion, el ser y la vida de Jesucristo. Recibe sus virtudes, y con éstas la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar, de suerte que pueda decir con verdad aquello que repetia San Pablo: « Vivo yo, mas no yo, sinó Cristo vive en mí (1). Mi vivir es Jesucristo, porque vivo en El, por El y para El (2). » La persona religiosa que se persuade de esta verdad, mira á Jesucristo como objeto y fin de todas sus obras, de modo que viene á ser El su única y verdadera vida.

Pero esa vida espiritual que encuentra el alma uniéndose á Jesucristo en la sagrada comunion, necesita alimento que la sustente, para no desfallecer caminando en su largo y penoso viaje á la eternidad. Jesucristo veia á su pueblo escogido en aquella multitud que le seguia por las soledades cercanas al mar de Tiberíades, y de la que dijo á sus apóstoles: « Compasion tengo de las gentes que estan conmigo, y no tienen que comer; si las enviase en ayunas á su casa, desfallecerán en el camino, porque han venido algunos desde léjos (3). *Si dimisero eos ieiunos, deficient in via: quidam enim ex eis de longe venerunt.* » Así viendo la turba de sus religiosos y religiosas que le siguen por el camino solitario del claus-

(1) A los Galat. C. 2.
(2) A los Filip. C. 2.
(3) S. Marc. C. 8.

tro, y que no le desamparan, porque viven pendientes de su palabra, se compadece de su debilidad; porque aun cuando prueba de fortaleza ha dado cada uno dejando todas las cosas por seguirle, no obstante teme que las fatigas del camino, los combates de los enemigos espirituales, y las distracciones mismas del viaje los debiliten hasta el punto de no poder continuar. *Deficient in via.* Y este justo temor lo abriga particularmente de aquellos que vinieron de léjos; porque de léjos vienen aquellos que se levantaron de las regiones del pecado, que es lo mas distante que se encuentra de Dios, para abrazar la vida religiosa. Estas almas debilitadas particularmente por sus recuerdos antiguos, por sus propensiones viciosas, y por algunas inclinaciones mundanas, cuyas raices profundamente arraigadas no han podido aun desenterrar del todo y arrojar de su corazon, sin ese alimento robusto y sustancioso teme que desfallezcan en el camino, porque han venido de muy léjos. *Deficient in via: de longe enim venerunt.* Y ved ahí porqué les ofrece el pan de la santa eucaristía: pan de ángeles, que quita de las almas toda suerte de flaqueza, y las hace marchar sin cansancio alguno tras de Jesucristo.

¿Y cuánta satisfaccion experimentan tales almas recibiendo en ese mismo alimento la prenda y seguridad de que llegarán felizmente al reino de los cielos? Esta prenda es el mismo Jesus que aman, buscan y reciben de Dios en la sagrada comunion. La reciben del Padre, que les da á su Hijo, y con El y en El todas las cosas (1). La reciben del divino Hijo, que les da su cuerpo y sangre oculto y escondido bajo el velo de los accidentes de pan y vino, dándoles tam-

(1) A los Romanos C. 8.

bien en él todos los derechos y títulos que adquirió para que sus redimidos entrasen á participar en gloria eterna la herencia que les ganó con su pasion y muerte (1). La reciben, en fin, del Espíritu Santo, que con Cristo entra en sus corazones como prenda de la herencia celestial (2), que concede el divino Salvador á las almas en confirmacion de todas las promesas que les tiene hechas. De suerte que reciben dos prendas de vida feliz y eterna, las mas preciosas y seguras que jamas pudieron darse: la una visible, que es el sacramento, en el que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, se nos entrega todo, para seguridad de que poseeremos su gloria, si perseveramos fielmente en las virtudes de nuestro estado; y la otra invisible, que es el Espíritu divino, que trae y derrama en nuestra alma el mismo sacramento.

De estas grandezas encerradas en la sagrada comunion, las personas llamadas á recibirlo mas á menudo, deben tomar para si dos avisos principalmente. El primero, gran deseo de recibirle; y el segundo, gran esmero para recibirle dignamente. Deseo de recibirle como medio eficaz de marchar adelante en el camino de la perfeccion, como principio de robustez espiritual para no desfallecer en el camino que nos conduce á la vida eterna, y como fruto de verdadera vida que ilumina en aquellos que lo comen, el entendimiento con luces del cielo, á fin que desaparezcan de sus almas todas las tinieblas que les impiden percibir con claridad las verdades divinas. Pero este deseo debe ser fecundo en las almas que lo sienten, de tal modo que las haga resolverse á vencer

(1) A los Hebreos C. 2.
(2) A los Efesios C. 1.

los dos enemigos que ordinariamente impiden á las personas religiosas llegar con la frecuencia conveniente á la sagrada comunion, y son los escrúpulos y la tibieza. Los escrúpulos se vencen con la obediencia. Por consiguiente, comunicando cada individuo al confesor con sinceridad lo que pasa por su alma, debe inmediatamente hacer aquello que le ordenare (1), sin oponer excusa de ningun género. Los escrúpulos no solo nacen, segun el Angélico Doctor Santo Tomás, de ciertas vivas aprensiones que se forman en nuestro espíritu, y lo inducen á temer en muchos casos, en que realmente no hay motivo porque temer; sinó que tambien nacen no pocas ocasiones de la imperfeccion de nuestras virtudes, y entónces contribuye á fortificarlos la soberbia mal vencida que desea á toda costa que prevalezca su propio juicio y su opinion, aun en los negocios espirituales (2). La obediencia humilde, dice este santo Doctor, es el remedio seguro para restituir la paz á las almas turbadas por los escrúpulos. Esas son verdaderos enfermos, y á quienes mejor que á ningun otro conviene respetar y ejecutar las prescripciones del médico para conseguir su sanidad. Sin este requisito no podrán alcanzarla, é inútiles serán los esfuerzos que hagan para tranquilizarse. Son como Naaman, que hizo un largo viaje, viniendo desde Damasco hasta Samaria, á fin de conseguir sanar de su molesta enfermedad; mas no acomodándole el remedio que le señaló Eliseo, trata de volverse pesaroso y disgustado á su pais. Mas sus siervos, sus compañeros y amigos, « *Obedi,* le dicen, *et sanaberis a lepra:* Obedece, y quedarás sano de la lepra (3), » y obedeció

(1) S. Lig. Verdad. Espos.
(2) Opusc. De Perfect.
(3) IV. Regum C. 5.

en efecto, quedando al instante sano. Obedezca del mismo modo toda persona escrupulosa humilde y prontamente al confesor, y crea con seguridad que, sea cual fuese el principio ó la causa de su mal, quedará sana. *Obedi, et mundaberis a lepra.*

La tibieza es el otro enemigo, y mas peligroso todavía que los escrúpulos, porque deja al alma en estado de inaccion ó de indiferencia para lo bueno. El que sufre este verdadero mal espiritual, ha de procurar moverse á clamar desde lo mas íntimo de su alma, pidiendo socorros al Señor; y no se ha de contentar con pedirlos, sinó que ha de moverse á practicar aquello que puede mas eficazmente contribuir á dispertar su espíritu de esa especie de sueño, en que lo sumerge su tibieza. Tales son la oracion mental, la devocion á la Virgen Santísima, especialmente la de su santo Rosario, y la confesion frecuente acompañada de la mortificacion de los sentidos. Todo ésto servirá de disposicion para la comunion, que vendrá á completar la curacion de ese mal, restituyendo á quien lo sufria, el vigor y fortaleza que habia perdido.

Pero el conocimiento de los bienes encerrados en la santa eucaristía, á mas de inspirar deseo de recibirla en las almas consagradas al servicio de nuestro Señor Jesucristo en el estado religioso, debe estimularlas á prepararse de modo, que lo hagan dignamente. Hablando en presencia de personas instruidas en sus obligaciones, no debo detenerme para decirles cuál debe ser esta preparacion. Sí encareceré tan solo la gran pureza de alma, con que la esposa de Cristo, que le juró fidelidad y amor perfecto en los votos religiosos, debe acercarse para recibirlo en su corazon; la gran fé y devocion que debe procurar para este acto tan augusto y tan solemne; la esperanza viva y cari-

dad ardiente, con que ha de estimularse á fin de conseguir todos aquellos bienes inefables que estan encerrados en él. El santo Evangelio nos ofrece un modelo muy á propósito que las personas religiosas pueden proponerse imitar con verdadero aprovechamiento de su alma, cuando se preparan para comulgar. Tal es el de aquella santa y fervorosa mujer, á quien llama Jesus en su casa, y ella corriendo abandona todas las visitas, deja todas las ocupaciones, y va presto para atender al divino Maestro que se digna llamarla. *Magister adest, et vocat te: illa ut audivit, surgit cito, et venit ad eum* (1). Ved ahí la primera disposicion: ese santo deseo que inspira el amor divino de recibir á Jesucristo, de unirlo con nuestra alma, y de tenerlo dentro de nosotros; dejando para ésto, como aquella, toda otra ocupacion que pretenda impedir la santa comunion. *Magister adest, et vocat te.* ¡ Ah ! me llama: ved ahí la voz de mi amado; vedle que viene saltando por los montes, atravesando collados. Oidle que me dice: Levántate, apresúrate, amiga mia, y ven (2). Alma, suene tu voz en mis oidos y muéstrame tu rostro. Me levantaré, pues, correré, saldré presurosa para recibirlo ; no tardaré un punto en acudir á su llamado. *Surgit cito, et venit.* ¿Y qué hace cuando ha llegado delante de Jesus ? Se postró á sus piés. *Cecidit ad pedes eius.* Porque la devocion tierna y afectuosa es siempre humilde, dice San Francisco de Sales, y sabe conciliar el amor ardiente con la veneracion y el respeto profundo. Le adora á sus piés; confesa su grandeza, su poder, su sabiduría y majestad, como lo

(1) S. Ioann. C. 11.
(2) Cant. Cantic. C. 2.

hacia aquella otra humillada delante de Jesucristo. Allí postrada, ejercitando las virtudes teologales delante del amado de su corazon, se encontrará el alma tan unida á Jesus, que le recibirá diciendo en trasportes de amor como la Esposa de los Cantares: « *Tenui eum, nec dimittam;* Le así, y no le dejaré.» Le así fuertemente, como explica San Bernardo, y le até á mi corazon con las cuerdas de la caridad, de manera que no le separaré jamas de mis potencias, y teniéndole conmigo, le mostraré con mis obras todo mi mas tierno y abrasado amor (1).

En órden á la comunion cotidiana, si convenga ó nó á todas las personas religiosas, repetiré la doctrina contenida en un decreto del Papa Inocencio XI. que cita San Alfonso Maria de Ligorio (2). « El acercarse, dice, con frecuencia á la santa eucaristía se debe dejar á la discrecion de los confesores, los cuales, atendiendo á la pureza de las conciencias, y al fruto que sacan de la frecuencia, les deben ordenar lo que entiendan ha de aprovechar mejor para su bien. » Como ois, pues, queda ésto á la conciencia de los confesores; añadiré solamente dos sentencias admirables de dos grandes Doctores de la Iglesia á este respecto. La primera de San Agustin que, despues de haber dicho: « Recibe la comunion cada dia, para que cada dia te aproveche, » añade: « pero vive de tal modo, que merezcas recibirla cada dia (3). » La otra es de Santo Tomás, que enseña ser utilísima para las almas la comunion cotidiana considerada en sí misma; pero en órden á quie-

(1) In Cant. Cantic.
(2) Verdad. Espos. Tom. I. C. 23.
(3) Serm. 28. de Verb. Dom.

nes deban recibirla, no conviene indistintamente á todos, aun cuando se encuentren en estado de gracia, sinó tan solo á los que estan dispuestos y preparados para ella con las virtudes fervorosas que se requieren (1).

La comunion espiritual, que consiste, como enseña el Angélico Doctor (2), « en el ardiente deseo de recibir á Jesus sacramentado, » y el Santo Concilio de Trento alaba y recomienda á los fieles, es un medio poderoso para auxiliarnos en la empresa de alcanzar la perfeccion. Como para esta comunion no se requiere ni estar en ayunas, ni sacerdote que la administre, ni alguna otra cosa fuera de lo que hacemos nosotros mismos, puede repetirse á cualquiera hora. Para hacerla con la mayor utilidad posible, puede practicarse al fin de la oracion mental, ó cuando se oye Misa, ó se visita al Santísimo Sacramento. Algunas personas se acostumbran á hacerla muchas veces al dia, y como no pueden practicarla ni con el espacio de tiempo, ni con la preparacion bastante, no reciben en su alma todo el provecho que pudieran. Por esta razon conviene hacerla solamente cuando hay oportunidad de que sea bien hecha.

Concluyamos, mis carísim.^s herman.^s, con aquellas palabras de San Crisóstomo que, meditando tantas obras emprendidas por Jesucristo para favorecernos, exclamaba: ¡ Ay de nosotros ! ¡ cuántos recursos se nos conceden para llegar á la vida eterna ! Igual cosa podré yo ahora decir: ¡ Cuántas riquezas franquea el Señor á las almas fieles en sus santos sacramentos de la confesion y comunion ! ¡ Cuántos verdaderos tesoros de

(1) 3.ª p. q. 40.
(2) Ibidem.

gracias que auxilian eficazmente, y de virtudes que nos estimulan á trabajar con fervor por el reino de los cielos! Ea, aprovechémolos contrayéndonos á recibirlos con tanto espíritu, que merezcamos las bendiciones del cielo aquí en la tierra, y la corona eterna en la gloria.

INSTRUCCION DÉCIMACUARTA.

EN QUE CONSISTE LA CARIDAD QUE DEBEN PRACTICAR PRINCIPALMENTE LAS PERSONAS QUE ABRAZARON LA VIDA RELIGIOSA.

Plenitudo legis est dilectio.

La caridad es el cumplimiento de la ley.

(Ad Rom. Cap. 13.)

La verdad que nos enseña San Pablo en estas pocas palabras, es la que en su santo Evangelio nos predicó á cada paso nuestro Señor Jesucristo, y principalmente declarando que el precepto de la caridad era el fundamento de su divina ley. En efecto, quiso que fuese esta virtud el espíritu que diese movimiento á todas nuestras obras, el alma que animase á todas nuestras virtudes, y el corazon que encendiese todos nuestros afectos y deseos. Penetrado de esta doctrina del Salvador el apóstol San Pablo, escribia á los fieles de Coríntio (1): « Aunque tuviera el don de lenguas, y las hablase no solo como los hombres, sinó con la excelencia de los ángeles, pero me faltase la caridad, seré como metal que suena, ó como campana que retumba, pero cuyo sonido no es voz viva, y aunque dispierta y llama, ella no se mueve de donde está ni hace lo que su sonido indica. Y aunque hubiere recibido don de profecía, y conociese todos los misterios, y estuviese dotado de todo género de ciencia; y aun cuando tuviese fé tan perfecta, que con ella pudiera transladar los

(1) I. Cap. 13.

montes de un lugar á otro, pero no tuviese caridad; nada soy, porque todo aquello es para mí como la nada, faltándome la caridad. Y aun cuando, en fin, mis virtudes excediesen todos los elogios que pudieran decirse, é impulsado por sus movimientos hubiera repartido en limosnas á los pobres todo mi caudal; nada, absolutamente nada seré, si me falta la caridad. Aun mas todavía: si entregase mi cuerpo para que sea quemado, y no tengo caridad, nada me aprovecharia ese martirio, porque faltaba en mí el alma de toda buena obra, que es la caridad. *Nihil mihi prodest.* » Hasta ese punto ha querido el Señor, mis carísim.s herman.s, que la caridad anime todas nuestras obras, que reprueba y condena aun aquellas que parecen las mas santas, perfectas y aun heróicas, cuando no son hijas de la caridad, ó no van inspiradas por esta misma caridad. De modo que esta virtud debe aparecer en todas las obras del cristiano como aquel sello que el Esposo celestial queria encontrar grabado sobre el corazon y sobre el brazo de su Esposa, significando de esta manera, que tanto sus afectos y deseos, así como todas sus obras habian de nacer de la caridad, y ser tambien ejecutadas por la misma caridad: en una palabra, que la caridad fuese el complemento, el decoro y la hermosura de todas. *Plenitudo legis est dilectio.*.

Y si en las obras de todos los cristianos indistintamente desea el Señor resplandezca de esa manera su caridad, ¿cuál será la plenitud y perfeccion con que la buscará en aquellas personas, que se dedicaron á su servicio é hicieron voto de vivir segun el espíritu del santo Evangelio, que nos enseña la perfeccion de esta virtud? A éstas, que son la porcion escogida de sus ovejas, exige sin duda mucho mas que á todos los

demas que componen el resto del rebaño; les exige sin duda aquella caridad tan ardiente y afectuosa como la de San Pablo apóstol que, abrasado por esta virtud celestial, no dudaba decir: *Charitas Christi urget nos* (1). La caridad nos precisa no solo á consagrarnos á las obras que nos inspira el amor de Jesucristo, por el deseo de corresponder al que nos amó hasta el extremo de sacrificarse por nosotros; sinó tambien por nuestros prójimos, que fueron objeto tan querido para el mismo Jesucristo. Tal es la caridad que buscará en el alma de todas las personas que abrazaron la vida religiosa, para servirle en ella de ese modo tan perfecto, que nos pide su ardiente amor. De esa manera es cómo vendrá á ser la caridad la que inspire todas sus obras, no solo aquellas que ejecuta para honrar y glorificar á Dios directamente, sinó tambien las otras con que pretende llenar entre sus prójimos los oficios de la caridad, mirando en éstos el objeto que tanto estima Dios, que sacrificó á su favor lo que mas amaba, á saber, su Hijo unigénito, entregándolo á la muerte á fin de redimirlos y salvarlos. Y esta caridad crece constantemente en su alma, y creciendo se perfecciona y da frutos de buenas obras (2). De suerte que crece en órden á Dios, y desea consagrarse totalmente á su servicio, estar siempre con Cristo á imitacion del Apóstol (3), y por amor al mismo Cristo se mueve con ternura y misericordia á socorrer á los prójimos de aquella manera, que estuviese en armonía con sus votos y con las demas obligaciones que le impone su estado religioso. En la vida de nuestro Señor Jesucristo encuentran los religiosos y religiosas el modelo perfectí-

(1) II. á los Corínt. C. 5.
(2) S. August. Tract. V. de Charit.
(3) A los Filip. C. 1.

simo de esta caridad. En órden á Dios, no solamente en aquellas obras propias del Redentor del linaje humano, que venia á renovar á los hombres, dándoles una doctrina nueva, que predicaba y enseñaba con celo y caridad infatigables; sinó ademas en la práctica de aquellas virtudes celestiales, con que se ofrecia en sacrificio por su honra y gloria. Virtudes muchas de ellas amarguísimas por su naturaleza, y que comparan los sagrados expositores al ramillete de mirra, que la Esposa de los Cantares puso en medio de su pecho (1). Porque mirra amarguísima fué la paciencia inalterable con que toleró todo género de trabajos; mirra amarguísima la soledad y abatimiento voluntario, en que vivió todos los años de su vida que no ocupó en el ministerio público de la predicacion del Evangelio, de la fundacion de su Iglesia y redencion del linaje humano; y mirra amarguísima, en fin, la penitencia, con que desagravió la justicia de su Padre celestial, provocada é irritada por nuestros pecados. En órden á los prójimos, sacrificándose para enseñarles, para socorrerles, para consolarles con todo género de bienes verdaderos, inefables y eternos. Ved ahí el modelo de caridad que debeis proponeros, mis amad.s herman.s, en el ejercicio de esta virtud en órden á Dios y en órden á vuestros prójimos. Auxiliadme con vuestras oraciones, á fin que el Señor me socorra con sus luces, para tratar con acierto esta materia, y escuchadme.

(1) Cant. Cantic. C. 1.

I.

San Pablo, delineando las propiedades ó caractéres que brillan en la perfecta caridad que nos enseñó con sus ejemplos y doctrina Jesucristo vida nuestra, « Es, nos dice, paciente, no busca las cosas que son suyas, sufre todos los trabajos, siempre espera y jamas se cansa (1) ; » haciéndonos de esta manera comprender el Santo Apóstol, que con la caridad ejercitamos muchas y grandes virtudes, que nos llenan de merecimientos delante del Señor. En efecto, esta virtud, escribe Santo Tomás, trae consigo otras muchas, de que es como reina, y la obedecen acompañándola en los actos que nos inspira y manda ejercitar, ya sea para honrar á Dios, ya para beneficiar á nuestros prójimos (2). Jamas honramos tanto al Señor, como cuando hacemos de nosotros mismos el sacrificio, en que le ofrecemos un corazon lleno de paciencia y de abnegacion en los sufrimientos. Este es el que ofreció constantemente nuestro Señor Jesucristo á su Eterno Padre, y el que inspira á las almas, que viven en el claustro, le ofrezcan, con preferencia ejercitando la caridad. Sacrificio que perfecciona todas nuestras obras, segun la doctrina del apóstol Santiago (3), y que deja ver al alma que ama á Dios resignada y alegre, recibiendo lo que se digna enviarle para ejercitar su virtud y hacerla merecer, sin buscarlo por su propia eleccion (4). Cuando el Salvador nos declara en el santo Evangelio que ninguno puede ser su discípulo sin tomar primero su cruz

(1) A los Efes. C. 5. y á los Colos. C. 3.
(2) 1.ª 2.ae quaest. 65.
(3) Cap. 2.
(4) S. Ligor. Verdad. Espos. Tom. II. C. 13.

y seguirle, nos apercibe para sufrir con paciencia y alegría los trabajos que hemos de encontrar cada dia de nuestra vida en todas partes. Y estos trabajos serán para quien los sufra y tolere con paciencia la cruz en que el divino Redentor quiere se santifique y haga capaz del reino de los cielos. Quiso que fuese esta paciencia la demostracion mas concluyente que le diésemos de aquella caridad, con la que nos ofrecemos en sacrificio para corresponderle la infinita, pura, ardiente y generosa con que nos ama. Las personas religiosas, instruidas por esta doctrina del Hijo de Dios, ven los trabajos, y no los huyen ni los apartan de sí cuidadosamente; sinó que los aceptan con lo mas íntimo de su alma como el presente que les envia el amado de su corazon, y en el que deben rendirle prueba tanto de la realidad, como de la calidad de su amor. Les parece escuchar la voz blanda y amorosa de Este que les dice que permite esos trabajos á fin que con su paciencia sea El glorificado (1); que le llamen en su tribulacion, y les auxiliará, y le honrarán con llamarle; y que no solo le honrarán en acudir á El en medio de su necesidad, sinó que darán ocasion para que sea glorificado, acudiendo á socorrerles misericordiosamente (2). Ved ahí lo que dice el Señor á las almas cuya caridád ejercita en el claustro, enviándoles trabajos, sean de enfermedades, desprecios, necesidades, desolaciones, tentaciones, ó de cualquier otro género que fuesen.

El Angélico Doctor Santo Tomás enseña que los merecimientos del justo no consisten tanto en hacer ó en ejercitar ciertas obras meritorias, como limos-

(1) S. Juan C. 11.
(2) Salmo 40.

nas, oraciones, mortificaciones, ú otras como éstas, sinó en ejecutor estas mismas obras por cumplir la voluntad del Señor, que es el acto mas propio de la caridad, con que le amamos y nos ofrecemos en sacrificio por su honra y por su gloria (1). Milicia es la vida del hombre, decia el Santo Job (2), y sus dias como los del jornalero que soporta la fatiga de su tarea bajo el sol del medio dia; y esa fatiga en que vemos apuradas nuestras fuerzas, son aquellos que llaman ordinariamente los mundanos males de la vida, y los que viven segun el espíritu de Jesucristo, reciben como verdaderos regalos de la providencia: porque si bien es cierto que inundan á nuestra flaca y miserable naturaleza de amargura y de ansiedad, nuestra alma, sostenida por la gracia, saca de ellos un fruto de infinita dulzura, que saborea con indecible satisfaccion. Es ese fruto que la Esposa celestial llamaba « dulce para su paladar: » *Fructus eius dulcis gutturi meo* (3). La providencia de Dios amorosa hace muchas veces probar estos frutos á las almas que han venido á buscarle en el claustro, pero que en éste suelen entibiarse y distraerse algo del gran fin que tuvieron en vista al entrar, y lo hace, repito, con el objeto de llamarlas á mayor fervor, de recoger su espíritu en los ejercicios espirituales, y de encender su voluntad para que marchen con nueva fortaleza por el camino, en que fatigadas y debilitadas habian quedado sin pasar adelante. Dios permite que padezcan, para que, no encontrando en la tierra sinó las aguas de la tribulacion que la inundan, queden como la paloma que, saliendo del arca, y no encontrando donde sentar pié, volvió

(1) 2.ª 2.ªe quaest. 104.
(2) Cap. 7.
(3) Cant. Cantic. C. 2.

á entrar luego en ella. Así estas almas, esposas suyas por los votos, viendo la tierra inundada por tribulaciones del espíritu y dolores del cuerpo, vuelven á recoger su pensamiento, su afecto y su deseo en Dios, viviendo con mayor fervor segun el espíritu de su santo instituto. Quiere Dios, al permitir que les atormenten aquellos sufrimientos, cualesquiera que sean, « que suspiren por la vida eterna, lloren su destierro, pidan á Dios que se los alce cuando fuese su divina voluntad, y trabajen con gran cuidado en disponerse para que, viéndola El preparada, venga presto á llamarla, diciéndole con inefable dulzura: Levántate, dáte prisa, amiga mia, paloma mia; ya pasó el invierno, y han cesado las lluvias y las tempestades; ya se han acabado tus trabajos y penas, ven á ser coronada y á gozar el premio que tienes merecido con tus sufrimientos llevados con paciencia por mi amor (1). » Cuando un alma que busca á Dios sincéramente, penetra esta verdad, ¡cuán dulces encuentra sus dolores, sus amarguras y sus penas! Nada mas ve en todo eso, que la visita del Señor, el instrumento de su purificacion, el principio de su fidelidad y el escalon de su gloria. ¡Oh! ¡cuánto crece y se dilata su amor á un Dios que con tanta bondad acude á subministrarle en esas penas la medicina que tanto necesitaba! ¡Cuánto adora y bendice la mano que le proporciona alcanzar un tesoro tan inmenso de merecimientos! La prosperidad, la fama, la elevacion ordinariamente apegan á la tierra el corazon de los hombres, y tanto lo apegan, que suele todo eso servir de escollo para los bienes eternos, si Dios no nos socorre con gracias especiales, para no tropezar y caer en los lazos y precipicios que

(1) Ven. P. Luis de la Puente, Cartas.

nos abren. Porque entibian la caridad, inducen al hombre á olvidarse de Dios, apegan el alma á las conveniencias terrenas, y la alejan del cielo y de sus bienes eternos. Mas sucede todo lo contrario con las aflicciones y tribulaciones que sirven de ejercicio á la paciencia. Aprende el alma en todas éstas á desprenderse de la tierra, porque en ella no encuentra sinó las espinas y los abrojos de que la cubrió el pecado de nuestros primeros padres; aprende que la paz y la felicidad permanente que traen al corazon que busca los verdaderos contentos, no se encuentra en ninguno de los objetos que puede ésta concedernos; y aprende tambien que en la cruz de Jesucristo estan encerrados los únicos gozos verdaderos y permanentes, que ha de buscar, á costo de cualquier sacrificio, quien desea vivir en la tierra unido á Dios, y descansar eternamente en el seno de su felicidad eterna. ¡Oh! ¡cómo se alegra el corazon de la religiosa ó del religioso, combatido por las tribulaciones, meditando estas verdades! « Conocerá cuan sábio es Dios en las disposiciones de su divina providencia; cuan bueno al conducirla por el camino sembrado de espinas por donde le lleva; y si alguna pena puede conservar, es la de no haber padecido mas (1). »

Pero indiqué ántes, mis carísim.s herman.s, que los padecimientos, en que Dios se digna probar y purificar la caridad de sus escogidos, no vienen siempre de la misma causa, ni son tampoco unos mismos. La ejercita en la enfermedad, porque en medio de los dolores quiere que aparezcan fuertes en la virtud y vigorosos en la esperanza, levantándose como la palma (2), que eleva derechos hácia el cielo sus cogollos;

(1) V. P. Luis de la Puente. Cartas.
(2) Job C. 29.

y esa palma es símbolo de al paciencia, con que bendicen al Señor y alaban su santo nombre entre los dolores y las penas de que se ven rodeados.

La ejercitan en las privaciones que la pobreza religiosa impone á las personas que la profesaron; y no recuerdan éstas, como Job, su abundancia de otro tiempo, sinó para bendecir al Señor que les inspiró la resolucion de hacerse pobres para tener ocasion de bendecir su santo nombre, y que dispone carezcan de lo que necesitan, para que sea mas perfecto y meritorio el sacrificio que le ofrecieron profesando vida religiosa. Porque verdaderamente si las personas que han profesado pobreza, han de vivir sin carecer de algo de aquello que necesiten, su voto parecerá sin mérito, por cuanto no tiene el que lo hizo, ese real y verdadero de carecer de algo, experimentando, por consiguiente, real y verdaderamente la estrechez que trae consigo la pobreza religiosa practicada como se debe.

La ejercitan en las humillaciones y desprecios, que San Francisco de Sales llama suerte de las almas fervorosas y que mas aman á Jesus (1); y la ejercitan, repito, con tanto mas ardor, cuanto allí en sus desprecios y humillaciones encuentran frescos los vestigios de su Esposo, Redentor y Maestro divino, que anduvo por ese camino los treinta y tres años de su vida mortal. ¿Y qué cosa tendrán que extrañar, cuando á ese Salvador humillado, abatido y despreciado han venido á buscar y se han propuesto seguir en la religion que profesaron con todas las fuerzas de su alma? Que se levanten contra ésta las tempestades del amor propio; que brame el huracan de la ira dentro de su

(1) Estand. de la cruz.

pecho; que se desaten las furias de la indignacion mas vehemente en lo profundo de su corazon: esa alma mira á Jesus cargado por las mismas humillaciones, y agobiado por los mismos desprecios que sufre por su amor; é imitando sus ejemplos, resiste á todas aquellas pasiones que se levantan, y las combate hasta vencerlas, porque así se lo manda la caridad de Jesucristo. ¿Cuántas veces acude al divino Salvador como San Bernardo, y postrándose delante de El, lo mira atentamente como quien va á tomar en su consideracion nuevo brío y nuevo esfuerzo para combatir? ¿y cuántas otras oye su palabra en lo mas profundo de su alma, que le repite aquello que decia á sus apóstoles? « El siervo no es mayor que el señor; si á mí han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros: si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, por eso os ha de aborrecer (1). » Y ¿hasta dónde, pregunta con San Lorenzo Justiniano, hasta dónde fué despreciado Jesucristo? Hasta la muerte, hasta la ignominia de la cruz, y hasta hacerlo morir en ese suplicio afrentoso en medio de dos insignes malhechores (2). Se alienta el alma con esta consideracion, porque su caridad toma fuerzas en la de Jesucristo, para marchar adelante en su camino.

Las desolaciones de su espíritu le hacen recordar las de Jesucristo en el huerto de Getsemaní, é imitando á este modelo soberano, las acepta como el cáliz que ha de ofrecer en sacrificio al amado de su corazon, que con tanta caridad lo bebió hasta las postreras heces. Y no lo acepta por pura ceremonia, como hacen tantas personas que dicen al Señor cada dia estar dis-

(1) S. Juan C. 15.
(2) Fascic. amor.

puestas para sufrir y padecer por su amor; mas cuando llega el caso, se resisten, y piden pase de ellas el cáliz de la tribulacion, sin tocarlo siquiera levemente. No tengo fuerzas, dicen; y ni quieren tenerlas, porque no las piden á Dios que se las concederia. No obra de ese modo aquella alma fiel: acepta el cáliz amargo y doloroso de las tribulaciones, tinieblas y desolaciones de su espíritu resignada á la voluntad del Padre celestial que se lo envia, y le pide llena de confianza que le conceda su gracia para beberlo; permanece en su tribulacion resignada, porque es ésta la divina voluntad, y como Job (1) espera que la luz venga á brillar despues de las tinieblas, pero cuando Dios se digne determinarlo. Y las tentaciones, en fin, que tan formidable y temible presentan á satanás, no le intimidan ni acobardan para dejar de oponerles todas esas poderosas armas, de que el Señor nos ha provisto abundantemente, á fin que no seamos vencidos. Ved ahí cómo el alma, soportando con paciencia invencible las tribulaciones con que Dios la visita, ofrece un sacrificio valioso de caridad y amor al mismo Dios. Sacrificio de amor, que la hace aceptable al Señor, y le negocia de su infinita misericordia inefables bienes, con que se robustece mas y mas, á fin de llenar con perfeccion las obligaciones de la vida religiosa. De manera, mis carísim.[s] herman.[s], que en el camino ordinario que haceis en la religion, encontrais sacrificios continuos que ofrecer al Señor, ejercitando y robusteciendo la caridad de Dios en vuestras almas. Porque, á la verdad, ¿cuáles son los que no encuentran de continuo en la vida religiosa enfermedades y humillaciones, escaseces y desprecios, desolaciones y tinieblas; y en fin,

(1) Cap. 17.

trabajos y penas á millares que ofrecer á Dios con caridad y amor? ¡Ah! ¿y cuántos bienes no recogerá á manos llenas su alma si lo ejecuta fielmente? Animad, animad vuestra flaqueza, venerables religios.s, con el ejemplo de Jesucristo, y de ese modo los habreis conseguido tan abundantes y perfectos, que serán eficaces para sosteneros en el amor divino tan necesario para conservar el espíritu de vuestra santa vocacion.

Mas no es de paciencia tan solo el sacrificio que ofrecemos al Señor animados por su divina caridad: hay todavía otros que El nos pide en la vida religiosa; y uno de los que mas especialmente recomienda, y contribuye mucho para aprovechar en ella, es la soledad tanto interior ó del corazon, como exterior ó de los sentidos. Recordad, mis carísim.s herman.s, que nuestro divino Salvador al hacerse hombre quiso permanecer nueve meses en soledad perfecta en las purísimas entrañas de Maria. De suerte que, despues de haber hecho, al entrar en este mundo, á su Eterno Padre el entero y completo sacrificio de sí propio (1), abrazó la soledad y el perfecto silencio que la acompaña: enseñando con su ejemplo á los que traten de imitar sus virtudes, que no basta resolverse para conseguirlo, sinó que es necesario tomar todas cuantas precauciones y medidas contribuyan á fin de robustecer nuestro propósito de ser perfectos. El Espíritu Santo promete ilustrar á las almas con su santa conversacion, pero conduciéndolas primero á la soledad: Jesucristo mismo, próximo á comenzar la vida pública que habia de concluir con su dolorosa pasion y muerte, se retira tambien á la soledad (2); y cuando quie-

(1) A los Hebr. C. 5. y Salmo 39.
(2) S. Mateo C. 4.

re conferenciar con sus apóstoles sobre los santos ministerios que les habia mandado desempeñar en diversos pueblos, los lleva tambien á la soledad (1); porque es en ésta donde deja oir su voz con provecho de las almas; y nó entre el bullicio de los negocios, ni en medio (2) de la disipacion que reina entre los mundanos. El alma que se consagró á Jesucristo, busca por eso la soledad, en cuanto lo permite el oficio que le ha encomendado la obediencia, y en este mismo procura, en cuanto le es posible, conservarla. Por eso sus palabras son solamente aquellas muy necesarias; y si es superiora ó mas antigua en los tornos, en la sacristía, en la portería ó en cualquiera otro oficio, no solamente procura ella misma guardar la soledad y el silencio en sí propia, sinó que tambien hace que las otras lo guarden fielmente. A este fin cuida que aprovechen su tiempo todas las que estan en el oficio, y que no lo pierdan conversando inútilmente. Conversaciones que les hacen perder la soledad interior, faltar al silencio de la regla, imponerse de cuanto sucede en el convento y fuera de él, y en fin, exponerse mil veces á murmurar, á faltar á la caridad, y á cometer otros mil defectos. La mayor parte de las reglas que conozco, disponen que se lea en los oficios, de modo que las personas que los desempeñen, puedan conservar su corazon y su espíritu recogidos. Mas ésto no se hace en muchas ocasiones bajo pretextos frívolos, y de aquí nacen todos aquellos males. Yo no podré olvidar la impresion que recibí en una visita que hice en Gand á un monasterio de Beguinas en union del superior eclesiástico regular, á cuya jurisdiccion estaba

(1) S. Márcos C. 6.
(2) S. Bernard. de Consid. lib. III.

sometido. El célebre monasterio de que hablo no tenia ménos de setecientas monjas; y reunidas éstas en salas diversas en número de veinte en cada sala, todas cosian ó trabajaban de algun modo, pero en silencio y bajo la direccion de una religiosa anciana. Una monja leia en cada sala durante media hora, y cuando pasaba su turno, continuaba leyendo otra, de manera que siempre trabajaban oyendo lectura espiritual. Lo mismo sucedia en los oficios: en todos guardaban las religiosas silencio completo hasta tal punto, que ni por los patios, ni en la sacristía, ni en la portería, ni en ninguna parte se oia ruido alguno, siendo tan crecido el número de las religiosas. Solo en el templo, que con ser de tres naves lo llenaba todo completamente la comunidad, solo allí no habia silencio, porque cantaban los oficios del Señor con voces tan bellas y tan acordes acompañadas del órgano, que parecian armonías de ángeles mas bien que cantos de la tierra. En medio de una soledad semejante es, herman.s mi.s, donde vive el espíritu, donde se eleva hasta el cielo, donde se robustece la virtud, y donde se consuela el corazon. Es en esta soledad donde buscando á Dios se nos hace encontradizo: por eso veian los profetas regocijarse el desierto, y á sus moradores dar saltos de alegría al venir á la tierra el Hijo de Dios (1); porque venia á establecer sus enseñanzas en la soledad, y á conversar particularmente con los que en ella hiciesen su morada (2); pues, aquí en efecto, es donde enseña á las almas á progresar en el servicio de Dios. Poco, muy poco aprovechan por cierto en la vida espiritual aquellas personas que en sus

(1) Isaías C. 35.
(2) Osea C. 2.

claustros viven léjos de amar y procurar la soledad, y que aun cuando abandonaron el trato con las criaturas, lo buscan constantemente andando acá y allá por las celdas y las oficinas de comunidad, buscando conversaciones y noticias, y dando muestras con ésto de que no viven en soledad, sinó que aman y procuran estar acompañadas de tantos objetos é ideas, que en su corazon y en su mente han de perturbarlas y distraerlas de su principal atencion, que es buscar á Dios. Necesario es, mis carísim.s herman.s, vivir en soledad, para que Dios venga á conversar con nosotros, y el sacrificio que hará para conseguirlo cada individuo, mortificando su genio, su curiosidad, su capricho, y en fin, todo cuanto le inste para buscar la compañía y las conversaciones, que interrumpen su retiro y disipan su soledad, vendrá á dar por resultado su completa é íntima conversacion con Dios. Y deben advertir todas las personas que profesan vida religiosa, que no tan solo aprovecha á ellas mismas particularmente conservar la soledad y el silencio que son propios del claustro, sinó que aprovecha á toda la comunidad y á cada uno de sus individuos para la conservacion del espíritu y del recogimiento, que son propios de las casas religiosas. ¡Oh! ¡cuánto repugna á los que conocen la santidad de los claustros y el espíritu de la vida del claustro, ver á veces á los religiosos ó religiosas gritar, conversar y llamar á voces, como si se encontrasen en una calle, en la plaza ó en una casa particular cualquiera! Yo diré francamente lo que me parece, ya que Dios me ordena que lo diga con la franqueza y libertad que debe tener su ministro empeñado en el decoro de su casa y en la regularidad de sus esposas y domésticos. Soldados en cuartel me parecen tales individuos, ántes que personas unidas á Jesucristo y morando en

la casa de Jesucristo, que inspira silencio, retiro y compuncion á los que El mismo llamó para que en ella estuviesen habitando con El. Porque ¿cuál otro nombre podré dar á esa distraccion, por no decir disipacion, que se nota en tantas personas que allí se acostumbran á estar con esa desenvoltura y franqueza, como estan aquellos en sus escuadras? ¡Ah! una de las penas mas acerbas que atormentaban á Jeremías en medio de la ruina de la ciudad santa, eran los lugares consagrados al Señor, donde moraban sus ministros (1), y las vírgenes, hermosura y decoro de Israel, derramaban sus fervorosas oraciones, haciendo propicia á la Majestad divina. ¿Y quién habia profanado aquellos lugares? Eran los enemigos de Dios; eran las gentes que no conocian al Señor de Israel, é ignoraban la grandeza de su nombre y la excelencia de sus atributos. Mas acá sucede de otro modo: no son los que desconocen la veneracion que se debe á los claustros, asilos de la penitencia y lugares de recogimiento para tantos ministros de Dios; á los claustros, digo, donde tantas vírgenes puras van á esconder su inocencia para conservarla sin mengua; no son, repito, los enemigos de Dios, los que los ultrajan con su falta de respeto y compostura, sinó los mismos á quienes Dios les encargó vivir en ellos como quien habita en la casa del Señor.

De lo dicho sacareis por conclusion, que la soledad, el silencio y el recogimiento, que son propios é inherentes á la vida religiosa, observados con puntualidad son ejercicio de caridad perfecta, con que las personas religiosas honran al Señor, pagándole la deuda de inmensa gratitud que les afecta para con su Majestad divina. Ahora vamos á observar cómo tam-

(1) Thren. C. 2.

bien ejercitan la caridad con el prójimo, llenando las obligaciones de la vida religiosa.

II.

De un mismo tronco proceden el amor de Dios y el amor del prójimo, y ese tronco es el precepto de la caridad (1); y así como éste nos manda amar á Dios, tambien nos manda amar al prójimo. Y el mandamiento que Jesucristo llamó suyo, fué el de que nos amásemos los unos á los otros (2); y lo llamó suyo, porque aun cuando todos los otros mandamientos lo son tambien, éste lo es por excelencia, porque lo constituyó como base de los demas. Porque con él adquiria al linaje humano haciéndolo pueblo suyo, comprado con el precio de su amor, que lo llevó hasta dar por él su propia vida; y como El mismo notó, ninguno ama tanto, ni acredita mas bien su amor, como el que da su vida por sus amigos (3). Llamó tambien mandamiento nuevo (4) el de amarnos los unos á los otros; porque vino á restaurar con la doctrina de su santo Evangelio su importancia, que los hombres, vencidos por sus pasiones, olvidaban y desconocian frecuentemente. Y de tal modo lo levanta del olvido, á que las pasiones lo tenian condenado, que ordena á todos los cristianos amarnos como Cristo nos amó; es decir, con esa pureza y con ese fervor que El nos amó. Pero quiso todavía mas; á saber, que este amor fuese la divisa con que se distinguiesen sus discípulos entre los demas hombres. Los discípulos de Moises eran conoci-

(1) S. Thomas 2.ª 2.ªᵉ quaest. 25.
(2) S. Juan C. 15.
(3) Ibidem.
(4) Ib. C. 13.

dos por su observancia y apego á las ceremonias de la ley; los del Bautista por el espíritu de penitencia y mortificacion que su maestro supo inspirarles; los de los fariseos por el vestido y las ceremonias exteriores; y los discípulos de los filósofos paganos, finalmente, por su lenguaje florido y su brillante elocuencia. « Pero mis discípulos, dice el Salvador del mundo, serán conocidos por la encendida caridad, con que se amarán los unos á los otros. » Y no se contentó con haber mostrado de esta manera la dignidad é importancia de este precepto, sinó que todavía nos dice: « Os mando que os ameis los unos á los otros (1), » mostrando con esta solemne intimacion cuánto importa observar lo que no solo nos ha recomendado ejecutar, sinó que expresa y terminantemente nos lo ha mandado. Ya veis hasta dónde alcanza la observancia de un precepto, que con tantas y tan expresas recomendaciones Dios nos manda guardar. Aquellos que profesaron vida religiosa, ponen, por consiguiente, un esfuerzo todo especial á fin de observarlo del modo mas perfecto que pudieren.

Animados por esta caridad, alejan de su pensamiento toda suerte de malos juicios contra sus hermanos; y aun cuando les pareciere que tal ó cual antecedente pudiera dar mérito para un juicio semejante, lo rechazarán y condenarán, porque es contrario á la caridad que Dios les manda tener; y nó tenerla de un modo imperfecto y cualquiera, sinó vivir revestidos de ella en todos los pensamientos y en todas las acciones de su vida; de manera que esa caridad les impida juzgar mal, y hablar mal de alguna persona, principalmente de su comunidad; y sí al contrario creer que son todas

(1) S. Juan C. 15.

mejores y mas perfectas que ellos, todas mas obervantes y ajustadas á su regla, y todas, por consiguiente, mas acreedoras á la bondad y á los favores de Dios que ellos lo son. La caridad no piensa mal, escribe San Pablo (1); y las personas que viven en los claustros, no olvidan esta doctrina de tan gran maestro de perfeccion cristiana.

Pero la perfecta caridad es oficiosa, nos enseña este mismo; y los religiosos y religiosas estan llamados á rogar continuamente no tan solo ya por sus hermanos de profesion, sinó por todos los prójimos que son nuestros hermanos en Jesucristo. El mundo está lleno de necesidades, de miserias y de pecados de todo género; y los que por su instituto, por sus ocupaciones y por su mismo género de vida tratan de cerca á nuestro Señor Jesucristo, estan llamados á rogarle y pedirle de continuo, ya que socorra esas necesidades, ya que compadezca esas miserias, y ya tambien que no castigue, como merecen por su gravedad, esos pecados. ¡ Oh ! ¡ qué ocupacion ésta tan propia de la caridad ! Reflexionad, mis carísim.[s] herman.[s], lo que hacia Jesucristo continuamente, ya rogando á su Eterno Padre por los hombres que se mostraban insensibles á sus palabras, ya por sus discípulos para que no desfalleciesen en su fé, y pernoctando en este santo y fervoroso ejercicio de orar por los justos y pecadores, cuya redencion tomó á su cargo. Las almas esposas del Divino Salvador, tratando de imitar tan santo modelo, ninguna otra ocupacion podrán tener que las asemeje mejor á éste. Los males que sufre el pueblo cristiano, escribe San Lorenzo Justiniano (2), no tendrian el ca-

(1) I. á los Corínt. C. 13.
(2) De Consum. et Complant.

rácter tan grave, ni la extension tan considerable que tienen, si nuestros ruegos se dirigiesen á Dios con el fervor y la constancia que se debe. ¿Y qué vemos hoy principalmente sinó males, mis carísim.s herman.s, y males que, á vista de su extension y gravedad, pudiéramos imaginar que Dios deja obrar libremente á las potestades del infierno contra su Iglesia y contra los justos que habitan en su seno? Pero ¿oramos acaso por eso nosotros con mayor fervor y constancia? ¿Acompañamos nuestra oracion con algunos ejercicios de mortificacion corporal, que puedan añadirle mayor mérito y eficacia? Vemos el libertinaje de costumbres y de opiniones mas cínico y atrevido invadir todas las clases sociales; vemos no pocas ocasiones á personas del sexo débil participando de esas mismas opiniones y costumbres; vemos á personas que por su edad, por sus antecedentes, y aun por su carácter podian creerse muy distantes del contagio, invadidas tambien por éste: y nosotros que protestamos ser fieles á Jesucristo y á su Iglesia, ¿nos hemos postrado cada dia fervorosamente para subvenir en algo á tantas necesidades con el caudal de nuestras oraciones? A los antiguos monjes dijeron muchos pontífices de la Iglesia, así como no pocos soberanos de la tierra, que contaban con sus oraciones, que no podian ménos que ser muy valiosas delante del Señor. ¿Y podria acaso contar hoy la Iglesia con los merecimientos de las nuestras? Esto es lo que debemos procurar llenos de fervor, mis amad.s herman.s, que nuestras oraciones fervorosas, continuas y eficaces alcancen del Señor el remedio á tantas necesidades que afligen á nuestros prójimos, especialmente en el órden moral.

Y nó con oraciones solamente han de ejercitar la caridad con sus prójimos las personas que profesan

vida religiosa, sinó con sus obras y con sus palabras. Con sus obras, procurando con santos ejemplos de virtud fervorosa mover á todos sus hermanos ó hermanas de profesion á ejercitar las virtudes que ésta les inspira y recomienda: este es el acto de excelente caridad, edificar con los ejemplos, que nos recomendaba Jesucristo diciéndonos: « Vean los hombres vuestras buenas obras, y glorifiquen al Padre celestial que está en los cielos (1). » Esta es la predicacion mas eficaz que puede hacer un religioso ó religiosa en su comunidad, y tan eficaz, repito, que ha sido suficiente no pocas veces para introducir el arreglo y la perfecta disciplina en muchos individuos distraidos y negligentes en sus deberes. Es la predicacion mas viva, decia San Cárlos Borromeo, y sin la que la otra, que suele hacerse con la palabra, será vana y sin importancia. Los buenos ejemplos enseñarán en el coro la puntualidad y el fervor; en los oficios la paciencia, el silencio y la obediencia; en el refectorio la mortificacion; y en todas partes la humildad y la caridad. Procuremos vivir muy alerta sobre nosotros mismos, á fin de dar continuamente estos ejemplos, y reparar con ellos el gravísimo mal que causen otros individuos de la comunidad, que obran de un modo enteramente opuesto. Mas tengan tambien éstos muy presente, que todo aquel que muestra en su comunidad mal espíritu; espíritu, digo, disipado, tíbio y negligente para observar su regla; esa persona que rie, habla, conversa y se divierte á sus anchas con perjuicio del silencio, de la oracion, de la mortificacion y del espíritu de recogimiento que, como ya lo hemos dicho, es condicion inherente de la vida religiosa; no hará sinó decaer cada dia, hasta

(1) S. Mateo C. 5.

perecer abismada en la sima profunda, adonde le conducen sus propias faltas. El religioso y la religiosa fervorosos destruyen la mala obra de aquellas personas, destruyen los efectos del escándalo que dan con su conducta tan tíbia, negligente y distraida, de manera que podemos llamarlos celosos reparadores del amor debido á Jesucristo.

Pobres son realmente todos los que profesaron la vida religiosa, y por lo mismo nada tienen que dar individualmente los que de todo se desnudaron por amor á Jesucristo: nada tienen que dar, repito, y es un error el que cometen aquellos religiosos y religiosas que profesaron pobreza, desear tener, ó pedir á otros para dar limosnas. « Mejor es en este caso no tener que dar, » escribe el Angélico Doctor (1), por consiguiente, mas agradable á Dios será no tener cosa que dar, ántes que repartir cuantiosas limosnas, que alivien de sus necesidades á un número crecido de pobres. Mas pueden los religiosos y las religiosas aconsejar á las personas ricas y acaudaladas que hagan limosna, moviéndoles en favor de los pobres; y de este modo conseguirán tanto mérito delante del Señor, como si de su propio peculio hubiesen repartido esa limosna.

Finalmente la caridad del prójimo tambien les exige aconsejar á las personas que ven débiles y flacas en la observancia de los preceptos del Señor, y en la observancia de las obligaciones que impone la regla. Mas aconsejar con la prudencia, tino y reserva que se necesita, para que los consejos sean provechosos, y no perjudiciales, como sucede no pocas ocasiones.

Ved ahí alguna parte del sacrificio tan agradable al Señor, que la caridad inspira á los religiosos y re-

(1) Opusc. de Perfect. relig.

ligiosas ofrecerle para su gloria con beneficio de nuestros prójimos. Todos los movimientos de la caridad son santos, y tienen virtud especial para santificar las almas; de manera que ejercitándolos no solamente producirán los bienes que se desean entre los prójimos, sinó que tambien alcanzarán para los mismos que los ejercitan, infinitos dones del Señor. Sea, pues, la caridad de Dios el alma de todas nuestras empresas; sea ella, como deseaba San Pablo (1), la que nos asemeje á Jesucristo, tanto para procurar la gloria del Padre celestial, como para aliviar, socorrer y aconsejar á sus criaturas. El alma sin caridad no vive, sinó que está muerta, nos dice San Juan (2). Procuremos, mis carísim.[s] herman.[s], que la nuestra viva por el ejercicio soberano de esta virtud. Tomemos por modelo al Hijo de Dios, que no tuvo otro movimiento, ni otras palabras, ni otros afectos que los de la caridad. Por caridad se hizo hombre, por caridad vivió entre los hombres, y por caridad murió por los hombres en el madero de la cruz. Imitando su caridad constantemente, conseguiremos en la tierra asemejarnos á El, y en el cielo reinar tambien con El. Así sea.

---

(1) Ep. I. á los Corínt. C. 16.
(2) Ep. I. C. 3.

INSTRUCCION DÉCIMAQUINTA.

SOBRE LA IMITACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Christo confixus sum cruci. Vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.

Estoy enclavado en la cruz con Cristo. Y vivo ya no yo: mas vive Cristo en mí, que me amó, y se entregó por mí.

(Ad Galat. Cap. 2.)

Cada una de las obras que el Hijo de Dios, vestido de nuestra carne mortal, emprendió para redimirnos, reclama nuestro agradecimiento y nuestra correspondencia. Cada una está mostrando hasta dónde nos amó, y cada una tambien que ese amor fué no solo grande, esforzado y generoso, sinó ademas perpetuo, pues nos amó hasta el fin, y nos continua amando por toda la eternidad. Los profetas contemplaban ese amor; contemplaban las obras que habia de realizar en beneficio del linaje humano, y ponen en su boca aquello que oimos á Jeremías (1): « Consumido está mi corazon por un fuego abrasador; se extiende y corre por todos mis huesos, de manera que desfallecen no pudiéndolo sufrir. » Este amor infinito le obligó á bajar á la tierra, á soportar humillado y abatido entre los hombres las miserias y las enfermedades de éstos, subir á la cruz y morir afrentado para alcanzarnos la redencion y libertad. Meditando

(1) Cap. 20.

el apóstol San Pablo estas verdades atentamente, sentia conmoverse su voluntad por los sentimientos de la mas viva gratitud hácia Jesucristo, que tan infinitos bienes nos ha dispensado con el precio de sus humillaciones, y se preguntaba á sí mismo (1): « ¿Quién podrá separarme del amor de Jesucristo? ¿Acaso la tribulacion, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el peligro, ó la persecucion, ó la muerte? Nada de eso podrá separarme del amor que debo á Jesucristo, y estoy cierto, que nada tampoco podrá impedirme que le ame, porque El me amó, y se entregó por mí. » Mas adelante le llevaba aun su amor: lo veia enclavado en el madero en señal de la infinita caridad con que se entregó á la muerte en prueba de que nos amaba, y se enclavaba El mismo por la mortificacion de su alma y de su cuerpo en la cruz de la penitencia, de tal modo que escribia: « Enclavado estoy en la cruz con Jesucristo, y no soy ya yo quien vive, sinó Jesucristo vive en mí; y lo que vive ahora en mi carne, lo vivo en la fé del Hijo de Dios, que me amó, y se entregó á sí mismo por mí. *Christo confixus sum cruci. Vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* »

No pueden ser otros los sentimientos del cristiano fervoroso, particularmente de aquella persona que vive consagrada al Señor por los votos de la vida religiosa. Su fé le enseña que toda la vida de Jesucristo; todas sus fatigas, humillaciones, desprecios y sufrimientos; toda la sangre que derramó entre los tormentos mas amargos é ignominiosos, todo eso es un sacrificio que ofreció su infinita caridad por nuestra redencion; pero un

(1) A los Romanos C. 8.

sacrificio que tiene obligacion estrecha de corresponder, no solo con afectos ó deseos del corazon, sinó con obras eficaces. Contempla al divino Salvador enclavado en la cruz; lo ve con la vista de su espíritu cubierto de sangre, hecho objeto de befas é ignominias; y quiere reparar sus afrentas, corresponder á su amor, y hacerse digna de las misericordias inefables que nos dispensa. Sube, como San Pablo, espontáneamente á la cruz llevada del deseo mas ardiente de su voluntad; allí quiere vivir enclavada por la mortificacion perfecta de sus sentidos; allí resuelve no conceder á éstos satisfaccion alguna con detrimento, aun cuando sea pequeño, del amor á Jesus; y allí, en fin, protesta con sus obras, afectos y palabras, que no vive mas ella, sinó Jesucristo en ella. *Christo confixus sum cruci. Vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus.*

Todo el sacrificio que el amoroso Salvador ofreció por nosotros, fué fruto de su divina caridad, y quiso que prendiese ésta en nuestras almas como semilla celestial que, fructificando con su gracia, nos excitase á amarle con ese amor encendido, eficaz y perfecto que abrasaba el suyo. Era ésto lo que enseñaba diciéndonos: « Fuego vine á poner en la tierra, ¿y qué quiero sinó que arda (1)? » Sí, que arda en el corazon de todos los hombres que redimió con su preciosa sangre quiere Jesucristo, pero muy particularmente en el de aquellos que le tenemos por esposo por habernos consagrado á El. Somos nosotros los que, contemplándole en los misterios de su dolorosísima pasion, « *Sponsus sanguinum tu es mihi* (2); Esposo de sangre eres tú para mí, » debemos exclamar den-

(1) S. Lúcas C. 12.
(2) Exod. C. 4.

tro de nuestro espíritu, persuadidos que, queriendo imitar las virtudes de nuestro divino modelo Jesucristo, no podremos alcanzarlo sin estar dispuestos á participar de sus penas, de sus aflicciones, de sus tormentos, y en fin, de todos los frutos que rindió su amor, que son sangre, lágrimas, azotes, espinas, ignominias y cruz. Quiere el Señor que, penetrados de lo mucho que ha hecho por redimirnos del pecado, y por enriquecernos con sus gracias, dediquemos nuestros pensamientos á vivir ocupados en contemplar sus virtudes, santificando nuestras obras por la imitacion de estas mismas. Esta es la crucifixion espiritual que nos propone el apóstol San Pablo en sí mismo, y que hemos de procurar copiar en nosotros, á fin de vivir consagrados completamente al servicio de Jesucristo. *Christo confixus sum cruci. Vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* Esto es lo que conseguimos meditando cuidadosamente la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Me propongo tratar ahora de esta crucifixion espiritual como materia de mi instruccion: crucifixion con la cual se enclava el alma voluntariamente en la cruz del Hijo de Dios por la meditacion de los tormentos que sufrió, y por imitacion de las virtudes que ejercitó.

Dadme, Jesus amorosísimo, las disposiciones necesarias para hablar dignamente del misterio insondable de vuestra infinita caridad, que nos revelásteis en vuestra sacratísima pasion y muerte. Hacedme participante de esa misma caridad, para que con mis palabras pueda comunicarla á mis oyentes.

I.

De dos maneras quiere el Señor que penetremos ese mar insondable de los tormentos y aflicciones de su sacratísima pasion, á saber, meditando las penas acerbas de su espíritu, y los tormentos infinitos de sus sentidos. El mismo nos indicó esta manera de contemplar su pasion, cuando preguntó á los hijos de Zebedéo, que pedian les concediese los asientos de preferencia en su reino celestial, diciéndoles: « ¿Podeis beber el cáliz que yo beberé, y ser bautizados con el bautismo con que yo lo he de ser? *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum, aut baptismo, quo ego baptizor, baptizari?* » Cáliz llamó las penas que asaltaron á su alma, y se derramaron á manera de amarguísimo torrente por todo su interior: bautismo ese diluvio de azotes, escupos, espinas, baldones, calumnias, clavos y cruz, que llovieron sobre todo su cuerpo, sobre su fama, sobre su reputacion, y en fin, sobre toda su persona. Mar llamó el Profeta á uno y otro dolor, porque si quisiéramos conocer su extension y su profundidad, nos engolfaríamos mas y mas sin poder nunca encontrar su fin. Y mar fué realmente de tormentos y aflicciones, del que Jesucristo nos dijo por boca de aquel mismo: « He llegado á alta mar, y la tempestad me anegó (1). » Vengamos nosotros á contemplar la recia tormenta sufrida por el Salvador en el seno de ese mar; pero sea experimentando así en las potencias de nuestra alma, como en los sentidos de nuestro cuerpo algo de lo amargo y doloroso que El sintió, para participar de

(1) Salmo 68.

esa manera no solo de sus amarguras y dolores, sinó ademas de las gracias y de las misericordias que nos vienen de su pasion.

Mas al entrar dentro de este mar procuremos llevar con nosotros ciertas disposiciones, sin las cuales no podremos recibir los fàvores que nos proponemos conseguir enclavándonos espiritualmenta en la cruz con nuestro Señor Jesucristo. La primera es esa humildad profunda que nos inspire el conocimiento de nuestros pecados, que fueron, con todos los demas de los hombres, la causa de la pasion del Salvador; ademas gran confianza fundada en los merecimientos de Cristo que padece por nosotros, y en virtud de los cuales esperamos tener parte en la herencia que nos adquiere con su sacratísima pasion y muerte; y fervor, en fin, que nos haga perseverar meditando y orando al Señor, á fin de alcanzar las virtudes y las gracias de nuestro Señor Jesucristo. El ejercicio de estas tres virtudes nos hace acercarnos hasta el Salvador, para mirarlo con la vista espiritual tan de cerca, que nos parece percibir sus sollozos y gemidos delante de su Eterno Padre en la sagrada gruta de Getsemaní; oir en presencia de los jueces, sus palabras llenas de suavidad y humildad, pero firmes y enérgicas para condenar la injusticia, y dar testimonio de la verdad; escuchar la algazara de los impíos sayones, que destrozan su cuerpo inocente, le burlan y ultrajan sin piedad; las acusaciones y las calumnias, con que le acusan los fariseos y los indignos sacerdotes de la ley de Moises; y en fin, los gemidos inocentes de la Vírgen Maria su purísima Madre, que le siguió en los pasos dolorosos de su pasion y muerte. Con estas disposiciones penetremos hasta el corazón del divino Salvador, entremos á divisar lo que pasaba dentro de su alma

angustiada durante su pasion, y particularmente cuando, postrado en el huerto de las Olivas, « Triste está, decia, mi alma hasta la muerte. *Tristis est anima mea usque ad mortem* (1). »

Triste su alma con tristeza de muerte contemplando humillada y abatida la grandeza infinita de su majestad. La habia El abatido voluntariamente para vestir nuestra carne mortal, y soportado durante su vida toda la humillacion que es consiguiente á la pobreza, á la situacion obscura, y á la falta de relaciones con los grandes y poderosos de la tierra; pero esa vida habia venido á buscar, y las penas que le proporcionó, eran parte de su cáliz. Considerad, mis carísim.s herman.s, que ahora en el huerto de las Olivas, postrado en presencia de su Eterno Padre, se ve Jesus cargando los pecados de todos los hombres: contemplad esa majestad inocente, pura, santa, autor y fuente de toda virtud y santidad, como oprimida por todas las culpas del género humano, y ¿ comprendeis hasta dónde llegaria su dolor y su vergüenza en presencia del Eterno Padre? Su dolor, por ser Dios el ultrajado; su vergüenza, por ser nosotros sus criaturas que tanto ama, y por quienes se ha ofrecido en sacrificio, capaces de cometer culpas tan atroces. « Solo Vos, habia dicho á su Padre celestial por boca de David, solo Vos sois capaz de conocer hasta dónde llega la vergüenza que me asiste (2). » Si la crueldad y amargura de la muerte que va á sufrir le hizo temblar, mayor fué sin comparacion la pena y el tormento que sufrió su corazon al comparecer en presencia de su tremenda majestad como un hijo rebelde, que nada tiene

(1) S. Marc. C. 14.
(2) Salmo 68.

que responder á los terribles cargos que se le hacen por la pérfida ingratitud de los hombres, cuyos delitos ha tomado sobre sí.

Mas esa misma santidad que aparecia humillada y abatida por nuestras culpas delante del Eterno Padre, tambien iba á ser calumniada en presencia de los jueces de la tierra, es decir, herida por sus mismos protegidos y precisamente en aquello que mas se gloria el Señor, que es su perfecta santidad. Contemplad, venerables religios.[s], contemplad á Jesus que, hablando al pueblo que vino á buscar y redimir, le dice: « ¿Cuál de vosotros podrá acusarme de pecado? » gloriándose así de su santidad perfecta como en aquello que mas aprecia, y que eternamente servirá de espejo en que han de mirarse sus criaturas. Contempladlo, digo, arrastrado ahora á la presencia de los jueces, y acusado allí de crímenes bajos y propios de viles malhechores, y comprendereis la pena profunda que siente su alma. Yo diviso una figura de la afliccion de Jesucristo en aquella que Job nos pinta de sí propio, cuando se vió acusado por sus mismos amigos de delitos que no habia cometido. Mirad cómo su alma se conmueve, la vida le es fastidiosa, divisa la muerte como consuelo para su pesar; y el que fuerte y sin arredrarse un instante habia sufrido todo cuanto hay de mas doloroso para el corazon humano, pérdida de los hijos, pérdida de los bienes, y pérdida de la salud, y todo ésto con paciencia invencible, se impresiona y agita cuando se ve acusado de pecados con que jamas ofendió al Señor, ni provocó su justicia divina. Así Jesucristo, al oir las voces de sus enemigos que le cubren de negras calumnias, experimenta un inmenso dolor, tal cual correspondia á

quien aborrece al pecado, y ha venido á la tierra á condenarlo y desterrarlo de entre los hombres.

Nuestros pecados le afligen tambien, y entre los de todos los hombres, muy particularmente los de aquellos que, por efecto de su misericordia infinita, llamó á vida mas perfecta en el estado sacerdotal y en el estado religioso (1). Porque en las culpas de éstos hay mayor ingratitud y mas deslealtad que en las de los otros. Y cuanto mas particulares han sido los favores recibidos de Dios por un alma, mayor es la ingratitud que muestra ofendiéndole, y mas graves tambien las circunstancias que tiene su pecado. De suerte que las culpas nuestras agravaron y oprimieron con pena muy particular el corazon de Jesus durante su pasion. « En ellas se fijaria, dice San Lorenzo Justiniano (2), y su alma rebosando de amargura, lamentaria su ingratitud. » La indiferencia con que recibimos los beneficios de que nos colma misericordiosamente, fué, en fin, otro motivo de las penas interiores que afligieron en su pasion al Hijo de Dios. Porque, á la verdad, ninguna cosa ordinariamente aflige y atormenta con mayor viveza, que la ofensa que recibe el corazon noble viendo despreciados sus beneficios, desconocidos sus favores, y mirados con indiferencia los bienes concedidos para alcanzar con ellos otros mayores y mas inefables todavía. Y si así sienten los hombres nobles y generosos, ¿cuál seria la pena del alma de Jesus infinitamente mas noble y generosa que todas sus criaturas? Allí vió despreciados sus sacramentos, recibido sin disposicion su cuerpo y su sangre, y malogrados los infinitos bienes que

(1) S. Laur. Iust. de triumph. Christ. Agon.
(2) Ibidem.

encerró en él para enriquecer á las almas que se consagran á servirlo en vida mas perfecta. Malogradas tantas inspiraciones que envia en la oracion, tantas luces que derrama en la meditacion, tantos auxilios, en fin, que por negligencia estas mismas almas dejan de recibir. ¡Oh gran Dios! ¡qué proceso se formaba en el entendimiento de Jesucristo en la oracion del huerto de las Olivas contra nosotros: contra nosotros, repito, tan favorecidos de Dios, y tan ingratos para con el mismo Dios! El divino Salvador, sobrecogido de temor, de tedio y de congoja, siente agonías mortales, y cae en tierra sudando sangre copiosa. Tan intenso fué el dolor de su alma teniendo delante de su vista estos cargos tremendos, que algun dia como juez deberá hacernos, que se siente desfallecido y oprimido, y la sangre preciosa de sus venas sale por los poros de su cuerpo, y baña la tierra donde oraba puesto de rodillas (1). ¡Alma mia! contempla aquí la gravedad de tus miserias, la seriedad de los cargos que Jesucristo tiene que hacerte alguna vez, y la presteza y el fervor con que necesitas prepararte para merecer misericordia y compasion cuando llegares á su presencia.

El alma, tocada por la fuerza de esta consideracion, se siente llena de amargura, porque descubre en la afliccion y pena de Jesucristo hasta dónde llega la parte que le corresponde como causa eficaz de todas ellas. ¿Qué le dice su conciencia al traerle á la memoria la serie de tantas flaquezas, de tantas condescendencias, de tanto amor propio, y en fin, de tantas otras faltas cometidas con ultraje y desprecio verdadero de la majestad de Dios? ¿Qué dirá á ese religioso ó religiosa su conciencia, repito, recordándole

(1) S. Luc. C. 22.

tantas gracias recibidas, especialmente para corresponder á la bondad inefable con que se dignó llamarlo al estado religioso? Sus miserias jamas aparecen tan enormes, como realmente son, como cuando las medita cometidas contra la majestad infinita de Dios: allí es cuando ve claramente y sin velo de ninguna especie á la criatura vil sublevada contra su Criador infinito; al esclavo colmado de favores contra su Señor y bondadoso Bienhechor; y al barro y podredumbre, como llama David á toda grandeza y nobleza de este mundo, elevados hasta el mas alto grado de honor y dignidad por la misericordia divina, empeñados por envilecer el decoro y la majestad del supremo Señor del universo. Ved ahí lo que divisa nuestra alma penetrando llena de fé el interior de Jesucristo inundado por las amarguras de su sacratísima pasion. Jesucristo humillado hasta ser procesado y afrentado como criminal; su inocencia deprimida hasta ser pospuesto á los malhechores mas insignes, y hasta morir todavía en medio de éstos, es la condenacion mas terminante que recibe esa delicadeza que le inspira su amor propio, y que no le permite tolerar ni aun que sea pronunciado su nombre sinó entre muestras de aprecio y respeto, que está muy léjos de merecer. La condenacion, repito, de esa virtud fingida, de que hacen ostentacion tantas almas que se consagraron en el claustro al servicio de Dios; pero que no desprendidas aun bastante de ellas mismas, retienen tantas faltas é imperfecciones, que desdicen infinito de la santidad de su profesion. La condenacion, en fin, de esa falta de caridad, que no les permite tolerar que otras personas, que no son de su amaño, sean llamadas á dirigirlas ó á gobernarlas, y que para evitarlo, ponen en movimiento tan-

tos manejos, y urden tantos enredos, tan indignos de personas consagradas al Señor, como contrarios á las virtudes propias de los que profesan la vida del claustro. ¿De cuánta amargura no siente inspirada su alma en estas consideraciones? Es esa, herman.[s] mi.[s], con la que principia á participar del cáliz del divino Redentor, y á sentir lo que El sintió en su sacratísima pasion. Su provecho exige entónces que procure detenerse todavía allí mismo, para profundizar aun mejor esas mismas consideraciones, procurando grabarlas fuertemente en su conciencia y en su corazon, á fin que le sirvan de estímulo poderoso para amar á Dios fielmente en lo sucesivo. Allí mismo toda alma en presencia de Jesucristo debe mostrarle un deseo ardiente de beber con El el cáliz de las aflicciones y penas de su alma inocentísima, y las que pertenecen á algun instituto religioso, encontrarán mil ocasiones para beber á cada paso ese amarguísimo cáliz; porque Este mismo dispone misericordiosamente, que las personas que mas ama, encuentren á menudo amarguras que probar, y penas y aflicciones que devorar á fin que, asemejadas á su Esposo, puedan decir con verdad: *Christo confixus sum cruci*. De otro modo, mis carísim.[s] herman.[s], todos nuestros deseos de padecer vendrian á ser vanos, y las protestas de amor y de correspondencia hechas á nuestro Señor Jesucristo, nada mas que palabras vacias y de ningun valor. Ademas en sus potencias, que allí propondrá al Señor mortificar, encontrarán el religioso y la religiosa medios abundantísimos para participar del cáliz de Jesucristo. Esta es la mortificacion interior y del corazon, que debe servir de fundamento á la exterior y de nuestros sentidos; pero mortificacion completa, que se deje ver en la prontitud con que se cumplen los preceptos de los su-

periores, á pesar de la resistencia del amor propio; y se deje ver tambien en la voluntad decidida, con que se procuran poner todos los medios que conducen á practicar esa misma obediencia. Esta mortificacion de la voluntad propia debe ser tan completa, como la que mostró nuestro Señor Jesucristo en el huerto de las Olivas, diciendo á su Eterno Padre: « *Non mea voluntas, sed tua fiat* (1); No se haga, Padre, mi voluntad, sinó la vuestra. » No sucede lo mismo con nuestra voluntad; ésta es ordinariamente mala, y se empeña en llevarnos al mal. ¿Con cuánta razon no hemos de cuidar que viva subordinada á la muy justa y santa del Señor? David bien lo conocia, y fervorosamente rogaba á Dios lo tuviese fuertemente asido con su derecha, para que sus piés no se moviesen llevados por su voluntad que los inclinaba á los pecados (2). Ved ahí, pues, porqué el alma religiosa en presencia de Jesucristo no cesa de repetir como su divino Esposo: *Non mea voluntas, sed tua fiat.* Mi propia voluntad puede perderme, mientras la divina seguramente me salva; la mia me puede extraviar, mientras la de Dios me conduce rectamente al reino de los cielos. Abrazaré, pues, la voluntad divina, la obedeceré con todas mis fuerzas, y no me separaré ni un punto de cuanto ella me ordenase. *Non mea voluntas, sed tua fiat.*

Mas al mismo tiempo que fué amargo y penoso el cáliz que bebió el Salvador, lo soportó con alegría y prontitud de voluntad, por venir dispuesto por la mano de su Eterno Padre. Así es que, apenas ha pedido que no se haga su voluntad sinó la del Padre, se levanta presuroso del sitio en que oraba, y se adelanta para

(1) S. Luc. C. 22.
(2) Salmo 55.

salir al encuentro de los ministros y sayones de los príncipes de los sacerdotes que venian á prenderle. Quiere se cumpla pronto y puntualmente lo que su Padre tiene ordenado, y por eso El mismo se hace encontradizo á los que vienen á prenderle. Y las almas que aman á Jesucristo quedan instruidas de esta manera que, á costa de cualquier sacrificio, deben llenar la voluntad de Dios alegre y prontamente, sobreponiéndose á todos los obstáculos, venciendo su propia debilidad, y triunfando de sí mismo, de las criaturas, y de cuantos enemigos pudiesen presentarse, de cualquier género que fuesen.

Esta alegría y presteza deben ser frutos de la caridad, que nos une fuertemente á Jesucristo, y nos hace desear con vehemencia asemejarnos á El en nuestro interior y en nuestro exterior. Esta era la que urgia al Apóstol á desear con ansia los padecimientos, para poder en medio de éstos acreditar la vehemencia y fortaleza del amor que profesaba á Cristo que se habia entregado á la muerte por él. *Charitas Christi urget nos.* Que esta misma caridad estimule tambien poderosamente nuestra voluntad á sacrificarnos por Jesus, mortificando nuestras pasiones, venciendo nuestros malos afectos, y marchando adheridos constantemente á Jesucristo, de modo que nada pueda separarnos de su divino amor. Quien vive así, vive participando de las penas del Salvador, vive bebiendo el cáliz amargo de su pasion, y vive adquiriendo de esa manera derechos para el reino celestial. Pero es necesario que al mismo tiempo participemos tambien de su bautismo. *Potestis baptismo, quo ego baptizor, baptizari?* nos pregunta; y con las obras es necesario le respondamos que podemos hacerlo con su gracia imitando sus virtudes.

II.

Contemplando, mis carísim.[s] herman.[s], á nuestro Señor Jesucristo soportando los tormentos de su dolorosa pasion, la fé nos señala en su persona la santidad por esencia, enseñándonos que es Dios quien padece vestido de carne humana para redimirnos y salvarnos. Nos dice ademas, que padece á mano de los hombres, de esos mismos hombres objetos de su amor y del sacrificio que ofrecia en sus padecimientos; que sus verdugos son los sacerdotes de Israel, el pueblo judio, y algunos de los mismos que le seguian y le habian reconocido como Dios, Maestro y Redentor de Israel. Y cuando nos dice todo ésto la fé, eleva nuestra consideracion hasta el cielo, para descubrirnos en la pasion de nuestro divino Redentor obrando la omnipotencia divina, empeñada en salvarnos de nuestros pecados. Padece Dios hecho hombre inocente y justo; porque Dios solo no era capaz de padecer, y el hombre solo no tenia caudal de merecimientos para satisfacer (1). Por eso fué necesario que Dios hecho hombre padeciese y muriese para satisfacer por nuestros pecados. Era santo, y por eso apto para ofrecerse como víctima al que es la santidad por excelencia. E intervienen como verdugos, que atormentan hasta hacer morir á esa víctima inocente, los sacerdotes de Israel, porque éstos habian quedado excluidos de la porcion y herencia del Señor en castigo de su relajacion, de su ignorancia, y en fin, de sus prevaricaciones. E interviene tambien con aquellos reprobados ministros del santuario el pueblo hebreo tan inconstante en su fé como

(1) S. Leo, Serm. de Pass.

pervertido en su corazon, y que habia mostrado ántes que realmente era Jesus el Salvador y Mesias prometido, bajado del cielo para redimirlo; y por eso le victoreó con palmas y ramos de oliva, y le hizo pasar sobre sus vestiduras extendidas á la entrada de Jerusalen como tapete en señal de respeto y de reconocimiento á este verdadero Rey de Israel, Hijo de David, y que viene al mundo en nombre del Señor. E interviene aun como ministro de satanás para entregarle á sus enemigos uno de sus discípulos, ciego por el amor al dinero, y el que realmente lo vende á los judios por vil precio. Los demonios arman la mano de todos estos sayones que atormentan á Jesucristo, para que le fuesen de ese modo los dolores mas sensibles, segun nos enseñan algunos contemplativos (1) y otros santos varones. De manera que los golpes, los azotes, la corona y todos los demas instrumentos de martirio, que despedazaron el sagrado cuerpo de Jesucristo, fueron impulsados por satanás, que armó de ira y de fuerza infernal el corazon y la mano de los verdugos que los dirigieron (2).

Mas ni tantos dolores, ni tantas violencias con que fué maltratado y atormentado, en nada pudieron menoscabar su caridad, ni debilitarla, siquiera en una pequeñísima parte; al contrario, si hubiese sido posible que creciese, habríase aumentado todavía. Padeció todos sus dolores el Salvador en silencio; no abrió su boca sinó cuando así lo exigió el honor de su Eterno Padre y los intereses de la verdad, que vino El desde el cielo á predicar sobre la tierra; sufrió alegre; no se quejó ni dió prueba alguna de debilidad durante su

(1) Luis de la Puente Part. IV.
(2) S. Gertr. Insinuat.

pasion, y con el mismo espíritu que dijo á sus discípulos en el huerto de los Olivos: « Ea, levantémonos, porque viene ya cerca el que me ha de entregar, » con ese mismo dijo tambien al espirar enclavado en la cruz: « *Consummatum est;* Consumado es, » en alta voz, y de modo que todos pudieran escucharlo y entenderlo. Ved ahí lo que percibe el alma contemplando el exterior de nuestro Señor Jesucristo. Mas en esta misma contemplacion encuentra grandes ejemplos de virtud que imitar. Ve en El al maestro que le ha dicho por boca de sus profetas: *Ego Dominus Deus tuus docens te utilia* (1). Soy yo, alma, tu maestro, y el único maestro que puede enseñarte cosas útiles; y esa enseñanza que nos da son las virtudes que nos predica con su ejemplo. El alma que pretende vivir crucificada con Cristo participando del bautismo con que quiso El ser bautizado, escucha estas lecciones, é inspirada en ellas se resuelve eficazmente á imitar esos ejemplos de virtud, practicando las enseñanzas de Jesucristo Señor nuestro.

Los maestros célebres del paganismo se limitaban á exponer bellas teorías sobre las virtudes morales, procurando pintar con tan hermosos colores la justicia, el valor, el amor á sus semejantes y las demas, que cautivaban á veces la voluntad de sus oyentes de tal modo, que se contraian á practicarlas. Los hijos espirituales (2) de los santos profetas deseaban vivamente asemejarse á sus maestros y directores, aun cuando ninguno de éstos hubiera sellado con su sangre las lecciones que habia dado. Así como todos éstos, el alma meditando los pasos de Jesus en su sagrada pasion, las palabras que dice y las virtudes que practica,

(1) Isaías. C. 48.
(2) S. R. E. Card. Hugo a S. Caro in III. Reg.

se siente tambien movida á copiar en sí propia esas virtudes, de modo que venga á ser retrato de Cristo, viviendo crucificada como Este lo estuvo. El Salvador ejercitó en su pasion todas las virtudes, porque era Maestro celestial de todas (1); y llenando su magisterio, estableció su cátedra en su pasion y en su muerte. De modo que en las breves horas que ésta duró, recopiló todas las enseñanzas que nos habia dado sobre las virtudes durante todos los años de su vida. Quiso como Maestro soberano, que sus discípulos no tan solo encontrasen en El lecciones y máximas que aprender, sinó tambien virtudes que imitar, es decir, lecciones que, grabadas profundamente en el corazon de sus siervos, resuelvan con eficacia su voluntad á imitarlas. Habia venido ademas á ganar nuestras almas con sus ejemplos, y por esta razon se esmeró particularmente en darlos de nuevo en su pasion, como si quisiese con ellos ganar nuestra voluntad toda completamente para la práctica de las virtudes. Porque es indudable, mis carísim.[s] herman.[s], que nada hay tan eficaz para ganar á las almas de nuestros prójimos, como los ejemplos fervorosos de virtud que les damos; y en una comunidad nada procura mejor su arreglo, como el buen ejemplo, particularmente dado por los superiores. Este es el estímulo mas activo, para que cada cual haga de su parte lo que le corresponde á fin de llenar sus deberes; así como al contrario, cuando los ejemplos de fervor y de exactitud para llenar las obligaciones que impone la regla, faltan en el seno de las comunidades, y los que las presiden se dejan ver tibios y perezosos para dar á los súbditos ejemplos de observancia y de exactitud, la comunidad toda decaerá

(1) S. Mat. C. 23.

de su espíritu, é insensiblemente se relajará todo el vigor de su disciplina. Por esta razon cuanto mas importante sea el puesto que ocupe una persona en su comunidad, ya por el oficio que tenga, ya por su antigüedad ó por cualquier otro motivo, es tambien mayor la obligacion que tiene de dar buenos ejemplos no solo para practicar las virtudes religiosas del modo debido, sinó tambien para estimular á los demas á que tambien las practiquen: no solo, repito, para santificarse ella misma imitando á Jesucristo, sinó para procurar tambien la santificacion de sus hermanos. Algunas veces no sucede así en ciertas comunidades, pues los oficios de superiores y los cargos de mas respeto y que corresponden á las personas de mayor antigüedad, suelen servir de pretexto para ser ménos asistentes á las distribuciones del coro y á los demas actos de comunidad. De modo que, léjos de aparecer esas personas mas unidas al Salvador por la mayor caridad, mortificacion é imitacion de sus virtudes, aparecen al contrario mas distantes por la tibieza, por el apego á ciertas comodidades y por otras imperfecciones. Y entónces tambien esos superiores, que con su presencia y direccion inmediata debian ir mostrando á sus súbditos el camino de la imitacion de Jesucristo, hacen todo lo contrario.

El divino Salvador, enseñándonos en su pasion prácticamente todas las virtudes, volvió por la honra de éstas tan despreciadas y tan aborrecidas no solo por los mundanos, sinó aun á veces por personas que por su estado y profesion debian conocerlas, procurarlas, cultivarlas y enseñarlas con su ejemplo cuidadosamente. Contempladlo en toda su pasion, y vereis allí, cómo vuelve por el honor de la pobreza, ofreciéndose á nuestra consideracion tan pobre, que

no tiene ni aun cómo cubrir la desnudez con que le afrentan sus encarnizados enemigos. ¡Oh! qué vergüenza ver de ese modo al Rey del cielo y Redentor de los hombres! ¡Qué confusion para aquella persona que, no obstante el voto hecho á Dios de estrecha pobreza, procura ciertas comodidades en el hábito, en la celda, en los muebles de que se sirve, y en la ropa que la viste! Alza tus ojos hasta mí, le dice Jesucristo desde la cruz, mírame atentamente; y despues de meditar mi desnudez, díme si te es lícito buscar aquellas cosas. Volvió por el honor de la obediencia, sometiéndose á la pasion y muerte que le dieron sus enemigos. Miradlo, almas esposas suyas, miradlo, y lo vereis tal cual lo contemplaba Isaías como oveja llevada al sacrificio (1), ó como cordero puesto delante de quien ha de trasquilarlo. ¡Oh! El no rehusa ni bofetadas ni azotes; El no repugna ni burlas, ni escupos, ni afrentas; El no se queja de espinas ni de cruz. *Obmutuit.* Guardó silencio, porque ofreció á su Eterno Padre el sacrificio de su obediencia. ¿Cómo tú que me contemplas, tú, alma, que pretendiste ser la esposa de mi corazon, tú que debes imitarme, te atreves á levantar tu voz para censurar, y aun rechazar los mandatos de tus superiores? Yo me someto al capricho de mis criaturas, obedezco sus mandatos injustos, y sin quejarme sufro toda la violencia de sus odios; ¿y tú resistes los mandatos justos, legítimos y enderezados á tu bien por tus superiores? Vuelve tambien Jesus por el honor de la mortificacion, que humilla y reprime los desórdenes de la carne. Tolera por eso en su cuerpo inocente ese bautismo de sangre ó diluvio de tormentos, que lo dejó del modo que lo contemplaba

(1) Cap. 53.

el Profeta, cuando lo veia sin tener parte alguna sana en su cuerpo desde la planta del pié hasta el extremo de su cabeza (1). Practica así para ejemplo nuestro la doctrina que nos enseñó en su santo Evangelio, que sin mortificacion no podremos vencer á los enemigos de nuestra alma, y que haciendo morir nuestros sentidos, es como conseguiremos alcanzar vida eterna. Vuelve por el honor del silencio, observándolo rigorosamente durante su penoso y largo sacrificio; y en fin, muriendo abrazado con todas las virtudes deja Jesucristo á las almas fieles la herencia preciosa de éstas ennoblecidas y enriquecidas con los ejemplos de su divina Majestad. Así reprende la conducta de aquellas personas que, sin respetar las sagradas promesas que hicieron al Señor, viven en el claustro sin mortificacion, sin penitencia, y sin algo que pueda reprimir sus pasiones desordenadas, que tantas veces las ponen al borde del abismo y en peligro evidente de perderse.

Jesucristo exhorta con su ejemplo, á cuantos le contemplan, á imitar sus virtudes, que si bien nos hacen participar de sus tormentos, tambien nos dan derecho á ser socorridos misericordiosamente con sus gracias. Porque á medida que nos esforzamos á sufrir con Jesucristo, nos hacemos tambien participantes de su fortaleza, y quedamos mas aptos para continuar por el sendero de sus virtudes, hasta alcanzar el triunfo que El consiguió muriendo en el madero de la cruz. Esta consideracion inspira á las almas fervorosas castigar su cuerpo como San Pablo, para que puedan mas fácilmente imitar las virtudes del divino Redentor. San Agustin lleno de santo fervor « El inocente y santo, exclama, está soportando mil padecimientos;

(1) Isaías C. 1.

¿y yo pecador podré quedar sin participar de sus penas? El justo sufre azotes, espinas, clavos y cruz; ¿y yo culpado permaneceré sin castigar mi carne rebelde, que cubrió de dolores la inocente y santa de Jesus (1)?» San Luis Beltran arma su brazo y lleno de indignacion contra sí propio, se dice: «Atorméntate aquí, castígate aquí, no te perdones aquí, para que merezcas ser perdonado eternamente (2).» Permita el Señor, mis amad.s herman.s, que la consideracion de los tormentos sufridos en su pasion por el Hijo de Dios produzca en nosotros esos mismos efectos saludables, que nos resuelvan eficazmente á mortificar nuestros sentidos con la verdadera penitencia. Así es cómo participaremos de ese bautismo doloroso que sufrió el Salvador en su sacratísima pasion y muerte. Ea, alma que deseas servir á Dios con fervor, levántate de la tibieza en que vives, repetiré con San Lorenzo Justiniano (3); levántate de en medio de los regalos y comodidades que gozas, mas aparentes para los mundanos que para los que ofrecieron al Señor vivir pobres y mortificados; levántate de esa especie de indiferencia con que has mirado el cielo embebida en los cuidados y atenciones de la tierra; levántate para buscar en la imitacion de las virtudes, que practicó Jesucristo en su pasion, el remedio universal de tus dolencias, y la medicina que te sane, te fortalezca y te dé brío para adelantar en la práctica de la perfeccion, imitando á nuestro divino Redentor.

Hemos contemplado al Hijo de Dios hecho varon de dolores, como lo llamó su Profeta (4), y bautizado

(1) Meditat.
(2) Supplem. Breviar. Rom. die XI. Octobr.
(3) De discipl. et perfect. monast.
(4) Isaías C. 53.

con bautismo de sangre, como El dijo; y tambien hemos dicho cómo pueden participar de ese bautismo todos los que fervorosamente lo deseen. Contemplamos su alma pura é inocente sumergida en un mar inmenso de penas y amarguras indecibles, y aprendimos tambien la manera cómo podríamos sentir lo que El sintió. Cuanto hemos dicho podemos reducirlo á estas tres palabras, que nos descubren todos los misterios que estan escondidos en la pasion de nuestro Señor Jesucristo. *Summa paupertas, summus despectus, summus dolor.* Pobreza suma, deprecio sumo y dolor sumo. Ved ahí, almas, las tres virtudes que os propone para imitar. Suma pobreza, es decir, completa renuncia de los bienes de la tierra y de los intereses de este mundo. Suma humildad, que nos inspire desprecio á nosotros mismos. Sumo dolor y espíritu de mortificacion y penitencia, que nos haga llorar nuestros pecados pasados, y vivir con suma vigilancia á fin de cumplir cuidadosamente nuestras obligaciones en lo sucesivo. Este es en compendio la crucifixion espiritual que ha de procurar toda alma que pertenece á Cristo y desea vivir segun su espíritu. Oh Jesus amorosísimo, que espirando enclavado en la cruz, consumásteis el sacrificio que vuestro ardiente amor os inspiró ofrecer por nosotros, haced que nos sacrifiquemos gozosos por amor vuestro, para corresponder á ese mismo ardiente é infinito con que nos amásteis hasta morir por nuestra salvacion. Haced tambien que, viviendo en la tierra conformes á vuestro espíritu, logremos en el cielo cantar vuestras alabanzas en union de vuestros Santos por toda la eternidad.

INSTRUCCION DÉCIMASEXTA.

RECONOCIMIENTO Y GRATITUD A LOS BENEFICIOS DE DIOS.

Scitis quid fecerim vobis?

¿Sabeis lo que he hecho con vosotros?

(S. Ioann. Cap. 13.)

A cada instante podríamos escuchar esta pregunta, que hizo el divino Salvador á sus apóstoles despues de haberles favorecido con las señales mas evidentes del amor generoso con que les amaba; porque no hay momento alguno de nuestra vida, en que la mano del Señor no esté derramando sobre nuestra alma y sobre nuestro cuerpo infinitos beneficios. Pero ni los conocemos, ni ménos los agradecemos como debiéramos; pasan completamente desapercibidos y como cosas naturales y ordinarias que ni excitan, ni elevan el corazon, ni la voluntad de quien los recibe hácia la mano bienhechora que los dispensa. De este modo recibimos cada dia en el órden natural la tierra que pisamos, el alimento que nos sustenta, el aire que nos alienta, y todas las demas cosas necesarias para la vida; y en el órden espiritual recibimos tambien los pensamientos saludables que nos alejan de los riesgos de pecar, las inspiraciones que nos conducen á practicar buenas obras, y tantos impulsos santos que nos estimulan á llenar ciertos deberes religiosos, de los que resultan á nuestra alma copiosos bienes. Todos éstos son, sin embargo, favores que Dios nos dispensa, y que estamos obligados á agradecer. ¡Oh! con cuánta razon podríamos escuchar á cada paso en el fondo de

nuestra conciencia la voz del Señor, que nos llama á reflexionar sobre los beneficios que nos dispensa, diciéndonos con las palabras de su divino Hijo: « *Scitis quid fecerim vobis?* ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? » como si nos dijese: Conoced que mi mano está á cada momento colmándoos de favores. ¡Oh! si los conociéseis y los meditáseis con atencion, ¡cómo trataríais de corresponderlos, ordenando vuestra vida de manera, que pudiese llamarse toda ella un acto continuo de gratitud dirigido á Dios vuestro soberano bienhechor! No fué otro el sentimiento que los beneficios dispensados por David inspiraron en el corazon del príncipe Mifiboset, emplear toda su vida en servir á su rey, que le colmaba de favores dignos de su gran magnificencia. Y por cierto, mis carísim.[s] herman.[s], que de ningun modo pueden compararse los beneficios de que Dios colma cada dia á sus criaturas, con aquellos que David dispensaba á su protegido Mifiboset. Los de Dios son inmensos é inefables, y se dirigen á disponernos á la posesion de otros que son eternos é infinitos; mientras los dispensados al hijo de Jonatás consistian en honores y distinciones efímeras, y que le daban derecho para ser tratado como individuo de la familia real, y para sentarse como tal á la mesa con el rey. Y sin embargo, aquel procura desprenderse de todo, á fin de no pensar sinó en agradecer los favores que se le concedian, correspondiéndolos de un modo digno y conveniente (1). ¿Cuál deberá entónces ser la conducta nuestra en órden á los beneficios divinos? ¡Ah! cuando Jesucristo nos dice: *Scitis quid fecerim vobis?* He sido desconocido hasta hoy, Dios mio, deberia responderle cada uno de nosotros; pero quiero

(1) Lib. 2. de los Reyes C. 19.

desde hoy aplicarme á meditarlos para que, viviendo penetrado de su número y de su importancia, me dedique á agradecerlos. Desde hoy los meditaré, hasta persuadirme, que desde el aire que respiro, la vida que conservo, mi alma que piensa, mi corazon que siente, mi espíritu que os teme, oh Dios mio, todo, todo lo que constituye mi ser, todo es beneficio vuestro, que debo rendidamente agradecer y corresponder. Ojalá pueda yo, venerables religios.[s], inspiraros esta santa resolucion con mis palabras sostenidas y auxiliadas por la gracia que se me conceda por un nuevo beneficio del Señor. Ojalá que todos nos penetremos de la estrecha obligacion en que vivimos de conocer y agradecer los favores, que Dios misericordiosamente se digna dispensarnos, y que de no practicarlo nos resultan infinitos males, que cada dia se agravan mas y mas, haciéndonos indignos de recibir otros nuevos, que Dios nos habria dispensado.

Voy á hablaros sobre los beneficios divinos en cuanto á la infinita bondad del que los dispensa; y la suma diligencia que debe poner para reconocerlos y agradecerlos aquel que los recibe. Ved ahí las dos reflexiones que ocuparán vuestra atencion. Socorrednos con vuestros auxilios Vos, divino Salvador; haced que penetremos con la vista de nuestro entendimiento la magnificencia de los bienes que nos concedeis, y que nuestro corazon agradecido se resuelva á corresponderlos con obras santas y dignas de Vos.

I.

« Rico es Dios para todos los que lo invocan, » dice el Apóstol (1), y en su mano tiene tal abundancia

(1) A los Romanos C. 10.

de bienes, que solo con abrirla enriquece á todas sus criaturas. David contempla á toda la naturaleza recibiendo las bendiciones de Dios, y en su virtud al sol brillando para alumbrar á la tierra, vestida de luz la luna, de hermosura las flores, de follaje y frutos los árboles; brotando aguas las fuentes, y moviéndose todos los seres animados para llenar el fin para que les crió la divina providencia. « Abres, Señor, tu mano, decia, y llenas de tu bendicion á todo viviente (1). » A cualquier parte que volvamos nuestra vista, encontraremos la bendicion de Dios obrando prodigiosamente, meditaba San Agustin (2) ; pero deteniéndonos á pensar en favor de quién vienen á redundar todas esas bendiciones, á quién enriquecen tantos tesoros y ennoblecen beneficios tan señalados, encontraremos que el hombre es el objeto que la mano del Señor se propone beneficiar con todos ellos. De suerte que sus bendiciones derramadas sobre toda la naturaleza vienen á reunirse en el hombre como en un centro, adonde las destina la mano del Criador. Siendo Dios Bien infinito, se inclina á beneficiar á sus criaturas, porque lo bueno es por su propia naturaleza comunicable ; y cuanto mas excelente es esa bondad, mayor es tambien su disposicion á comunicarse, de modo que puedan todos aprovecharlo.

Los beneficios divinos llevan en sí mismos ciertas circunstancias, que nos hacen conocer tanto la excelencia de su naturaleza, como su número y variedad infinita. La soberana grandeza, majestad, sabiduría y omnipotencia de quien los concede, es la primera, pero suficiente por sí sola para hacernos sumamente estimable cualquier don que nos venga de su mano.

(1) Salmo 144.
(2) Meditat. C. 2.

Dios infinitamente grande no produce sinó bienes excelentes y perfectos; lleno de gloria y majestad, todo lo que sale de sus manos está en armonía con esa misma gloria, y es capaz de contribuir á darnos idea de su majestad, y de elevarnos hasta ella; infinitamente sábio dirige sus bienes como conviene no tan solo para su propia gloria, sinó tambien para el provecho de las criaturas que se propone beneficiar; y omnipotente, en fin, nada puede resistir ni en el cielo, ni en la tierra á su voluntad, que se mueve á derramar bienes sobre los hombres. Por consiguiente, puede hacer cuanto quiere; y como nada puede querer que no sea perfecto sumamente, todos sus beneficios lo son por su misma naturaleza. David, ilustrado por luces sobrenaturales, contemplaba á nuestro Bienhechor soberano derramando bienes innumerables sobre los hijos de Adan; y arrebatado por la magnificencia de su infinita gloria, ¿Quién hay, Señor, decia, semejante á tí (1)? Ya te contemple, Señor, dando tu voz á las nubes, para que rieguen la tierra (2); ya te divise secando con tu soplo el volúmen inmenso de las aguas que arrastran los rios mas caudalosos que atraviesan esa misma tierra; ya oiga tu voz en el estampido del rayo que retumba, así sobre los montes elevados, como en los valles profundos; siempre te veo grande, magnífico, sábio y todopoderoso: y te ensalzaré siempre, Dios mio y Rey mio, y bendeciré tu santo nombre por los siglos de los siglos. Grande eres, Señor, y tu poder nó tiene límites (3).

Si por razon de la grandeza de Dios que nos concede esos beneficios, son éstos excelentes é inapreciables-

(1) Salmo 70.
(2) Salmo 77.
(3) Salmo 24.

bles, no lo son ménos por el sumo amor con que se nos dispensan. De modo que la bondad infinita del Señor al concedernos sus beneficios lo hace con caridad tan ardiente y celestial, que nos muestra toda la ternura con que nos ama, y toda la liberalidad con que está dispuesto á darnos todavía otros mayores, mas excelentes y eternos si correspondemos con fidelidad los que recibimos. Representad en vuestro entendimiento, si podeis, ese número infinito de beneficios que os dispensó el Señor desde el principio de vuestra vida; y si os asombra su número que aventaja cuanto pudiéramos imaginar, oid que todavía os dice como á su Profeta (1): « Si pequeño te parece todo lo que hasta hoy te he concedido, dispuesto estoy á hacerte favores mucho mayores todavía. » Y si reflexionamos que cada uno de los beneficios que el Señor nos concede, encierra en sí muchos otros, encontraremos que no son tan solo excelentes por el amor con que Dios se digna concederlos á sus criaturas, sinó tambien porque cada uno encierra innumerables bienes. ¿Quién podrá, en efecto, alcanzar á comprender cuántos abraza el beneficio de la creacion del mundo? ¿cuántos el de la conservacion? ¿y cuántos los de la providencia con relacion al hombre objeto especial de las bondades y misericordias infinitas del Señor? ¿Quién alcanzará á explicar la dignidad y excelencia que encierra el beneficio de la redencion por la encarnacion del Unigénito del Padre y por la pasion y muerte recibida por nosotros pobres y miserables pecadores? ¿Quién medir la extension de los dones de gracia y de virtud que estan encerrados en los santos sacramentos? Nadie, mis amad.s herman.s, es capaz de

(1) Lib. II. de los Reyes C. 12.

penetrar ni explicar todo eso con la precision que requieren beneficios tan soberanos, ni nadie los comprende en toda su extension, sinó quien los sacó del tesoro de sus infinitas riquezas, para regalar con ellos á los hombres. Y esta liberalidad, propia solo de un Dios rico en bondades y misericordias, debe empeñar de nuevo nuestra gratitud, y hacernos exclamar como á Isaías: « Alabaré al Señor por tantas cosas que nos dió, y por la muchedumbre de los bienes que repartió á la casa de Jacob (1). »

Otra circunstancia que reunen los beneficios de Dios, es ser concedidos á la bajeza y miseria humana. Porque bajos y viles son los hombres, por mas que los consideremos á veces elevados á ciertos puestos que los hacen sobresalir entre los demas, ó dotados de capacidad, ó de ingenio, ó de virtud, que les concilian un lugar distinguido en medio de los otros. Bajo es siempre y vil, repito, á pesar de todo, é indigno de que fije el Señor sobre él sus miradas, y todavía aun mucho mas indigno de que lo haga objeto de sus dones misericordiosos. Sin embargo, Dios derrama sobre los pobres hijos de Adan sus beneficios, y con ellos no solo los mira ya con caridad, sinó que los enriquece con la muchedumbre de sus bondades. ¡Oh Señor! exclamaremos con San Agustin meditando estas verdades, ¡Oh Señor! ¿quién soy sinó polvo y ceniza, podredumbre y gusanos? Os alabaré siquiera humildemente por vuestras bondades; pero ¿cómo podrán, Dios mio, alabar las tinieblas á la luz, la muerte á la vida, y el pecado á la gracia (2)? Y la miseria y vileza del hombre no es honrada y enriquecida por

(1) Cap. 63.
(2) Soliloq.

Dios de un modo cualquiera, sinó con infinita liberalidad, y sin proponerse adquirir de los que reciben sus beneficios, ningun género de retribucion. Procede gratuitamente, guiado tan solo por su infinito amor; ni repara que ese mundo que va á colmar de favores, fué desde atras su enemigo declarado, que no dejó jamas ni de calumniarle, ni de humillarle, ni de perseguirle: solo ve sus necesidades urgentes, y su amor infinito le inspira vehementemente socorrerlas. El divino Salvador nos enseña esta verdad, cuando dice: « De tal modo amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito, para que todo aquel que cree en El, no perezca, sinó que tenga vida eterna (1). » Hablaba á un doctor de la ley del beneficio infinito que concedió el Señor á los hombres en la encarnacion del Hijo de Dios, y ningun motivo presenta para dispensar al mundo tan estupendo beneficio, sinó tan solo el amor ardiente y generoso con que Dios lo amó, y amándole quiso redimirle y salvarle.

De modo que estas cinco circunstancias, que brillan admirablemente en los beneficios que Dios nos dispensa, dejan bien conocer su bondad suma y su largueza y misericordia: largueza y misericordia con que se propuso inclinar la voluntad del hombre, para que le correspondiese. En la parábola de la viña, que se dignó referirnos en su santo Evangelio (2), nos manifiesta hasta dónde llega la solicitud, y hasta qué punto son abundantes y oportunos esos beneficios. La planta cuidadosamente, la cerca luego de vallado, de manera que ninguno pudiese penetrar en su recinto, y hacer mal á esas plantas objeto de sus cuida-

(1) S. Juan C. 3.
(2) S. Mateo C. 21.

dos; cava y construye un lagar, donde reunida la cosecha, pueda su dueño complacerse en el fruto que le rinde; y en fin, fabrica una torre desde donde sus vigías velen por su seguridad, y no permitan á los ladrones robarla ni deteriorarla. Ved ahí pintados los beneficios que Dios ha dispensado con especialidad á las almas que condujo al claustro. Es éste la porcion predilecta de la viña del Señor: porcion que plantó El mismo y cultiva con infinito esmero, y en la que tiene puesto muy particularmente los cuidados de su providencia, como lo dijo á Santa Catalina de Sena (1). Aunque á todos nos plantó en el seno de su Iglesia, y en éste nos conserva, dándonos cuantos medios pueden contribuir para que nos arraiguemos en él, y permanezcamos dando los frutos de virtudes cristianas que ha de exigirnos el Padre de familia que nos colocó en su viña; á las personas á quienes con bondad particular dispensó el beneficio de la vocacion religiosa, exigirá mas que eso, porque les hizo beneficios mas particulares, que no concedió á los otros cristianos. Puso en su entendimiento conocimientos mas altos, movió su voluntad con deseos mas perfectos, dirigió sus resoluciones, y les concedió medios mas eficaces y seguros para que pudiesen ejercitar aquello mismo que les inspiró. Por eso dice á estas almas amorosamente por boca de su Profeta (2): « Díme, viña mia, ¿qué cosa debí hacer en tu favor que no haya hecho ? » Y ojalá que al hablar Dios á su viña de ese modo, la encuentre cultivada prolijamente, sin maleza que la impida dar frutos á su tiempo, y llena, al contrario, de plantas bellísimas, que atraigan la voluntad del Padre de

(1) Tract. de div. Provid. C. 125.
(2) Isaías C. 5.

familia que la elige para lugar de su recreo, y la hermosea con todo género de preciosas flores. Este es el beneficio altísimo, con que Dios obliga nuevamente á ciertas almas, que entresaca en su pueblo cristiano para formar con ellas el jardin de sus delicias. De la viña de su Iglesia formada por todos los fieles entresaca unos pocos de éstos para plantarlos en su casa y en los atrios de su casa (1). De modo que vemos á Jesucristo, que entre todos los que le siguen con amor y fortaleza, toma algunos solamente, y los introduce en los claustros, donde se dedica á cultivarlos como plantas preciosas, que con el fervor de santas obras llenan toda su viña de fragancia celestial. ¿Comprendeis, mis carísim.[s] herman.[s], la grandeza de semejante beneficio? Entrando por éste el alma á pertenecer á la seccion mas querida del pueblo del Señor, con mejor razon que Baruc (2) de Israel, podemos decir de ella: Dios te ha concedido el vestido de su justicia y de su misericordia, para que le sirvas fielmente todos los dias de tu vida. No hay en el seno de la Iglesia de Jesucristo muestra de bondad divina que exceda á ésta; así como tampoco hay beneficio tan alto, como el que recibe el alma llamada para santificarse en la vida religiosa, viviendo consagrada exclusivamente á Jesucristo. Alaben los mundanos sus felicidades, alaben sus pompas y sus honores; alabe uno las distinciones que ha recibido durante su vida, y otro los puestos honrosos á que ha sido elevado; cuente aquel sus riquezas, y éste sus satisfacciones y placeres: ¡ah! el religioso, oyendo todo ésto, « *Melior est*, dice, *dies una in atriis*

(1) Salmo 91.
(2) Cap. 5.

tuis super millia. Elegi abiectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum (1). Mejor es, Señor, estar un dia en tus atrios que millares. Elegí estar abatido en la casa de mi Dios, ántes que morar en las tiendas de los pecadores. » Del mismo modo elegí estar abatida, dice el alma religiosa, en el humilde rincon de la celda, donde la voluntad divina me colocó; porque en ella encontré la paz que el mundo no pudo concederme; porque allí recibí luces del cielo, que me hicieron conocer que la mentira, la falsedad y el engaño reinan sobre la tierra; porque con estos conocimientos me resolví á buscar otra clase de bienes reales, sólidos y permanentes; y no encontrándose éstos en la tierra, los busco en el cielo, y éste es el camino por donde seguramente espero llegar un dia allá. Tan segura vive de que ha encontrado el camino de la felicidad eterna, tan gozosa, digo, en su obscuridad, pobreza y abatimiento, que no trocaria su situacion ni por toda la grandeza de la tierra, ni por todos los honores, ni por la fortuna mas espléndida que pudieran ofrecerle. *Melior est dies una in atriis tuis super millia.* Mejor es para mí un solo dia en la casa de mi Dios, que mil fuera de ella. Los mundanos no conocen la fortuna escondida en el beneficio de la vocacion de Dios. Por esta razon tantas veces burlan, y tantas otras compadecen á los que viven en los claustros. Son ciegos para cuanto pertenece al espíritu, y por ésto nada entienden de cuanto á éste se refiere: no conocen sinó lo terreno, ni otros bienes sinó los terrenos, ni son capaces de gustar otros placeres que los sensuales, correspondiéndoles muy bien aquello que les aplicaba el Apóstol:

(1) Psalm. 83.

« Son segun la carne, y gustan las cosas de la carne (1). » Mas las personas, á quienes Dios levanta de la tierra haciéndoles probar lo espiritual, miran lo terreno con disgusto, porque conocieron otros bienes, y gustaron otros placeres que les inspiran fastidio y aversion á todo lo terreno.

Pero no solamente plantó el Señor en la viña del claustro al individuo que miró misericordiosamente, sinó que, apreciando el valor de su virtud, lo cercó con cuidado, á fin que estuviese á cubierto de los ataques de sus enemigos espirituales. Provee á las personas religiosas de medios á propósito para resistir victoriosamente á todos éstos, y éste es otro beneficio que les dispensa lleno de amor misericordioso. Cerco es la clausura mas ó ménos estricta, segun lo ordenan las leyes particulares de cada instituto, y que está cada uno obligado á observar con escrupulosidad. Cerco son las inspiraciones que hace el Señor sentir en su alma, y la estimulan á tomar mucho brío en su servicio, cuando sintiéndolas procura corresponderlas como debe. Cerco son los buenos ejemplos con que los que viven en comunidad, se edifican unos á otros estimulando así poderosamente su virtud. Y cerco, en fin, y fuertísimo las distribuciones espirituales á que los llama la voz del Señor figurada en el sonido de la campana. ¡ Cuántos beneficios, mis carísim.[s] herman.[s], se comprenden en este solo de la vocacion ! ¡ Cuántas misericordias abraza este beneficio del Señor ! Mirad con cuánta razon os dije que era uno de los mas excelentes con que Dios nos favorece en el seno de su santa fé católica.

Mas no para aquí todavía la extension de su be-

(1) A los Romanos C. 8.

neficio. Recordad que en el seno de esta viña ha cavado un lagar, tal es el espíritu de penitencia y de perfecta compuncion, y tal el fervor de la caridad con que esas almas afortunadas recogen, á cada paso, la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y sus altísimos merecimientos, ya por medio de los sacramentos que reciben á menudo, y ya por el ejercicio de la mortificacion que, abatiendo y aniquilando los estímulos de la carne, da lugar á que viva y se robustezca el espíritu por la continua comunicacion con Dios. Jesucristo su Esposo celestial es quien enriquece á las personas religiosas con su sangre preciosa, llamándolas para que la beban con abundancia, y se fortalezcan á fin de vivir apercibidas contra los que las asaltarán, queriendo arrebatarles el tesoro precioso de su paz, de su caridad, de su recogimiento, de su devocion, y de todas sus otras virtudes, que han convertido su corazon en verdadero jardin de Amador de las almas. Y este vino de la caridad eleva el espíritu hácia el cielo, le hace anticipadamente morar en la bienaventuranza, y vivir en la tierra como si fuese en ella extranjero. Es como el principio de la posesion de aquel, con que ofrecia Jesus regalar á sus apóstoles en el reino del Padre celestial (1).

Ha levantado, en fin, el Señor una torre elevada en esta su viña, y esa es la vigilancia con que la cuida por medio de los superiores, que con altísima providencia ha dispuesto que tenga cada comunidad religiosa. Sí, torre elevada son los superiores en los conventos y monasterios, porque colocados en el puesto primero ó mas alto de la comunidad que presiden, han de velar sobre todo cuanto en ella pasase, á fin de evitar, reprimir y corregir lo malo, y fomentar y di-

(1) S. Marc. C. 14.

rigir lo bueno. Y si el superior ó superiora de una comunidad se encierra, herman.s mi.s, en su celda, y descuida en otras personas lo que él mismo está obligado á hacer, ¿ocupará entónces el lugar que debe desde esa torre elevada? Advertid todos vosotros que presidís las comunidades religiosas, que si abandonais ese lugar mostrándoos negligentes en el ejercicio de las obligaciones que os incumben, sobre vosotros está el Pastor vigilantísimo de las almas, que os pedirá cuenta del modo cómo las llenásteis, y castigará severamente todos vuestros descuidos, vuestra pereza, vuestra negligencia y vuestras omisiones. Torre es tambien la doctrina con que ilustra el Señor á las almas en la religion, dándoles tal luz interior, que con ella distinguen, y á veces desde muy léjos, la astucia con que el enemigo de las almas viene acercándoseles poco á poco para tentarlas y procurar derribarlas de la divina gracia. Y en torre tambien el Señor convierte las almas que le sirven con fervor en el santo estado religioso, porque con los numerosos auxilios que les concede, las hace fuertes como la torre preparada con escudos y baterías, para rechazar los tiros de sus enemigos. Así es como llama el Esposo celestial á su esposa en el libro de los Cantares (1): « Torre de David; » es decir, torre inexpugnable por su fortaleza. Mas comprendeis desde luego, que ni puede darse este nombre, ni conseguirá jamas esta fortaleza aquella persona que, sin embargo de profesar vida religiosa, no piensa en aprovechar los auxilios que recibe para fortalecerse y progresar en el ejercicio práctico de las virtudes propias de su estado. Ni podrá tener tal nombre la que no hace aprecio de las luces que recibe

(1) Cap. 4.

para caminar por la senda de virtudes perfectas, sinó que ama otras escabrosas, en las que con facilidad se extravia y se expone á precipitarse en las simas de que estan cortadas á cada paso. ¡ Ah ! á ninguna de esas personas podrá aplicarse ese nombre que da á sus fervorosas esposas el Rey celestial, y sí podrá, al contrario, decirse de ellas que malogran tantos beneficios que les fueron dispensados á fin que, cultivadas en la viña del Rey celestial, pudiesen exhalar el aroma fragantísimo de las virtudes, que las haga merecedoras de ser eternamente colocadas en su retrete. Este es el objeto de los beneficios divinos dispensados á las personas que profesaron vida religiosa, y lo que las introduce en la felicidad eterna. Para conseguirlo, se les pide corresponderlos del modo que vamos á decir.

II.

Debemos reconocer los beneficios de Dios, y éste es como el fundamento de nuestra gratitud. No se abre en los claustros la mano del Señor para derramar sus dones sobre corazones insensibles, ni sobre almas privadas de inteligencia y de razon, sinó sobre personas que sienten, conocen y saben distinguir lo bueno de lo malo, y lo que les aprovecha de aquello que les perjudica. Sobre personas, repito, que aun cuando fácilmente pueden equivocarse en sus apreciaciones, ilustradas por la fé, conocen lo que honra al Señor, y lo que le deshonra en sus criaturas. Dios mismo las instruye con frecuencia con su santa palabra, y destierra de ellas todo género de duda. Les manda que le ofrezcan sacrificios, y les indica aun cuál es aquel que mas le agrada, y por consiguiente, el que les exige en correspondencia de los favores que les ha dispensado, y

como medio de alcanzar los que aun les dispensará. Sacrifica á Dios sacrificio de alabanza, les dice, y cumple al Altísimo tus votos (1). De ese modo busca en el corazon puro, en las oraciones fervorosas y en las obras perfectas las muestras de gratitud de que debemos vivir llenos. Mas reconocer los beneficios de Dios es una gracia particular que solo El puede dispensarnos, y el modo de conseguirla es volver de continuo la vista de nuestro entendimiento sobre nosotros mismos, y mirándonos colmados de esos beneficios, elévar á Dios el corazon pidiéndole que lo toque y lo haga sensible á sus misericordiosas muestras de ternura y de bondad. Sin un auxilio particular no podremos conocer, repito, la grandeza é importancia de los bienes que recibimos de Dios; pidamos este auxilio, y quedaremos iluminados por aquella luz qüe hacia decir al Profeta (2): « Tu ciencia, Dios mio, se ha hecho en mí maravillosa. » Porque maravillosos son verdaderamente los efectos que produce en el alma la persuasion que alcanza de los beneficios que debe á Dios, y de la obligacion que tiene de mostrarse reconocida. Reconocer los beneficios de Dios es distinguirlos; es confesarse obligado por ellos; es atribuirlos á la bondad infinita del Señor; es, en fin, publicar en todas partes con nuestras obras y con nuestros afectos, que somos deudores al Señor de un bien que no tenemos con nuestras propias fuerzas cómo satisfacer. La soberbia de los mundanos se resiste á hacer esa confesion: pretende convencerse, que lo que tiene, ó es inherente á su propia naturaleza, ó lo adquiere por su diligencia, ó se le da porque le es debido; mas Dios á quien néciamente piensa de esa ma-

(1) Salmo 49.
(2) Salmo 138.

nera, le dice desde lo alto de los cielos: « Entended los que olvidais á Dios: injustamente creísteis que seré tal como tú; sacrificio de alabanza me honrará, y ese es el camino por donde mostraré mi salud (1). »

El hecho de reconocer los beneficios recibidos de Dios seria estéril é infructuoso, sinó nos inspirase y resolviese á dar gracias al Señor de un modo sensible y palpable para todos. La santa Escritura nos ofrece diferentes ejemplos que poder imitar de esa gratitud. Mirad á David cómo, oprimido por la deuda inmensa que confesaba tener para con Dios por los infinitos dones de que le era deudor, « Bendice, exclama, alma mia, al Señor, y todas las cosas, y todo lo que hay dentro de mí, bendigan su santo nombre. Bendice, alma mia, al Señor, y no te olvides de sus beneficios. » Y no quedando satisfecho su agradecimiento con estos sentimientos fervorosos que reinan en su alma y ostenta en sus cánticos al Señor, se vuelve á toda la naturaleza, y la invita para que tome parte en la accion de gracia que pretende tributar á Dios. « Bendecid, dice por eso, bendecid al Señor todos sus ángeles, poderosos en fortaleza; bendecidle todos sus ministros que haceis su voluntad, y bendecidle todas sus obras en todo lugar (2). » Y á las nubes, á las aguas, á la tierra con sus abismos; á los montes que sobre ella colocó la mano del Señor; á las fuentes y á los hombres que se saciarán con sus aguas cristalinas; á las bestias de la tierra y á las aves del cielo; á todas las criaturas, en fin, convida para que canten la gloria del Señor: « gloria que él cantará mientras viviere (3). » De ese modo no solo él daba gra-

(1) Salmo 49.
(2) Salmo 102.
(3) Salmo 103.

cias á Dios por los beneficios que le habia concedido, sinó que deseaba y se empeñaba porque toda la naturaleza, uniéndose á él, hiciese que fuesen éstas mas valiosas en la presencia divina. Pero aun pasa adelante todavía el alma fervorosa, queriendo mostrarse agradecida á la bondad de Dios. Quiere tributarle actos de gratitud no solo por sí, sinó tambien por todas las otras criaturas que no lo hacen, y por aquellas que rehusan hacerlo. Vosotros sabeis, mis amad.s herman.s, que teniendo todo hombre racional obligacion de tributar al Señor el sacrificio de sus obras y alabanzas en agradecimiento á los infinitos beneficios recibidos de su mano misericordiosa, hay muchos que no lo hacen, unos porque no quieren, y otros porque no pueden. No quieren pagar á Dios el tributo de agradecimiento debido de justicia por sus beneficios, los malos cristianos sin fé, sin religion y sin buenas costumbres, que viven entregados á sus malas pasiones, y á los torpes y relajados deseos de su corazon. Esos, digo, que habituados á los vicios que degradan la nobleza de nuestra alma, se fingen en su imaginacion depravada un Dios á su manera, y de quien, en la estupidez en que les sume su sensualidad, llegan á figurarse que ni atiende, ni hace caso de los pecados de sus criaturas (1), llegando de ese modo á hacer en cierta manera á la Divinidad cómplice de sus delitos abominables. Estos tienen cortada totalmente su relacion con Dios, y no sienten ningun género de gratitud para con el Señor, á quien ni conocen, ni aman, ni adoran como deben. Ni tampoco quieren mostrar á Dios el debido agradecimiento los que insultan la Majestad divina, viviendo sumidos en los pecados prohibidos por su santa ley. Ni,

(1) Job Cap. 22.

en fin, muestran al Señor el agradecimiento debido á sus beneficios las personas que, llamadas por su estado á seguir vida fervorosa, no obstante la llevan distraida y negligente, de manera que no corresponden á las gracias y á los auxilios que recibieron, mostrándose, por consiguiente, ingratas y desconocidas al Señor. El religioso y la religiosa fervorosa observa todo este verdadero desórden tan ofensivo para el objeto mas amado de su corazon, y su amor y su gratitud le inspiran extender sus actos de agradecimiento hasta desear que éstos llenen el lugar que el desconocimiento y la ingratitud de todos aquellos dejan vacío completamente.

Pero dije que habian otros que no podian dar esas muestras de gratitud que exigen los beneficios recibidos: y tales son los que no conocen á Dios, porque no han sido instruidos en nuestra santa fé lo bastante para poder cumplir esta obligacion. El fervor hace al alma que vive consagrada á Dios y llena de su caridad, ponerse en lugar de éstos, y suplir su falta, y pedir ademas con fervor para todos los hombres la luz y los conocimientos, que los harán capaces de rendir al Señor amorosamente el sacrificio de su corazon agradecido. Le hará desear que todos le conozcan, que todos le honren, todos le adoren y sirvan, porque solo de esta manera podrán debidamente agradecer los bienes y misericordias infinitas, de que todos le son igualmente deudores.

Os dije, mis carísim.s herman.s, cuánto deshonra á Dios y perjudica á sus criaturas la ingratitud con que tantos hombres le niegan el agradecimiento debido á sus beneficios. Tal vicio es, en sentir de San Bernardo (1),

(1) Serm. LI. in Cant. Cantic.

uno de los enemigos del alma, la ruina de nuestros merecimientos, y la dispersion de las virtudes, y en fin, el que anula los beneficios que recibimos del Señor para alcanzar la salvacion eterna. En el corazon de los ingratos no entra la gracia del Señor, lo que, segun nos dice San Pablo, fué la causa de la perdicion de los filósofos gentiles: porque los alumbró Dios, en efecto, para que le conociesen y adorasen, y ellos rehusaron aprovechar la luz celestial, rechazaron el beneficio que se les concedia, y desconocieron la gracia que misericordiosamente se les dispensaba. En castigo de tan gran pecado, les retiró el Señor la fuente de aquella luz divina, dejando sumido su entendimiento en tinieblas, vagando entre la ignorancia y los errores, y entregado á la reprobacion (1). A cada paso leemos en las santas Escrituras las quejas del Señor contra Israel, y en éstas el primer cargo que hace á ese pueblo colmado de beneficios, es el desconocimiento y la ingratitud con que los malogra, no los estima como debia, y volviendo las espaldas al supremo Bienhechor que se los concede, olvida su ley divina, y olvida tambien las obligaciones que ésta le impone. En vez del Dios de sus padres, cuya mano todopoderosa rompió las cadenas de su esclavitud, dividió las aguas del mar Rojo para salvarlo de Faraon que lo perseguia, é hizo llover maná del cielo para alimentarlo, se fabrica ídolos, á los que ofrece sacrificios diciendo: « Estos son, Israel, vuestros dioses, que te salvaron de la esclavitud de Egipto (2). » ¿Puede concebir el entendimiento humano ingratitud mas execrable? ¡Ah! se alza en el fondo de todo corazon noble un grito de indignacion contra ese proceder tan villano, y el celo por el ho-

(1) A los Romanos C. 1.
(2) Exod. C. 32.

nor divino injustamente ofendido llega á desear se cumpla aquella palabra: « Levantaré mi ira contra ellos, y los acabaré. » Pero, ¿es acaso, mis carísim.s hermanos.s, es acaso diferente la conducta que tantas ocasiones hemos nosotros mismos observado contra Dios? Y fijaos bien que allá se trataba de un pueblo que Dios habia ilustrado con algunas luces comunicadas á sus patriarcas, prometido una tierra abundante, y victorias brillantes sobre sus enemigos. Mas acá el pueblo que desconoce al Señor y se conduce ingratamente contra El, es ese que El rescató de las tinieblas y del pecado, que hizo suyo comprándolo con su sangre, que enriqueció con sus merecimientos, y destina á la posesion eterna del reino de los cielos. Y tantas veces, permitidme añadir, ese pueblo le desconoce y se olvida de El, sin embargo que le entresacó misericordiosamente de entre sus escogidos, que lo recibió en la casa de su misericordia y de su amor, y en ésta lo enriqueció con infinitos dones, que muestran el amor tierno y la misericordia especial con que le atiende y le regala. ¡ Oh ! esta ingratitud es superior á la de Israel ; y si de éste dijo á Moises: « *Dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos* (1): Deja que se levante mi ira contra ellos; » ¿qué dirá de su pueblo cristiano ? ¿qué dirá de sus religiosos y religiosas tan queridos, tan honrados y tan privilegiados por su Majestad divina ?

En el seno de Israel cada vez que éste olvidaba ingratamente los beneficios recibidos, el Señor le retiraba su asistencia, de modo que flaco y sin arbitrios venia á quedar sometido á sus enemigos; cesaban las luces que recibia de los profetas , cesaban los avisos con que

(1) Exod. Cap. 12.

era prevenido, y cesaba todo cuanto podia contribuir á darle alguna señal de que Dios le asistia con aquel amor ardiente y esforzado que profesó á los hijos de Abraham, Isaac y Jacob, que se conservaron fieles á sus santos mandamientos. Flaco así y debilidado, perdidas todas sus fuerzas, él mismo conocia la extension de su caida, y tantas veces en medio de ayes y lágrimas amarguísimas, « Enflaqueciose, dijo, mi fuerza; me entregó el Señor en una mano, de la que no podré levantarme. *Infirmata est virtus mea; dedit me Dominus in manum, de qua non potero surgere* (1).» Así sucedia á Israel ingrato y desconocido á los beneficios del Dios de sus padres. ¿Y qué sucederá á esas otras personas, cuya ingratitud tiene proporciones tanto mayores que la de Israel ? *Infirmata est virtus mea.* Ved ahí lo que sucederá: se enflaquecieron mis fuerzas. ¡ Ah ! y verdaderamente se enflaquecieron, porque Dios retira de las almas ingratas todos los favores especiales y auxilios particulares que las fortalecen para marchar adelante en el camino de las virtudes. *Infirmata est virtus mea;* porque se multiplican, faltándoles la proteccion de Dios, primero sus imperfecciones y defectos, y despues sus pecados, que les hacen perder toda virtud, todo espiritu y todo recogimiento, y quedar como obscurecidas, sin atinar en lo que debieran hacer para su provecho espiritual. *Infirmata est virtus mea.* Y lo que es aun peor, esa debilidad se extiende sobre el entendimiento y sobre la voluntad, dejando obscuridad en aquel, é indiferencia en ésta; de modo que aquel ni verá, ni conocerá la extension de sus males, ni ésta se moverá á obrar lo que convendria para su propio provecho. Mas, por

(1) Thren. C. 1.

grande que sea este mal por sí solo, es aun mayor por lo que le sigue. *Dedit me Dominus in manum, de qua non potero surgere.* Caerá ese religioso ó religiosa, sufriendo las consecuencias de su flaqueza, caerá, digo, en pecados, que le harán perder la gracia de Dios, y transformarán su alma, de esposa de Jesucristo, en vil esclava de satanás, que no podrá comparecer delante del Señor; y la bellísima esposa del Cordero inmaculado, degradada de esa suerte, sin arbitrios para levantarse, quedará allí; y si Dios por su misericordia infinita no le da su mano para levantarla, allí al borde del precipicio permanecerá expuesta á perecer eternamente. *Dedit me Dominus in manum, de qua non potero surgere.*

Esta es una manera terrible que tiene Dios de castigar á las almas ingratas á sus beneficios: las castiga con la tibieza, con la inaccion, con la dificultad para conocer los males que sufren, y las castiga tambien postrándolas de manera, que débiles y sin recursos quedan caidas y en aptitud de perecer para siempre. ¡Ah! cuidad, mis amad.s herman.s, cuidad de manera que vuestra falta de conocimiento y de gratitud á los beneficios divinos no os vaya á colocar en esa situacion. Recordadlos de continuo, procurando que vuestras obras, unidas á los afectos de vuestro corazon, sean la mejor correspondencia que tributeis al Señor por sus beneficios. En vuestras mismas ocupaciones religiosas teneis un medio eficaz para corresponder, ejercitándolas con fervorosa devocion: de ese modo el Señor derramará incesantemente sobre vosotros nuevas gracias, que despues de haberos sostenido aquí en la tierra en su servicio, os lleven al cielo á recibir la corona de misericordia. Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMASÉPTIMA.

SOBRE LA GLORIA ETERNA.

Satiabor cum apparuerit gloria tua.

Seré saciado cuando apareciere tu gloria.

(Psalm. 16.)

¿Con que es verdad, mis carísim.s herman.s, que nada puede saciar los deseos del hombre aquí en la tierra? ¿Con que es verdad que, á pesar del poder y de las riquezas, de la elevacion y de los honores, de los placeres y regocijos reunidos para hacer dichosa y contenta la vida presente, nadie pudo conseguirlo jamas? Sí, es verdad: y por eso el gran rey de un pueblo mas numeroso que las arenas del mar y que las estrellas del cielo, que dispone á su arbitrio de infinitos pueblos; que ha domado, abatido y aherrojado á todos sus enemigos, y gozado anchamente de todas las conveniencias de la vida, siente dentro de sí mismo un gran vacío, un fondo de tristeza que le asalta y conturba á cada paso, y en fin, mucho que le hace amarga la vida, y le estimula á correr presuroso á buscar otra mejor, que no se encuentra en este mundo, sinó en la eternidad. Esta es la que desea incesantemente, porque en ella espera conseguir aquella hartura que en vano buscó sobre la tierra. *Satiabor cum apparuerit gloria tua.*

¡Qué amargo desengaño es éste para los que buscan en la vida presente alegría y felicidad perfectas y durables! ¡Qué amargo desengaño, digo, para aquellos que creen poder encontrar esos bienes sobre la tierra!

¡Ah! convénzanse todos de que ésta no puede dar alegría verdadera, porque solo á Dios pertenece concederla, quien la tiene reservada en el cielo para los que le amaron y temieron en la tierra. Son esos contentos puros é inefables con que saciará y regocijará á sus escogidos eternamente. Felices las almas que conocieron esta verdad, y obrando conformes con ella dirigieron sus esfuerzos á conseguir el cielo como lugar de felicidad eterna; feliz quien renunció á los placeres de la tierra como tropiezo para gozar los puros y perfectos de la gloria eterna; y feliz todavía el que penetrando y gustando algo de los infinitos bienes que estan reunidos en Dios, se ha dicho á sí mismo: Venid, probad cuán suave es el Señor, y cuán felices y dichosos los que esperan en El (1).

Para llegar á un bien tan grande, la providencia divina ha trazado un camino seguro á sus criaturas, y por el que es indispensable que sigan hasta que logren alcanzarlo. Este es el que nos muestra el divino Salvador diciéndonos: « Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame (2). » Camino escabroso y áspero, por cierto, porque encierra en sí cuanto hay de mas amargo y duro para los hijos de Adan, á saber, el vencimiento de sí propio. Mas al llamar á sus discípulos el Hijo de Dios para que caminen por él, se ofrece para marchar adelante, y lo hace efectivamente, de modo que, « Seguidme, » dice á sus criaturas, porque va El mismo abriendo el sendero por donde han de seguirle. ¿ Cuánto esfuerzo no inspira en las almas la meditacion de esta verdad? Jesucristo va adelante de mí, puede decir esa

(1) Salmo 33.
(2) S. Mateo C. 11.

alma fervorosa, que abraza y sigue llena de constancia el camino de la vida religiosa: Jesucristo va delante de mí para introducirme al reino de los cielos, para glorificarme en su gloria, como escribia el Apóstol, y para colmarme de sù propia grandeza y felicidad (1). ¿Quién no se llenará de esfuerzo para caminar teniendo tan buen guia? ¿Quién no cobrará firme esperanza de llegar á la felicidad eterna caminando tras de Jesucristo? No somos aquel Israel, que peregrina durante cuarenta años por el desierto marchando á tomar posesion de la tierra prometida por Dios á sus padres; pero que en castigo de su ingratitud y de la dureza de su corazon le habia sido quitada, reservando el Señor su posesion para sus hijos. Nosotros marchamos rectamente: quien nos conduce, nos la compró con el precio de su vida, y él mismo toma á su cargo introducirnos, á fin que no podamos sufrir ningun extravío en nuestra marcha.

Mas es un bien tan excelente la felicidad del reino de los cielos, que necesitamos elevar hasta Dios nuestra consideracion, pidiéndole que avive nuestra fé, y la ilustre con ciencia del cielo, á fin que podamos percibir algo de aquella patria feliz, que ni ojo vió, ni oido escuchó, y solo Dios que los tiene preparados, conoce la grandeza de los bienes que encierra para los que esperan en El (2). Volemos al cielo ahora con nuestro deseo y nuestra voluntad, porque cuanto mas nos acerquemos allí con la fé y la limpieza de nuestra alma, mejor podremos conocer la grandeza de esos bienes que se nos preparan, y mejor tambien resolvernos á buscarlos con nuestras obras. Voy á hablaros, mis carísim.[s] herman.[s], de la felicidad eterna de la gloria,

(1) A los Filip. C. 3.
(2) Isaías C. 64.

exponiéndoos en la primera parte algo de lo que contiene, y recordándoos en la segunda que Jesucristo es el único camino por donde podemos con seguridad llegar alguna vez allá.

Oh divino Salvador de nuestras almas, dispertad en nosotros un vivo deseo de los bienes copiosos, que en el cielo teneis preparados para todos los que os aman: purificad nuestro entendimiento para que pueda conocer su grandeza é importancia, y nuestra voluntad para que los desee, y se mueva eficazmente para trabajar hasta conseguirlos. Auxiliadnos, auxiliadnos, dulcísimo Jesus, para que la consideracion de los bienes inefables de vuestra gloria haga desaparecer de nosotros el amor á lo terreno, y robustezca el deseo de los bienes celestiales.

I.

Todo cuanto podamos imaginar y decir de la gloria eterna, siempre será mezquino, obscuro é imperfecto, considerando lo que es ésta en sí misma. El Angélico Doctor Santo Tomás la llama (1) estado perfecto, eterno, seguro é inmutable, libre de todos los males que pueden temerse, y lleno de todos los bienes inefables que pueden desearse. Juntad, en efecto, todos los bienes que podais, herman.s mi.s, imaginar tanto en el órden de la naturaleza, como en el espiritual y de gracia, miradlos todos reunidos en grado excelentísimo en el reino de los cielos, y causando parte de la gloria de los bienaventurados. Quien causa esta gloria es Dios, de quien procede todo bien como de su fuente insondable y perenne, y á cuya posesion

(1) 1.a 2.ae quaest. 3. et seq.

ha sido admitido el bienaventurado que alcanzó la felicidad del cielo. El bien que se disfruta en esta gloria es eterno, pues durará mientras durare Dios, cuyo reino no tendrá fin (1); y con ser eterna esa felicidad no sufrirá variacion alguna la gloria ni se disminuirá, ni su gozo se menoscabará, porque es inmutable. Ademas tienen los bienaventurados seguridad de poseer eternamente el bien que han conseguido, y que nadie podrá ni arrebatárselo ni disputárselo; y en medio de esa felicidad sin término, y en la que se encuentran completamente hartos todos sus deseos, no sentirán jamas fastidio ni cansancio, sinó al contrario cada dia y cada instante será de tanto júbilo y de tanta alegría, como lo fué el primer momento de su felicidad.

San Juan, admitido á contemplar en espíritu la gloria del cielo, « Ví, dice arrebatado de asombro, la ciudad santa de Jerusalen; » y para hacernos comprender su hermosura inexplicable, nos figura con lo mas rico y precioso que conocemos sobre la tierra sus muros, sus puertas, sus plazas, sus palacios y sus jardines (2). Pero toda esa belleza que discurre el santo Evangelista para indicarnos algo de lo que vió en el cielo, no es mas que un rasgo imperfecto de aquella belleza y hermosura, que la inteligencia humana no es capaz de comprender ni de explicar. La claridad del sol es obscura comparada con la del cielo (3), y la amenidad de los lugares mas dichosos y apacibles que podemos imaginarnos, es verdadero valle de lágrimas puesta en presencia de aquellos otros,

(1) S. Lúcas C. 2.
(2) Apocal. CC. 21. y 22.
(3) Ib. C. 23.

donde la vista de Jesucristo Cordero inmaculado será bastante para llenar de intenso regocijo á todos sus escogidos (1).

Indicamos ya que la primera y esencial gloria de los bienaventurados consiste en su union con Dios: union tan estrecha, como aquella con que el fuego se apodera del hierro, comunicándole su luz, su calor y sus demas propiedades, de modo que parece fuego; resultando de aquí que el alma queda completamente satisfecha y harta de todo cuanto bien desea, y cumplido en cada uno de los bienaventurados lo que para sí mismo aguardaba David, diciendo: « Seré saciado cuando apareciere tu gloria. *Satiabor cum apparuerit gloria tua.* » Recordando lo que Dios nos tiene revelado en las santas Escrituras sobre la gloria de que vestirá á sus justos en las potencias y en los sentidos, podremos rastrear algo de ese mar insondable de felicidad. « Entrará la memoria en los secretos del Señor (2); » se engolfará en los abismos de sus soberanos atributos, y quedará absorta en Dios, reconociendo la extension de los beneficios recibidos, así como de los que espera recibir en toda la eternidad. Arrebatada dulcemente por este amoroso reconocimiento, ¡oh! cuán bien podrá cantar como el Profeta: « Te ensalzaré, Dios mio, y bendeciré tu nombre, Rey mio, por los siglos de los siglos. Contaré la magnificencia de tu gloria recordando tus maravillas, y brotarán de mi boca tus alabanzas con la memoria de la abundancia de tu suavidad (3). » Ni será menor la gloria del entendimiento, que estará lleno de Dios, y gozándose en su conocimiento, pues que lo verá tal como es. *Vide-*

(1) S. August. Tract. III. in Ioann.
(2) Salmo 70.
(3) Salmo 144.

bimus Deum sicuti est, como nos enseñó San Juan (1). Recordad, mis carísim.^s herman.^s, cuán vivo é inmenso era el consuelo que proporcionaba al Santo Job, en medio de sus amarguísimas tribulaciones, la esperanza de ver á Dios algun dia con sus propios ojos, de oir su voz con sus propios oidos, y de quedar unido á El con la union mas perfecta y estrecha por toda la eternidad (2). Ver á Dios como es en sí, y unirse á El con estrechísima union es, segun San Bernardo (3), la semejanza de Dios que alcanza el bienaventurado, y con la que lleno de Dios representará sus perfecciones infinitas. Esta doctrina está de acuerdo con la que nos enseña el apóstol San Juan, diciendo que, mientras dura la vida presente, somos solo hijos de Dios, mas no aparece lo que verdaderamente hemos de ser; pero cuando El apareciere, seremos semejantes á El, porque le veremos como es en sí (4). Cuyas palabras exponiendo el Padre San Agustin (5), « No puede declararse mejor, dice, la dignidad que consiguen aquellas almas dichosas, y que el Profeta Evangelista conoció registrando los cielos cuando, volando como águila hasta Dios, leyó en El mismo las perfecciones que derrama sobre sus bienaventurados. » Una de las peticiones que hizo el divino Salvador á su Eterno Padre en la oracion fervorosa que le dirigió la noche de su última cena, fué: *Ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in eis, et tu in me* (6); es decir: que sean todos una misma cosa; así como tú, Padre, en

(1) I. Ioann. C. 3.
(2) Cap. 19.
(3) In Cant. Cantic. Serm. XXXI.
(4) Carta I. de S. Juan C. 3.
(5) Tract. IV. in 1. Ioann.
(6) S. Ioann. C. 17.

mí, y yo en tí, así tambien ellos sean en nosotros tan tiernos y amorosos. Y este deseo de Jesucristo se cumple de un modo tan admirable y perfecto en el reino de los cielos, que sus felices moradores redimidos con la sangre del Verbo divino, parecerán allí como dioses unidos al mismo Dios (1). Aunque limitadas y finitas aquellas criaturas bienaventuradas, quedarán por la gloria llenas del ser divino, y perfectas en la sabiduría, en la santidad y en la hermosura (2). ¡Oh qué gozo sentirá, venerables religios.[s], ese entendimiento, que fué tantas ocasiones atormentado por dudas y temores que ejercitaron su fé, al ver ahora con sus mismos ojos el contenido de los misterios que, á pesar de aquellas tentaciones, creyó y confesó constantemente mientras vivió! ¡Palpar ahora en sí mismo la grandeza de aquella gloria, que el Señor le prometió, y no podia jamas comprender ni su perfeccion ni su naturaleza! Viendo con toda claridad los peligros de perder este bien que corrió en diversas circunstancias de su vida, así como la bondad infinita con que la mano del Señor le separó de ellos; el esmero paternal con que le condujo hasta introducirle en esta patria de felicidad eterna, y los innumerables beneficios que le dispensó, sin que en muchas ocasiones los hubiese ni aun conocido; ¿comprendeis cuál será el reconocimiento y el amor, de que se verá lleno ese bienaventurado y mil veces dichoso habitante de los cielos?

Mas agregad todavía la gloria particular que resultará á la voluntad de amar á Dios con amor perpetuo, entrañable y que jamas podrá ni debilitarse ni extinguirse, siendo efecto de este amor aquel torrente

(1) S. August. De Spirit.
(2) S. Thomas 1.ª pars, quaest. 25.

de deleites, de que contemplaba David hartos á los escogidos de Dios (1). Esta voluntad no quedará ociosa ni por un instante, sinó que ejercitando todas las virtudes, honrará con ellas al Criador como señal sensible de su amor. La obediencia con la misma prontitud que los ángeles, estará dispuesta á cumplir las disposiciones de Dios; la humildad le rendirá sus profundos homenajes con amoroso reconocimiento; la religion le prestará la adoracion de que es digno con suma reverencia y devocion; y el agradecimiento, uniéndola á los ángeles que le entonan himnos y cánticos en medio de los repetidos hosannas y aleluyas que oyó San Juan, como leemos en su Apocalípsis, participará de los contentos inefables que nos pinta el mismo Evangelista, inundando á todos aquellos. Mientras peregrinamos en la tierra, nuestra voluntad encuentra en todas partes obstáculos y contradicciones, que le impiden dirigirse constantemente á Dios, y tenerle como único y verdadero blanco de su amor, de sus obsequios y afectos: mas estos obstáculos desaparecieron; las trabas con que le impedia la carne moverse adonde quisiera, fueron tambien rotas por la muerte; y libre la voluntad para amar, consagra á Dios todos sus movimientos, todos sus afectos, en una palabra, todo su amor.

Llena ya el alma de Dios, su gloria se extenderá al cuerpo cuando, despues de la resurreccion universal, haya vuelto á unirse con él. Jesucristo transfigurado en la santa montaña es la imágen del cuerpo glorificado en el reino de los cielos. Su gloria allí no estuvo limitada á los gozos inefables que inundaron su alma purísima, ni á la presencia de Dios su

(1) Salmo 35.

Padre celestial, ni á la voz de Este que le confesó su Hijo amado y objeto tierno de todas sus complacencias. Nó, herman.[s] mi.[s], la gloria cubrió y vistió tambien su cuerpo santo, puro é inocente con vestido de gloria mas blanco que la nieve, y mas refulgente que el sol. Así el cuerpo del bienaventurado será vestido tambien de gloria; su carne quedará límpia, resplandeciente, ligera, mas bella que el firmamento, y mas refulgente que el sol del medio dia. Los ojos verán la humanidad de Jesucristo, el mas hermoso entre los hijos de los hombres (1); aquella belleza, repito, á quien los ángeles desean constantemente ver (2). Verán los justos, cantó Isaías, al rey del cielo en toda su hermosura. *Regem in decore suo videbunt oculi eius* (3). Verán á Maria, inmaculada Madre de Dios, y á la vez nuestra Madre, nuestra Reina, nuestra Abogada é Intercesora poderosísima; y la verán mas hermosa que el sol, mas bella que la luna, y mas resplandeciente que las estrellas del firmamento. Los ángeles con todas sus jerarquías quedarán allí patentes á la vista del bienaventurado. A los Santos, cuyas virtudes y hazañas prodigiosas arrebatan nuestra admiracion, allí veremos tambien, los conoceremos, los trataremos, y seremos sus amigos, sus compañeros y sus hermanos por toda la eternidad. Como la vista, así tambien el oido tendrá en los bienaventurados su gloria particular, que le resultará de oir la voz amorosa del Señor, los cánticos inspirados de los ángeles, y aquellas alabanzas de las que decia el Profeta que resonaban de sus bocas (4). Isaías, San Juan evangelist a

(1) Salmo 44.
(2) I. de S. Pedro C. 1.
(3) Cap. 33.
(4) Salmo 149.

y el apóstol San Pablo percibieron algo de esos cánticos, y apenas nos refieren con muy pocas palabras el intenso júbilo que experimentaron sus almas. Agregad todavía la gloria de los demas sentidos ; agregad la fragancia que sentirá el olfato muy superior á la que ofrecian al corazon del Esposo de las almas los aromas cargados de flores, y los nardos y las azucenas cultivados con tanto esmero por la esposa ; agregad aun el alimento suavísimo con que Dios sostendrá los cuerpos sin necesidad de comida ni bebida; y en fin, los deleites santos, puros é inefables que derramará sobre aquella carne y aquellos huesos humillados tantas veces por la penitencia y la mortificacion, y contemplareis glorificado el cuerpo del bienaventurado en aquella gloria que anticipadamente queria el Hijo de Dios sintiesen sus fieles servidores diciéndoles: « *Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in coelis* (1). Alegraos y gozaos, porque vuestro premio es copioso en el reino de los cielos. »

No será allí pesado nuestro cuerpo, ni capaz de ofrecer molestia alguna nuestra carne; al contrario el poder divino le concede dotes que le quitan todo cuanto pudiera hacerla gravosa á quien la viste. Le concede el dote de claridad (2), mandando que resplandezca el cuerpo destinado á reinar con Cristo eternamente, como brilla el sol sobre el firmamento iluminando toda la tierra. Hace impasible esa carne, que fué en este mundo vaso de corrupcion ; le da, dice San Agustin, sanidad perpetua, de manera que no pueden penetrar allí ni las enfermedades, ni los dolores, ni la muerte. Repetiré mejor con San Pablo:

(1) S. Mateo C. 5.
(2) S. Thomas, quaest. 82. Addit.

Seminatur corpus animale, surget corpus spiritale; seminatur in infirmitate, surget in virtute (1). Sembrado cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual; sembrado en corrupcion, resucita en incorrupcion; sembrado en vileza, resucita en gloria; y sembrado en flaqueza, resucita en virtud: de manera que los llantos, el dolor y las lágrimas quedaron en la tierra, porque son fruto de la tierra; y la impasibilidad, la luz y la alegría visten en su vida gloriosa la naturaleza del bienaventurado, porque son caractéres peculiares á su suerte dichosa en el reino de los cielos. *Ecce nova facio omnia* (2), ha dicho la voz de Dios al admitir á sus escogidos en su gloria: es decir, renuevo su naturaleza, les visto de propiedades gloriosas, y hago impasible lo que ántes era esclavo de las aflicciones, de las lágrimas y de los dolores. Reciben tambien don de sutileza, y con él serán como los espíritus celestiales, pudiendo penetrar con virtud de Dios todos los lugares, sin necesidad que se les presenten para ello caminos expeditos, ni se les abran las puertas que estan cerradas cuidadosamente (3). De esta propiedad dió prueba el sagrado cuerpo de Jesucristo cuando, despues de resucitado, salió del sepulcro por su propia virtud y sin necesidad que fuese removida la enorme piedra colocada á su entrada; y volvió á darla cuando, queriendo visitar á sus discípulos, entró y salió libremente del Cenáculo, no obstante que sus puertas estuviesen cerradas por temor á los judios (4). Recibirán, en fin, la ligereza ó agilidad como dote de bienaventuranza, y éste consiste en el absoluto dominio del espíritu

(1) Ep. I. á los Corínth. C. 15.
(2) Apocal. C. 21.
(3) S. Thomas in I. ad Corinth. C. 6.
(4) S. Juan C. 20.

sobre la carne, que podrá moverla á su arbitrio de una parte á otra, sin que sienta jamas ningun género de fatiga ni cansancio. Se moverán con tanta presteza y velocidad, que correrán como centellas, todos los espacios. ¡Oh cuánto gozo sentirá el justo recorriendo la mansion celestial, aquella Jerusalen de paz, con indecible presteza! ¡Cuánto gozo penetrando la multitud de sus mansiones todas felices, apacibles y dichosas! Con razon David meditando estas verdades exclamaba: «¡Qué amables son tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! mi alma los desea y desfallece por los atrios del Señor (1).»

Dios en esta vida parece que quisiese dividir sus bienes entre sus criaturas; y por eso vemos á unas adornadas de hermosura, y á otras de fortaleza; concede á aquel la sabiduría, mientras derrama en otros la mansedumbre y la paciencia. Mas no obra así en el reino de los cielos, donde derrama todos sus tesoros sobre sus escogidos, dando á cada uno segun su capacidad, de modo que todos quedan sábios, ricos, hermosos y colmados de gozo y felicidad pura, inefable y eterna. Meditando San Agustin esta verdad de nuestra santa fé, «Qué podré amar yo, dice, que allí no lo encuentre? Si la hermosura me deleita, en el cielo resplandecerán los justos como los ángeles de Dios: si deseo una vida larga y saludable, en el cielo se alcanza eterna é inmutable, porque allí los justos vivirán eternamente: si la hartura me halaga, en la Jerusalen celestial la vista de Dios sacia á los bienaventurados: si las melodías, los Angeles y Santos cantan incesantemente las divinas alabanzas: si la sabiduría,

(1) Salmo 83.

el que es fuente insondable de todo saber, les descubre todos sus secretos: si el poder, los bienaventurados participan de la omnipotencia divina: y si, en fin, el honor, las riquezas y la seguridad, Dios será para nosotros en el cielo todas las cosas (1). » Oh hombres, ¿porqué os fatigais entónces buscando en vano salud, riquezas, belleza y honor? Alzad al cielo vuestra vista y mirad que todo ésto está allí reunido como premio que Dios infinitamente bueno y misericordioso reserva para los que le aman y le temen.

Felices los que como vosotr.^s^, venerables religios.^s^, buscásteis á Dios, y lo hicísteis centro de vuestros pensamientos, de vuestros afectos y de vuestras obras. *Ecce merces vestra copiosa est in caelis* (2), podemos deciros: vuestro premio copioso y sobremanera grande está en los cielos, y para asegurarlo habeis buscado el abrigo del claustro como verdadero puerto que os pone á salvo en la furiosa borrasca de este mundo. Cuando Dios estimulaba á Jacob á fin que se conservase fiel á los principios de su fé en medio de los pueblos idólatras donde iba á peregrinar, « Yo seré tu guarda, le decia, y no te abandonaré hasta haberte cumplido todas mis promesas (3). » ¿Y cuánto pudo la palabra divina en el corazon de este patriarca? Jamas se aparta de la senda que Dios le señala; ni su entendimiento ni su voluntad dejan de buscarlo y de amarlo en todas partes. ¿Y qué otra cosa hace Dios con vosotros, mis carísim.^s^ herman.^s^? Qué otra cosa hace trayéndoos al claustro, y conservándoos seguros en su seno contra todos los riesgos de perder el reino de los cielos? *Ego ero tecum.* Yo estaré contigo para fortalecerte en las

(1) S. August. Soliloq. C. 2.
(2) S. Mateo C. 5.
(3) Genes. C. 28.

tribulaciones interiores y exteriores con que tantas veces será probada tu virtud. *Ego ero tecum.* Seré contigo para sostenerte en la empresa de conseguir la perfeccion religiosa. *Ego ero tecum.* Y seré contigo en todas las obras que con este fin acometieres, y no te abandonaré ni un instante, á fin que alcances lo que te propusiste. Ved ahí con cuánta misericordia la mano del Señor asiste á los que por su amor abandonaron todo lo terreno, á fin de asegurar lo celestial, teniendo como basura, á semejanza del grande Apóstol de las gentes, todo lo que no fuese Dios, que se nos dará entero, completo y perfecto en su gloria eterna. Perfeccionemos en nosotros la obra del Señor, trabajando cada dia con mayor esfuerzo á fin de vivir de tal manera, que nos hagamos dignos de llegar al reino de los cielos, y ceñir la corona inmortal que allí Dios reserva á las almas de los religiosos y de las religiosas que guardaron con fidelidad los votos de su profesion. Esta fidelidad la hemos de mostrar todos, no separándonos del camino que nos conduce al cielo; camino que El se dignó mostrarnos, y del que extraviándonos, exponemos temerariamente nuestra salvacion eterna. Veamos cuál sea este camino, para que formemos la resolucion de no abandonarlo, y logremos de ese modo ser admitidos en el reino del cielo.

II.

Ninguna duda quiso el Hijo de Dios que tuviésemos sobre el sendero que deberíamos seguir para gozar de su gloria; y por eso del modo mas claro y terminante nos dice: « Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame. *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, tollat cru-*

cem suam quotidie et sequatur me (1). Este es el único camino, venerables herman.[s], que nos conduce á la gloria del Señor; y quien se imagine poder entrar en ésta sin seguirlo, se equivoca miserablemente, y expone su salvacion. Camino áspero y fragoso es, á la verdad; mas tambien lo es que esas mismas asperezas que nos revelan las palabras del Salvador, enardecen el espíritu de sus siervos, y les comunican vigor para marchar adelante en la empresa de conquistarlo. Nos hacen contemplar la entrada á la Jerusalen celestial como la de aquella ciudad, que el ángel mostró á Esdras (2) hermosa, rica, llena de purísimos deleites, y fundada en un valle fértil, espacioso y ameno. Mas ¿de qué naturaleza era el camino que á ella conducia? Obscuro, cubierto de precipicios, fragosísimo y tan angosto, que apenas, apenas cabia en él la pisada de un hombre. Y ademas, á un lado de este sendero, que cualquiera persona ménos esforzada podria creer impracticable, habia torrentes de agua de una parte, y llamas de fuego extendidas como mar de la otra. Así tan difícil es el que conduce al reino de los cielos, y del que nuestro divino Maestro nos dice con razon, que necesitan hacerse violencia los que desean llegar allá: « *Regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud* (3). El reino de los cielos padece violencia, y solo los que se la hacen, lo arrebatan. » Comprendeis, pues, que toda la doctrina de nuestro Señor Jesucristo está conforme en que es dificultosa y estrecha la entrada á la gloria, y que necesitamos vencernos á nosotros mismos para llegar á ser ciudadanos de la patria celestial.

(1) S. Lúcas C. 9.
(2) Lib. IV. C. 7.
(3) S. Mateo C. 11.

Meditando las palabras con que el divino Redentor nos convida para que le sigamos á la conquista de aquella bienaventuranza eterna, comprendemos en toda su extension los sacrificios que todos, sin excepcion alguna, necesitan hacer para conseguirlo. Y todos digo, entendedlo bien; porque la gloria eterna á nadie la da el Señor por derecho de herencia, adquirida por sus antepasados, ni por títulos de nobleza, ni por ciencia mundana ganada por estudios profundos; ni ménos la da á los ricos avaros, ni á los grandes y orgullosos de la tierra: nó, herman.s mi.s; al contrario estan todos éstos tan distantes de los cielos, cuanto léjos se encuentran de la mortificacion y vencimiento de ellos mismos, que indica aquella doctrina de Jesucristo ser indispensable requisito, para poder entrar en la casa del Padre celestial. *Violenti rapiunt illud.* Verdad es que Jesucristo llama al cielo á todos los hombres sin exceptuar uno solo; verdad es, repito, que muestra á todos el camino que dirige á sus tabernáculos de paz, y á todos igualmente insta y exhorta para que lo aprovechen: mas no es ménos cierto que la soberbia y corrupcion del corazon, dominando en infinitas personas, les impide obrar del modo que el Salvador indica, y por consiguiente, se excluyen ellas mismas de la posesion del cielo. Quiere el Señor que los llamados obren con voluntad libre y espontánea en las obras que les abren camino para el reino celestial. *Si quis vult,* por eso dice: « Si alguno quiere; » pues la voluntad es lo primero que en el hombre ha de moverse y resolverse para buscar al Señor. Todos los que profesaron vida religiosa espontáneamente, mostraron esta voluntad noble y generosa de seguir á Jesucristo; vieron con la vista de su entendimiento reunidos en El todos los verdaderos bienes, y se resolvieron á seguirle, sacrifican-

do para ello todo cuanto amaba su corazon en este mundo. Quiso el religioso ser discípulo de Cristo, y seguirle como tal para oir de cerca sus enseñanzas; y oyéndole decir: « Quien no deja todas las cosas, no puede ser mi discípulo (1), » todo lo renunció, á trueque de poseer á Jesucristo. Ved, pues, al religioso y religiosa poniéndose en virtud de la profesion que hizo en el camino que conduce al reino de los cielos. Ha querido seguir á Jesucristo, se ha movido á buscarlo, y se ha puesto en aptitud de marchar adelante. Mas ésto no es suficiente; porque caminando por el camino que nos previene el Salvador, debemos llenos de fervor practicar tres cosas. La primera es vencernos resueltamente á nosotros mismos; es decir, mortificar nuestras propias pasiones, reprimiendo los vicios que de ellas proceden. Negarse á sí mismo es mortificar los movimientos y deseos sensuales; es contradecir con obras las aspiraciones vanas que sugieren y fomentan la soberbia, el amor propio, y la codicia de honra, de dominacion y de preferencia sobre los demas. Negarse á sí mismo es amar la obscuridad; es ocuparse con preferencia de la vida interior, la que, como escribe San Lorenzo Justiniano (2), rechaza decididamente aparecer haciendo ostentacion de grandezas, honores y conveniencias de este mundo. Negarse á sí mismo es, en una palabra, guardar el religioso ó religiosa escrupulosamente los votos que hizo al Señor, poniendo para ello todos los medios que darán ese resultado. ¡Oh qué campo tan vasto ofrece al religioso la vida del claustro para triunfar completamente de sí mismo cada dia! En el claustro digo; porque

(1) S. Lúcas C. 14.
(2) Fascicul. amor.

allí todo está calculado para que desaparezca del hombre la vida vieja, que es la voluntad propia, aquella misma que nos arruinó y perdió en Adan, y se levante y fortifique la vida del hombre nuevo, que es la del que imita á Jesucristo que la enseñó, humillándose hasta sufrir muerte de cruz. Triunfan de sí propios los religiosos obedeciendo, triunfan mortificándose, y triunfan llenando con exactitud sus obligaciones.

Pero son esclavas de ellas mismas todas las personas que, á pesar de su profesion religiosa, conservan viva y fresca su voluntad propia, de manera que desean hacerla prevalecer contra la regla, contra los superiores, y contra el espíritu mismo de sus votos en muchas ocasiones. ¡Qué error, mis carísim.s herman.s, qué error querer llegar al fin que se propusieron estas personas, que fué alcanzar la felicidad eterna, y tomar al mismo tiempo el camino que las aparta y separa totalmente de ese fin! ¡Oh! «¿quién me concediera, permitidme que repita con San Lorenzo Justiniano (1), quién me concediera tener voz tan penetrante y virtud tan eficaz, que pudiese convencer á tantas almas que, olvidando las obligaciones de su estado santísimo, permiten que vivan arraigados en su corazon los vicios que acompañan ordinariamente á los mundanos? ¡Cómo las convenceria que su vida no está fundada ni en la humildad, ni en la obediencia de Cristo, sinó que al contrario reina el espíritu de satanás en su soberbia, altivez y propia estimacion!» Desengañaos, mis carísim.s herman.s: sin negarnos completamente á nosotros mismos no podremos dar ningun paso hácia el reino de los cielos.

Pero no pide Jesucristo solamente negarse á sí

(1) De discipl. et perfect. monast.

propio, á todo el que desea seguirle por el camino que conduce al reino de los cielos, sinó que le declara debe tomar su cruz, y ésto cada dia, es decir, continua é incesantemente, como explican los sagrados expositores. Cruz llama nuestro Señor Jesucristo los deberes anexos al estado de cada cual; cruz llama sufrir con paciencia los dolores, que son uno de los amargos frutos que nos hace recoger el pecado; cruz llama la pobreza, que miramos ordinariamente con tanto horror; cruz llama los desprecios, de que el mundo colma á los hombres que no se prestan á seguir ciegamente sus opiniones y doctrinas erróneas; y cruz llama especialmente todo género de humillacion que tuviesen los discípulos de Cristo que pasar en la vida presente. Tal es la cruz con que nos dice el Salvador hemos de vivir abrazados, y El lo estuvo toda su vida, pues ésta no fué mas que *summus dolor, summus labor et summa paupertas,* como nos dice San Bernardo (1). A imitacion suya quiere que nosotros la carguemos tambien cada dia en toda aquella extension que se nos proporcionase. La vida religiosa es vida de cruz; pero se olvidan de esta verdad aquellas personas que desean encontrar flores donde Jesucristo sembró espinas. Tales son las que se quejan amargamente de cualquiera tribulacion que Dios les proporciona, ya para sanarlas de cierto amor propio que las perjudica, ya para hacerles ganar algun merecimiento que necesitan, y ya tambien para humillarlas, y por esa humildad prepararlas para recibir con fruto algun beneficio que misericordiosamente se propone dispensarles. Todas esas, digo, no estan persuadidas de que su camino hácia el cielo es de crucifixion, y que de otro

(1) Serm. ad Fratres.

modo no podrán jamas llegar dignamente hasta su Esposo celestial, que vivió y murió abrazado con la cruz. « ¡ Cuánto debe temer, decia aquella alma grande para tolerar sufrimientos por amor á Jesucristo, Santa Catalina de Sena, cuánto debe temer el que habiéndose consagrado á Dios, no tiene parte en aquel hacecillo de mirra que el Esposo distribuye á sus esposas ! La cobardía de éstas puede entónces muy bien cerrarles la puerta del jardin, donde Aquel celebra sus bodas celestiales, con las que le ayudaron á cargar su cruz (1). » Abracémonos con amor á esa cruz santa y adorable, en la que nuestra alma unida á nuestro Señor Jesucristo le siga para perpetuar esa union en el reino de su felicidad eterna. *Sequatur me,* dice en efecto Jesucristo : sígame cargando su cruz cada dia, es decir , imitando mis virtudes, copiando en su conducta mis ejemplos, y haciéndose por sus obras vivo ejemplo mio. Fijaos bien que no quiere que hagamos mas que lo que El hizo, ni marchemos sinó por donde El caminó, ni nos separemos de la senda que El nos va trazando. *Sequatur me.* Pero sígame con alegría , y sígame hasta el fin, porque imitando mis virtudes adquiere un título seguro para reinar eternamente , porque esa alegría le inspirará esfuerzo para padecer con nuevo fervor y con indecible gozo de su corazon. Sígame hasta el fin , porque del mismo modo que yo estuve enclavado en la cruz hasta espirar en ella mi postrer aliento, del mismo modo el alma que se gloria de ser esposa mia, debe estar abrazada á mi cruz hasta espirar. Nada debe acobardarte , alma, en tu camino: voy yo contigo, y no te abandonaré jamas, si tú no me abandonas ántes. Abrázate de mí, busca en mis fuerzas tu

(1) De divin. Provident.

fuerza, en mi constancia tu seguridad, y en mi caridad tu único apoyo. De este modo nos habla Jesucristo marchando delante de nosotros cargado de la cruz. ¿A quién no conmueve la dulzura y caridad de sus palabras? ¿A quién no cautiva el amor que en éstas nos manifiesta? ¡Oh dulce Jesus! *sonet vox tua in auribus meis* (1). Suene vuestra voz misericordiosa continuamente en los oidos de mi alma; pero hacedme digno de oirla con provecho. Inclinad mi entendimiento, mi corazon y mi voluntad á esa voz, para conocerla, para amarla y para ejecutarla en todos los instantes de mi vida.

Yo considero, mis amad.s herman.s, una figura de lo que en la religion pasa á las personas que siguen á Cristo cargando su cruz por el camino que conduce á su gloria, con aquello que sucede al fervoroso peregrino que, llevado de su devocion, se propone subir á la cumbre del Tabor, para visitar allí el lugar santificado por Jesucristo Señor nuestro con su gloriosa transfiguracion. Siendo elevado el monte y pendiente el sendero que conduce á su cumbre, necesita ir repechando con fatiga. El sendero no solo es angosto, sinó que está cubierto de pequeñísimas piedras, que hacen resbalar á cada paso á quien lo sube. Imaginando éste que podrán ayudarle, para subir mas fácilmente, los arbustos de que está cubierta la montaña, va á asirse del tronco ó de las ramas de uno de éstos; mas ¡ay! que esos troncos y esas ramas estan cubiertos de espinas. Son el famoso junco marino, que sirvió á los judios para tejer la corona dolorosa é ignominiosa que pusieron sobre la cabeza del Hijo de Dios en su pasion. El tronco, las ramas y aun las hojas de ese ar-

(1) Cant. Cantic. Cap. 2.

busto cubiertas estan de espinas, que punzan y lastiman dolorosamente á quien trata de asirse á ellos. Ningun apoyo puede, pues, serle útil en su empresa fuera de Dios, que puede darle vigor para llevar á cabo su santo propósito. Mas cuando ha llegado al fin de su carrera, ¡cuánto gozo inunda aquel corazon poco ántes fatigado! ¡cuánto consuelo al descansar bajo los frondosos árboles que embellecen la planicie en que termina el monte! ¡cuánto consuelo, repito, al refrigerarse con las cristalinas aguas que brotan allí como torrente! ¡y cuánto, en fin, al mirar con sus propios ojos aquel lugar santificado por uno de los misterios mas venerables de nuestra redencion! Ademas los sentidos del cuerpo encuentran consuelo y regocijo en la diversidad de tantos objetos magníficos que allí se les ofrecen. El mar de Genezaret, donde muchas ocasiones Jesus embarcado dió muestras de su poder aplacando la tempestad, y donde instruyó á las turbas desde el barco flotante en la orilla del mar; las ruinas de Coratzain y Betsáida cuyos moradores fueron tantas veces amonestados á la penitencia por Jesus; el monte Carmelo, las montañas de Judea, el mar mediterráneo, todos los lugares mas célebres en las santas Escrituras desde allí los descubre la vista del que logró llegar á la cima. De suerte que el alma y el cuerpo se encuentran alegres y satisfechos en las alturas de aquel lugar afortunado. Ved ahí muy imperfectamente figurado lo que sucede al alma del religioso y de la religiosa que, negando su propia voluntad, sus deseos, sus satisfacciones, y en una palabra, negándose á sí misma, emprende cargada de su cruz el camino del reino de los cielos. Va siguiendo al Maestro divino por un camino estrecho, escabroso y lleno de peligros y dificultades de todo género; pero siguiendo, repito, á Jesucristo, nada, absolutamente

nada tiene que temer, porque el Salvador amorosísimo toma de su cuenta allanarle todas las dificultades, removerle los peligros, y socorrerla en la fatiga y en el cansancio que pudieran sobrevenirle. De suerte, mis venerables herman.[s], que llamados por la voz amorosísima del Señor para gozar con El de su gloria, y acompañados de nuestro Señor Jesucristo en nuestro camino, nada tendremos que temer, si de nuestra parte procuramos con celo y fervor dedicarnos á trabajar por llegar allá. Nuestra pereza, nuestra falta de fé, nuestras negligencias son los primeros enemigos que necesitamos vencer para conquistar la gloria. Jesucristo va delante de nosotros: clamémosle para que nos mire misericordiosamente, así como miró al Apóstol caido la noche de la pasion (1); que nos mire, repito, porque su mirada nos inspirará fervor, fortaleza, paciencia y exactitud en los deberes religiosos que necesitamos cumplir, y nos hará llegar con seguridad al reino de los cielos.

---

(1) S. Luc. Cap. 22.

INSTRUCCION DÉCIMAOCTAVA.

SOBRE LA PERSEVERANCIA EN EL FERVOR DE LA VIDA RELIGIOSA.

Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam.

He acabado la obra, que me encomendaste, con toda la perfeccion que convenia.

(S. Ioann. Cap. 17.)

Se prepara Jesucristo para entrar en el *Sancta Sanctorum* de su pasion, á ofrecerse en sacrificio al Padre eterno en el altar de la santa cruz por nuestros pecados. Sobre la mesa, donde cena por última vez con sus discípulos, acaba de ver la mano que le va á entregar á sus enemigos: allí delante de sus ojos tiene á uno de sus discípulos mas queridos, que le negará y desconocerá públicamente: á poca distancia estan el pretorio de Pilato, la calle de la amargura y el Gólgota, que regará copiosamente con su sangre en pocas horas mas; y en la cumbre del Calvario verán todos los hijos de Jacob y todos los gentiles, que han concurrido á Jerusalen para celebrar la fiesta mas solemne de Israel; verán, digo, elevada la cruz, y en ella le contemplarán enclavado y muerto como Redentor del mundo y Salvador de los hombres. Nada se oculta en aquel momento á su memoria: desde que descendió á la tierra, y humillado nació en un establo de animales y fué reclinado sobre las pajas del pesebre, hasta este momento en que va á terminar el sacrificio de tantos años, todo se presenta vivo y fresco delante de su alma, y todo lo abraza con el mismo amor

y la misma voluntad con que lo practicó, y elevando su espíritu á su Eterno Padre, « He acabado, le dice, la obra que me encomendaste, con toda la perfeccion que convenia. *Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam.* »

Desde lo mas alto de los cielos ha corrido su carrera con alegría y fervor, y ha perseverado en ella sin desmayar ni un momento, ni por cansancio, ni por debilidad. Las virtudes quedan restablecidas en el honor y dignidad que les corresponde; la verdad vindicada y purificada de los errores que la combatian y degradaban; el género humano redimido, instruido y santificado; destruido el imperio de satanás sobre a tierra; abierto el cielo para los hijos de Adan, y restablecidos éstos en todos los derechos que les concedió la bondad divina al criarlos á su imágen y semejanza. ¡ Con cuánta plenitud nuestro Señor Jesucristo pudo hablar de ese modo á su Eterno Padre! ¡ y cuán profunda es la doctrina que nos revela en sus palabras! Nos enseña que, criados para la patria donde hemos de vivir eternamente, debemos perseverar en las obras de Dios, porque de otro modo no podremos llegar allá; nos enseña que no es suficiente practicar las virtudes propias de nuestro estado en cierta época determinada de nuestra vida, sinó que se necesita practicarlas hasta el fin; y nos enseña tambien que la perseverancia robustecida y afianzada por nuestra misma vida ha de ser uno de los títulos que encuentre en nosotros la bondad divina para concedernos misericordiosamente el reino de los cielos. De manera que en presencia de nuestro supremo Juez y Remunerador universal pueda nuestra alma decir: « Cumplí, Padre, la obra de mi santificacion que me encomendaste, y lo hice del modo mas perfecto que me fué posible, atendida mi flaqueza. » *Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam.*

Cierto es que las personas consagradas á Dios por los votos religiosos tienen que llenar deberes mucho mas extensos que el resto de los cristianos, y que por consiguiente, la dedicacion para ocuparse de lo que pertenece á Dios, para triunfar de su propia naturaleza, y para edificar á sus prójimos con santos ejemplos, tiene tambien dimensiones mucho mas considerables que en los seglares. Mas la divina misericordia les provee medios mucho mas abundantes que á éstos para que puedan conseguirlo: medios que si ellas aprovechan con celo y diligencia, podrán llenarlas y enriquecerlas con tantos merecimientos, que dirán á su divino Esposo en la hora de su muerte: Encomendaste á tu esposa trabajar para adquirir virtudes perfectas, y he aprovechado la gracia que me diste para acopiar en mi alma paciencia, humildad, obediencia y mortificacion: muchos pecados y muchas mas imperfecciones he cometido y aun cometo todavía; pero mi voluntad es, Dios mio, toda vuestra, y quiero que todas mis cosas vayan dedicadas á vuestro santo servicio. *Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam.*

Estos son los sentimientos que reinan en el alma que se ha dado toda á Dios: mas siendo de una parte inconstantes sus resoluciones, y queriendo por otra radicarse en ellas de todo corazon, toma sus arbitrios á fin de obtener el resultado de obra tan santa. Son éstos los que la conducen á perseverar en su fervor, dándose cada dia y á cada instante nuevamente á Dios, de modo que se hace fuerte y robusta su vida espiritual. Despues que en los dias del santo retiro os habeis propuesto, mis carísim.s herman.s, tomar aquellos arbitrios, y hacer fielmente todo cuanto exige vuestro provecho espiritual, permitidme que en la presente instruccion os hable primero sobre la necesidad

que teneis de perseverar en vida fervorosa; y que segundo os manifieste que la práctica constante de las obligaciones, que os impone vuestra regla, os conduce con seguridad á conseguir esa perseverancia. Atendedme.

I.

Perseverar en el fervor de la vida religiosa es conservar con cuidado la gracia que Dios concedió al alma, cuando misericordiosamente se dignó darle su vocacion (1); y podremos, por consiguiente, decir que persevera aquella persona, que trata por los medios prudentes, que estan á su alcance, de conservar y fomentar las virtudes propias de la vida religiosa. En el curso de estas instrucciones hemos visto cuáles son esas, y no necesito por lo mismo repetirlo. Sí diré solamente que, no siendo una sinó muchas, y todas ellas mas ó ménos importantes, necesitamos perseverar en la práctica de todas. No basta, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (2), perseverar en algunas de las virtudes que contribuyen á conseguir la santidad ó virtud perfecta de nuestro estado, sinó que se ha de perseverar fielmente en todas de manera, que todas contribuyan del mismo modo á fortificarnos en la caridad y amor perfecto al Señor que requiere nuestra profesion. Esta es la perseverancia que Jesucristo exige á todos los cristianos cuando les declara, que solamente el que persevera, entrará en el reino de los cielos. Y no quiso decirlo de un modo ambiguo, ni dejar duda alguna en materia de tanto interes, sinó que clara y perentóriamente dice: *Qui perseveraverit usque*

(1) S. Thomas 1.ª 2.ae quaest. 13.
(2) 2.ª 2.ae quaest. 137.

in finem, hic salvus erit (1). Instruidos por esta palabra celestial conocemos cuán opuesta es al santo Evangelio la conducta de tantos relajados que, sin separarse de sus desórdenes, y conservando apego á sus vicios, creen, no obstante, que llegarán á salvarse. Mas no es, por cierto, ésto lo que nos enseña el Salvador, al decirnos que los perseverantes en la virtud entrarán al reino de los cielos: porque perseverar en la virtud supone triunfar en ese combate formidable que dia por dia nos hacen los enemigos de nuestra alma, y del que no os librarán, por cierto, ni los muros que os separan del siglo, ni el hábito de penitencia que vestís, ni la oracion mental en que os ejercitais, ni las otras prácticas saludables que son el ejercicio frecuente de vuestra vida religiosa; nada de ésto os librará repito, herman.[s] mi.[s] Atenuamos. es cierto, la fuerza del enemigo, quebramos algunas de sus armas, reducimos el número de sus tentaciones; pero no quedaremos libres mientras pisemos la tierra, y mientras nuestra alma anime y dé vida á nuestro cuerpo. A las personas religiosas, que por su estado estan llamadas á vivir con mayor vigilancia, cuando Dios las ve decaer de sus propósitos, les dice en el fondo de su conciencia como á aquel otro por boca de San Juan: « Has dejado tu primitiva caridad; arrepiéntete, y has tus primeras obras (2), » significándoles de ese modo hasta dónde debe ser fervorosa la perseverancia con que necesitan vivir en la vida claustral. Has dejado, les dice, tu primera caridad, porque has abandonado algunas de tus prácticas fervorosas, y una omision de esta naturaleza debilita el espíritu, lo hace decaer de su robustez

(1) S. Mateo C. 11.
(2) Apocal. C. 2.

y fortaleza, hasta el punto que fácilmente los enemigos espirituales pueden vencerle, y triunfar y apoderarse de cuanto constituye la riqueza y robustez de nuestro espíritu. Desfallece, y aquel religioso ó aquella religiosa poco ántes ejemplo de fervorosa virtud y en quien se miraba la comunidad como en un espejo, se transforma ahora en otro individuo débil, perezoso, y cuya conducta deja mucho que desear. Así es cómo se abandona fácilmente la primera caridad, que son las virtudes practicadas en los dias de fervor, en que nos hemos resuelto á no abandonar al Señor. ¿Y qué dice Dios á esa alma? Vuelve á tu antiguo fervor (1), haciendo aquellas obras que practicabas cuando me servias con fidelidad. Así es que todo el cuidado del Señor y todos los esfuerzos de su divina gracia incesantemente se dirigen á conservarnos en el fervor de la caridad, de modo que no desfallezca nuestra perseverancia en las buenas obras. Las tentaciones que experimentan las almas recogidas y fervorosas de satanás empeñado en hacerlas aflojar en el fervor de vida que establecieron bajo los auxilios é inspiraciones divinas, son récias y se suceden unas tras otras, especialmente al comenzar á ejecutar esas mismas resoluciones. Se propone á veces persuadirlas que, observando con fervor lo grave y sustancial de sus reglas, han hecho lo bastante para asegurar su felicidad eterna, y que á este fin deben limitar sus esfuerzos, sin hacer caso de lo pequeño y que, segun aquel, poco importa. Otras recurre á inspirarles temor por su salud; les sugiere la idea de mil enfermedades que pueden sobrevenirles en el caso de continuar esa vida mortificada y severa que abrazaron: tratando de vencerlas en este terreno, mueve el demonio tantos

(1) Apoc. Cap. 2.

resortes, cuantos son los conocidos, los relacionados y los hermanos ó hermanas de profesion débiles en la virtud, y para quienes no es agradable el fervor de otros, que reprende por cierto á su tibieza y falta de virtud. Todos éstos les hablarán contra sus ayunos y otras mortificaciones, pintándoselas como opuestas á su debilidad, como causa de indisposiciones que ya sufren ó pueden sobrevenirles, y como perjudiciales aun para la comunidad misma, que se verá defraudada de sus servicios. Les hiere el amor propio, haciéndoles creer que sus prácticas de virtud llaman la atencion de otras muchas personas, y dan motivo á críticas tanto dentro como fuera del claustro. Y en fin, les sugiere mil otras ideas, que han de producir primero cierta especie de reserva para las prácticas que inspiran el fervor y la devocion, luego tibieza para esas mismas prácticas, y despues el abandono consiguiente y completo de ellas. Allá es adonde el demonio dirigia el fin de su tentacion. La conducta de las personas que desean sincéramente perseverar en su nuevo método de vida que propusieron al Señor, debe ser la de David que, renovado por la gracia, desea volar con mayor esfuerzo hácia Dios, y para ello desea tambien se le concedan cada dia nuevos medios á fin de unirse con El mas vigorosamente. Temeraria será aquella que condesciende y afloja seducida por alguna de esas tentaciones, porque un solo resquicio que logre abrirse satanás en nuestra voluntad, mira ya como seguro su triunfo. Y ese resquicio lo encuentra en las ligeras condescendencias para dejar alguna distribucion de coro, para omitir cierta ocasion la oracion mental, ó algun otro acto de comunidad. Yo veo dibujados los ardides del tentador enemigo de las almas, y las vacilaciones y dudas de éstas en aquel profeta mandado por Dios á anunciar á Jeroboan

rey de Israel los castigos que enviaria contra los que propagaban en su pueblo la idolatría. « No comerás, ni bebirás, ni te detendrás, le dijo el Señor, en el lugar adonde yo te envio. » Satanás, empeñado en que el profeta desobedeciese á Dios, le acometió con diversas tentaciones: primero empleando la violencia por medio de aquel mismo rey que ordenó detenerle por fuerza; mas vino Dios en su auxilio castigando á ese rey impío: levantado el castigo por las oraciones del profeta, recurrió Jeroboan á las insinuaciones y á los ruegos, á fin de detenerlo, ó mas bien tomó el demonio este camino para inducirlo á quebrantar el precepto de Dios; mas no pudo tampoco conseguirlo. ¿Y porqué? Porque el profeta, herman.s mi.s, opuso al rey resueltamente la órden divina de no pararse, ni comer, ni beber en el camino. Mas ¿creeis que por eso desistió el demonio de su intento de hacer caer á aquel hombre que con tanto celo se ocupaba de servir á Dios y de llenar su santa voluntad? Nó, mis carísim.s herman.s Habiendo tentado en vano los dos primeros arbitrios, mueve á otro profeta para que engañándole lo haga detenerse en Betel, y ademas comer y beber contra el mandato divino. ¿Y qué sucede despues de ésto? Sucede que Dios castiga al desobediente, haciéndole morir despedazado por un leon salido de la montaña (1). Vemos, dije, retratada la violencia que se hace á las personas fervorosas, á fin que desistan de sus actos mas meritorios, mas ejemplares y que mayor provecho les acarrearian, en Jeroboan que dice á sus ministros: « Prendedle, » ésto es, retenedle, pues de esa manera no podria ya cumplir el mandato divino. Así se ven im-

(1) Lib. III. de los Reyes C. 13.

portunadas muchas ocasiones las almas que se consagran á Dios, para que desistan de aquella observancia vigorosa que disgusta á ciertos individuos, porque da en rostro á su tibieza y falta de observancia. Dios comunica vigor á cuantos le invocan para resistir; mas como depuesta la violencia, vienen los ofrecimientos, vienen las caricias, vienen los halagos y la seduccion; las almas fervorosas, si no estan muy alerta, se verán no pocas veces en situacion difícil, especialmente aquellas condescendientes y blandas por naturaleza. Y si aun en esta prueba no alcanzase satanás á combatir hasta triunfar de esas almas empeñadas en conservar intacto el fervor de su perfecta caridad para con Dios, pretenderá engañarlas como á aquel desgraciado profeta. Y ¡ pobre del alma que, al tomar cualquiera resolucion, no mire á Dios, y consulte con su divina Majestad detenidamente lo que debe hacer, de modo que no sufran detrimento sus virtudes, ni atraso su vida espiritual ! ¡ Pobre de esa alma ! repito, porque será engañada por sus enemigos, y caerá en desobediencia cometiendo pecado, que será para ella como el leon que devoró á aquel profeta, castigando su desobediencia al mandato divino.

Mas, al contrario, considerad aquella alma que, redoblando su vigilancia, vive siempre prevenida contra toda suerte de tentaciones: contemplad, repito, aquella alma dichosa que, despues de haber sacrificado á Jesucristo todo su ser, y aun su misma libertad, trata de conservarse fiel á los preceptos que dió en su regla, y á las inspiraciones que envia cada dia á su corazon; y la vereis que cuidadosamente aparta de sí todo lo que puede menoscabar su fervor, y emprende llena de celo cuanto puede contribuir á su perfeccion en las virtudes. Son éstas las que vencen, y vió San

Juan con palmas en sus manos y coronas en su cabeza (1), gozando en gloria eterna los frutos de su vida perseverante en las buenas obras. De éstas son de las que Jesucristo dice (2): « Al que venciere, yo lo haré columna en mi templo; jamas saldrá fuera, y llevará escrito mi nombre y el nombre de la Jerusalen, ciudad de Dios, eternamente. » Elevemos, herman.s mi.s, nuestra consideracion á estos bienes, y juzgaremos hasta dónde merecen por la bondad de su naturaleza y por la eternidad de su duracion la perseverancia de toda nuestra vida en los sacrificios, cualesquiera que fuesen, que nos impusiese la práctica de las virtudes. La vida pasa velozmente. David la mira como la sombra que corre (3), y Job la ve marcharse, debilitarse y perecer con la rapidez del viento impetuoso, cuya duracion es solo de un momento (4). ¡ Ah ! perseveremos durante toda la vida presente, á trueque de asegurar en la eternidad la posesion de la palma y la corona, que nos estan prometidas por Dios. Ni un instante dura nuestra vida comparada con la eternidad: abracemos los sacrificios que nos imponga aquella, de manera que podamos conseguir la felicidad en ésta. Victoria llama Dios la muerte de los que perseveran, porque realmente ella les hace triunfar para siempre de todos los enemigos empeñados en perderlos; victoria, porque allí se cortan las ataduras que les retenian en este mundo inciertos de su suerte eterna; y victoria tambien, porque unidos con Dios desde entónces mismo por la perfecta caridad, lograrán la realidad de esa dicha, que acá en la tierra solo veian

(1) Apocal. C. 7.
(2) Ib. C. 3.
(3) Salmo 101.
(4) Cap. 7.

per speculum in aenigmate, como por un espejo ó en figura, como escribia San Pablo (1), y entónces la verán y palparán *facie ad faciem,* clara y completamente. Ved ahí nuestra verdadera victoria que, una vez alcanzada, nos hará triunfar por toda una eternidad; esa es la que nos asegura la perseverancia, y esa, añadiré, la que nos deja conocer evidentemente la necesidad absoluta que tenemos de esta virtud.

A los israelitas que atravesaban el desierto, alentaba la idea que marchaban á poseer aquella tierra prometida por Dios, y que manaba miel y leche. Fatigados y rendidos tantas ocasiones en aquella larguísima travesía, ¿cuántas ocasiones murmuraron, y cuántas mas les oprimió la tristeza profunda recordando los mezquinos placeres dejados en Egipto? Mas la voz de Moises les alentaba señalándoles aquella tierra dichosa; les hacia ver muestras de su fertilidad y abundancia, y les exhortaba á caminar con valor hasta triunfar de los pueblos infieles que les impedirian poseerla en paz. La fé habla á nuestra alma como Moises á Israel; la fé nos alienta á perseverar fieles al Señor durante la presente peregrinacion que hacemos marchando á la verdadera tierra de promision. *Modicum passos ipse perficiet* (2). Padeced todavía un poco mas, nos dice, y no tardará mucho el tiempo en que seais introducidos en los tabernáculos del Señor. *Modicum passos ipse perficiet.* El cielo os aguarda, y allí Dios perfeccionará vuestra virtud, y os hará disfrutar todos los bienes eternos que tanto deseásteis, y para conseguirlos tantos sacrificios hicísteis en la vida presente; enjugará las lágrimas que en el silencio del retiro y en medio del fervor de la oracion

(1) A los Corínt. C. 13.
(2) I. Petr. C. 5.

derramásteis cada dia pidiendo vuestra union con Dios. *Modicum passos ipse perficiet.*

Mas si ahora, despues de los ejercicios que acabais de concluir, son éstos vuestros deseos, yo debo mostraros que el cumplimiento de las obligaciones, que os impone vuestra regla, os conduce á conseguirlo.

II.

Consideraba el grande Agustino la infinita bondad de Dios, que hablando á sus religiosos en la regla de su instituto les señala el camino práctico y seguro para perseverar fervorosamente en su vocacion, y llegar con seguridad al reino de los cielos; y ¡Cuántos caminos nos abre Dios, exclamaba, para entrar en su reino! ¡ Cuántos medios para tener parte en los premios, que su misericordia adjudica á sus criaturas (1)! Y en efecto, mis carísim.s herman.s, meditando con la debida atencion el contenido de las reglas, se encuentra en ellas un camino recto y expedito para llegar sin tropiezo al reino de los cielos. En ellas Dios se encarga de señalar á sus religiosos y religiosas cuáles son las obras que han de sacrificarle cada dia, y cuáles los afectos que han de reinar en su alma. De modo que, como con mucha propiedad predicaba San Bernardo, teniéndolas el religioso delante de su consideracion, y ajustando á ellas su proceder, puede creer con seguridad que marcha por el camino que conduce al reino de los cielos. Si, pues, la religiosa ó el religioso se dedica á guardar su regla cuidadosamente, en ella encuentra todos los medios para perseverar en el fervor de vida que se ha propuesto observar.

(1) Serm. de observ. reg. ad Fratr. in erem.

La oracion es el medio mas eficaz y mas poderoso que nos enseña Jesucristo para no desfallecer en las tentaciones (1); y las constituciones religiosas, de acuerdo con el precepto divino, ordenan á sus alumnos que frecuenten la oracion cada dia á las horas y durante el tiempo que ellas señalan. Ademas encarga á cada individuo que levante al cielo de continuo su corazon, de modo que, conservándose en la divina presencia, viva perenne en su alma el fervor de la santa caridad. Y el alma que conversa con Dios frecuentemente, y vive, por decirlo así, bajo su vista soberana, nada ama, ni nada ejecuta con preferencia, sinó lo que pertenece á Dios, y la lleva rectamente á gozar su posesion en el reino de los cielos. Ningun aprecio hace de lo que piensen ó digan las criaturas en órden á su modo de proceder: le basta que Dios lo apruebe, porque solo á El trata de agradar y de servir.

Las criaturas ordinariamente sirven de tropiezo á las almas que desean fervorosamente practicar las virtudes: por eso una de las primeras resoluciones que deben tomar aquellas que quieren perseverar en el amor puro y ardiente al Señor, es no hacer caso de los dichos de otros. David lo hizo así, y nos dice que « como nécias tenia las palabras de los pecadores. » Cuando se hace aprecio de la manera de ver de aquel individuo, cuyas opiniones en materia de observancia si no son relajadas del todo, al ménos son muy poco conformes con ese espíritu de sumision á las reglas, que es necesario en todo buen religioso; parece que se quiere en cierto modo respetar el vicio, y no marchar de frente contra la relajacion, como debemos hacerlo en todo caso. No podemos obrar de ese modo, vene-

(1) S. Lúcas C. 18.

rables religios.[s], por eso ningun aprecio debemos tener ni de lo que digan, ni de lo que piensen semejantes personas. Nuestro camino es recto, señalado está por nuestro Señor Jesucristo, y ésto nos basta para seguirlo con seguridad hasta su fin. Ya Dios de antemano vindicó la conducta de sus religiosos y religiosas, que no se apartan del que nos dejó trazado El mismo; ya los llamó bienaventurados, porque lo siguen rectamente, y en él buscan á Dios de corazon (1). ¿Qué puede importarnos, despues de ésto, lo que digan ó lo que piensen los que no viven llenos del espíritu de Dios? Renovad, herman.[s] mi.[s], cada dia vuestra resolucion de no hacer caso ni de los dichos, ni de los hechos de tales personas, y de condenar ademas constantemente con vuestra conducta sus opiniones poco conformes con el fervor de la caridad que inspira la observancia perfecta de las reglas.

Estas encargan ademas á las personas que las profesaron, acercarse con frecuencia á los santos sacramentos de la confesion y comunion; y ved ahí la otra fuente de salud y fortaleza que se os abre para seguir gozosos vuestro camino. No me causa ninguna maravilla, repetiré con San Alfonso Maria de Ligorio, encontrar á veces tíbias ó heladas personas que por su profesion debian estar inflamadas por el fuego de la caridad, sabiendo que viven léjos de la santa confesion, y que se limitan á recibir la comunion ciertos dias solemnes de la Iglesia. Al dejarnos nuestro Señor Jesucristo estos dos sacramentos, quiso que por su medio creciésemos y nos robusteciésemos en la virtud, y los negligentes y tíbios malogran los infinitos bienes depositados en ellos para conseguirlo. El fervor y la

(1) Salmo 118.

devocion de nuestra caridad pueden compararse con la luz de la lámpara: si ésta no se alimenta de continuo con el aceite necesario, su luz va debilitándose á medida que el aceite se consume, y se apaga del todo, cuando éste se ha concluido. Así el fervor de nuestra caridad necesita ser alimentado por aquellos medios que señaló el Señor, cuando nos dijo: « El que me come, ese no morirá jamas (1); el que come mi carne y bebe mi sangre, tendrá vida en mí y yo en él (2). » Entrando el religioso ó religiosa dentro de sí mismo, procura no solo conocer las faltas de su conciencia para confesarlas, sinó que mueve su espíritu para detestarlas, y lo refriega y lo sacude como hacia David (3), arrojando fuera de su conciencia toda la inmundicia de las culpas, de las negligencias y de las aficiones desarregladas. Y en este santo ejercicio nuestro espíritu toma nuevo esfuerzo para servir á Dios con vigor, y se dedica con celo á la observancia de sus santas leyes. En la historia de los primeros siglos de la Iglesia encontramos que, al ser admitidos en el monasterio los que pretendian abrazar la vida religiosa, el abad les daba la sagrada comunion, para que entendiesen que en la frecuencia de este santo sacramento encontrarian medios eficaces para alcanzar la perfeccion y santidad cristiana, que movidos por Dios venian á buscar en el claustro. Tan persuadidos estaban de la virtud admirable de este sacramento, para hacer perseverar en el amor de Dios á quienes lo reciben con la debida preparacion.

La esposa de los Cantares, símbolo hermosísimo

(1) S. Juan C. 6.
(2) Ibidem.
(3) Salmo 76.

de las almas que se consagraron al Señor en la vida religiosa, expresaba la satisfaccion que recibia de estar sentada bajo la sombra del que habia deseado. *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.* Y es esa la sombra que proporciona Jesus á sus esposas fervorosas, es decir, á las almas que le buscan llenas de caridad con ánimo resuelto de no apartarse jamas. Jesus es el árbol frondoso, que proporciona refrigerio á las almas cansadas, fatigadas y deseosas de reposo; y El solo, repito, puede proporcionarlo, porque fuera de su sombra todo es miseria, inquietud y perturbacion. A la sombra de Jesus se retira el alma religiosa, que en la oracion mental, en la sagrada comunion, en el oficio divino y en todos sus ejercicios espirituales se propone con particular cuidado honrar á Jesucristo, agradar á Jesucristo, y hacer todo por amor á Jesucristo. Esta es la que se ha sentado á su sombra, y seguramente no le faltará; al contrario cada dia se hará mas frondosa y poderosa para cobijarla y protegerla contra « los rigores del medio dia, » que son las violencias de nuestros enemigos. Invoquemos á Jesus especialmente en las tentaciones; con el fervor que los apóstoles en medio de la borrasca de Genezaret digámosle: « *Domine, salva nos, perimus;* Señor, sálvanos, porque perecemos. » La Iglesia en sus presentes tribulaciones nos recomienda recurrir al sagrado Corazon de Jesus, como al santuario de la caridad y misericordia infinita que ostenta en favor de sus criaturas. Miremos con los ojos del entendimiento ese divino Corazon ardiendo en llamas de caridad especialmente cuando adoramos el santísimo Sacramento, y pidámosle que nos participe una centellita que nos purifique, nos encienda y nos abrase en su divino amor. El Sumo Pontífice Pio VII concedió indulgencia de 300 dias

cada vez que devotamente se repitiese la siguiente jaculatoria: « Corazon de Jesus, inflamado por mi amor, encended el mio en el fuego de tu amor. » Concedió ademas el mismo Soberano Pontífice indulgencia plenaria cuando, habiéndola dicho cada dia durante un mes, se añadiese la confesion y comunion.

Arbol tambien, y que nos convida con su sombra es Maria Madre de Jesus y Madre nuestra. El pueblo cristiano así lo reconoce desde los primeros siglos de la Iglesia, y bajo la sombra de este árbol acude á protegerse contra los enemigos de su eterna salvacion. *Sub tuum praesidium confugimus*, dice continuamente á la gran Madre de Dios y Protectora nuestra poderosísima; y Maria, escuchando benignamente sus ruegos, no hay gracia, ni favor, ni bien, que no le haya dispensado. Se complace el Señor, dice San Juan Damasceno, en ostentar su poder por medio de su Santísima Madre y que nuestra fé sea mas viva mirando mas de cerca y en mano de una hermana nuestra por la carne, los remedios que nos han de sanar (1). Deje, Señora, de alabarte quien no haya recibido de vuestras sagradas manos señales de vuestra poderosa intercesion, exclama San Agustin. Deje de bendecir las misericordias de Maria quien no haya recibido pruebas irrefragables de ella. Mas la inmaculada Vírgen ha distinguido muy particularmente á esa porcion del rebaño de nuestro Señor Jesucristo, que se ha consagrado á El por medio de los votos religiosos, y buscado en los claustros un asilo seguro contra la corrupcion del siglo. A todas las Ordenes religiosas ha mostrado Maria afecto del todo singular, dispensándoles favores verdaderamente maternales. Ya trajo del cielo el hábito que habian de vestir sus hijos é hijas, como á

(1) De laudib. B. Virgin.

los Carmelitas; ya revelándoles la constitucion y reglas que era del agrado divino que profesase su familia religiosa, como á Santa Brígida; ya estimulando su fervor, ya dándoles avisos oportunos, ó ya, en fin, auxiliando de mil maneras á los santos fundadores de las Ordenes monásticas, y despues de ellos, en mil casos, á cada una de éstas particularmente. Reveló Dios á Santa Catalina de Sena que los religiosos y las religiosas estan constituidos mas particularmente bajo la proteccion de la Santísima Vírgen Maria. ¿Con cuánta confianza y fervor deberán entónces invocarla? ¿con cuánta ternura y confianza decirle como San Bernardo: « Acordaos, Señora, que jamas se oyó decir, que alguno que ha recurrido á Vos, haya sido jamas abandonado? » Y si hasta ese punto fué Maria misericordiosa con todos los cristianos, ¿qué no deberán esperar los que se consagraron al servicio de su Hijo, y quieren permanecerle fieles constantemente? Y entended, mis carísim.s herman.s, que vuestra deprecacion será oida por Maria, quien alcanzará de su divino Hijo gracias eficaces para socorrer á sus religiosos y religiosas débiles, para consolar á las almas que estan tristes, para fortalecer á las que vacilan en las virtudes, para estimular á las negligentes y perezosas, y en fin, para auxiliar á las perseguidas por las tentaciones.

Mas recordad, que precisamente debeis honrar á la Madre inmaculada de Cristo y Madre nuestra: honrarla, digo, con señales de verdadera devocion, de modo que á la ternura y fé con que la invoca vuestro corazon, correspondan vuestras obras exteriores. Honran á Maria aquellas personas que santifican los claustros con la imitacion de sus virtudes; honran á Maria las que le tributan el obsequio de su santo Rosario, en que ella misma tanto se gloria; la

honran, en fin, todos los que en obsequio suyo le ofrecen ya la oracion, ya la mortificacion algunos dias de la semana. De este modo la honramos particularmente, y jamas, jamas será insensible Maria á nuestros obsequios, por sencillos y pobres que hubiesen sido. ¡Ah! pobre y sencilla era la ofrenda del novicio Cisterciense, que adornaba lleno de piedad la imágen de Maria que se veneraba en la capilla de su noviciado, poniéndole una guirnalda de jazmines cada sábado; y á la hora de la muerte, « Mirad, exclama á los monjes que le rodean, mirad, allí veo á mi Madre y Reina soberana, que trae en sus manos las guirnaldas que he colocado sobre su cabeza. »

Recordaré siempre con ternura y emocion de mi alma el siguiente hecho, del que puedo decir que soy testigo, pues he conocido al sujeto á quien se refiere. Escuchad. Cuando Napoleon I disponia á su voluntad de los reinos, y despojaba á los pueblos de Europa de sus soberanos para darles otros elegidos por él, el sultan de Constantinopla mandó levantar muchos cuerpos de ejército en su vasto imperio para ponerse en estado de defensa. Sus pachás ó gobernadores, ejecutando sus órdenes, reclutaban gente y la mandaban á los lugares señalados para depósito. En Jafa, la antigua Jope de la santa Escritura, fueron tomados para soldados dos jóvenes, hijos de una viuda muy fervorosa cristiana, que los habia educado en el temor de Dios y en una devocion tierna á la Santísima Vírgen Maria. El pachá de Jafa tuvo ocasion de fijarse en la buena conducta de estos dos cristianos, y sacándolos de la tropa, los tomó para sus sirvientes particulares. El mayor de ellos murió poco despues, y el menor, llamado Jacoub (Santiago), poco á poco fué acostumbrándose á la vida de los turcos, y olvidando nuestra

santa religion. De su madre habia aprendido á no dejar jamas de rezar al ménos la Salve á la Vírgen ántes de dormirse, y esta costumbre la conservó aun en medio de su olvido de las otras obligaciones de cristiano. El pachá fué relevado de su gobierno, y ántes de volver á Constantinopla, quiso ir á la Meca á visitar el sepulcro del falso profeta Mahoma. La Meca es una de las ciudades mas grandes del reino de Arabia, y allí murió y está sepultado Mahoma, inventor y propagador de los errores del Mahometismo, que ha perdido y pierde todavía tantos millares de hombres, sepúltándolos en la ignorancia y en los vicios mas groseros. Durante el viaje contrajo el pachá de Jafa las calenturas que son tan comunes en aquellas regiones, de modo que, despues de haber estado muy pocos dias en la Meca, murió instituyendo al jóven cristiano de heredero de sus bienes, y dejándole por su tutor al Gran Mueslin y Califa de la Meca. Este acabó de perder al pobre jóven: lo llevó á su casa, lo hizo estudiar los errores del Alcoran, y lo empleó en la mezquita de Mahoma en un destino muy principal para aquellas gentes. Mientras tanto recordaba continuamente este cristiano extraviado y perdido el ejemplo de su madre, y no omitia cada noche la oracion de la Salve, bien que lo hacia como avergonzado de la vida que llevaba sumergido en los errores de Mahoma. Así pasaron muchos años; y una noche dispertó este hombre, pareciéndole que veia á su madre con semblante terrible, que le amenazaba con su perdicion eterna sinó salia de la vida que llevaba, y si abjurando sus errores, no entraba nuevamente en el gremio de nuestra santa fé. Se volvió el pobre cristiano inmediatamente á la Reina del cielo y Abogada de los pecadores, rogándole con humildad que le proporcionase los medios

para salir de su triste situacion, prometiéndole hacer penitencia de sus pecados toda su vida. Pidió permiso al Mueslin para hacer un viaje con el fin de visitar su familia en Jafa, mas el Mueslin se lo negó, y con ésto acongojado sumamente Jacoub, se dedicó á clamar cada dia con mayor empeño á Maria. Siete años pasaron ántes que consiguiese la licencia que pretendia, hasta que al fin le dijo el Mueslin que podia ir á su casa, pero dejando en prenda de su vuelta todos los bienes que poseia. Contento el cristiano, nada tardó en ponerse en camino para la Palestina su patria, marchando solo y á pié, porque no se le permitió sacar de su casa sinó lo indispensable para el viaje. Un año tardó en llegar desde la Meca á Jafa; mas ya su madre habia muerto, hacia muchos años; sus parientes habian muerto tambien y nadie quedaba de su familia que él conociese. Determinó marchar á Ramle, la antigua Arimatea del Evangelio, y pedir á los misioneros de San Francisco que le recibiesen de limosna en su casa, haciéndoles ver sus gravísimas necesidades espirituales. Allí llegó, en efecto, á media noche, de manera que ningun mahometano le conociese, pues muchos de aquel pueblo y de sus inmediaciones habian estado en la Meca á visitar el sepulcro de Mahoma: y si éstos que lo habian visto allá como uno de los mas altos guardianes de la mezquita del falso profeta, le viesen ahora viviendo en la mision católica, le habrian quitado la vida precisamente: por eso llegó de noche y cuando dormia toda la poblacion. Apenas hubo pues llegado, y se encontró en presencia de uno de los misioneros, cuando confesó humildemente lo horrible de su situacion espiritual, su apostasía de la fé cristiana, su olvido de Dios y de sus preceptos, sus

escándalos, y en fin, toda su vida pagana, y peor aun que pagana, que habia llevado durante tantos años. El Padre, despues de haberle hecho descansar de su largo viaje, lo preparó convenientemente para reconciliarlo con la Iglesia, y administrarle el santo sacramento de la penitencia. El confesaba á voces la perdicion en que habia estado tanto tiempo; decia que Maria Madre y Abogada de pecadores le habia libertado de condenarse en los infiernos, como merecia, y lloraba de ternura y agradecimiento recordando muchos lances de su vida, en los que veia la mano de aquella incomparable Madre libertándole de la muerte eterna que le amenazaba (1). ¡Ah! mis venerables religios.s; y si Maria no perdia de vista á ese pobre infeliz apóstata sumergido en los vicios, allá tras los desiertos de la Arabia, ¿comprendeis con cuánta ternura acudirá al llamado de las almas que tienen la honra de haber sido admitidas al desposorio de Jesus? Oirá sus voces y sus deseos, no lo dudeis, y los presentará al Hijo de Dios é Hijo suyo al mismo tiempo, empeñándose para que conceda todas las gracias de que necesita esa alma que la invoca. Ocurramos á Maria, mis carísim.s herman.s, invoquémosla confiadamente, á fin que sea nuestro baluarte en la guerra que nos hacen los encarnizados enemigos de todo bien. Poned bajo su tutela y proteccion todas las resoluciones que habeis hecho en estos dias de salud y conversacion con Dios, y estad seguros que en ella encontrareis la mejor y mas bondadosa de las madres. Y Vos, divino Salvador y Esposo amorosísimo de nuestras almas, extended vuestra diestra soberana para ponernos á

(1) *El Catolicismo en presencia de sus disidentes.* Tom. II.

cubierto de las asechanzas de nuestros enemigos; mantenednos escondidos dentro de vuestro amorosísimo Corazon, de manera que todas las asechanzas del demonio no nos muevan de vuestro divino amor; hacednos constantes en vuestro santo servicio, y resueltos á marchar siempre fervorosamente por la senda de las virtudes, de tal modo que, conservándonos unidos á Vos inseparablemente aquí en la tierra, reinemos tambien con Vos eternamente en el cielo.

FIN.



TABLA DE MATERIAS.

Dedicatoria. .. ..*pag.* 5
INSTRUCCION I. Sobre el objeto que deben proponerse los religiosos y religiosas al hacer los ejercicios espirituales .. .. » 7
» II. Fin que debe proponerse toda persona que abraza el estado religioso.. .. » 32
» III. Sobre la perfeccion que exige la profesion religiosa.. .. .. » 58
» IV. Sobre la oracion mental .. .. » 83
» V. Sobre los enemigos de la oracion, y medios que se han de emplear para vencerlos. .. .. » 109
» VI. Sobre la pobreza religiosa .. .. » 132
» VII. Del buen ejemplo que deben darse mútuamente las personas que viven en el estado religioso. .. .. » 157
» VIII. Sobre el voto de obediencia. .. .. » 181
» IX. Sobre la observancia de la regla que profesaron las personas religiosas. » 205
» X. Sobre el voto de castidad.. .. .. » 230
» XI. Sobre los medios mas eficaces que deben poner las personas que profesaron castidad para guardar su voto.. .. » 254
» XII. Sobre la humildad .. .. » 278

Instruccion XIII. Sobre la necesidad que tienen todas las personas que profesan vida religiosa de acercarse continuamente á los sacramentos de la penitencia y de la comunion .. .. *pag.* 301
» XIV. En qué consiste la caridad que deben practicar principalmente las personas que abrazaron la vida religiosa.. .. » 327
» XV. Sobre la imitacion de nuestro Señor Jesucristo. .. .. » 351
» XVI. Reconocimiento y gratitud á los beneficios de Dios. .. .. » 374
» XVII. Sobre la gloria eterna.. .. .. » 397
» XVIII. Sobre la perseverancia en el fervor de la vida religiosa. .. .. » 421



NIHIL OBSTAT

Iosephus Saderra S. I. Censor Deputatus.

IMPRIMATUR

P. Fr. Vincentius M. Gatti O. Praed. S. Pal. Ap. Magister.

IMPRIMATUR

Iosephus Angelini Archiep. Corinth. Vicesgerens.

